La Comuna de París

1871

Roberto Ceamanos

CATARATA

Roberto Ceamanos Llorens

La Comuna de París (1871)

CATARATA

COLECCIÓN RELECTURAS

PRIMERA EDICIÓN: MARZO 2014
PRIMERA EDICIÓN EN LA COLECCIÓN RELECTURAS: ENERO 2021

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA: *LA COMMUNE DE PARIS (1871). VUE DE LA PLACE VENDÔME*

© ROBERTO CEAMANOS LLORENS, 2014

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2014
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

LA COMUNA DE PARÍS (1871)

ISBN: 978-84-1352-134-3
DEPÓSITO LEGAL: M-444-2021
THEMA: NHTV/JPWQ

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Para Esther

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

CAPÍTULO 1. ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD 15
1. Del Imperio a la República 15
2. Desarrollo económico, confrontación territorial y fractura social 40
3. La transformación urbanística de París 52
4. Trabajadores, conciencia e ideología 65

CAPÍTULO 2. LA COMUNA 79
1. Insurrección y Comuna 79
2. Hacia una nueva sociedad 92
3. El segundo asedio de París 111
4. Represión y consecuencias políticas 122

CAPÍTULO 3. LA MIRADA HISTÓRICA Y LA MEMORIA 135
1. Testimonios y usos políticos 135
2. De la militancia a la universidad 152
3. La construcción de la memoria 169

CONCLUSIONES 195

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA 213

INTRODUCCIÓN

Francia es heredera de 1789. En apenas seis años los protagonistas de la Gran Revolución plantearon los derechos y libertades fundamentales que serán conquistados tras más de un siglo de revoluciones y cruentos conflictos civiles. Los más importantes fueron la guerra de la Vendée (1793-1796), la Revolución de 1830, las revoluciones de febrero y junio de 1848, la Comuna de París de 1871 y la Francia de Vichy (1940-1944). Este enfrentamiento, inicialmente entre una Francia conservadora, monárquica y católica, y otra progresista, republicana y laica, solo se cerró definitivamente tras la Segunda Guerra Mundial. En la encrucijada de este proceso se sitúa la Comuna de París, episodio en el que convergen la caída de un imperio, la reivindicación monárquica, una naciente república y una experiencia insurreccional basada en la tradición revolucionaria y en un incipiente socialismo.

La Comuna es un capítulo de la historia excepcional. Surgió en un tiempo de transformaciones sociales, económicas, culturales e ideológicas, y fueron las circunstancias

políticas y militares las que provocaron el estallido revolucionario. La pasión democrática se desbordó entre una población que deseaba la autonomía de su municipio y anhelaba poner fin a las desigualdades. Fueron tiempos de lucha en los que se creía posible hacer realidad el sueño de alcanzar una sociedad mejor. El médico Tony Moilin, conocido por asistir a los pobres durante las reiteradas epidemias de cólera que azotaron París, publicó un tratado utópico: *Paris en l'an 2000* (1869). En él concebía un futuro Estado que promovería el bienestar del conjunto de la población. Testigo de la remodelación urbanística de París, quería una ciudad rehabilitada libre de toda especulación inmobiliaria. Condenado a muerte por colaborar con la Comuna, Moilin fue fusilado. La historia de la Comuna es la historia de todos los Moilin.

Este libro concede gran importancia a la comprensión del Segundo Imperio. Es en este periodo cuando se gestan todos los factores que confluyen en la Comuna. Con el título "Entre la tradición y la modernidad", se inicia el primer capítulo que amplía el marco cronológico, retrocediendo hasta las revoluciones de 1848 y la instauración del Imperio. Es preciso entender qué supusieron dos décadas de política autoritaria y de desarrollo económico y social. La Comuna no se entiende sin conocer la transformación que estaba experimentando el tejido artesanal de París, sin atender a la confrontación territorial entre una ciudad republicana y un campo monárquico y sin abordar las consecuencias de la transformación urbanística de la capital. La Comuna fue también consecuencia de una sociedad fracturada por profundas desigualdades en el acceso al dinero, al trabajo y a la vivienda. Todo ello afectó a las condiciones vitales y laborales de los trabajadores, entre quienes se forjó una conciencia común de sentirse explotados. Este sentimiento los llevó a militar en las ideologías que abanderaron la Comuna.

"La Comuna", segundo capítulo de este libro, estudia la rebelión de los trabajadores de París contra una Asamblea

y un Gobierno con los que no se sentían identificados. Derrotada Francia en la guerra franco-prusiana (1870-1871), se firmó la paz con los alemanes cuando la ciudad aún resistía el asedio, y se tomaron una serie de medidas impopulares contra una población ya muy castigada por el cerco prusiano. En este contexto, se produjo la insurrección del 18 de marzo. Al igual que en Francia en 1792, en Rusia en 1917 o en España en 1808 y 1936, fue la guerra la que posibilitó el inicial triunfo de la revolución. Una vez proclamada, la Comuna puso en marcha una serie de reformas que, de haberse consolidado, hubieran modificado radicalmente la sociedad de su tiempo. Fueron propuestas ambiciosas, que evidenciaron la fuerte presencia de la tradición jacobina, pero que también permiten vislumbrar el origen del socialismo moderno, que emergerá con fuerza en los años siguientes.

Sin embargo, la guerra civil a la que tuvo que enfrentarse y su breve existencia impidieron el arraigo de estas reformas. Las fuerzas de Versalles asediaron París y, sin grandes dificultades, pusieron fin a esta experiencia revolucionaria. La más inmediata y dramática de sus consecuencias fue la cruenta represión ejercida contra los *communards*, también llamados federados. La muerte, la prisión, la deportación o el exilio será el destino de miles de ellos. En este punto se vuelve a ampliar el marco cronológico de estudio y se avanza más allá de 1871 para abordar las consecuencias a medio plazo de la Comuna: su incidencia en la configuración del movimiento obrero y en la consolidación de la Tercera República que, en las décadas siguientes, afianzará las principales reformas propuestas por la Comuna.

Recorrer la fecunda producción historiográfica publicada sobre la Comuna es el objetivo del tercer capítulo: "Historiografía y memoria". En él se recogen tanto los comentarios de los partidarios y detractores de la insurrección como las posteriores interpretaciones de los historiadores profesionales. La producción sobre la Comuna es ingente, y de

ella es un deudor agradecido el autor de este libro. La bibliografía comentada no es toda la existente, pero sí una parte sustancial que nos permite ofrecer una historia completa y actualizada. Por último, se aborda el tema de la construcción de la memoria. Se detalla el proceso por el que, de un mismo sujeto histórico, surgieron memorias enfrentadas. Las gentes de orden calificaron a la Comuna de episodio caótico, mientras que los herederos de la Primera Internacional la consideraron un eslabón fundamental en la formación del movimiento obrero y las actuales fuerzas republicanas la ven como un precedente de la república.

Se trata pues de obtener respuestas a múltiples interrogantes. ¿Cuál era la Francia previa a la Comuna y en qué medida influyó en la insurrección?, ¿cuáles fueron sus motivaciones?, ¿cuáles las solidaridades que unieron a los *communards*?, ¿qué ideologías estaban detrás?, ¿cuáles fueron sus objetivos?, ¿cuáles sus contradicciones? La cruel represión, ¿se explica por el ambiente de guerra civil o se trató más bien de una decisión deliberada que anunciaba las masacres que estremecerán al siglo XX? Finalmente, ¿qué interpretaciones se han dado de la Comuna?, ¿cómo se ha escrito su historia? y ¿qué memoria se ha transmitido de todo ello? Para abordar esta tarea se ha contado con una amplia y seleccionada bibliografía. En el apartado de "Fuentes" se indican las obras contemporáneas a los hechos. Son los trabajos escritos por los protagonistas y los testigos de ambos bandos, así como las reflexiones que realizaron marxistas y anarquistas en su instrumentalización política de los acontecimientos. En la sección de "Bibliografía" aparece una selección de la historiografía que ha generado la Comuna.

Este viaje a la Francia de *l'Année terrible* está acompañado de referencias al arte y a la literatura de la época que nos ayudan a conocer mejor este tiempo de transición. En el tránsito del romanticismo al realismo, los escritores y pintores se comprometieron con el tiempo en el que vivían. Las

novelas de Victor Hugo y de Balzac o las litografías de Daumier se inspiraron en la sociedad francesa, la reflejaron y criticaron. Describieron el ascenso de la burguesía y la destrucción del viejo París, víctima de la especulación de la reforma urbanística. *Les Misérables* de Victor Hugo son un magnífico testimonio de su época y un alegato contra las desigualdades. Años más tarde, las novelas de Zola describieron a una sociedad deseosa de conseguir el éxito sin importarle los medios para conseguirlo. En *La Débâcle (El desastre)*, denunciará las consecuencias de la guerra contra Prusia y el drama de la guerra civil, y en *Germinal* mostrará la grave fractura social que provocó la industrialización. Igual sucedió con la pintura. Los artistas se interesaron por las consecuencias de los cambios sociales y económicos. En los cuadros de Manet, Monet, Caillebotte o Coubert aparecen nuevas temáticas, preocupaciones y estilos. Representan a la burguesía disfrutando de su posición, a los trabajadores urbanos en sus ocupaciones y a las humeantes locomotoras como símbolo de la modernidad. Estos artistas y sus obras acompañan nuestro recorrido por la Francia de la segunda mitad del siglo XIX.

La Comuna planteó cuestiones fundamentales para alcanzar una sociedad democrática. Es por ello que, en un momento como el actual de deterioro de la política y de retroceso en los logros sociales, debe ser un referente para quienes luchan por cambiar el mundo. Los derechos y libertades que reclamaron los *communards* hace casi un siglo y medio están ya recogidos en constituciones y leyes, pero no son plenamente efectivos. Resolver la desafección entre políticos y ciudadanos, erradicar la corrupción y la especulación, implantar una justicia igual para todos, lograr una auténtica participación de la población en su gobierno, exigir que los representantes públicos sean verdaderamente responsables de sus compromisos, fortalecer la autonomía municipal, resolver el acceso a la vivienda, garantizar una

asistencia sanitaria en condiciones, suprimir las desigualdades de género, igualar en derechos a la población extranjera, difundir el comercio justo, garantizar un trabajo digno, favorecer el acceso de los trabajadores a la gestión de sus empresas, reducir las diferencias económicas entre los ciudadanos, asegurar un sistema recaudatorio solidario, difundir la cultura, proporcionar una educación de calidad y dejar al Estado las cuestiones públicas, relegando a la Iglesia a las espirituales, fueron objetivos de la Comuna que, en la actualidad, están lejos de hacerse realidad.

CAPÍTULO 1

ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD

DEL IMPERIO A LA REPÚBLICA

En 1848 vientos de libertad recorrían Europa. En Francia, la crisis económica y el descontento social se conjugaron con las protestas por la restricción de libertades para derribar en febrero a la Monarquía de Luis Felipe. Se proclamó la Segunda República y un Gobierno provisional de republicanos moderados, radicales y socialistas tomó una serie de medidas en pos de la instauración de una república democrática y social. Se reconoció el derecho al trabajo, se suprimió la pena de muerte por cuestiones políticas, se abolió la esclavitud en las colonias, se fijó la jornada laboral en 10 horas, se estableció el sufragio universal —siempre entendido masculino hasta 1945—, se reconoció la libertad de prensa, reunión y asociación, y se planteó un sistema estatal de educación pública, gratuita, laica y obligatoria para ambos sexos. Étienne Cabet, Louis Blanc y Auguste Blanqui difundieron sus ideas en clubs y periódicos, y surgieron numerosas asociaciones de trabajadores agrupados por oficios.

Sin embargo, las elecciones de abril para elegir una Asamblea Constituyente dieron la victoria a los republicanos conservadores, seguidos de los monárquicos orleanistas y legitimistas, mayoritarios en el ámbito rural. El conflicto con las fuerzas revolucionarias de París no tardó en producirse. Republicanos radicales y socialistas fueron apartados del Gobierno y se tomaron decisiones contrarias a los intereses de los trabajadores. El cierre de los Talleres Nacionales, creados para dar empleo en obras públicas a los desempleados parisinos, simbolizó este giro conservador. Louis Blanc, autor de *L'organisation du travail* (1839), había sido el alma de este proyecto, que buscaba hacer efectivo el derecho al trabajo mediante la creación de talleres cooperativos. En ellos, el asalariado se convertía en asociado y lograba, de esta forma, acceder a la propiedad y obtener su independencia económica. Las protestas derivaron en una nueva revolución, las "Jornadas de Junio". El pueblo pretendía un régimen donde estuviera garantizado el derecho al trabajo y que fuera verdaderamente democrático, con sufragio universal y donde todos los ciudadanos, no solo sus representantes, participaran del poder. Se levantaron barricadas y, después de cuatro días de combates, la revuelta quedó sofocada. La represión fue brutal, con miles de muertos, detenidos y deportados, y sus consecuencias son fundamentales para comprender el siglo XIX francés. Aumentó la desconfianza hacia París de una Francia rural conservadora, donde los notables disfrutaban de una gran influencia, así como el temor hacia unas clases populares que se sintieron manipuladas. Su sangre había corrido por las calles de París en febrero y en junio, pero el resultado final no podía ser más desalentador. Sin apenas derechos políticos y sumidos en graves dificultades económicas y sociales, los trabajadores tomaron conciencia de que, en la próxima revolución, deberían luchar por ellos mismos.

Con el propósito de consolidar la república se convocaron elecciones presidenciales en diciembre. Luis Napoleón

Bonaparte, sobrino de Napoleón I y heredero de sus derechos dinásticos, venció con una ventaja abrumadora sobre sus adversarios. Pero el nuevo presidente tenía un grave inconveniente para mantenerse en el poder. La constitución republicana limitaba el mandato presidencial a una única magistratura de cuatro años, sin posibilidad de reelección. Luis Napoleón presionó para aumentar la duración de su mandato, pero la Asamblea se opuso a todo proyecto de reforma constitucional. Poco después, en las elecciones legislativas de mayo de 1849 triunfaron los monárquicos. La nueva Asamblea favoreció la presencia de la Iglesia en la enseñanza —Ley Falloux (1850)—, aprobó la intervención militar contra la República Romana para reponer al Papa en su poder terrenal, limitó la libertad de reunión y de prensa y, ante el temor de un avance de las fuerzas republicanas radicales, aprobó una nueva ley electoral que dejó sin derecho de voto a todos aquellos que no llevaran viviendo tres años continuados en el mismo municipio. Unos tres millones de obreros sin domicilio fijo quedaron excluidos del sistema electoral. Con un mandato presidencial limitado y una cámara en la que estaba en minoría, Luis Napoleón optó por dar un golpe de Estado la noche del 1 al 2 de diciembre de 1851. Su toma del poder fue refrendada por un plebiscito nacional y, en enero del año siguiente, una nueva constitución reforzó el poder ejecutivo en detrimento del legislativo, fijando el mandato presidencial en 10 años. Una nueva consulta, celebrada en noviembre, abrió las puertas a la constitución del Segundo Imperio, proclamado el 2 de diciembre de 1852. Napoleón III iniciaba un nuevo estilo de gobernar, que combinará el autoritarismo con la apelación directa a la población, marginando así a las fuerzas políticas y la vida parlamentaria.

Frente al Imperio, se posicionaron legitimistas, orleanistas, republicanos y socialistas. Muchos de ellos, especialmente los republicanos, formaban parte de logias francmasonas, un refugio para los opositores y una plataforma para

conspirar. Se restringieron las libertades individuales y se eliminó la libertad de asociación y de reunión, si bien se consintieron las mutualidades benéficas para los trabajadores. Se censuró la prensa que quedó reducida en París a apenas 150.000 ejemplares en 1852, cifra muy alejada del millón que se superará en los momentos inmediatos a la Comuna, y se fomentaron las publicaciones oficiales y las controladas por el régimen. El derecho a la huelga fue reemplazado por el arbitraje del Conseil de prud'hommes, formado por patronos y trabajadores, pero en el que los primeros estaban en mayoría. Se supervisó la enseñanza y la policía intensificó su vigilancia, control que se tradujo en exilios, encarcelamientos y deportaciones a los establecimientos penales de Nueva Caledonia y Guayana.

Se puso especial celo en controlar París. En cuanto capital, la ciudad carecía de representación municipal y estaba dirigida directamente por el Gobierno. Su importancia como centro neurálgico del país y su tradición revolucionaria explican su supeditación al Estado a lo largo del siglo XIX, pese a los intentos de sus habitantes por alcanzar el autogobierno. Durante la Gran Revolución se había vivido la experiencia de una Comuna de París, pero pronto se volvió a una situación de dependencia. En 1800 Napoleón disolvió las 12 municipalidades de los *arrondissements* (distritos) que componían París y estos se convirtieron en simples divisiones administrativas. La capital se unificó y quedó bajo las órdenes del prefecto del Departamento del Sena y del prefecto de policía para cuestiones de seguridad, ambos vinculados al poder central. El cargo de alcalde de París solo se recuperó brevemente durante la Segunda República y en los inicios de la Tercera. Posteriormente, la ley del 16 de junio de 1859 estableció una nueva división de la ciudad, que se concretó el 1 de enero del año siguiente cuando se incorporaron a la capital las comunas de Passy, Auteuil, Batignolles, La Chapelle, La Villette, Montmartre, Belleville,

Charonne, Bercy, Vaugirard y Grenelle. La ciudad se reorganizó y pasó de los 12 a los actuales 20 distritos, que quedaron supeditados al jefe del Estado. Este era quien designaba para cada *arrondissement* a un alcalde y dos asesores, escogidos de entre los ciudadanos que pagaban más impuestos. De esta forma, París, una ciudad fundamentalmente republicana, quedó, durante la mayor parte del siglo XIX, sometida a la autoridad de legitimistas, orleanistas y bonapartistas. De ahí, la importancia para los parisinos de alcanzar un gobierno municipal democrático, reivindicación que contaba con una larga tradición y que disfrutaba de un amplio respaldo popular.

Fueron años de represión ejercida por un régimen autoritario, que pretendía impedir toda disidencia. No se toleraron las críticas al emperador. Henri Rochefort, periodista y fundador de *La Lanterne* (1868), vio prohibido su periódico y marchó al exilio belga para evitar una pena de cárcel por sus opiniones sobre Napoleón III. Su destino fue el de muchos opositores. Victor Hugo, François-Vincent Raspail, Louis Blanc o Pierre-Joseph Proudhon son solo algunos de los muchos políticos e intelectuales que, forzada o voluntariamente, abandonaron Francia por su oposición al régimen. Por su proximidad, numerosos exiliados se establecieron cerca de la frontera, principalmente en Bélgica. Bruselas se convirtió en el principal centro editor de obras contrarias al régimen, escritos que llegaban a Francia con relativa facilidad. Los avances en los sistemas de comunicación y el incremento en el número de visitantes extranjeros aumentó las posibilidades de introducir clandestinamente publicaciones prohibidas. Muchas tuvieron un marcado carácter político, otras fueron un reflejo de la sociedad francesa y contribuyeron a concienciarla de sus problemas. Fue el caso de *Les Misérables* (1862) de Victor Hugo, cuya difusión fue prácticamente inmediata tras su publicación en Bélgica, pese a los esfuerzos del Gobierno francés por impedirlo.

Cuando, en 1859, el emperador ofreció una amnistía a los exiliados, más por el convencimiento de que sería más fácil controlarlos en Francia que por magnanimidad, algunos prefirieron mantener su exilio hasta avanzados los años sesenta.

El régimen imperial disfrutó de una prolongada bonanza económica y contó con el apoyo de la Iglesia católica, del ejército y de la alta burguesía. Esta última se enriqueció con el crecimiento industrial, la realización de obras públicas y la actividad financiera, y mejoró sus condiciones de vida con las reformas urbanas de las grandes ciudades, en especial de París, que sufrió una profunda remodelación. La capital experimentó un gran crecimiento tras la anexión en 1860 de los barrios de la periferia y por la llegada de miles de trabajadores rurales para emplearse en sus industrias y comercios. Mientras los trabajadores quedaron concentrados en los barrios del norte, del este y de la periferia, las clases acomodadas se asentaron en el nuevo París remodelado del centro y del oeste. Esta reforma, dirigida por el prefecto del Sena Georges-Eugène Haussmann, embelleció la ciudad con amplios bulevares, parques y monumentos, pero también tuvo un elevado coste económico y provocó una profunda segregación social que ayuda a explicar el estallido revolucionario de la Comuna. Un burgués raramente se atrevía a internarse en barrios como Belleville que, en los años del Segundo Imperio, duplicó su población. Y un habitante de los distritos populares se sentía desplazado por quienes se había asentado allí donde, hasta hacía muy pocos años, se levantaba su hogar.

La Iglesia se benefició del beneplácito de un régimen consciente de la importancia de contar con el sostén de la mayoría católica. Aunque no gustó a los católicos franceses el apoyo de Napoleón III a Piamonte para unirse a Lombardía, el acuartelamiento de una guarnición francesa en Roma, en defensa del poder terrenal papal, fue decisiva para mantener su apoyo. El presupuesto público destinado al clero y una

legislación favorable a los intereses de la Iglesia fueron las dos principales manifestaciones de estas buenas relaciones entre Imperio e Iglesia. Ello fortaleció su influencia sobre la sociedad. Favorecida en materia de donaciones, la Iglesia aumentó su presencia en la asistencia pública y en la educación. Todo ello fue posible gracias al notable aumento de las congregaciones religiosas y de sus efectivos. Se fundaron hospitales y hospicios católicos, que suplieron las obligaciones del Estado, y la citada Ley Falloux concedió amplias prerrogativas a la enseñanza privada, principalmente religiosa. Se multiplicaron los colegios religiosos, la jerarquía católica ocupó puestos importantes en los órganos de dirección de la enseñanza pública y los curas de los pueblos recibieron potestad para controlar la enseñanza que impartían los maestros de la escuela pública, que incluía una asignatura de religión.

Esta educación constituyó un medio de control social fundamental para inculcar los valores del orden establecido, a saber, la autoridad, la familia y la religión. A ello contribuyeron los colegios religiosos, y también el Estado. Por ley, todos los niños tenían derecho a la enseñanza —para las niñas, la secundaria no llegará hasta la Tercera República— y debía ser el Estado, con el concurso de los departamentos y de los municipios, quien asegurara este derecho. Sin embargo, con un presupuesto exiguo en educación, el Estado apenas invirtió en la construcción y conservación de los edificios escolares. Además, no todos los municipios disponían de escuelas y, en el caso de disponer de ellas, era frecuente que no estuvieran en las condiciones adecuadas. El deterioro, la falta de espacio y la carencia de medios fueron habituales y repercutieron en el escaso rendimiento de una población escolar caracterizada por su absentismo. A ello se sumó un profesorado mal retribuido y escasamente formado en las escuelas normales departamentales, mientras que los religiosos solo necesitaban de un escrito de su obispo para impartir docencia.

Republicanos y socialistas vieron en la educación el medio ideal para llevar el progreso a la población. Su propuesta de educación se asentaba en la ciencia, la razón y la igualdad, e iba dirigida no solo a los menores, sino también a la legión de trabajadores que no habían tenido la oportunidad de formarse. Los librepensadores, algunos de formación autodidacta, impartieron formación a los trabajadores para que estos tomaran conciencia de sus derechos y participaran en la vida política. Muchos de los partidarios de la Comuna fueron parte esencial de este modelo educativo. Excluidos del sistema oficial de enseñanza, Louise Michel y Gustave Lefrançais se comprometieron con una educación innovadora en la pedagogía y revolucionaria en las ideas, que estaba dirigida a formar una nueva sociedad. Escritora, poetisa y educadora, Michel vio vetada su entrada en la enseñanza pública por su negativa a prestar juramento a Napoleón III. Abrió sucesivas escuelas libres donde se impartió una enseñanza integral basada en los ideales republicanos y en la participación activa del alumnado, prohibiéndose los castigos corporales. Impulsó también un servicio de guarderías y otro de comedor para niños y apoyó la creación de escuelas de formación profesional. Otro pedagogo que vio cerrarse las puertas a la enseñanza pública por su oposición al régimen imperial fue Gustave Lefrançais, miembro de la Association des instituteurs et institutrices socialistes y también activo participante en la Comuna.

En la ciudad de París se podían encontrar los modelos de enseñanza comentados. En los barrios del oeste, la burguesía llevaba a sus hijos a escuelas privadas, en gran parte religiosas, quedando las escuelas públicas para los pobres. En el este, las escuelas escaseaban. Apenas existían escuelas privadas y religiosas, mientras que las escuelas públicas, abandonadas por el Estado, eran insuficientes y estaban mal dotadas. El resultado era una población con una tasa de analfabetismo superior a la de la media y que, al comienzo de la

Tercera República, era aún del 20 por ciento. Su índice de escolarización era el más bajo de la ciudad. Se calcula que un tercio de los niños no estaban escolarizados. Por último, en los barrios del centro, los hijos de la pequeña burguesía, principalmente comerciantes y artesanos, llevaban a sus hijos a las escuelas públicas donde, además de una educación elemental, adquirían las habilidades precisas para desarrollar una profesión. Este objetivo, el de formarse para ejercer un oficio, se hacía muy necesario en unos momentos en los que la figura de aprendiz tendía a desaparecer por el proceso de industrialización y degeneraba muchas veces en contratos baratos para menores de edad. Ello motivó que surgiera una demanda de enseñanza profesional, formación que será uno de los objetivos de la Comuna, partidaria de una educación libre y orientada profesionalmente. Esta necesidad de cualificación fue un aliciente para la creación de escuelas especializadas, la apertura de bibliotecas y la impartición de cursos para adultos. Desde ellos se ofreció instrucción y formación profesional, al tiempo que constituyeron plataformas desde donde se difundieron ideas republicanas y socialistas.

El ejército respaldó una política exterior ambiciosa. Se buscaba prestigio político y militar, pero también ganancias económicas. La expansión colonial proporcionó mano de obra barata, materias primas y mercados cautivos, y en el caso de Argelia se pensó en un asentamiento masivo de colonos, que tuvo que apoyarse en otras comunidades mediterráneas —españoles e italianos— a causa de la débil tasa de natalidad francesa. Durante el Segundo Imperio, prosiguió la penetración en África, se obligó a China a abrir sus puertos al comercio francés y se inició la conquista y explotación de Indochina. El intervencionismo del Segundo Imperio llevó al ejército francés a Rusia, Italia y México. En la península de Crimea, británicos y franceses derrotaron al ejército ruso, que amenazaba con ocupar los Balcanes y tomar el control

del estrecho de los Dardanelos. La incapacidad del Imperio turco, el "enfermo de Europa", había obligado a intervenir a los británicos, preocupados por mantener el equilibrio en el continente, y a sus aliados franceses, cuyo emperador aspiraba a convertirse en árbitro de Europa. Dos años después de la victoria en Crimea, se celebró el encuentro de Plombières (1858). En él, Francia comprometió su ayuda a Piamonte en su lucha contra Austria por la unificación italiana. A cambio, Francia recibiría Saboya y Niza. Las victorias aliadas permitieron la liberación de Lombardía, pero no se fue más allá. Ante el temor a una extensión del conflicto, Napoleón III firmó la paz con los austriacos por separado, impidiendo así llevar la unificación hasta el Véneto. Ello enemistó a los nacionalistas italianos con el emperador.

La aventura de México truncó la brillante trayectoria militar y diplomática francesa. Los conservadores mexicanos pretendían instaurar una monarquía que pusiera fin a la república presidida por Benito Juárez. El candidato elegido fue el archiduque de Austria, Maximiliano de Habsburgo, quien fue nombrado emperador con el respaldo del ejército francés. Esta alianza con el Segundo Imperio mexicano le permitiría a Napoleón III frenar la expansión de los Estados Unidos, inmersos en una guerra de Secesión en la que Francia apoyaba a los confederados. Sin embargo, la guerra civil entre los liberales de Juárez y los conservadores se decantó a favor de los primeros, sostenidos por el Gobierno de los Estados Unidos en cuanto terminó su guerra civil. El hostigamiento que sufrían las tropas francesas por las guerrillas mexicanas y el alto coste de la intervención terminaron por decidir a Napoleón III a evacuar sus tropas en 1866. Falto de apoyo exterior, Maximiliano I fue derrotado y fusilado en Querétaro. La aventura mexicana le había costado al Imperio francés la desmoralización de su ejército —sufrió más de 6.000 muertos— y la impopularidad por una guerra que había costado más de 300 millones de francos.

El fracaso en México, la oposición de la Iglesia contraria a la ayuda francesa a la unificación italiana y el descontento empresarial por el tratado de libre comercio con Gran Bretaña de 1860 llevaron al emperador a buscar apoyos entre las fuerzas liberales y las clases trabajadoras. Se inició un periodo de mayor apertura. El Parlamento recuperó cierta iniciativa al obtener los derechos de iniciativa (1860), control presupuestario (1861) e interpelación (1867). También se suprimió la censura previa de la prensa y se anuló la exigencia de autorización para disfrutar del derecho de reunión. Esta liberalización permitió el desarrollo de la oposición republicana y monárquica, pero también de un incipiente movimiento obrero que el régimen pretendía despolitizar y controlar. Con este propósito, el Gobierno concedió el derecho de asociación (1863) y se consintieron las sociedades obreras mutuas, de ahorro, de consumo y de producción. Una delegación de obreros franceses, con permiso y subvención del propio régimen, visitó a sus compañeros ingleses y contactó con los *trade-unions*. El 17 de febrero de 1864, el *Manifeste des soixant*, redactado por el obrero proudhonista Tolain, reclamó mayores libertades y adelantó parcialmente el que será el programa de la Comuna al reivindicar una verdadera democracia, la regulación del trabajo femenino, una instrucción primaria y profesional gratuita, la creación de cámaras sindicales y mayores competencias para las sociedades de ayuda mutua. El 25 de mayo, la huelga dejó de ser un delito y se autorizó siempre que no fuera violenta y se debiera a motivos profesionales. Esta disposición favoreció una oleada de paros en la minería y el textil, que se incrementó en los últimos años del Imperio. En 1868, una nueva ley de prensa y de reunión concedió mayores cuotas de libertad, si bien las autoridades podían disolver las reuniones que tuvieran carácter político. Ese mismo año, las cámaras sindicales, que ya existían en ciertas profesiones, fueron toleradas. En estas nuevas circunstancias, el movimiento obrero

avanzó y la labor de la Primera Internacional, en principio modesta, se afirmó a partir de 1869 por el apoyo a las huelgas y, sobre todo, por el sostén dado a las cámaras sindicales. La Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) las federó y les inculcó una ideología socialista. De esta forma, se arruinaron definitivamente las esperanzas del régimen de integrar a la clase obrera.

A finales de los años sesenta, el régimen imperial estaba falto de apoyos. Así se evidenció tras su derrota en las elecciones legislativas de mayo de 1869, cuando la oposición venció a muchos candidatos oficiales, especialmente en las ciudades, feudos republicanos. Los liberales triunfaron, y monárquicos y republicanos obtuvieron buenos resultados. Entre estos últimos, los radicales lograron un importante triunfo con la elección de Léon Gambetta en los barrios populares de París. Su programa electoral, el Programa de Belleville, condensaba las principales aspiraciones del republicanismo radical. Bajo el lema revolucionario de "Liberté, Égalité et Fraternité", demandaba la república y el sufragio universal; las libertades municipales; la separación de la Iglesia y el Estado; las plenas libertades de reunión, prensa y asociación; la instrucción primaria, laica, gratuita y obligatoria; la abolición de privilegios y monopolios; la elección de los funcionarios; el fin de los ejércitos permanentes; y una reforma económica que resolviera la cuestión social. Estas medidas, similares a las propuestas por la Comuna meses más tarde, pretendían avanzar en la dirección iniciada por la Revolución francesa de 1789. Por su parte, los republicanos moderados, quienes obtuvieron la mayoría del voto republicano, no se cuestionaban todavía el régimen. Desde el posibilismo, demandaron una apertura hacia un régimen parlamentario, logrando que los cuerpos legislativos pudieran presentar proposiciones de ley y que el poder ejecutivo pasara a ser responsable ante el legislativo. Estas últimas reformas del régimen fueron aprobadas por un plebiscito en

mayo de 1870, consulta que se interpretó como un respaldo a la continuidad del Imperio. El Gobierno salió reforzado, pero el resultado de la consulta mostró la división entre la ciudad y el campo, cesura especialmente profunda en relación con la capital. París era republicana. En las anteriores elecciones de 1869, de los nueve escaños que le correspondían al Departamento del Sena, ocho habían ido a parar a manos republicanas, que habían recibido el 69 por ciento de los votos. Al año siguiente, en el plebiscito de mayo, París se opuso a la aprobación de las reformas y, por ende, al régimen imperial. Votaron sí 110.409 parisinos, pero 156.765 negaron su apoyo al emperador.

El plebiscito reforzó al régimen. Monárquicos, liberales y republicanos buscaron una salida dentro del orden vigente, mientras que los "rojos" —en referencia a las fuerzas a la izquierda del republicanismo moderado—, favorecidos por un descontento creciente a causa del estancamiento económico y el consiguiente empeoramiento de las condiciones laborales y de vida, se convirtieron en una amenaza para el régimen. La tensión se acrecentó en las calles. Cualquier lugar era bueno para difundir mensajes revolucionarios y las manifestaciones fueron utilizadas para expresar la oposición al Imperio. El paso espontáneo de la reunión a la manifestación se hizo habitual. Así sucedió con los cortejos funerarios de significados liberales y republicanos. Ya en 1834, el sepelio del general Lafayette, héroe de la primera Revolución, había congregado a unos 60.000 asistentes. El 12 de enero de 1870, se dio sepultura en el cementerio de Père-Lachaise al periodista republicano Victor Noir, muerto por el príncipe Pierre Bonaparte, sobrino del emperador. En Neuilly, domicilio del fallecido, se reunió una multitud cifrada en 20.000 personas. Dirigidas por Rochefort, pretendían escoltar al cortejo fúnebre hasta el cementerio. Marcharon cantando *La Marsellesa*, prohibida por las autoridades, pero en la avenida Wagram la multitud fue dispersada por el ejército. Un mes más tarde se

produjeron altercados en Belleville, que se saldaron con varios muertos y encarcelados, e importantes daños en las propiedades de los comerciantes más impopulares. La gran huelga de la fábrica ferroviaria de Cali mostró el momento álgido del enfrentamiento con la patronal y evidenció el grado de organización que habían alcanzado los obreros. No obstante, y a diferencia de lo que opinaban los blanquistas, los dirigentes de la Primera Internacional consideraban que las condiciones políticas para el triunfo de la revolución todavía no estaban maduras. La guerra contra Prusia cambió completamente esta situación.

El 19 de julio de 1870 estalló la guerra franco-prusiana. Napoleón III pretendía anexionar Luxemburgo a Francia, reforzar su régimen, restablecer la gloria militar tras el fracaso de México y fortalecer el estatus de Francia como gran potencia frente a la creciente pujanza de Prusia. La victoria prusiana en Sadowa no solo había eliminado a Austria como candidata a unificar Alemania, sino que modificó el equilibrio europeo. La unidad alemana suponía una grave amenaza para Francia. Una victoria prusiana ante Francia conduciría a la unificación y reduciría la influencia francesa sobre Europa. También allanaría el camino para la anexión de Alsacia y Lorena, territorios considerados de cultura germánica. Estas fueron las razones de un enfrentamiento que tuvo su *casus belli* en la tensión diplomática originada por la propuesta del general Prim de ofrecer la Corona española —vacante tras el destronamiento de Isabel II— a un príncipe Hohenzollern, oferta que provocó el inmediato rechazo de Francia.

Prusia estaba preparada. Tenía un servicio militar obligatorio y un sistema de movilización que se había mostrado sumamente eficaz en la reciente guerra contra Austria. Su ejército era más numeroso y contaba con la alianza de los estados alemanes, de manera que podía situar en el frente 450.000 hombres, frente a los 350.000 franceses, de los cuales 60.000 servían en Argelia y 6.000 en Roma. A ello

había que sumar la superioridad de mando y técnica prusiana frente a un ejército francés mal dirigido y equipado. La diplomacia también favorecía a Prusia. Francia no contaba con la alianza de Italia y Austria, mientras que Prusia tenía asegurada la neutralidad británica y rusa. Iniciado el conflicto, el ejército imperial sufrió sucesivas derrotas: Wissembourg el 4 de agosto y Froeschwiller el 6. Alsacia fue evauada por Mac-Mahon, Bazaine fue cercado en Metz y el emperador quedó rodeado en Sedan. Allí capituló y fue hecho prisionero el 1 de septiembre. Como mostró Zola en *La Débâcle* (1892), una denuncia del horror de la guerra y de sus consecuencias, el fracaso fue total y condujo al drama de una guerra civil que en breve dividiría a los franceses.

El Segundo Imperio llegó a su fin y se inició un periodo lastrado por la derrota y la inestabilidad, que Daniel Halévy reflejará en *La Fin des notables* (1930). El 4 de septiembre, Léon Gambetta, líder de la oposición republicana en la Asamblea Nacional, proclamó la Tercera República en el Hôtel de Ville de París y llamó a los ciudadanos a defender la patria, identificada con el nuevo régimen. Especial relevancia adquirió la defensa de París. Salvar la capital suponía preservar a la joven República. Esta fe patriótica inspiró su discurso del 21 de septiembre, aniversario de la proclamación de la Primera República. En él, Gambetta recordó que en 1792 "nuestros padres" fundaron la República y juraron defender el suelo sagrado de la patria frente a la agresión extranjera. Triunfaron, y el recuerdo de la Primera República había quedado como ejemplo del heroísmo y de la grandeza nacional[1]. Sin embargo, a finales de 1870, Francia estaba lejos de ser republicana y de vencer en la guerra.

Se constituyó un Gobierno provisional de defensa nacional. Estaba integrado por republicanos moderados —Jules Ferry, Jules Simon y Jules Favre, este último ministro de Asuntos Exteriores— y radicales —Léon Gambetta, ministro del Interior, junto a Emmanuel Arago y Henri Rochefort—.

Era pues un ejecutivo claramente republicano, si bien para tranquilizar el ánimo de los más conservadores, su presidencia recayó en el general monárquico Louis Jules Trochu, gobernador militar de París, y al frente del Ministerio de la Guerra se situó a otro militar monárquico, el general Adolphe Le Flo. Su principal objetivo fue organizar la resistencia contra el ejército prusiano que ocupaba el nordeste. Esta invasión convirtió el conflicto en una cuestión de defensa patria. El Gobierno provisional envió una delegación a provincias, que se instaló en Tours y, posteriormente, en Burdeos ante el avance enemigo.

El 19 de septiembre el ejército prusiano cercó París. El Gobierno quedó sitiado en la capital y estableció su sede en el Hôtel de Ville. Solo en globo o a través de palomas mensajeras se podía comunicar con el exterior. Se iniciaba un penoso asedio de cuatro meses. Durante el invierno de 1870-1871, la hambruna, el frío, las privaciones y los bombardeos terminaron con la vida de cientos de parisinos y minaron la moral de la población. Los alimentos escaseaban y muchos, especialmente el pan, estaban adulterados. Hubo quien vio en la desgracia ajena una oportunidad y acaparó suministros para venderlos a precios elevados en el mercado negro. La brecha entre ricos y pobres, ampliada en los últimos años del Imperio, se incrementó. Muchos burgueses habían huido a sus residencias en el campo ante el avance de los prusianos. Los que se quedaron esquivaron las penurias del racionamiento y mantuvieron un ostentoso consumo. A esta flagrante desigualdad se sumó el sentimiento de impotencia por las noticias de los fracasos militares y la humillación que significó la proclamación del Imperio alemán en la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles el 18 de enero de 1871. Acompañado por los príncipes alemanes y de lo más granado de su oficialidad, y ante las pinturas clasicistas de Charles Le Brun, que glorificaban las victorias de Luis XIV en el Rin, Bismarck proclamó a Guillermo I káiser del Imperio alemán.

Los intentos franceses para cambiar el curso de la guerra fracasaron. Thiers realizó infructuosas visitas diplomáticas a diferentes capitales europeas en busca de apoyo, mientras que Gambetta abandonó París en globo aerostático para organizar la leva de nuevos ejércitos. No fue una tarea fácil. Gran parte de la población no era republicana y se oponía a continuar una guerra que se daba por perdida. Su continuación solo podía acarrear más destrucción. Los ejércitos organizados en provincia no lograron modificar el curso del conflicto y el Gobierno encargó a Thiers y a Favre negociar un acuerdo con Prusia.

En este contexto de penalidades y decepciones por la actuación de su Gobierno, los ciudadanos de París se volvieron más receptivos a las ideas radicales y socialistas. Los ciudadanos deseaban una gestión más eficaz de las cuestiones sociales y un gobierno autónomo para París, con una comuna elegida por su población, algo que le era negado a la capital, precisamente por su condición de tal y su pasado insurgente. Entre la población se difundieron proyectos alternativos, que se debatieron en la prensa, reuniones públicas, clubs, comités y organizaciones revolucionarias, multiplicados a partir de la proclamación de la República. Los ciudadanos, reclutados en los batallones de la Guardia Nacional, participaron en comités de vigilancia republicana, colaboraron en la asistencia pública, asistieron a las reuniones organizadas por los clubs y disfrutaron de una prensa plural y una literatura popular, vehículos de difusión de la crítica social y política. Los habitantes de París compartieron con sus vecinos las penalidades de la vida diaria, confraternizaron con sus camaradas en los batallones, fueron asistidos en comedores cooperativos y asistieron a entierros multitudinarios que, tras los discursos al pie de la tumba, se convirtieron en improvisadas manifestaciones políticas. Se fortalecieron solidaridades, se tejieron redes sociales, se consolidaron lazos comunitarios a nivel de barrio y se propagaron las tradiciones

revolucionarias, pero también las nuevas ideas difundidas por la AIT que, tras la proclamación de la República, intensificó su reorganización.

El proceso revolucionario fue impulsado por varias organizaciones que jugaron un papel importante en la proclamación de la Comuna. Los Comités Républicains de Vigilance et Défense, creados en los distritos para colaborar en la defensa de la ciudad y resolver los problemas de la población asediada, constituyeron una administración espontánea y paralela al ayuntamiento de su respectivo distrito. Se agruparon en un Comité Central Républicain de Défense des Vingt arrondissements que tuvo un marcado carácter político. El 15 de septiembre publicó su primer *Affiche Rouge*. Sus firmantes representaban a todas las tendencias revolucionarias presentes en la ciudad. Había jacobinos, blanquistas, proudhonistas e internacionalistas. En él se exigía la disolución de la policía, hasta ayer bonapartista, y su sustitución por miembros de la Guardia Nacional; la amnistía de los presos políticos; la libertad de prensa, reunión y asociación; el fin de las irregularidades en el racionamiento; la elección de los magistrados; una mayor eficacia en la defensa de la ciudad, que pasaría por una leva de todos los hombres y la participación de la población en la toma de decisiones; y la elección de una Comuna, una municipalidad elegida por los parisinos. A comienzos de 1871, al tiempo que el asedio se prolongaba y sus condiciones empeoraban, la radicalización aumentó. En un clima de libertad de reunión y expresión cada vez mayor, se discutía sobre la defensa de la ciudad y la constitución de una Comuna. Se debatía en clubs como Reine Blanche, en Montmartre; Salle Favié, en Belleville; La Cour des Miracles, en Bonne-Nouvele, o Club de la Patrie en danger, en la calle Arras; y los proyectos se difundían en *La Patrie en danger* de Auguste Blanqui o en *Le Combat* de Félix Pyat.

El Comité Central Républicain de Défense des Vingt arrondissements, que había pasado a denominarse Délégation des Vingt arrondissements, difundió el 6 de enero un

segundo *Affiche Rouge*. Redactado por Jules Vallès, Édouard Vaillant, Gustave Tridon y Émile Leverdays, este nuevo texto exigía intensificar el esfuerzo bélico y criticaba al Gobierno provisional por una pasividad que estaría llevando al país al borde del abismo. El texto terminaba con un llamamiento a la formación de la Comuna de París: *"Place au peuple! Place à la commune!"*, que mostraba el deseo de autogobierno. En un paso más, la Délégation des Vingt arrondissements, junto a la AIT y la Chambre fédérale des sociétés ouvrières, dieron a conocer un programa electoral común y se presentaron como candidaturas socialistas revolucionarias en las elecciones de febrero. Eran el "Parti des déshérités", que obtuvo cuatro escaños —Gambon, Malon, Pyat y Tolain— y que no reconoció la legitimidad de la Asamblea Nacional surgida de estos comicios.

Tras la insurrección del 18 de marzo, la Délégation des Vingt arrondissements retomó el nombre de Comité Central Républicain, pero fue progresivamente eclipsado por el Comité Central de la Garde Nationale y se disolverá el 19 de mayo, si bien muchos de sus miembros formarán parte del Consejo de la Comuna. La Guardia Nacional fue una de las principales protagonistas de las insurrecciones previas a la Comuna. Surgida del contexto revolucionario de 1789, había intervenido, no sin tensiones internas, en los siguientes procesos revolucionarios. Sin embargo, durante el Segundo Imperio pasó a un segundo plano hasta que las circunstancias bélicas de 1870 obligaron al régimen a contar con ella. Integrada inicialmente por miembros de la burguesía, la evolución del conflicto hizo necesario alistar también a los habitantes de los barrios populares. Así, los efectivos de la Guardia Nacional para la defensa de París aumentaron de 60 a 254 batallones, llegando a contar durante el asedio con 200.000 hombres. Este cuerpo armado tenía una tradición democrática en virtud de la cual eran los propios guardias quienes elegían a sus oficiales. Siguiendo esta tradición, se

celebraron, entre mediados de febrero y marzo de 1871, una serie de asambleas cuyo resultado final fue la elección por los delegados de la Guardia Nacional —asistieron los representantes de los distritos populares— de la Fédération Républicaine de la Garde Nationale, que designó un Comité Central de la Garde Nationale integrado por los militantes más destacados de cada barrio, en su mayor parte procedentes del Comité Central Républicain de Défense des Vingt arrondissements. Entre sus integrantes aparecen varios miembros del futuro Consejo de la Comuna, tales como Bergeret, Arnold, Pindy, Varlin, Viard, Allemane, Arnaud, Blanchet, Clémence, Duval, Eudes, Jourde o Ranvier. El Comité Central de la Garde Nationale juró fidelidad a la República, reorganizó los estatutos del cuerpo y se comprometió a no entregar las armas al Gobierno y a impedir la entrada de los prusianos en París.

Estas organizaciones —Comité Central Républicain des Vingt arrondissements y Comité Central de la Garde Nationale—, defensoras de la democracia directa y del derecho de la población a supervisar los asuntos públicos, se convirtieron en poderes paralelos frente a un Gobierno provisional dividido, incapaz y sospechoso de traición, que la población calificaba de "défection nationale". Su descontento por la organización de la defensa de París y su deseo de emprender reformas se manifestó en las insurrecciones del 31 de octubre de 1870 y del 22 de enero de 1871, promovidas por los blanquistas con el objetivo de derribar al Gobierno provisional.

La primera de estas insurrecciones se desencadenó al conocerse la capitulación en Metz del ejército dirigido por Bazaine. Militares y ciudadanos consideraron que el mariscal francés había antepuesto sus convicciones monárquicas y, reacio a obedecer las órdenes de un Gobierno republicano, se había rendido con sus 180.000 hombres al enemigo sin oponer resistencia. A ello se sumó la noticia de que el

Gobierno negociaba la rendición. Miembros de los Comités Républicains de Vigilance et Défense y guardias nacionales procedentes de los distritos populares ocuparon el Hôtel de Ville y retuvieron a varios miembros del ejecutivo. Gustave Flourens, republicano "rojo", propuso la creación de un Comité de Salud Pública y reiteró la exigencia de que no hubiera rendición alguna y la demanda de que se celebraran elecciones municipales. El Gobierno accedió a convocar estos comicios y aseguró que no habría represalias, promesas que le permitieron controlar nuevamente la situación. Un plebiscito refrendó la confianza hacia el Gobierno y, dos días más tarde, las elecciones municipales renovaron a 13 de los 20 alcaldes de distrito. Estos comicios evidenciaron una mayoría republicana en la ciudad, pero también la división entre republicanos moderados, radicales y revolucionarios. Allí donde el Gobierno no cumplió su promesa fue en su compromiso de no reprimir la insurrección. Blanqui y Flourens fueron juzgados en rebeldía y condenados a la pena de muerte. Tres meses más tarde, la derrota de Buzenval mostró la incapacidad para romper el asedio y provocó una segunda insurrección contra el Gobierno provisional reprimida por el general Vinoy, gobernador militar de París, con un balance de 30 muertos. Ambas insurrecciones carecieron de la fuerza suficiente para triunfar, pero inquietaron a las autoridades, temerosas del estallido de una nueva e inminente revolución en París.

El temor a nuevas insurrecciones y el desarrollo del conflicto modificaron la opinión de las fuerzas políticas sobre la guerra. En un principio, la oposición al conflicto había sido amplia, abarcando desde los liberales hasta los internacionalistas, pasando por los republicanos. Sin embargo, tras sucumbir el Imperio, republicanos y socialistas identificaron la guerra con la defensa de la patria y del nuevo régimen republicano. Por el contrario, liberales y monárquicos temían, más que a la ocupación alemana, a una continuación de la guerra

que desestabilizara al país y favoreciera la revolución social, tan temida en 1848. El miedo a la revolución unió a bonapartistas, orleanistas y monárquicos legitimistas, que se sintieron atrapados entre el ejército prusiano y los "rojos". Odiaban al invasor, pero el miedo a los habitantes de los barrios populares era mucho mayor. Este temor social y la convicción de no poder ganar la guerra llevaron al Gobierno provisional a firmar un armisticio el 28 de enero de 1871. Se acordó la entrega de los fuertes que guarnecían París, el desarme de las tropas regulares —no el de la Guardia Nacional—, salvo una guarnición de 12.000 hombres, y la entrada simbólica del ejército prusiano en la capital. La rendición y las condiciones impuestas por los alemanes humillaron a los parisinos, partidarios de mantener la resistencia. No habían sido vencidos, pero sus representantes capitulaban ante el enemigo.

Bismarck quería una paz estable y para ello debía firmarla un poder legítimo. Es por ello que se disolvió el Gobierno provisional y se convocaron elecciones legislativas para el 8 de febrero de 1871. Sería esta nueva Asamblea Nacional, y el Gobierno surgido de ella, quienes decidirían si se aceptaban o no las condiciones de paz exigidas por los alemanes. Estos comicios, convocados con urgencia por sufragio universal, adquirieron así un valor de referéndum sobre la continuación de la guerra. Bonapartistas, monárquicos y liberales querían la rendición. Paz, orden y trabajo eran sus lemas. Los republicanos deseaban continuar la lucha, convencidos de que estaba en juego la pervivencia del nuevo régimen. Los resultados electorales mostraron nuevamente la división entre el campo y la ciudad. Las provincias votaron a las candidaturas monárquicas y las grandes ciudades a las republicanas. En la capital, entre la mayoría republicana, salieron elegidos Gambetta, Blanc, Garibaldi, Hugo, Rochefort, Delescluze, Pyat y Malon. El peso electoral de la Francia rural fue otra vez decisivo y otorgó el triunfo a las

candidaturas monárquicas, reflejando la voluntad de paz del país. La nueva Asamblea, llamada de los "rurales", contó con una mayoría monárquica —dividida en orleanistas y legitimistas— y una minoría liberal y republicana.

El 17 de febrero, la Asamblea Nacional, reunida en Burdeos, eligió a Thiers como jefe del poder ejecutivo. Se esperaba que su dilatada experiencia política y diplomática y su habilidad parlamentaria ayudarían al país a salir de la difícil situación en la que se encontraba. El nuevo Gobierno era de mayoría monárquica, pero también participaron en él republicanos moderados partidarios ahora del fin de la guerra: Jules Favre, ministro de Asuntos Exteriores; Ernest Picard, ministro del Interior; y Jules Simon, ministro de Instrucción Pública. Sus prioridades fueron alcanzar la paz, restablecer el orden y mantener la unidad. Con este fin se alcanzó el Pacto de Burdeos por el cual quedó pendiente la decisión sobre qué régimen adoptar —monárquico o republicano— hasta que se firmase la paz y se restaurase el orden.

En París, la elección de una Asamblea monárquica avivó el deseo de autonomía de sus habitantes. Habían votado a los republicanos, pero se veían postergados por una cámara con la que no se sentían identificados y que podía, previsiblemente, organizar el retorno de la monarquía. A ello se sumó el hecho de que una de las primeras decisiones de la Asamblea fuera instalarse en Versalles, símbolo de la monarquía y bajo ocupación prusiana, y no en París. No podía permanecer en Burdeos, demasiado alejada de la capital donde se ubicaba la administración del país. Sin embargo, las últimas insurrecciones habían mostrado que París, una ciudad controlada por la Guardia Nacional, no era para ella una ciudad segura, circunstancia a la que había que sumar el deseo de los monárquicos de reducir el papel que París jugaba en la vida de Francia. La Asamblea temía una revolución parisina que instaurara una república democrática y social, la "Sociale". El clima en la capital era realmente insurgente. A partir del

24 de febrero, aniversario de la Revolución de febrero de 1848, se sucedieron las manifestaciones republicanas. Su epicentro fue la columna de la Bastilla, monumento que simbolizaba las revoluciones de 1830 y 1848. En estas manifestaciones ondearon banderas tricolores, pero también se dejaron ver muchas banderas rojas, reprimidas en junio de 1848.

En su condición de ministro de Asuntos Exteriores, Favre negoció los términos de la rendición y el 26 de febrero se firmaba el Tratado de Versalles, un acuerdo preliminar. En virtud de las condiciones de paz, se autorizó al ejército prusiano a entrar brevemente en París. Entre el 1 y el 3 de marzo recorrió los Campos Elíseos y desfiló bajo el Arco de Triunfo. El Comité Central de la Garde Nationale había difundido por toda la ciudad el *Affiche Noire*, cartel bordeado por un crespón negro en señal de duelo. En él se solicitaba a los parisinos que evitasen cualquier altercado y permaneciesen en sus casas. La Guardia Nacional levantó barricadas para aislar a los barrios que ocuparía el enemigo. Los monumentos se cubrieron con velos, se cerraron los comercios y en las ventanas y farolas se colgaron banderas y crespones negros. Sin graves incidentes, los prusianos se retiraron, manteniendo el cerco. A la humillación por la rendición se sumaba esta ocupación temporal.

El 10 mayo de 1871 se firmó el definitivo Tratado de Fráncfort. Se opusieron los diputados radicales y los representantes de Alsacia y Lorena. Gambetta, Hugo, Pyat, Blanc, Malon, Ranc y Rochefort dimitieron. A cambio de la paz, Francia cedía a Alemania los territorios de Alsacia y Lorena —un millón y medio de habitantes, un millón y medio de hectáreas y el 20 por ciento del potencial francés en hierro, carbón y acero— y se comprometía a pagar una indemnización de cinco millardos de francos de oro pagaderos en tres años en concepto de reparaciones de guerra. Hasta no hacerse efectivo este pago, los alemanes, que

ocupaban el noroeste de Francia, permanecieron en suelo francés como ejército de ocupación. Francia, uno de los países más ricos del mundo, pagó pronto la indemnización de guerra y, en septiembre de 1873, las últimas tropas alemanas abandonaban el país. Concluía un conflicto cuyas consecuencias fueron decisivas no solo para los dos contendientes, sino para el conjunto de Europa. La caída del Segundo Imperio permitió a Italia ocupar Roma y completar su unificación. Pero, sobre todo, la guerra provocó la rivalidad entre Francia y Alemania, de consecuencias dramáticas en el futuro al ser una de las causas del estallido de las dos guerras mundiales.

En apenas un mes, la Asamblea Nacional y el Gobierno de Thiers dictaron una serie de decretos impopulares que, junto a la rendición, incrementaron la tensión en París: se suprimió el sueldo de la Guardia Nacional, privando de sustento a miles de familias humildes; se ordenó la venta de los objetos depositados en los montes de piedad; se anuló la moratoria del pago de los efectos comerciales y alquileres, por lo que las clases populares debían pagar inmediatamente sus deudas, tras un sitio especialmente penoso en el que muchos talleres y comercios se habían visto obligados a cerrar, dejando en la calle a miles de trabajadores; se nombró al general monárquico Louis d'Aurelle de Paladines comandante en jefe de la Guardia Nacional, decisión que fue rechazada por una asamblea de delegados de este cuerpo; y el general Vinoy, comandante en jefe del ejército de París tras la dimisión de Louis Jules Trochu por la derrota de Buzenval, suspendió seis periódicos republicanos calificados de "rojos": *Le Vengeur*, de Felix Pyat; *Le mot d'ordre*, de Henri Rochefort; *La Caricature politique*, de Pilotelle; *La Bouche de fer*, de Vermorel; *Le Cri du Peuple*, de Jules Vallès, y *Le Père Duchêne*, de Maxime Vuillaume, Alphonse Humbert y Eugène Vermeresh. Todo parecía preparado para un nuevo estallido revolucionario.

DESARROLLO ECONÓMICO, CONFRONTACIÓN TERRITORIAL Y FRACTURA SOCIAL

Durante el Segundo Imperio, Francia disfrutó de un notable desarrollo económico, que solo se vio comprometido a partir de mediados de los años sesenta, cuando el incremento del gasto público, la aventura mexicana, la quiebra de bancos, el cese de la llegada de algodón y la reducción de la demanda del mercado norteamericano por la guerra de Secesión provocaron una crisis francesa, que fue también europea. Hasta entonces, Francia había conocido un largo periodo de crecimiento en el que convivieron los sectores tradicionales, muchas veces de carácter protoindustrial —algodón, seda, muebles o cristalería—, con los modernos —siderurgia, productos químicos y concentración industrial del textil—, a mayor escala y nivel tecnológico. Ello fue resultado de una pausada industrialización influida por el saintsimonismo y su apoyo a la industria como medio para alcanzar el progreso social. El propio Napoleón III, autor de *L'Extinction du paupérisme* (1844), estuvo muy influido por el saintsimonismo, que promovía un capitalismo de cuya riqueza se beneficiarían todos y que, al mejorar la condición de la clase obrera, favorecería la paz social. Esta doctrina depositó su confianza en la acción de una elite de hombres de empresa que promoverían la industrialización, aumentarían la producción y fomentarían el crédito para asentar un sistema bancario inversor. Todo ello bajo las directrices del libre comercio, que aproximaría a los pueblos y alejaría las guerras. Se trataba de atender a las preocupaciones económicas y sociales, dejando a la política en segundo plano. En esta dirección, Napoleón III se embarcó en un ambicioso programa de obras públicas y urbanización de las grandes ciudades, que vino acompañado de la especulación y la corrupción.

Los grandes núcleos industriales se situaron en el nordeste y en la región de Lyon-Saint-Étienne, con importantes

minas de carbón e industrias textiles y metalúrgicas. En París, donde los talleres y las empresas de transformación eran mayoritarios, la industrialización fue progresiva y se vio favorecida por la presencia de una numerosa mano de obra nacional —aunque la tasa de natalidad decreció, la población francesa alcanzó los 36 millones de habitantes (1872)— y foránea —los extranjeros en Francia llegaron a ser más de 700.000 (1876)—, por la proximidad de las fuentes de energía, por la existencia de un amplio mercado de consumo y por la acumulación de capitales, que se invirtieron en el interior del país —obras públicas, ferrocarril y urbanización—, pero que también se exportaron para realizar grandes proyectos, como la construcción del canal de Suez, que se inauguró oficialmente en 1869, o la financiación de la red ferroviaria en España, Italia, Rusia y el Imperio otomano. Estos capitales eran los beneficios de la expansión colonial y de los negocios del interior, que fueron invertidos con éxito en el exterior. Se captó igualmente el dinero de quienes accedían al crédito y se endeudaban para sacar adelante sus pequeños negocios y comercios. Otras veces el capital procedía de los ahorradores que depositaron su dinero en los bancos a muy bajo precio para, a continuación, invertirlo las entidades bancarias en proyectos donde sí se obtenían suculentos intereses. Todo ello se vio favorecido por el apoyo de un régimen, el imperial, que inició una política librecambista.

El sistema financiero que protagonizó este proceso de captación e inversión de capital contó con una poderosa banca. El Banco de Francia, la principal entidad financiera, fue regulado por el Estado con el fin de asegurar, en la medida de lo posible, la estabilidad de un sistema en el que actuaban importante entidades. Los hermanos Péreire fundaron el Crédit Mobilier, dirigido a la inversión industrial, que impulsó numerosos proyectos —ferrocarriles, rutas navieras, minas de carbón, construcción, transporte público y alumbrado de gas—, y el Crédit Foncier, centrado en el

mercado inmobiliario. Rivalizaron con los Rothschild, dinastía financiera europea cuya rama francesa contribuyó decisivamente a la industrialización del país con sus inversiones en minería y ferrocarriles. Su ejemplo fue seguido por otras entidades como la Société Generale y el Crédit Lyonnais, que favorecieron el desarrollo comercial e industrial, extendieron sus sucursales por todo el país y abrieron oficina en Londres. Fue una época de esplendor para el liberalismo económico en la que la Bolsa de París fue testigo de la creación y destrucción de fabulosas fortunas.

Capitalismo e industrialización transformaron el país. Fue un proceso lento, pero inexorable. Los contemporáneos dejaron testimonio de la impresión de vivir un cambio trascendental. Así lo reflejaron las muy celebres y críticas caricaturas de Honoré Daumier, mientras que las enormes posibilidades que abrían los tiempos modernos dieron alas a los protagonistas de las novelas de Julio Verne. Francia se dotó de infraestructuras modernas. Se instaló un extenso sistema de telégrafos y se incrementó notablemente la red ferroviaria —pasó de apenas 1.900 kilómetros (1850) a 17.400 (1870)—, que fue explotada por compañías privadas y tuvo en París su centro neurálgico. En *La Gare Saint-Lazare* (1877), Claude Monet representó este nuevo mundo, con sus humeantes locomotoras y, al fondo, París, comunicada con el resto de Francia gracias a la modernidad[2]. Capital política y financiera, París se convirtió en el principal mercado y núcleo industrial, atrayendo nuevas inversiones. Todo ello favoreció el intercambio y la toma de decisiones, acercando mercados, mejorando el funcionamiento del sistema financiero y favoreciendo un progresivo proceso de industrialización diversificado. Aunque Francia siguió siendo un país de pequeñas empresas, muchos talleres se ampliaron y transformaron en fábricas.

Las ciudades experimentaron un notable crecimiento, ya fuera por su desarrollo industrial —Lyon o Lille— o por su

carácter comercial —Marsella o Burdeos—, hasta casi duplicar su población. Lyon, tras anexionar los municipios colindantes, pasó de 180.000 habitantes (1851) a más de 300.000 (1870); y Marsella aumentó, en ese mismo periodo, de 195.000 a 300.000. Crecimientos similares encontramos en Lille, Burdeos, Saint-Etienne, Nantes, Toulouse y, sobre todo, en París, que recuperó su papel de gran urbe y compitió con Londres por ser la capital mundial. En el centro de estas nuevas urbes se inauguran grandes almacenes. En la capital, Bon Marché (1852), Louvre (1855), Bazar Napoleon (1856), Printemps (1865) y La Samaritaine (1869) abrieron sus puertas a un público diverso que podía comprar artículos a buen precio. Estos almacenes se convirtieron pronto en piezas clave del comercio urbano. Fueron también las ciudades quienes representaron la potencia de sus naciones a través de la organización de exposiciones universales con el objetivo de mostrar los avances alcanzados. La Exposición de Londres de 1851 fue pionera. Bajo el lema "Industrias para todos los países", tuvo un notable éxito. Francia no se quedó atrás y, durante el Segundo Imperio, se organizaron en París dos exposiciones universales. La de 1855, referida a "Agricultura, Industria y Artes", y la de 1867 sobre la "Historia del trabajo, desde la edad de piedra hasta el siglo XIX". Ambas fueron un éxito y sirvieron para mostrar al mundo el esplendor y la modernidad del Imperio. Millones de turistas, un fenómeno en alza, visitaron la capital francesa y pudieron conocer de primera mano las ventajas de la electricidad, los avances de la fotografía y la aplicación a la edificación de nuevos materiales como el acero.

Este mundo urbano se desarrolló alejado del ámbito rural. La profunda división entre la ciudad y el campo dio lugar a una confrontación territorial que aumentó a lo largo de la centuria y explica algunas de las principales claves del devenir histórico francés. La mayoría del campesinado, propietario de sus tierras tras la Revolución, se benefició del

periodo de bonanza económica que caracterizó al Segundo Imperio. La mejora de los medios de comunicación aproximó la oferta a la demanda. La construcción del ferrocarril y la mejora de canales y carreteras permitieron al campo abastecer en mayor cantidad y calidad a unas ciudades en continuo crecimiento, al tiempo que las oportunidades de exportación aumentaron y la industrialización favoreció el desarrollo de productos como la seda y el vino. El incremento de la demanda aumentó el valor de las tierras de un campesinado poco propicio a los cambios. Su conservadurismo contrastaba con el progresismo de las ciudades. Esta división se comprueba atendiendo a los resultados de las elecciones y plebiscitos celebrados durante este periodo. El voto del campo fue, a grandes rasgos, monárquico y conservador y el de las ciudades republicano y progresista. La caracterización de Francia como un país eminentemente rural —aproximadamente, casi dos tercios de la población vivían de la tierra— explica que los sucesivos parlamentos elegidos hasta bien avanzado el siglo XIX fueran de mayoría monárquica. El peso electoral del campesinado, sobre todo a partir del establecimiento del sufragio universal en 1848, fue decisivo en el triunfo de las opciones conservadoras.

El crecimiento constante de las ciudades fue posible gracias al éxodo rural, favorecido por el desarrollo del ferrocarril —las litografías de Daumier caricaturizaron las incomodidades y el hacinamiento en los vagones— y la atracción que ejercían las urbes y sus zonas industriales. Se calcula que, durante el Segundo Imperio, un millón de franceses se instalaron en los suburbios de las ciudades. En 1801, París contaba con 600.000 habitantes, cifra que, en 1851, era ya de un millón. Posteriormente, en 1860, la ciudad se extendió hasta las fortificaciones levantadas por Thiers entre 1840 y 1846. Absorbió la *petite banlieue*, nombre con el que se designaba a las comunas periféricas: en la orilla derecha, Les Batignolles, Montmartre, La Chapelle, La Villete y Belleville

conformaron los nuevos XVII, XVIII, XIX y XX *arrondissements*; y, en la orilla izquierda, Bercy, Ivry, Montrouge, Grenelle y Vaugirard los distritos XIII, XIV y XV. Esta partición le sirvió al Gobierno para fragmentar a las comunas más revolucionarias. Belleville, que contaba con 40.000 habitantes poco partidarios del orden establecido, quedó dividida entre cuatro *arrondissements* —X, XI, XIX y XX—. Dentro de estos nuevos límites, París superó el millón y medio de habitantes en 1861 y se aproximó a los dos millones a finales del Imperio. Era la ciudad más poblada del continente, por detrás de Londres. Efectivamente, la capital británica experimentó un crecimiento espectacular en el siglo XIX al pasar de apenas un millón de habitantes en 1800 a más de tres millones en 1870. Además, Londres era el principal núcleo industrial del Reino Unido, el mayor centro financiero mundial y contaba con un puerto en incesante actividad. Sin embargo, la influencia de París sobre el conjunto de Francia fue siempre mayor a la de Londres sobre Inglaterra.

En estas ciudades en crecimiento convivió una compleja y polarizada sociedad. En su cumbre reinaba una minoría formada por banqueros, industriales y grandes comerciantes, a los que se sumaban altos funcionarios del régimen y terratenientes de provincia, que tenían su residencia en la capital. A continuación, se ubicaba una clase media acomodada integrada por profesionales liberales, funcionarios, ejecutivos de empresas y rentistas, tanto propietarios de tierras como de pisos, en ocasiones de edificios enteros. Todos ellos fueron los grandes beneficiados de la bonanza económica y quienes disfrutaron de las ventajas de la modernidad y del ocio que esta proporcionó. Son quienes protagonizan *La Musique aux Tuileries* (1862), de Édouard Manet, y quienes pasean despreocupados bajo la lluvia por los amplios bulevares en *Rue de Paris, temps de pluie* (1877), de Gustave Caillebotte[3]. Por debajo de ellos se situaban los comerciantes, artesanos, trabajadores cualificados, empleados y

oficios varios. De ellos, aumentaron en número los dependientes de comercio, los empleados bancarios, los responsables de los hoteles, los encargados del incipiente turismo y los empleados públicos. El resto se agrupaba en las clases bajas —trabajadores sin cualificar, domésticos y a tiempo parcial—, que trabajaban en precario dado que eran fácilmente sustituibles al no requerir su trabajo una cualificación especial, y las clases marginales que componían lo que, en términos marxistas, se llamó lumpemproletariado, formado por mendigos, vagabundos, prostitutas, timadores, rateros y delincuentes.

La clase obrera creció a medida que aumentó la concentración industrial. El desarrollo de la metalurgia y del textil permitió la formación de concentraciones obreras en París, el noreste y en la región de Lyon. Junto a las grandes manufacturas textiles con más de 5.000 trabajadores —Oberkampf en Jouy-en-Josas o Dreyffus en Alsacia—, surgieron fábricas metalúrgicas. La más grande fue la de Schneider en Le Creusot, con más de 10.000 trabajadores. En París, la metalurgia ferroviaria Cail en Grenelle daba trabajo a 3.000 obreros. A esta industria se sumaba la fábrica de locomotoras Govin, en Bagtinolles; los talleres del ferrocarril del norte en La Chapelle; la fábrica de armas del Louvre, que daba trabajo a cientos de obreros; la maderera Latry, en Grenelle, con medio millar de obreros; la empresa Thibouville, en la calle del mismo nombre, que fabricaba pianos y contaba con algo más de 200 obreros; la fábrica de gas de Vaugirard, que proporcionaba empleo a 200 obreros; la peletera Dufort, en la rue Saint-Charles, donde trabajaban unos 160 obreros; o la fábrica de productos químicos de Javel, que empleaba a 150. En estas industrias, los obreros realizaban un trabajo deshumanizado, que las máquinas convirtieron en tedioso y peligroso. Sometidos a una férrea disciplina y a un excesivo horario laboral, estaban obligados a trabajar muchas horas para lograr un salario suficiente.

Pero esta industrialización fue parcial. El taller y la pequeña industria dominaban el tejido industrial. En ocasiones, la manufactura y el comercio iban de la mano y el taller ocupaba la parte trasera de la tienda abierta al público. La mitad de los patronos trabajaban solos o con un único empleado, apenas un 10 por ciento contaban con 10 empleados y solo unas 400 empresas alcanzaban los 500 trabajadores. Esta mayoría de pequeños y medianos talleres, muchos de los cuales se mantenían con dificultades, eran empresas de confección —la industria del vestido conoció un importante auge por el gasto del Estado y de la corte imperial—, orfebrería, objetos de metal, ebanistería, tintes y "artículos de París" —joyería y accesorios de moda, instrumentos de música, ornamentación y decoración, etc.—, que daban fama a la ciudad. Gran parte de esta producción se dirigió a abastecer a su propio mercado, si bien las exportaciones fueron en aumento. Los bienes de lujo en los que París se había especializado tenían un gran éxito en las provincias y en el extranjero.

Progresivamente este entramado empresarial fue dando paso a nuevas industrias. Se produjo una gradual transformación del artesanado tradicional. Fue el caso de la confección, el calzado y el mueble, producciones poco mecanizadas y, a menudo, realizadas en el domicilio por mano de obra principalmente femenina y a través de subcontratos. La producción en el propio domicilio o en pequeñas empresas permitía reducir costes. El local y la energía corrían por cuenta del trabajador, que quedaba sometido a las exigencias de una producción a destajo o sobre pedido, muchas veces tan opresivas como las existentes en las grandes fábricas. Víctimas de la competencia de las casas de confección y de los grandes almacenes, muchos artesanos, hasta entonces independientes y orgullosos de ejercer un oficio, tuvieron que someterse a trabajar para otros e, incluso, cerrar su taller y engrosar las filas del nuevo proletariado. Fruto de este proceso, el número de talleres descendió a la par que se consolidó una incipiente industria.

Esta industrialización vino acompañada de avances tecnológicos, que llevaron a la aparición de nuevos oficios, como el de electricista, pero también a la extinción de otros. El aguador dejó de tener utilidad en los nuevos barrios dotados con agua corriente. La confección se benefició de la difusión de las máquinas de coser, los carpinteros comenzaron a utilizar sierras mecánicas, los productores de los "artículos de París" contaron con nuevos métodos de tintado y quienes trabajaban el cuero vieron facilitada su labor por el uso de cuchillas mecánicas. Esto tuvo ventajas evidentes para la producción, pero fueron en contra de los intereses de los artesanos. Su cualificación dejó de ser necesaria y ello se tradujo en un empeoramiento de sus condiciones laborales.

El proceso de degradación entre los artesanos y trabajadores cualificados de París y las difíciles condiciones laborales de los no cualificados provocaron una grave fractura social, que explica las tensiones e insurrecciones que se sucedieron hasta la Comuna. Émile Zola reflejó magistralmente esta brecha al describir las condiciones de vida y de trabajo de los mineros del carbón en *Germinal* (1885). Realizó una labor previa de investigación que le llevó a visitar los pozos y a entrevistarse con los mineros. En su novela nos habla de interminables jornadas laborales para hombres, mujeres y niños a cambio de escasos jornales, del contraste con la opulencia en la que vivían los propietarios de las minas y de los orígenes del sindicalismo. Era una muestra de cómo la revolución liberal había garantizado una teórica igualdad de derechos, pero el capitalismo había introducido profundas desigualdades económicas y sociales, que apenas contaban con medidas paliativas más allá de la beneficencia y de la caridad. El Estado, con su presupuesto hipotecado por las obras públicas en el interior y las aventuras militares en el exterior, tampoco ofreció una solución a los más desfavorecidos. Al contrario, disminuyó su papel en la asistencia social y médica, aumentando el descontento entre la

población hacia una administración que no le resolvía sus problemas más acuciantes. La reducción del presupuesto público obligó a que tuvieran que ser las propias familias las que se encargaran de la asistencia de los suyos y fomentó la formación de sociedades mutuas y cooperativas. El régimen vio con buenos ojos la formación de estas asociaciones, pero también temió que, como así ocurrió, se convirtieran en centros de difusión de ideas revolucionarias. Para evitarlo fueron objeto de vigilancia por la policía imperial, siempre dispuesta a controlar y reprimir cualquier actuación que pudiera poner en riesgo la estabilidad del régimen.

La clase obrera, que creció al calor de la industrialización, vivía en condiciones lamentables. Su salario, generalmente insuficiente —las mujeres cobraban la mitad—, debía destinase a las necesidades más básicas para la subsistencia familiar, sufrían frecuentes accidentes de trabajo e intoxicaciones por el manejo de sustancias peligrosas —plomo, mercurio y fósforo— y tenían horarios laborales extenuantes —solo libraban los domingos y podían trabajar hasta 16 horas diarias—, que no distinguían entre adultos y niños en edad de jugar y escolarizarse. Los menores podían trabajar legalmente desde los ocho años, si bien muchos comenzaban a trabajar antes por culpa de una insuficiente y permisiva inspección de trabajo. Procedentes en su mayor parte del éxodo rural, los obreros y sus familias vivían en las zonas más degradadas del centro o hacinados en la periferia. Su nutrición, alojamiento y condiciones higiénico-sanitarias eran deplorables. "Medio París duerme entre la emanaciones pútridas de los patios, de las calles y de los albañales", escribió Balzac en *La muchacha de los ojos de oro* (1835). En estas circunstancias, fue habitual que la población padeciera enfermedades como el cólera, el tifus o la tuberculosis, que se difundió entre los trabajadores del textil a causa de las condiciones de humedad en la que trabajan principalmente mujeres y niños. Todo ello explica que la tasa de mortalidad,

en especial la infantil, fuera muy elevada entre los obreros, quienes solían terminar su existencia en el anonimato de las fosas comunes.

Esta población en riesgo de marginalidad optó por diferentes salidas. Fueron frecuentes la resignación, la desmolarización y el abandono. Las tasas de suicidios e infanticidios eran muy elevadas, así como las de alcoholismo. Con escasos recursos y fuertemente endeudados, la bebida fue una salida habitual a su dramática situación. Mujeres solas o viudas, hijos naturales y huérfanos o jubilados solteros eran los más desprotegidos. Entre ellos eran usuales los trastornos mentales. Miles de mujeres fueron internadas en centros psiquiátricos, muchas veces por sus propios familiares. Su mal era la melancolía. La podemos adivinar en la mirada triste de la mujer que pintó Edgar Degas en *Dans un café* o *L'Absinthe* (1876)[4]. Las más pobres corrían peor suerte y eran internadas en asilos públicos, que reunían muy malas condiciones de internamiento y donde eran objeto de experimentación. Las otras grandes víctimas fueron los menores. La delincuencia juvenil se extendió. Miles de huérfanos mendigaban y la necesidad les conducía a la prostitución o les obligaba a convertirse en pequeños ladrones, con los riesgos de toda índole que ello suponía. Están representados por la figura del Gavroche que describe Victor Hugo en *Les Misérables*. Es ese niño desamparado que para salir adelante termina convertido en un pilluelo, un niño cuyo comportamiento llega a ser heroico al tiempo que pícaro.

La burguesía parisina despreciaba a estos desfavorecidos y temía el desorden social que pudiera causar una población que, para sobrevivir, se veía abocada a la criminalidad o a la prostitución. Todo aquel que no tenía medios para subsistir era sospechoso. Al inicio de su *Histoire des classes ouvrières et des classes bourgeoises* (1838), el periodista bonapartista Adolphe Granier de Cassagnac dedicó un capítulo a la "Idée générale du prolétariat". En él afirmaba que el proletariado estaba compuesto por obreros, mendigos, ladrones y

prostitutas. La ausencia de toda propiedad les hacía trabajar, pero también mendigar, robar o prostituirse. Según su fuerza psíquica y moral, su educación y su carácter caían en una o en otra condición. Años más tarde, y bajo la influencia del sociólogo Frédéric Le Play, Denis Poulot estableció en *Le Sublime ou le travailleur comme il est en 1870, et ce qu'il peut être* (1870) diferentes tipos de trabajadores según su grado de ebriedad, capacidad de trabajo, relación con sus compañeros y modelo de familia.

Estos prejuicios hacia los más desfavorecidos aparecen también en los textos de Honoré-Antoine Frégier, funcionario de la prefectura del Sena y autor de *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes, et des moyens de les rendre meilleures* (1840), obra premiada por la Académie des Sciences Morales et Politiques del Institut de France. Para Frégier, el indigente, sin trabajo ni domicilio conocido, era uno de los principales enemigos de la sociedad. A este estado de opinión colaboró la prensa conservadora, que fomentó el miedo social con publicaciones sensacionalistas sobre los sucesos más atroces. Fue el momento de la criminología y de la novela negra y policiaca. Los relatos de intriga de Émile Gaboriau mostraron los avances de la policía científica y se leían con avidez las obras de Edgar Allan Poe y las narraciones de Balzac. Las prisiones ya no eran suficientes ni seguras. Eran muchas las historias que se contaban sobre evadidos y que, sin duda, influyeron en la creación del personaje de Jean Valjean, protagonista masculino de *Les Misérables*. Fue por ello que, a los que se les consideraba más indeseables, se les deportó a la Guayana o a Nueva Caledonia. Allí, la mala alimentación, el duro trabajo y las múltiples epidemias causaban elevadas tasas de mortalidad. La deportación era la "guillotine sèche", nombre con el que se hacía referencia a la penitenciaria ubicada en la isla del Diablo, en la Guayana.

Durante los últimos años del régimen imperial, las condiciones de vida y laborales de las clases trabajadoras se

deterioraron aún más por el incremento de los precios —en especial de alimentos y alquileres— por encima del aumento de los salarios, el auge del liberalismo en materia social y la presión patronal acuciada por la competencia. El aumento de las diferencias sociales, así como la creciente precariedad de los artesanos y trabajadores por cuenta propia a causa del progreso de la industrialización, crearon el caldo de cultivo para la difusión de ideas revolucionarias en las ciudades, donde empleados, estudiantes, profesionales liberales e intelectuales constituyeron un inquieto medio revolucionario muy vigilado por las autoridades. Los miedos y prejuicios explican que se reprimiera, con dureza y sin apenas signos de arrepentimiento, todo proceso revolucionario que fuera más allá de los propósitos de la burguesía, especialmente las peligrosas revoluciones de junio de 1848 y la Comuna de 1871. Ambas insurrecciones fueron momentos álgidos de un movimiento de protesta que acompañó al proceso de industrialización. A las tradicionales rebeliones contra las quintas, las carestías o la especulación, que estallaban cuando se vulneraba lo que Edward P. Thompson denominó "economía moral de la multitud", se sumaron nuevos modelos de protesta. El ludismo destruyó las máquinas que causaban el desempleo de los trabajadores y el cartismo inglés reivindicó la democracia social y política. Solo si podían votar y elegir a sus propios parlamentarios, los trabajadores podrían defender sus derechos e intentar cambiar una legislación que privilegiaba a unos pocos y estaba el origen de su pobreza. Eran los inicios del movimiento obrero.

LA TRANSFORMACIÓN URBANÍSTICA DE PARÍS

A mediados del siglo XIX, la ciudad de París conservaba un trazado urbano de herencia medieval con calles estrechas y sinuosas. Los edificios eran antiguos y tenían escasas

condiciones higiénicas. Ello facilitaba la difusión de enfermedades. Especialmente graves fueron las epidemias de cólera de 1832, 1839 y 1848-1849, enfermedad que reapareció a mediados de los años cincuenta y de los sesenta, y que se cobró decenas de miles de vidas, principalmente en los densos y mal saneados barrios populares. El prefecto de París y ejecutor de su reforma urbanística, Georges-Eugène Haussmann, recordaba en sus *Mémoires* (1890-1893) los céntricos e insalubres callejones que había recorrido en su juventud. La ciudad estaba enferma, minada por sus limitaciones urbanas y por las desigualdades sociales. Miles de sus habitantes estaban condenados a una marginación colectiva de la que surgió una sociedad paralela novelada por contemporáneos como Eugène Sue. En su exitosa obra *Les Mystères de Paris* (1842-1843), Sue mostró cómo el pueblo podía llegar a situaciones límites de violencia o prostitución como consecuencia de una vida miserable. En consonancia con esta literatura, Louis Chevalier concluía, en *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX*e *siècle* (1958), que la masiva inmigración y su aglomeración en la capital en malas condiciones sanitarias y psicológicas había conducido a un aumento de la criminalidad. A través del análisis de la literatura, de los textos de los reformadores sociales y del recurso a las estadísticas, Chevalier afirmaba que la miseria, el desempleo, las malas condiciones de vida y la explotación laboral habían convertido a las clases trabajadoras en "peligrosas" para el orden establecido. Podían recurrir a la indigencia o la prostitución, enloquecer o alcoholizarse, ceder ante la idea del suicidio, o terminar delinquiendo. La frontera que separaba a la miseria del crimen era muy estrecha. Estos miles de personas se hacinaban en condiciones miserables en los barrios del viejo París que serán demolidos.

Se calcula que en la reforma urbanística se vio afectada la mitad de la ciudad. Habían sido varios los intentos previos

para remodelar París, pero fue durante el Segundo Imperio cuando se realizó una obra de tal envergadura. Con Napoleón III se dieron por fin las condiciones para llevar a cabo la reforma. El naciente régimen imperial estaba deseoso de emprenderla. En sus años de exilio, el emperador había vivido en Londres y quería alcanzar el esplendor de la capital inglesa, que aprovechó la destrucción de su entramado medieval durante el *Great Fire* (1666) para edificar un nuevo centro con mejores edificios, comunicaciones y condiciones sanitarias. Además, contaba con la capacidad para realizarla con éxito. La dilatada duración del régimen y su poder autoritario fueron factores fundamentales para realizar este ambicioso proyecto urbanístico. Para su ejecución el emperador delegó en Haussmann, el nuevo prefecto del Sena. En junio de 1853, apenas siete meses después de la proclamación del Segundo Imperio, recibió el encargo de remodelar París, empresa para la cual contó con el pleno respaldo del emperador hasta que, a comienzos de 1870 y a causa de los continuos escándalos financieros, perdió su confianza y fue destituido, pocos meses antes de la caída del Imperio.

Napoleón III pretendía transformar París en la capital de un imperio que, emulando el pasado de Roma, se convirtiera en el corazón de la civilización europea. Para mayor gloria del régimen se cambiaron los nombres de las calles, aprovechando la profunda remodelación de la ciudad. Las nuevas calles de París recibieron el nombre de las grandes victorias del Segundo Imperio en Crimea —L'Alma, Malakoff, Sébastopol— y en Italia —Magenta, Solférino, Palestro y Turbigo—. Se querían edificar casas más salubres y calles más seguras y anchas. En ellas el tráfico sería mucho más racional y fluido. Era también la oportunidad para aplicar los avances de la tecnología. Aparecieron tranvías de tracción animal, se instaló un nuevo mobiliario urbano —farolas de gas, kioscos, monumentos y fuentes— y el ferrocarril llegó a las puertas de la ciudad.

La modernización no fue el único fin de la reforma. París había sido el principal foco revolucionario europeo y las reformas de la ciudad estuvieron también dirigidas a impedir nuevas insurrecciones en el que era el centro neurálgico de la Administración francesa. En París se ubicaban ministerios, direcciones y demás servicios estatales. Quien dominara París controlaría Francia. Hasta entonces, los revolucionarios se habían beneficiado del entramado urbano. Sus estrechas calles permitían la construcción y defensa de barricadas, así como la pronta propagación de los brotes revolucionarios en unos barrios donde la población vivía hacinada y en unas condiciones de vida que la predisponían para la insurrección. Era preciso cambiar todo ello. Las calles de París debían ser el escenario de fastuosos desfiles que mostrasen la grandeza del Segundo Imperio, no foco de nuevas revoluciones. Las barricadas permitían a los insurrectos impedir el avance de las fuerzas del orden. Pero en los nuevos bulevares, el ejército podría desplazarse con facilidad y acceder con rapidez a cualquier punto de la ciudad. Blanco fácil de la artillería, una carga de caballería podría tomar cualquier barricada levantada en las amplias avenidas del nuevo París. A ello se sumaba que los edificios oficiales, especialmente los cuarteles, se desplazaron al interior de la ciudad y que las tropas de provincias podían trasladarse rápidamente en ferrocarril hasta las estaciones de la capital, situadas en el centro y con salida directa a los amplios bulevares. La facilidad con que las tropas de Versalles ocuparon en mayo de 1871 los nuevos barrios muestra con qué efectividad se cumplió este objetivo. A esta voluntad de controlar la capital respondió también la nueva administración territorial que Haussmann fijó a partir de 1860. Dirigida por el prefecto del Sena, y por un prefecto de policía que tenía a su mando a los comisarios de barrio con la responsabilidad de mantener la seguridad, se creó toda una jerarquía para dirigir la ciudad con el apoyo de la *marie* o ayuntamiento de cada

distrito. La *marie* representaba al poder central y se constituyó en el centro administrativo por excelencia al que debían acudir los parisinos. Desde cada ayuntamiento se administraban los servicios municipales, tales como escuelas, hospitales y hospicios.

La reforma urbanística, acompañada de un vasto programa de obras públicas, absorbió gran parte de los excedentes de capital y derivó pronto en una especulación inmobiliaria a gran escala. Próximos al poder, los especuladores tenían información privilegiada y conocían anticipadamente los futuros planes de expansión urbana. Eso les permitía comprar los terrenos a bajo precio y enriquecerse al vender por un valor mucho mayor los nuevos edificios allí construidos. De esta forma, los promotores inmobiliarios lograron grandes fortunas. En el caso de que el terreno estuviera ocupado por viviendas, eran las autoridades las que emprendían y costeaban el proceso de expropiación y derribo, para lo cual se tenían que endeudar. A continuación, los terrenos eran vendidos a los promotores, quienes se encargaban de edificar los edificios y ganaban cuantiosas sumas al venderlos a sus nuevos propietarios. Este sistema provocó un aumento del endeudamiento público, mientras que promotores y constructores incrementaron sustancialmente sus beneficios.

El naturalismo literario de Émile Zola reprodujo con todo detalle esta realidad. En *La Curée* (1872) y en *L'Argent* (1891), novelas que pertenecen a la serie *Les Rougon-Macquart. Histoire naturelle et sociale d'une famille sous le Second Empire*, se mostró la Francia del Segundo Imperio a través del retrato de la familia Rougon-Macquart. La ficción se basó en la realidad de una sociedad donde el objetivo era alcanzar el éxito económico y social, sin importar los medios para alcanzarlo. París estaba en manos de especuladores que se beneficiaron del propósito del régimen imperial de destruir la ciudad vieja para edificar otra acorde con los nuevos tiempos. Su protagonista, Aristide Saccard, se identifica con una

sociedad ansiosa de poder y no duda en estafar para alcanzar fortuna y posición social. Zola nos describió el mundo de los negocios, la especulación inmobiliaria, la política y las protestas populares, y mostró las consecuencias de la reforma urbanística. Interesado en la difícil convivencia entre tradición y modernidad, expresó la nostalgia por el pasado y reflejó los cambios experimentados por la ciudad.

La transformación de París ocupó a una abundante mano de obra, demanda que ayudó a paliar el problema del desempleo. Fueron miles los trabajadores utilizados para el derribo y posterior construcción de los nuevos edificios. Gran parte de ellos fueron inmigrantes. Habían abandonado sus regiones de origen en busca de una vida mejor y se sumaron a la masa de trabajadores sin cualificar que habitaban los barrios pobres de la ciudad. Unas 450.000 personas llegaron a París procedentes de provincias durante el Segundo Imperio, de tal manera que, a mediados de los años sesenta, apenas un tercio de los habitantes de París habían nacido en la capital. La progresiva modernización del campo impulsó esta emigración a las grandes ciudades, especialmente a la capital donde la industrialización, las obras públicas y la construcción ofrecían posibilidades de encontrar un puesto de trabajo. Se calcula que hacia 1865 algo más de una quinta parte de los trabajadores de París estaban empleados en la construcción. Esta situación se mantuvo hasta finales del régimen imperial, cuando la crisis repercutió en la construcción, provocando un aumento del desempleo y el descontento de los obreros, muchos de los cuales radicalizaron sus posiciones políticas.

Los resultados de esta reforma urbanística fueron espectaculares. Se construyeron los actuales bulevares de la capital francesa —Sebastopol, Saint-Michel, Montparnasse o Saint-Germain—, flanqueados por largas hileras de árboles y con nuevos edificios construidos con gruesos bloques de piedra

de sillería, cuyas fachadas tenían las mismas características y altura. Rectas y anchas, estas nuevas avenidas convergían en grandes plazas —République, Italie, Étoile, Denfert-Rochereau, Nation o Arc de Triomphe—. En aras de una mejor ordenación urbana, se abrieron dos grandes ejes rectilíneos, que coincidían en la amplia Place de Châtelet. El primero, en dirección norte-sur, a través del Boulevard Sébastopol y el Boulevard Saint-Michel; y el segundo, en dirección este-oeste, que conectaba la calle Rivoli con los Campos Elíseos. Para llevar el ferrocarril a las puertas de la ciudad se construyeron la estación de Lyon (1855) y la estación del Norte (1865). El nuevo mercado de abastos de París, Les Halles, descongestionó el tráfico y resolvió problemas de higiene. Constaba de 10 pabellones de estructura de hierro y cubiertas de cristal. Supuso una renovación total. Se mejoró el suministro de agua —al finalizar el Imperio solo la mitad de las viviendas disponían de agua corriente—, el alumbrado por la noche ofreció una mayor sensación de seguridad y se restauró y amplió el sistema de alcantarillado para evitar la insalubridad de las aguas residuales, renovando los oscuros pasadizos que se ocultaban bajo la ciudad y que tan detalladamente narró Victor Hugo en *Les Misérables*. Por supuesto, todo ello en los nuevos barrios edificados para la burguesía. Los habitados por los trabajadores no conocieron estos avances y fueron ajenos al surgimiento de la "Ciudad de la luz".

Se dotó a París de amplios espacios verdes. Dos antiguos cotos de caza reales se convirtieron en dos inmensos parques situados en ambos extremos de la ciudad. Estos dos nuevos espacios de sociabilidad y recreo fueron el Bois de Boulogne, al oeste de la ciudad y por donde paseaban las clases pudientes; y el Bois de Vincennes, al este de la ciudad y lugar de esparcimiento para las clases trabajadoras. También se crearon parques de menor tamaño en el interior de la ciudad con el fin de introducir la naturaleza en el casco urbano. Con motivo de la Exposición Universal de 1867 se inauguró

Buttes-Chaumont y, dos años más tarde, Montsouris, dos de los más bellos parques de París. En otras ocasiones, se remodelaron parques ya existentes como el parque Monceau.

La remodelación de París fue objeto de numerosas críticas. En el orden económico, se acusó al sistema de especulador y corrupto, al tiempo que aumentó el déficit público. Estéticamente, arquitectos y artistas denunciaron la excesiva monotonía de la arquitectura de los nuevos edificios, donde se impuso la línea recta. Además, la masiva destrucción de edificios despertó la conciencia de quienes consideraban que se estaba yendo demasiado lejos en la destrucción del viejo París. En *Les petits bourgeois* (1855), novela perteneciente a *La Comédie humaine*, Balzac describió a las clases medias y narró su ascenso social. Mostró la ciudad y la vida en ella, lamentando la rápida destrucción de este viejo París, víctima de la reforma urbanística y de los cambios sociales y económicos. Estaban desapareciendo los profundos callejones y las antiguas viviendas donde se ocultaron Jean Valjean y Cosette, protagonistas de *Les Misérables*, de las miradas inoportunas de los curiosos. En su poema *Le Cygne* (1860), Baudelaire escribe con melancolía:

Ha fecundado de pronto mi memoria fértil.
Cuando yo atravesaba el nuevo Carrousel.
El viejo París terminó (la forma de una ciudad
cambia más rápido, ¡ah!, que el corazón de un mortal);
[...]
¡París cambia!, ¡pero nada en mi melancolía
se ha movido! Palacios nuevos, andamiajes, bloques,
viejos arrabales, todo para mí vuélvese alegoría,
y mis caros recuerdos son más pesados que rocas.

El propio Haussmann fue consciente de que estaba desapareciendo una parte importante de la historia de la ciudad. Con el fin de dejar testimonio de este pasado se crearon

instituciones para reunir y catalogar lo que se estaba perdiendo. Entre 1862 y 1865 se puso en marcha el Service des travaux historiques de la Ville de Paris. Este organismo surgió de la constatación del grave quebranto que estaba sufriendo el patrimonio cultural. En la introducción a *Exposition universelle de 1900. Ville de Paris* (1900), una de las publicaciones de este Service des travaux historiques, se hacía referencia a la necesidad de crear esta institución en un momento en el que a diario se destruían valiosos vestigios del pasado. Para guardar la memoria del viejo París se acudió a uno de los más célebres inventos de la época: la fotografía. En 1862 se contrató al fotógrafo Charles Marville para registrar los cambios en el paisaje urbano. Fotógrafo oficial del municipio, las fotografías de Marville son un documento de primer orden para mostrar el cambio de la fisonomía de París. En ellas aparecen las sinuosas calles en trance de desaparecer, pero también los nuevos bulevares y las periferias parisinas donde malvive la población trabajadora expulsada de la ciudad o inmigrante. El Service des travaux historiques le encargó recopilar sus fotografías de las viejas calles antes de ser derribadas. El resultado fue publicado en *Album du Vieux-París* (1865).

La principal consecuencia de esta profunda transformación fue la ruptura del equilibrio y la segregación social del espacio urbano. Desapareció la anterior división de los edificios en los que convivían, aunque en muy diferentes condiciones, los distintos estratos sociales. Hasta entonces, todas las clases sociales habían habitado un mismo edificio. La burguesía ocupaba el segundo piso y los trabajadores, según su capacidad, el tercero, cuarto o quinto. Por último, los empleados de la casa, estudiantes y artistas con pocos recursos habitaban las habitaciones que daban al tejado, las buhardillas que se conocen con el nombre de mansardas. Tras la remodelación urbanística, los nuevos edificios se destinaron casi exclusivamente a las clases acomodadas. Solo

las buhardillas quedaron reservadas a las empleadas del hogar. La difusión de los ascensores permitió esta homogeneización, así como una mayor altura de los edificios. El elevador había sido una de las estrellas en la Exposición Universal de París de 1867 y se instaló no solo en los edificios destinados a viviendas, sino también en los grandes almacenes.

La burguesía mejoró su calidad de vida gracias a sus nuevas viviendas y amplios bulevares, que nada tenían que envidiar a los mejores barrios londinenses. En estas avenidas, eliminadas las zonas degradadas, tenían no solo sus viviendas, sino también sus comercios, oficinas, centros financieros y lugares de ocio. Junto a la Biblioteca Nacional y demás bibliotecas públicas, la Ópera y los museos mantuvieron una activa vida cultural. En la *Avenue de l'Opéra* (1898), Camille Pissarro mostró los amplios bulevares y el ajetreo de carros, carruajes y viandantes que circulaban por este nuevo París. Proliferaron los cafés, grandes almacenes, teatros, salas de conciertos y cabarés, nuevos espacios de sociabilidad en los que se exhibía la burguesía. La Ópera Garnier se convirtió en el centro de su vida social y cultural, y la ciudad, de la mano del romanticismo, del realismo y, posteriormente, del impresionismo, se constituyó en la capital europea del arte y la cultura. El arte estaba en manos del academicismo. Los jurados controlaban qué autores y obras se exponían en los salones oficiales. Especial importancia adquirió el Salon de Paris, organizado por la Académie des Beaux-Arts. Era todo un acontecimiento para el arte oficial y tenía trascendencia internacional. Exponer en un salón oficial otorgaba una proyección que permitía vender la colección de un artista. Frente al academicismo, surgieron nuevas corrientes innovadoras que, para escapar del control de los salones oficiales y sus jurados, organizaron exposiciones particulares. Incluso el propio Napoleón III promovió la creación de un salón paralelo, llamado Salon des refusés, cuando el Salon de Paris de 1863 rechazó varias obras, decisión que provocó la

protesta de sus autores. En este salón alternativo expusieron artistas contestatarios como Manet o Coubert, autor del polémico *L'Origine du monde* (1866). Propusieron plena libertad de creación y recuperaron el recuerdo de la "La Commune des arts", que en 1790 había propuesto poner el arte al servicio de la revolución[5].

La metamorfosis que experimentó París la convirtió en una urbe atractiva y de fácil acceso gracias a la mejora en infraestructuras urbanas y comunicaciones. La circulación de personas y mercancías se hizo más fluida en el interior de la ciudad, pero también se intensificaron las comunicaciones entre la capital y las provincias gracias a las nuevas estaciones de ferrocarril. Ello permitió cumplir con otro de los objetivos de la reforma: atraer el turismo. Ya en 1850, Auguste Chevalier, en *Du déplacement de la population, de ses causes, de ses effets, des mesures à prendre pour y mettre un terme*, había manifestado un sentimiento generalizado entre los comerciantes de la ciudad cuando afirmó que en la capital de Francia sobraban manufacturas y fábricas. París tenía que convertirse en una ciudad de lujo y de placeres, que atrajera a extranjeros y, con ello, aumentara el consumo. Y, efectivamente, París se llenó de turistas que querían conocerla, sobre todo con motivo de sus exposiciones universales.

Con el fin de convertir la ciudad en un espacio para disfrute de la burguesía, se expulsó de las áreas remodeladas a las clases populares. Los elevados precios de venta y alquiler de los nuevos edificios impidieron a los trabajadores permanecer en los barrios que hasta entonces habían habitado. Tuvieron que optar entre quedarse en ellos, soportando el incremento de alquileres —dedicaban a la vivienda hasta el 30 por ciento de su presupuesto—, adoptar nuevas estrategias para economizar espacio —realquilar una habitación u ofrecer camas baratas—, trasladarse a pensiones masificadas, instalarse en edificios en peores condiciones o buscar una vivienda más barata en la periferia. En ocasiones, el

último recurso era buscar un hueco en los numerosos barrios de chabolas que surgían en tierra de nadie. De esta forma, la vivienda obligó a los trabajadores a concentrarse en el este de la ciudad o a desplazarse a la periferia. Como consecuencia de ello, gran parte de la población perdió sus raíces y surgió una división entre el París rico, objeto de las principales reformas y situado en los distritos del oeste; y un París popular, densamente poblado e insalubre, localizado en el este, el norte y la periferia.

Siguiendo los deseos de su emperador, Haussmann no solo expulsó de París a los trabajadores con rentas más bajas, sino también a las industrias molestas. En muchas ocasiones, tuvieron que marchar en busca de suelos más baratos. El rápido aumento de los alquileres en los nuevos barrios residenciales, financieros y comerciales les obligó a este traslado a las afueras. Otras veces el motivo radicó en la presión fiscal o en la legislación contraria a las industrias insalubres, que obligaron a salir de la ciudad a las industrias nocivas, como podían ser las químicas o las del tinte. Pero, además de reducir la contaminación, se trataba de fortalecer la capital como bastión de la burguesía. Si los obreros tenían que trabajar en la periferia, o más allá, ya no acudirían a unos barrios en los que no eran bien vistos y de los que el régimen quería extirpar cualquier sentimiento revolucionario. Las industrias se vieron obligadas a buscar emplazamientos periféricos allí donde la red de transportes les dejara bien comunicados, existiera mano de obra suficiente y el terreno fuera barato. El proceso fue tan intenso que, al finalizar el Segundo Imperio, ya no quedaban industrias en la mayor parte del centro urbano de París. En este éxodo, muchos obreros acompañaron a las industrias. Otros, que siguieron trabajando en París, tuvieron que madrugar y recorrer varios kilómetros de distancia que había entre su empresa y su vivienda en la periferia. Y es que no toda la actividad desapareció del centro de la ciudad. Hubo zonas donde, a pesar de

los elevados alquileres, la posibilidad de acceder directamente a los clientes las convertía en ubicaciones atractivas. Fue así como la producción de los objetos que se vendían en los grandes almacenes, los productos farmacéuticos, la ebanistería, la confección, los bienes de lujo y los "artículos de París" permanecieron en el centro.

La segregación social resultante de la reforma urbanística de París ayuda a explicar el estallido de la Comuna. La insurrección ha sido interpretada como un intento de los habitantes desplazados de reconquistar el espacio urbano perdido, de recuperar el corazón de la ciudad del cual habían sido expulsados hacía apenas unos pocos años. De la destrucción del viejo París surgió una mirada nostálgica al pasado reciente. La población desplazada idealizó su vida anterior. Añoraba sus barrios destruidos, lamentaba la pérdida de los viejos oficios y la aparición de nuevas formas de trabajo más precarias y condenaba el enriquecimiento los especuladores.

Entre esta población trabajadora de los barrios populares del este de París —Belleville, Montmartre, Ménilmontant o La Villete— surgió un sentimiento de comunidad que se forjó básicamente a partir de la vecindad —la falta de espacio en las viviendas les obligaba a hacer gran parte de la vida en la calle— y de la vida cotidiana de barrio, pero que también se construyó por la tradición cooperativa, el oficio y al compartir unas condiciones de vida y de trabajo cada vez más deterioradas. Se creó así una identidad común que explica la activa participación de la población de estos barrios en las jornadas de la Comuna. Las tropas de Versalles no encontraron resistencia en el oeste de la ciudad, pero tuvieron que esforzarse por controlar los distritos del este y fue en Belleville donde encontraron la última resistencia.

Parte de la población inmigrante, integrada gracias al aprendizaje de oficios y a la vida común en los barrios, también participó en la insurrección. Sin embargo, muchos

inmigrantes instalados en el extrarradio se integraron en un precario modelo de socialización muy diferente al anterior. En un principio, la primera generación de inmigrantes se mantuvo aislada del resto de la población de la ciudad. Formaron familias entre ellos, vivieron en colonias atendiendo a su procedencia regional, conservaron su identidad cultural y se establecieron en la periferia. No obstante, las excesivas horas de trabajo, la alienación y la degradación terminaron por disolver su unidad y acabaron por integrarse en una cultura urbana caracterizada por la escasez de normas sociales, la inseguridad laboral y unas lamentables condiciones de vida. No se sintieron integrados en la vida de la ciudad ni en sus inquietudes, y su participación en la Comuna fue menor.

TRABAJADORES, CONCIENCIA E IDEOLOGÍA

La composición de las clases trabajadoras parisinas era diversa. Los artesanos, trabajadores cualificados y pequeños comerciantes y empresarios eran mayoritarios. Eran gentes de oficio, dedicadas a la forja del hierro y del bronce, la decoración, los muebles, la confección y la alta costura, la tapicería, la impresión, la construcción, la alimentación, el comercio y la carpintería. Gustave Caillebotte los pintó en *Les Raboteurs de parquet* (1875), obra impresionista que rompió con el academicismo al interesarse por los trabajadores urbanos, hasta entonces ignorados[6]. Al igual que los "raboteurs", hábiles lijadores de suelos de madera, su saber hacer les permitía mantenerse con cierta dignidad. Sus habilidades y conocimientos les cualificaban y les hacían indispensables. Este era su poder e hicieron uso de él para resistirse al lento, pero inexorable, avance de la industrialización. Los artesanos se resistieron a la producción industrial en masa y lograron que, temporalmente, la industria de la ciudad se

adaptara a sus formas de trabajo. Finalmente, la industrialización se impuso. La competencia y los cambios tecnológicos llevaron a una nueva división del trabajo y a nuevas condiciones de producción que incrementaron el tejido industrial y redujeron sensiblemente el trabajo artesanal, mientras que el pequeño comercio comenzó a ser sustituido por los grandes almacenes. En esta transición, los trabajadores cualificados salieron muy perjudicados al perder el control sobre el proceso de producción. Su capacitación dejó de ser precisa para trabajar en las nuevas industrias. Así sucedió en los sectores de la confección, el curtido, la fundición o la impresión. Todo ello provocó la proletarización de los artesanos y sus empleados, que se sumaron a los obreros sin cualificar, en gran parte procedentes de la inmigración. Carentes de cualificación para emplearse en los trabajos tradicionales, estos inmigrantes tuvieron que adquirir los conocimientos necesarios para adaptarse a los nuevos procesos de producción industrial y encontraron trabajo en las industrias instaladas en el extrarradio, próximas a la periferia de la capital donde esta población foránea encontró un alojamiento precario.

El progresivo avance de la industrialización agravó las condiciones laborales de los trabajadores. La introducción de maquinaria incrementó el desempleo y permitió a los patrones fijar extensos horarios de trabajo retribuidos con salarios bajos. Las jornadas de trabajo eran agotadoras. La Revolución de febrero de 1848 había reducido la jornada laboral a 10 horas, aunque pronto se amplió nuevamente a 12. A ello se sumaron las excepciones, que permitieron aumentar el número máximo de horas. Pero, más allá de la legislación, el número de horas trabajadas era mayor en la práctica. En muchos pequeños talleres se sabía cuándo se entraba, pero no cuándo se iba a salir, y era habitual en las fábricas cumplir horarios que sobrepasaban ampliamente el estipulado. La explotación infantil y de las mujeres era frecuente. Los menores trabajaban en múltiples ocupaciones,

bien completando la labor de los trabajadores o incluso cargando con la labor propia de un adulto. Todo ello en horarios extenuantes y por muy poco dinero. Respecto a la mano de obra femenina, esta solía estar concentrada en unos determinados empleos. Solo en el sector de la lavandería trabajaban, a la altura de 1870, 70.000 mujeres. Otros trabajos que daban empleo a las mujeres eran los talleres de confección, los servicios, los comercios y, muy especialmente, el empleo doméstico, que era la principal ocupación de la mujer en la ciudad. Este trabajo proporcionaba a la empleada alimentación, alojamiento y unas condiciones de trabajo menos duras que en los talleres y fábricas. No obstante, su dedicación era casi exclusiva y su vida cotidiana estaba estrictamente controlada por la familia que la empleaba. Únicamente si la mujer tenía educación podía aspirar a empleos mejor remunerados, que requerían una mayor cualificación, ya fuera como gobernantas, damas de compañía o institutrices.

Las mujeres trabajaban generalmente muy desprotegidas. En las fábricas, los horarios y cargas de trabajo eran agotadores; y en los talleres, comercios y domicilios, el acoso y la violencia sexual habituales, convirtiéndose el aborto en una penosa y peligrosa necesidad para poner fin a embarazos no deseados. A ello se añadían unos salarios inferiores a los de los hombres, lo cual las convertía en mano de obra atractiva para los patronos y les enemistaba con sus compañeros, tensión que explica que Proudhon afirmara que la mujer debía de abandonar el ámbito laboral y retornar al hogar. Todo ello, sumado a que legalmente eran consideradas como menores por el código napoleónico, hacía muy difícil que pudieran abrirse camino en la vida. Una institutriz, modista o costurera podían alcanzar cierta independencia económica, pero por lo general las mujeres necesitaban completar sus ingresos con otras actividades, tales como coser en casa para terceros, trabajar en otros domicilios más acomodados o dedicarse a la venta callejera. Cuando no lo lograban, la

relación con un hombre pudiente o la prostitución eran salidas frecuentes para una situación insostenible. Las desventuras de la entrañable Fantine de *Les Misérables* refleja de manera novelada las circunstancias que podían llevar a una mujer ante este dramático dilema.

A la lucha diaria por la existencia se sumaba la crianza y educación de los hijos. En el seno del hogar, era la mujer quien se encargaba de la prole, tarea a la que se solía sumar el control de los asuntos internos de la casa, las cuentas y la salud. Su familia podía tener origen en el matrimonio, pero también en el concubinato, muy extendido a causa de las costosas licencias y requisitos legales —permiso paterno obligatorio hasta los 25 años— que se exigían para la unión legal. En caso de concubinato, la relación podía ser tan formal y duradera como en el matrimonio, si bien en estas uniones la mujer quedaba expuesta a la posible explotación del varón. Superar la marginación de las mujeres fue el objetivo de los grupos de feministas socialistas que, en los años finales del Segundo Imperio, recuperaron las experiencias de 1848, creando cooperativas de producción y consumo. Estas organizaciones y sus líderes serán el embrión de la fuerza femenina que actuará durante la Comuna para mejorar las condiciones y derechos de las mujeres.

Como observó Edward P. Thompson para el caso inglés, las clases trabajadoras tomaron conciencia de su condición a partir de la experiencia compartida en la vida cotidiana y en la lucha por mejorar sus condiciones y alcanzar el derecho a asociarse y participar en política. En defensa de su trabajo, condiciones de vida y tradiciones, los artesanos se apoyaron en el mutualismo y en el cooperativismo. Crearon asociaciones basadas en la solidaridad, que constituyeron redes de sociabilidad y se convirtieron en instrumentos de resistencia a la penetración del capitalismo. Frente a la industrialización y sus consecuencias —reorganización del proceso productivo y cisma entre capital y trabajo—, se reforzó la

búsqueda de alternativas colectivas para evitar la pérdida de cualificación del trabajo y la caída de ingresos. Para prevenir contingencias como la enfermedad, los accidentes o el desempleo funcionaron sociedades de ayuda mutua, al tiempo que se fundaron cooperativas de producción, consumo, vivienda, trabajo, enseñanza o crédito. Esta última cuestión, la necesidad de dinero, fue muy importante. Era habitual que los artesanos y pequeños comerciantes y empresarios se endeudaran peligrosamente al solicitar créditos a las entidades bancarias. En otras ocasiones, recurrían al Monte de Piedad, donde las familias más necesitadas empeñaban sus escasos bienes a cambio de cantidades menores a las de su valor real. Para evitar acudir a estas opciones poco deseables se emprendieron experiencias de crédito mutualista. Fue el caso de la efímera Banque du Peuple, creada por Proudhon y que, en el invierno de 1848-1849, ofreció crédito sin intereses a los trabajadores.

Estas formas de organización obrera eran reprimidas si se entendía que hacían política. Sin embargo, a partir de los años sesenta, la debilidad del régimen obligó a Napoleón III a flexibilizar su autoritarismo. Surgieron de nuevo mutuas y cooperativas. Élisée Reclus y Jean-Pierre Beluze pusieron en marcha la Société du Crédit du Travail (1863-1868) con el objetivo de ofrecer crédito a las asociaciones de obreros y favorecer la creación de nuevas cooperativas de producción, consumo y crédito. Estas mutuas y cooperativas sirvieron de base para la resistencia. Se convirtieron en centros de concienciación y en instrumentos para exigir reivindicaciones, colaborando de esta manera en el resurgir de la actividad política de las clases trabajadoras. Las huelgas se hicieron más frecuentes y en su organización participaron mutuas y cooperativas que buscaban mejorar las condiciones de trabajo de sus miembros. Los artesanos y sus empleados se resistieron al avance de la industrialización y los obreros protestaron por sus pésimas condiciones laborales. Se

intensificó la creación de asociaciones profesionales para la defensa de los intereses de los trabajadores, que terminaron por conformar cámaras sindicales organizadas por oficios, las cuales se difundieron por el país formando federaciones locales y nacionales.

La diferente composición y condición de las clases trabajadoras se reflejó en la convivencia de distintas ideologías, que eran resultado de la tradición revolucionaria, pero también de la difusión de nuevas ideas. Vinculado al mutualismo y al cooperativismo, surgió el socialismo utópico, término dado por Engels para distinguirlo del socialismo científico, que sería el propugnado por Marx y por él mismo. Hasta entonces era habitual utilizar el término de socialista para referirse a todo aquel que se situaba a la izquierda del republicanismo radical. El socialismo utópico tuvo su periodo de apogeo en la primera mitad del siglo XIX. No ponía en cuestión el capitalismo industrial, sino que pretendía eliminar sus efectos negativos y lograr unas condiciones dignas para los trabajadores. A través de una serie de reformas pacíficas, trataba de construir una sociedad ideal, donde estuvieran desterradas las injusticias sociales. La igualdad, la solidaridad y el pacifismo debían presidir la vida de los hombres. El Estado se disolvería en una federación de grupos autónomos cuya base serían las comunas y la economía se organizaría a través del cooperativismo. Entre sus principales pensadores en Francia destacaron Charles Fourier, Étienne Cabet y Henri Saint-Simon. Fourier propuso la creación de falansterios, comunidades basadas en el cooperativismo autosuficiente. Cabet describió en *Voyage en Icarie* (1842) su utopía, donde recuperaba el comunismo de Babeuf y proponía una república ideal. Esta, única propietaria, distribuiría el trabajo y la producción. Cada uno trabajaría según sus posibilidades y recibiría según sus necesidades. Saint-Simon pretendía establecer un capitalismo equitativo en el que el Estado planificaría y apoyaría una industrialización que garantizaría

a todos el trabajo y el consumo. La influencia del saintsimonismo en el Segundo Imperio impulsó la construcción del ferrocarril, la colonización de Argelia y proyectos tan ambiciosos como el canal de Suez. Pensadores próximos al saintsimonismo preocupados por la cuestión social fueron Pierre Leroux, autor de diversas obras sobre el socialismo humanista; Philippe Buchez, colaborador en *L'Atelier* (1840), periódico dirigido a los obreros; Pauline Roland, maestra que luchó por la emancipación de la mujer; y Flora Tristán, quien abogó en la *L'Union ouvrière* (1843) por la unidad de la clase obrera. El socialismo utópico dejó su impronta. Pretendió cambiar la sociedad a través de un proceso gradual y pacífico, y algunas de sus ideas, como la formación integral del ser humano, calaron hondo, principalmente en el anarquismo.

Sin embargo, fue superado por los acontecimientos, en especial por las consecuencias de las revoluciones de 1848, y se abrieron paso nuevas doctrinas más radicales. Llegados a los años finales del Segundo Imperio fueron las ideas de Pierre-Joseph Proudhon y de Louis Auguste Blanqui las que alcanzaron un mayor protagonismo entre las clases trabajadoras. Influidos por el socialismo utópico, ambos autores desarrollaron un pensamiento propio predominante hasta los primeros tiempos de la AIT. Finalmente, serán sustituidos por las dos principales corrientes que surgieron de la Primera Internacional: el anarquismo y el marxismo. Pero hasta que esto suceda, el proudhonismo ejercerá una gran influencia entre los trabajadores y el blanquismo será el movimiento insurreccional mejor organizado.

Pionero del anarquismo, Proudhon condenó en *Qu'est-ce que la propiété?* (1840) los excesos de la gran propiedad capitalista y defendió la legitimidad de la pequeña propiedad privada siempre que estuviera vinculada al trabajo y abierta al conjunto de la población. En su fomento residía la solución a los abusos del capitalismo, que arrastraba a la ruina al artesanado y a los pequeños comerciantes. Sus escritos propusieron una

serie de reformas basadas en el cooperativismo y el federalismo. Para el autor de *Du principe fédératif ou de la nécessité de reconstruire le parti de la Révolution* (1863), la revolución política no tenía sentido. De ahí su rechazo a la formación de sindicatos y a la huelga, preconizando la acción en el terreno económico. La progresión hacia una nueva sociedad se lograría a través de la asociación de artesanos, comerciantes, pequeños empresarios y obreros. La multiplicación de estas asociaciones y la libre unión entre todas ellas llevarían a la extinción del Estado y a su sustitución por una federación de comunas. La tierra y los instrumentos de producción se pondrían en manos de los trabajadores, que actuarían a través de cooperativas; se fomentaría el comercio justo; las necesidades que pudieran surgir se cubrirían a través de seguros mutuos; y se organizaría un sistema de préstamos sin intereses ofrecidos por bancos populares. De esta forma, se daría solución a los problemas de producción, consumo, seguros y crédito.

Las ideas de Proudhon alcanzaron gran autoridad entre los artesanos y los obreros cualificados, alejándolos inicialmente del combate político. Este apoliticismo explica que el régimen imperial creyera posible controlar al movimiento obrero. Permitió que una delegación, elegida por las principales corporaciones de París y Lyon, fuera a la Exposición Industrial Universal de Londres (1862). Los obreros franceses regresaron admirados de la eficaz organización de los *trade-unions* y de las buenas condiciones laborales que habían alcanzado los trabajadores ingleses. El régimen admitió inicialmente la creación de secciones francesas de la AIT, autorizó la huelga (1864), concedió mayor libertad de prensa (1868) y permitió las reuniones públicas siempre que no abordaran cuestiones políticas (1868). Todo ello favoreció la organización y movilización de republicanos e internacionalistas. La conciencia política se formó y difundió en los mítines, la organización en los barrios se consolidó a partir de la creación de cooperativas, resurgió la cultura popular

revolucionaria, se fomentó la educación y se constituyeron agrupaciones por oficios.

El proudhonismo se oponía a la existencia del Estado, con independencia de quien lo controlara. Esto lo distinguió del blanquismo, del que se alejaba también por su rechazo a la violencia. La apuesta del blanquismo por la destrucción violenta del régimen imperial y por la eliminación de la propiedad privada quedaba lejos del proudhonismo. "L'enfermé", nombre dado a Blanqui por pasar gran parte de su vida en prisión, participó en la Revolución de 1830 y organizó varias insurrecciones contra la Monarquía de Julio. Opuesto al Segundo Imperio, logró escapar de prisión en 1865 y se exilió en Bélgica. Fue entonces cuando escribió *Instruction pour une prise d'armes* (1868), donde explicaba su estrategia. Desconfiaba de la actuación de las organizaciones de masas y depositó sus esperanzas en la acción de reducidos grupos de revolucionarios profesionales organizados en sociedades secretas. A través de una férrea disciplina y fuerza combativa, estos tomarían el poder mediante una insurrección armada. Tras la destrucción de los instrumentos de opresión —magistratura, policía, Ejército e Iglesia—, establecerían un orden nuevo basado en la comunidad de bienes y en la asociación de los productores. Sus raíces insurreccionales estaban en la tradición revolucionaria francesa representada por Babeuf, Hérbert y Buonarotti. Su retórica, abonada de referencias a una violenta catarsis revolucionaria, recordaba los mensajes del Año I.

Durante los últimos años del Segundo Imperio, los blanquistas, con gran ascendiente sobre intelectuales y estudiantes, se volcaron en la organización de la clase obrera como parte de su estrategia revolucionaria. Adquirieron entre ella un notable predicamento, no solo por su espíritu combativo, sino también por su voluntad de ayudar a los obreros, sobre todo, en cuestiones de educación y formación. Blanqui regresó a Francia y, proclamada la Tercera

República, fundó el club y el periódico *La patrie en danger* (1870) con el objetivo de difundir sus ideas sobre cómo liberar París del sitio prusiano. No pudo tomar parte en la Comuna por encontrarse encarcelado a consecuencia de su participación en las insurrecciones previas contra el Gobierno provisional. Sin embargo, pese a la cautividad de su líder, los blanquistas tuvieron un peso decisivo en el desarrollo de la Comuna. Su labor había calado hondo entre la población de París. Fueron una fuerza fundamental en la toma del poder el 18 de marzo y propusieron la actuación de una minoría revolucionaria que se hiciera con los resortes del poder para establecer en París una dictadura que salvara a la República.

El blanquismo mantenía muchos puntos en común con el jacobinismo, que apenas había modificado su discurso a lo largo del siglo XIX. Ambos fueron de la mano en la toma de decisiones y configuraron el grupo mayoritario durante la Comuna. Conservaban el espíritu más radical de la Revolución francesa. El blanquismo, más extremista, tenía sus referentes en Hérbert y Babeuf. El jacobinismo, en Robespierre y Marat. Ambicionaba recuperar la Constitución del Año I, nunca aplicada, y reeditar la Comuna de 1792. Los jacobinos postularon un modelo de democracia directa heredero de la obra de Rousseau *Du Contrat Social*, que primaba la participación de los ciudadanos. La soberanía residía en el pueblo y, por lo tanto, los representantes elegidos por sufragio universal tenían que estar controlados y podían ser cesados si no actuaban conforme a la voluntad popular. Su modelo de república propugnaba la separación de la Iglesia y del Estado, la instrucción pública y laica, los derechos individuales, la igualdad, la justicia social, la propiedad privada sin abusos y accesible a toda la población, un sistema recaudatorio equitativo y una descentralización que fortaleciera el poder municipal y departamental.

Esta tradición jacobina, presente en las revoluciones de 1830, 1848 y 1871, se aprecia también en el programa del

republicanismo radical, del cual se distinguía por una cuestión de estrategia. Mientras que el jacobinismo admitía la revolución y la instauración de una dictadura ejercida por París sobre el resto de Francia, los republicanos radicales no fueron partidarios de la vía insurreccional. Cuando en febrero de 1871 se elija una Asamblea Nacional de mayoría monárquica, los primeros justificarán y participarán en la insurrección del 18 de marzo. Por el contrario, los radicales mantendrán la legalidad pese a no coincidir con la nueva mayoría legislativa. Pese a esta diferencia fundamental, para monárquicos y liberales ambos entraban en una misma categoría: la de "rojos". El recuerdo de las insurrecciones de los *canuts* en Lyon y el propósito republicano de cambiar el régimen y realizar reformas profundas causaban un gran temor entre las fuerzas conservadoras.

Proclamada la Segunda República, la represión subsiguiente al golpe de Estado de diciembre de 1851 dejó maltrecha y desorganizada a la oposición republicana, muchos de cuyos líderes tomaron el camino del exilio. Solo cuando en los años sesenta el régimen imperial inicie una tímida liberalización, los republicanos recobrarán fuerzas, manifestándose con mayor claridad sus dos grandes tendencias: moderados y radicales. Los primeros estaban dispuestos a convivir con el régimen imperial a cambio de la concesión de derechos y libertades. En cambio, los radicales, también llamados "irreconciliables", rechazaban el régimen imperial y fijaron sus propuestas en el Programa de Belleville, muy próximo al ideario jacobino. Sin embargo, cuando estalle la Comuna, los radicales no se sumarán a ella y se limitarán a intentar sin éxito que los bandos enfrentados lleguen a un acuerdo. Ante la necesidad de unir al país y derribar los obstáculos que se oponían a la consolidación de la Tercera República, optaron por el pragmatismo y moderaron sus posiciones. Fue el momento de los llamados "oportunistas", reagrupados entorno a personalidades como Jules Grévy,

Léon Gambetta y Jules Ferry, quienes dirigirán al régimen republicano por la senda del reformismo.

Una última fuerza, aún débil durante el episodio de la Comuna, pero hegemónica en las décadas siguientes, fue la Primera Internacional. La frustración por la experiencia de junio de 1848, el deterioro de sus condiciones laborales durante el Segundo Imperio y las consecuencias de la Comuna de 1871 separarán a los trabajadores del republicanismo. Fundada en 1864, la AIT les ofreció una solución para resolver la explotación a la que estaban sometidos. Sus objetivos eran ambiciosos. Quería abolir la propiedad privada de los bienes de producción, eliminar los ejércitos permanentes, mejorar las condiciones de vida y laboral de los trabajadores, terminar con la explotación infantil y fomentar la instrucción general y profesional. Para alcanzar estos fines proponía la unión de los obreros de todos los países y, a través de la organización política y sindical y de la organización de huelgas, llevar a cabo una revolución que pusiera fin a la sociedad clasista y diera paso al advenimiento de un Estado de los trabajadores.

Su implantación en Francia fue lenta y se vio dificultada por la represión a la que fue sometida por el régimen imperial. Sus pretensiones eran, en principio, similares a las de otros grupos, pero además exigían medidas más específicas como la entrega a los trabajadores de la dirección de los medios de producción y la expropiación de las compañías capitalistas y su apropiación por el Estado para convertirlas en servicios públicos. En su seno convivían diferentes tendencias, entre ellas el proudhonismo. El fuerte arraigo entre los trabajadores de las tradiciones mutualista y cooperativista favorecía esta influencia proudhonista en la sección francesa de la Internacional. Mientras duró, se rechazaron las huelgas y los sindicatos y se abogó por una democracia obrera mutualista. En abierto debate, Proudhon —*Système des contradictions économiques* (1846) y *Capacité politique des*

classes ouvrières (1865)— condenó las huelgas por ser violentas y poseer un carácter político más que económico. Por el contrario, Marx, cuyas ideas estaban aún escasamente difundidas, defendió, en *Misère de la philosophie* (1847), la eficacia de la huelga. Tampoco estuvo Proudhon conforme con la idea de asociación que planteaba Marx por considerarla autoritaria y centralista, mostrando de esta forma una de las principales diferencias que van a distinguir al anarquismo del marxismo.

La recesión y la conflictividad laboral de los últimos años del Segundo Imperio favorecieron el tránsito ideológico de los trabajadores franceses. Se estancaron las obras públicas, creció el desempleo, subieron los precios, se incrementó la competencia internacional y aumentó la inquietud de los mercados de valores. La mala evolución económica, la derrota de Austria ante Prusia y el fracaso de la aventura mexicana mermaron la confianza en un Gobierno que había llegado al poder con la promesa de paz y prosperidad, y que ahora no podía asegurar ninguna de ellas. El descontento se desbordó en forma de manifestaciones callejeras. Frente a otras formas de protesta —ludismo, absentismo, sabotaje o descenso de la producción—, la huelga se convirtió en el principal instrumento de lucha de los trabajadores. Se sucedieron las oleadas huelguísticas, sobre todo por cuestiones salariales. En estas huelgas, cada vez más politizadas, jugaron un activo papel los miembros de la AIT. Este ambiente de lucha consolidó una conciencia de clase, que se comenzó a inclinar por la acción política y revolucionaria, debilitando los planteamientos de Proudhon.

Fue un proceso de transición en el que el proudhonismo fue progresivamente desplazado por la defensa de la colectivización de los medios de producción. La transición se concretó en la sustitución de mutualistas como Tolain y Fribourg por una segunda generación de dirigentes de la Internacional compuesta por jóvenes sindicalistas y revolucionarios como

Varlin, Malon y Theisz, que se habían forjado en los conflictos de clase de los años sesenta. Esta nueva generación se reclutó esencialmente entre los trabajadores de oficios cualificados que pretendían jugar un papel político y social sin la intermediación de los republicanos. Organizaron huelgas y propusieron la reorganización de Francia a partir de comunas locales agrupadas atendiendo a los principios de autonomía y federalismo. Estas serían las propietarias de los medios de producción, que estarían administrados por asociaciones obreras, germen de los futuros sindicatos.

Al finalizar el Imperio, la AIT era ilegal y la mayor parte de sus secciones habían sido desmanteladas. Algunos líderes como Malon estaban en prisión y otros, refugiados como Varlin. Fue la proclamación de la Tercera República la que posibilitó que las secciones francesas de la AIT se volvieran a organizar y aumentaran su afiliación, no sin dificultades por el contexto bélico. Su sección de París colaboró con las organizaciones profesionales, que se reunieron en la Fédération des Chambres Syndicales et des Associations Ouvrières. Esta progresiva implantación de la AIT se advierte en la composición de las principales organizaciones ciudadanas surgidas durante el sitio prusiano y la Comuna. En ellas los internacionalistas contaron con una amplia representación.

NOTAS

1. Pierre Barral (textos elegidos y presentados), *Les fondateurs de la Troisième République*, París, Armand Colin, 1968, pp. 81-82.
2. *La Gare Saint-Lazare* (Monet, 1877) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
3. *La Musique aux Tuileries* (Maut, 1862) [disponible en http://www.nationalgallery.org.uk]; *Rue de París, temps de pluie* (Caillebotte, 1877) [disponible en http://www.artic.edu].
4. *Dans un café* (Degas, 1876) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
5. *Avenue de l'Opera* (Pissarro, 1898) [disponible en http://www.arts-museum.ru]; *L'Origine du monde* (Coubert, 1866) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
6. *Les Raboteurs de parquet* (Caillebotte, 1875) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].

CAPÍTULO 2

LA COMUNA

INSURRECCIÓN Y COMUNA

Conocemos ya las circunstancias políticas, militares, económicas y sociales en las que se encontraba la ciudad de París en el momento previo al estallido de la Comuna. El detonante de la insurrección fue el intento por parte de las autoridades de Versalles de recuperar los cañones adquiridos por suscripción popular con motivo de la guerra y que se habían concentrado en distritos seguros —colinas de Montmartre, Belleville y Buttes-Chaumont— bajo control de la Guardia Nacional para evitar que cayeran en manos prusianas. La tarde del 17 de marzo, el Gobierno, temeroso del cariz que estaban tomando los acontecimientos y con la intención de desarmar a una Guardia Nacional de dudosa fidelidad, ordenó al general Vinoy conducirlos a un lugar seguro. Esa misma noche, las tropas gubernamentales intentaron trasladar las piezas de artillería. Faltos de caballerías, la operación se demoró y al amanecer los soldados fueron sorprendidos por la población, que impidió que se llevasen los cañones. En

estos sucesos jugaron un importante papel las mujeres. Louise Michel, quien participaba en Montmartre en el Comité de Vigilance du XVIIIe arrondissement, encabezó la manifestación de mujeres que se opuso a la salida de los cañones. Fue también en Montmartre donde el general Claude Martin Lecomte, quien había mandado disparar contra la población que impedía el traslado de los cañones, fue derribado de su caballo y fusilado junto al general Clément-Thomas. Recordado por su participación en la represión de la Revolución de junio de 1848, este último había sido reconocido y detenido en plena calle. La mayor parte de las tropas gubernamentales dieron la vuelta a sus fusiles en señal de confraternización con la población y se sumaron al levantamiento.

La rebelión se extendió y los insurrectos se hicieron con el control de París. Levantaron barricadas y recuperaron el centro de la ciudad, espacio que habían dejado años atrás ante el empuje arrollador de la reforma urbanística. Siguiendo la estrategia blanquista, se tomaron los principales centros del poder político, administrativo, militar y policial. El Hôtel de Ville fue ocupado y en él se instaló el Comité Central de la Garde Nationale, que, ante el vacío de poder, se hizo dueño de la situación y tomó la dirección de la revolución. Pero pronto surgió la primera divergencia entre los insurrectos cuando los blanquistas propusieron marchar sobre Versalles, decisión que no fue compartida por la mayoría al considerar que la Comuna era un asunto de París y no le concernía decidir sobre el Gobierno de Francia. La Comuna renunció a la ofensiva militar y priorizó la celebración de elecciones para legitimar la insurrección y la puesta en marcha de un profundo proceso de reformas, decisión que fue criticada posteriormente por haber permitido a sus enemigos ganar tiempo y preparar un ejército superior con el que la derrotó.

La misma tarde del día 18, Thiers abandonó Paris en dirección a Versalles con las fuerzas que aún le eran fieles, así como con la mayor parte de los empleados públicos. Su

objetivo era organizar un ejército para regresar a París, reprimir la revuelta y ocupar la ciudad. Años atrás, siendo ministro del Interior de Luis Felipe, ya había optado por esta estrategia para sofocar la segunda revuelta de los *canuts* de Lyon, en abril de 1834. Posteriormente, en la primera mitad de los años cuarenta, Thiers había dirigido la construcción de las nuevas fortificaciones de París. Estas defensas no solo protegían a la ciudad de un eventual enemigo exterior, sino que también buscaban evitar nuevas insurrecciones. Controlando las fortificaciones exteriores, era suficiente con dejar encerrada a la población en el interior de la ciudad y proceder a someterla distrito por distrito. Este plan fue el que propuso Thiers a Luis Felipe cuando estalló la Revolución de febrero de 1848 y el ejecutado por las tropas del emperador austriaco para tomar Viena durante esta misma oleada revolucionaria.

El Comité Central de la Garde Nationale levantó el estado de sitio, exigió a la Asamblea de Versalles el reconocimiento del autogobierno para París, suprimió los consejos de guerra, decretó la amnistía para los presos políticos, garantizó la libertad de prensa y convocó elecciones municipales por sufragio universal de las que saldrían los miembros del Consejo de la Comuna al cual se le cedería el poder. Esta convocatoria estaba prevista para el 23 de marzo, pero se retrasó a causa de los enfrentamientos con los partidarios de Versalles. En los barrios del oeste de mayoría burguesa, los batallones de la Guardia Nacional —Garde National de l'Ordre— manifestaron su discrepancia con la insurrección. La mañana del 21 de marzo, la poderosa prensa conservadora —*Le Figaro*, *Le Bien Public*, *Le Français*, *Le Journal de París*, *La Liberté*, *Le Monde*, *Le Moniteur Universel*, *París-Journal* y *Le Siècle*— se manifestó muy crítica con el Comité Central, al que consideraba ilegítimo para dirigir la ciudad. Al calor de estos editoriales, los partidarios de Versalles, los Amis de l'Ordre, se manifestaron abiertamente contra el nuevo poder revolucionario. Varios cientos de manifestantes procedentes

de los distritos del oeste se enfrentaron los días 21 y 22 a los guardias nacionales *communards*. Hubo muertos y heridos por ambos bandos, pero los incidentes no fueron más allá.

Finalmente, las elecciones municipales se celebraron el 26 de marzo. Un día antes, el Comité Central de la Garde Nationale difundió por los muros de París su "*Appel aux citoyens de París*" ("Llamamiento a los ciudadanos de París"). En ella daba por concluida su tarea e indicaba que dejaría el poder en manos de quienes salieran elegidos. Junto a este deseo de legitimar la insurrección por la vía democrática, se apelaba a la honestidad y procedencia popular de los candidatos como criterios a seguir a la hora de decidir el voto. La abstención fue importante. Un 52 por ciento de los parisinos no acudió a votar, porcentaje que se explica no solo por la oposición de los barrios burgueses, sino también por el elevado número de soldados presos de los prusianos y por los miles de ciudadanos que habían abandonado la capital antes del asedio prusiano, o bien una vez hubo estallado la insurrección del 18 de marzo. Concretando en cifras, de un censo de 474.569 inscritos, votaron 229.267, el 48 por ciento. Los partidarios de la Comuna obtuvieron 190.000 votos —el 83 por ciento de los votos emitidos—, un porcentaje realmente amplio, mientras que los candidatos opuestos a la insurrección recibieron 40.000 votos, apoyo procedente de los distritos del oeste. Fueron las clases populares, que habitaban en el este y el norte, quienes apoyaron a la Comuna.

Los elegidos el 26 de marzo integraron el Consejo General de la Comuna, órgano ejecutivo y legislativo, que inicialmente iba a estar compuesto por 92 miembros. Hasta entonces, a cada *arrondissement* le correspondían los mismos representantes, con independencia del número de habitantes. Pero, para estas elecciones, el Comité Central de la Garde Nationale estableció un criterio proporcional. Se hizo corresponder el número de electos con el de habitantes, de manera que cada puesto en el Consejo equivalía a 20.000

habitantes. No obstante, el Consejo quedó reducido en número. Hubo candidatos elegidos en varios distritos; una veintena de electos, contrarios a que la Comuna sobrepasara sus atribuciones municipales y se arrogara prerrogativas propias de un Gobierno nacional, abandonaron el Consejo; Blanqui permaneció detenido y Flourens y Duval murieron en los primeros combates. Por todo ello, los electos quedaron reducidos a 62. Ello condujo a que, el 16 de abril, se realizaran elecciones complementarias —con una abstención que alcanzó el 70 por ciento— y que proporcionó 17 nuevos nombres, dejando el Consejo de la Comuna en 79 miembros. Esta asamblea estuvo integrada, en su mayor parte, por trabajadores e intelectuales, que representaban a las clases populares y a la pequeña burguesía. Los trabajadores manuales fueron mayoría, seguidos por empleados, periodistas, intelectuales, miembros de profesiones liberales, docentes y artistas. Estos hombres, que desconfiaban del Gobierno y deseaban resistir a ultranza a los prusianos, anhelaban consolidar un gobierno municipal autónomo. Pretendían hacer de la ciudad una comuna libre y emprender un ambicioso programa de reformas. No obstante, defendían diferentes posiciones. Eran un reflejo de la heterogeneidad política existente, el fruto de la convivencia de la tradición con las nuevas corrientes socialistas. Los había jacobinos, blanquistas, proudhonistas e internacionalistas, y no siempre estuvieron de acuerdo a la hora de tomar decisiones.

Es complejo concretar la vinculación política de cada uno de los miembros del Consejo. Muchos se habían adherido a la Internacional, pero no por ello pertenecían a la misma tendencia. La principal división se materializó el 1 de mayo cuando se votó la formación de un Comité de Salud Pública. Propuesto por el jacobino Jules Miot, este Comité estuvo formado por cinco miembros y sobre él recayó todo el poder, siendo controlado tan solo por el Consejo de la Comuna. La conveniencia de crear este Comité dividió a la Comuna. A su

favor estuvieron los blanquistas —salvo Tridon— y los jacobinos —salvo Delescluze—. Contrarios a su constitución se pronunciaron los internacionalistas, que denunciaron la amenaza de una dictadura. Para ellos, este Comité rompía con el Gobierno directo al usurpar la soberanía popular. Finalmente, 45 de los miembros del Consejo votaron a favor y 23, en contra. Esta decisión fragmentó la asamblea entre mayoritarios y minoritarios. Detrás de esta división estaba una diferente forma de concebir el poder. Los primeros se inspiraban en la dictadura del Año II y defendían una autoridad fuerte. Los segundos propugnaban una participación representativa.

Atendiendo a su vinculación y a su postura a favor o en contra del Comité de Salud Pública es posible establecer una composición política del Consejo de la Comuna, dividido entre la Mayoría y la Minoría. La primera estuvo constituida por blanquistas y jacobinos. Blanquistas fueron Émile-Victor Duval, Gustave Tridon, Eugène Protot, Jean-Baptiste Chardon, Émile Eudes, Théophile Ferré, Raoul Rigault, Alexis Louis Trinquet, Henri Mortier, Jean-Jacques Pillot, Édouard Vaillant y Gabriel Ranvier. Su líder, Auguste Blanqui, fue elegido presidente del Consejo, pero permaneció preso durante toda la Comuna. Los defensores de la tradición jacobina fueron Jules Miot, Charles Delescluze, Jules Bergeret, Eugène Pottier, Armand-Antoine-Jules Arnaud, Raoul Urbain, Félix Pyat, Ferdinand Gambon, Paschal Grousset, Baptiste Descamps, Jean-Baptiste Clément, Jacques Louis Durand, Antoine Demay, Auguste Viard, Frédéric Cournet, Charles Gérardin y Gustave Flourens, muchos de ellos veteranos de la Revolución de 1848. A este grupo mayoritario se sumaron Léo Melliet, Alfred-Édouard Billioray, Augustin Verdure, Émile Léopold Clément y Jean-Baptiste-Hubert Geresme.

La Minoría estuvo integrada por militantes de la Internacional, aunque figuraron también internacionalistas entre la Mayoría. Esto se debía a que los internacionalistas

no formaban un bloque homogéneo, sino que, entre ellos, había marxistas, blanquistas, proudhonistas y bakunistas. Muy pocos eran marxistas. Los más conocidos fueron Léo Fränkel, orfebre de origen húngaro, y Auguste Serraillier, zapatero enviado a París por Marx como representante de la AIT. Hubo también blanquistas que empezaron a formar parte de la AIT, siguiendo una estrategia de "entrismo" con el fin de influir en ella. El resto simpatizaban con las ideas de Proudhon y Bakunin. Próximos a este último se situaban Eugène Varlin, Benoît Malon y Jean-Louis Pindy. Propugnaban el colectivismo antiautoritario y el federalismo. Internacionalistas fueron, además de los citados, Charles Beslay, Eugène Gérardin, Albert Theisz, Gustave Paul Cluseret, Charles Longuet, Charles Amouroux, Camille Langevin y Gustave Lefrançais. En esta Minoría se incluyen también Jules Vallès, Auguste-Jean-Marie Vermorel, Gustave Couvert, François-Charles Ostyn, Arthur Arnould, François Jourde y Victor Clément.

El 28 de marzo, el Comité Central de la Garde Nationale entregó el poder al Consejo de la Comuna recién elegido. Ante una multitud y varios batallones de la Guardia Nacional en formación, se proclamó la Comuna desde el balcón del Hôtel de Ville. En este mismo edificio se instaló la sede del Consejo, casa comunal donde reinó una gran actividad. La Revolución fue para muchos una fiesta. La alegría de los partidarios de la Comuna se desbordó. Los Jardines de las Tullerías fueron abiertos al pueblo el 24 de marzo y el Palacio el 4 de mayo. En la que había sido residencia de reyes y emperadores, la Comuna organizó fiestas y conciertos en beneficio de heridos, viudas y huérfanos. Pocos días antes del ataque definitivo de las tropas de Versalles, un numeroso público asistió a tres conciertos consecutivos que se celebraron en beneficio de las víctimas de la guerra.

Se recuperaron símbolos que mostraban la pervivencia de la tradición revolucionaria. Se recobró el calendario revolucionario de la Primera República y en el Hôtel de Ville se

izó la bandera roja, cuyo origen se remontaba también a la Revolución francesa. Los trabajadores de París habían izado la bandera roja en febrero de 1848. Henri Philippoteaux en el cuadro *Lamartine repoussant le drapeau rouge à l'Hôtel de Ville* (1848)[1] mostró al político y poeta romántico en pleno discurso arengando a los revolucionarios a favor de la tricolor, y cortando el paso hacia el Hôtel de Ville a un grupo de trabajadores dirigidos por una mujer que, sobre un caballo blanco, enarbolaba la bandera roja. En las jornadas de junio del mismo año, la bandera roja fue nuevamente el símbolo de los trabajadores sublevados. En el cuadro *Barricade de la rue Soufflot* (1848)[2], de Horace Vernet, se les ve combatiendo y muriendo en una barricada. La victoria de la burguesía fue también la de la tricolor. Dos décadas más tarde, la Comuna de 1871 recuperaba la bandera roja.

En las primeras semanas, la Comuna tomó importantes disposiciones. Unas estuvieron encaminadas a asegurar el control de la ciudad. Se prohibió la telegrafía privada, se publicó el *affiche* "Mort aux voleurs", se destituyó a los funcionarios desleales, se estableció que todos los ciudadanos formarían parte de la Guardia Nacional y se incorporaron a esta milicia ciudadana las tropas que permanecían en la ciudad. Por último, se invitó a la población a no conservar más que un arma y a depositar el resto en el Ministerio de Finanzas o en el Hôtel de Ville. Otras disposiciones estuvieron dictadas por la urgente necesidad de paliar las difíciles condiciones de vida de la población. Se aprobó la inmediata percepción de las subvenciones, se controlaron los precios de los productos básicos, se establecieron pensiones para las viudas y huérfanos legítimos e ilegítimos de los caídos de la Guardia Nacional, se prorrogaron los plazos para abonar deudas, se suspendió la venta de objetos depositados en los montes de piedad y se acordó la devolución gratuita de los objetos depositados en prenda, principalmente herramientas. Se dedicó una especial atención al tema de la vivienda. Se

prorrogaron los plazos para pagar los alquileres, se prohibió el desahucio, se requisaron los alojamientos abandonados por sus propietarios para proporcionar una vivienda a quienes la habían perdido a causa de los bombardeos y se establecieron comisiones para solucionar los litigios existentes entre inquilinos y propietarios. Se realizó también un importante esfuerzo solidario con los más desfavorecidos, mejorando la beneficencia pública. Bajo la dirección de Camille Treillard, la Asistencia Pública mantuvo abiertos asilos, hospicios y hospitales en los que faltaba gran parte de su personal. Ello obligó a mantener la presencia del personal religioso, si bien la secularización se dejó notar en aspectos simbólicos. En el Hôtel-Dieu, principal hospital de París, los nombres de santos desaparecieron de sus corredores y fueron sustituidos por los de Barbès, Blanqui o Proudhon. Vinculadas a la Asistencia Pública, cada distrito dispuso de una oficina de beneficencia que proporcionaba ropa y medicamentos.

El suministro de alimentos mejoró en relación con el primer asedio, cuando el hambre hizo acto de aparición, causando enfermedades y numerosos fallecimientos. La Comisión de Subsistencias no pudo evitar que surgieran problemas a la hora de mantener un abastecimiento regular y unos precios estables, tarea compleja de cumplir dada la desorganización provocada por la ausencia de parte de los funcionarios responsables del suministro. Sin embargo, se tomaron medidas importantes. Se reabrió el mercado de Les Halles y el matadero de La Villette, se fijó el precio del pan y el de los alimentos de primera necesidad, se mantuvieron los controles sobre la calidad de la carne, se intentó suprimir la figura del intermediario, se distribuyeron bonos de pan y se abrieron hornos económicos. La población era menor de la que había soportado el primer sitio y contaba con la experiencia de las cooperativas de consumo y restaurantes colectivos. La Ménagère o La Marmite proporcionaron comidas gratuitas a bajo precio. Lugares de sociabilidad política para

los internacionalistas —Varlin y Lemel fueron sus principales promotores—, estas cooperativas alcanzaron un notable prestigio entre los parisinos por su capacidad para alimentar a cientos de personas durante el sitio prusiano y la Comuna.

Pasados los primeros días de la insurrección, París y Versalles estaban decididas a consolidar sus respectivos proyectos. Ante una revolución social que no controlaban y el inminente peligro del estallido de una guerra civil, una tercera fuerza, formada por republicanos, medió entre ambos bandos en busca de un compromiso. Alcaldes de los distritos de París y de las principales ciudades del país, junto a diputados de la Asamblea Nacional elegidos por el departamento del Sena, intentaron conciliar posturas. Los republicanos coincidían con muchas de las propuestas de la Comuna, entre ellas la defensa de un federalismo municipalista, que se concretaba en la autonomía de las grandes ciudades. Sin embargo, aunque estaban en desacuerdo con la política llevada a cabo por la mayoría monárquica de la Asamblea de Versalles, reconocían su legitimidad. Agrupados en la Ligue d'Union Républicaine des Droits de París, entre estos políticos se encontraban Clemenceau, Floquet, Allain-Targé, Lockroy y Laurent-Pichat. Su objetivo era lograr de Thiers el reconocimiento expreso de la República y conceder a la ciudad de París la capacidad de administrarse. Otros intentos de conciliación procedieron de la Union Nationale du Commerce et de l'Industrie, que aglutinaba a cerca de 60 cámaras sindicales patronales y obreras, integradas por unos 7.000 industriales y comerciantes, y de la francmasonería. Existían en Francia dos obediencias masónicas, el Grand Orient de France y el Suprême Conseil de France. Mayoritariamente republicana, la francmasonería coincidía con la Comuna en sus reivindicaciones de justicia social, laicidad, educación y libertades individuales y colectivas. No obstante, sus órganos dirigentes, Conseils de l'Ordre, se mostraron contrarios a la insurrección. Temerosos de las consecuencias de un

enfrentamiento civil, se opusieron a la Comuna y realizaron diferentes intentos de conciliación que fracasaron. No obstante, y pese a las consignas de neutralidad de sus superiores, muchos masones participaron de manera destacada en la Comuna. Entre los más conocidos, estaban Gustave Flourens, Benoît Malon, Eugène Protot, Gustave Lefrançais, Auguste Blanqui, Jean-Baptiste Clément, Eugène Pottier, Jules Vallès, Henri Rochefort, Walery Wroblewski, Jaroslaw Dombrowski, Elie Reclus, Félix Pyat, Jules Bergeret, Charles Beslay, François Jourde, Émile Eudes, Simon Mayer, Auguste Vermorel o Gabriel Ranvier.

La Comuna fue consciente de la importancia de contar con el apoyo de la provincia. Poco había que hacer en el campo, fiel a la Asamblea Nacional y con sus simpatías volcadas, principalmente, en monárquicos y bonapartistas. Sin embargo, en ciudades como Lyon y Marsella habían estallado efímeras insurrecciones con anterioridad al 18 de marzo que despertaron las esperanzas de la Comuna. Al conocerse la insurrección parisina, estos movimientos se avivaron y se proclamaron varias comunas en ciudades con fuerte presencia republicana como Lyon, Marsella, Narbonne, Saint-Étienne, Toulouse, Limoges y Le Creusot, al tiempo que se produjeron manifestaciones en apoyo de la Comuna de París en numerosas ciudades de provincias. Se podía pensar que París no estaba sola y que sus llamamientos "Au peuple français" y a los "Travailleurs des campagnes" no habían sido en vano. Pero el férreo cerco sobre la capital y la represión de las comunas en provincia, donde las municipalidades republicanas moderadas recuperaron el control, dejaron a París aislada. La represión fue especialmente dura en Lyon con una treintena de muertos y en Marsella con un centenar y medio de muertos.

Aislada del resto de Francia, la Comuna nombró una Comisión ejecutiva de mayoría blanquista formada por Bergeret, Duval, Eudes, Lefrançais, Pyat, Vaillant y Tridon.

Su composición se modificó el 20 de abril al aumentarse su número y quedar integrada por los delegados de las nueve comisiones que, al modo de ministerios, se crearon para gestionar la Comuna. Estas comisiones fueron Finanzas, Guerra, Justicia, Seguridad Nacional, Subsistencias, Relaciones Exteriores, Servicios Públicos, Enseñanza y Trabajo, Industria e Intercambio. Al frente de cada una de ellas se situó un delegado: Jourde, empleado de banca y proudhonista, dirigió Finanzas; la Comisión de Guerra quedó bajo la dirección de Gustave Cluseret, militar adherido a la Internacional; el abogado blanquista Eugène Protot quedó al frente de Justicia; el también blanquista Raoul Rigault asumió el mando de la Comisión de Seguridad General, siendo sustituido por Frédéric Cournet el 24 de abril y este por Théophile Ferré el 13 de mayo; de Subsistencias se encargó Viard, empleado de comercio; el periodista jacobino Grousset estuvo al mando de Relaciones Exteriores; Jules Andrieu, empleado administrativo, notable pedagogo y miembro de la Internacional, veló por el buen funcionamiento de los Servicios Públicos; el blanquista Édouard Vaillant se encargó de Enseñanza; y Léon Fränkel dirigió Trabajo, Industria e Intercambio, comisión que estuvo bajo control de los internacionalistas.

Al estallar la insurrección, Thiers había ordenado la evacuación de los empleados públicos. La mayor parte obedeció esta orden, entre ellos casi todos los jefes de servicios. Se calcula que solo una cuarta parte permaneció en su puesto, pero no siempre por simpatizar con la Comuna, sino también para obstaculizar y sabotear su acción. Pese a estas dificultades, la Comuna intentó mantener activos los servicios básicos. La urgencia obligó a sustituir con celeridad a los funcionarios en fuga. Se situó a hombres de confianza al frente de los principales servicios, mientras que los miembros del Consejo se ocuparon de dirigir la administración de sus respectivos *arrondissements*. Esta labor fue importante, ya que desde cada distrito, y con frecuentes conflictos de

competencias con la Comuna, se organizó la asistencia, el trabajo, las escuelas y el suministro de alimentos. Se realizó igualmente un llamamiento para que retornasen quienes habían dejado sus puestos y se reclutó a un nuevo funcionariado, que sería elegido por sufragio universal, superaría un concurso y sería revocable. También se estableció un salario máximo para los funcionarios de 6.000 francos anuales, cifra que, aunque era superior al salario medio de un obrero parisino —cifrado en torno a los 1.500-2.000 francos—, suponía una clara limitación para evitar sueldos abusivos.

La Comuna pudo así asegurar, con ciertas limitaciones, el abastecimiento, la seguridad, la justicia, la sanidad, la higiene, la asistencia social, la educación, el correo, el suministro de agua, la iluminación, la protección contra incendios, el mantenimiento de infraestructuras y cementerios, la apertura de bibliotecas y museos, los servicios de monedas e imprenta oficial, el sistema de pesos y medidas, las fábricas de guerra y el pago a la Guardia Nacional. A la hora de reponer estos servicios, se quiso asociar a sus trabajadores en la toma de decisiones. Con esta finalidad se crearon organismos como el Conseil Consultatif des Postes o el Conseil de Direction et de Surveillance à l'Atelier de réparations et transformations d'armes del Louvre, que se basaron en principios de autogestión.

Para poder hacer frente a los gastos derivados de estas actividades se mantuvo la recaudación de tributos y tasas, pero las dificultades recaudatorias impidieron que este dinero fuera suficiente. Se recurrió al efectivo localizado en los edificios públicos y al Banco de Francia, del que la Comuna obtuvo un préstamo de dos millones de francos. Este es uno de los principales temas de debate sobre la actuación de la Comuna. Si controlaba París, ¿por qué no nacionalizó el Banco de Francia, máxime cuando este envió grandes sumas de dinero al Gobierno de Versalles? Lissagaray y Marx consideraron que una de las causas del fracaso de la Comuna

fue su debilidad frente al Banco de Francia. Al no nacionalizarlo, se encontró con graves dificultades para afrontar el esfuerzo de guerra y desarrollar su organización interna. Al no acceder a sus reservas, la Comuna se tuvo que dedicar a solicitar préstamos. En contra de esta interpretación, se argumenta que la Comuna actuó conforme a la legitimidad republicana, respetuosa con las instituciones. Al frente del Banco de Francia se situó al proudhoniano Charles Beslay, quien adoptó una actitud conciliadora y protegió a la institución de una ocupación que habría hundido la confianza en el valor del dinero y habría imposibilitado a la Comuna hacer frente a sus gastos más perentorios. Pero la Comuna no pretendía tan solo restablecer la gestión ordinaria de los servicios públicos, sino emprender también una serie de profundas reformas con el propósito de gestar una nueva sociedad.

HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD

La Comuna puso en marcha la construcción de un nuevo modelo de sociedad democrática, igualitaria y autogestionaria. Este proyecto, truncado por la derrota militar, suponía una profunda ruptura respecto al sistema anterior. En la Déclaration de la Commune au Peuple Français, un texto resultado del compromiso alcanzado entre las tendencias que componían la Comuna, se afirmaba:

> La Révolution communale [...] inaugure une ère nouvelle de politique expérimentale, positive, scientifique. C'est la fin du vieux monde gouvernemental et clérical, du militarisme, du fonctionnarisme, de l'exploitation, de l'agiotage, des monopoles, des privilèges, auxquels le prolétariat doit son servage, la patrie ses malheurs et ses désastres[3].

Esta declaración mostraba el deseo de ruptura con el pasado y reafirmaba la adhesión a una república democrática y

social compuesta por el conjunto de comunas autónomas establecidas en Francia. A ellas se les aseguraba el pleno ejercicio de sus derechos y a todo francés el pleno ejercicio de sus facultades y aptitudes como hombre, ciudadano y trabajador. En virtud de esta autonomía, la Comuna disfrutaría de una amplia serie de prerrogativas para su gobierno y administración. En materia fiscal, fijaría los impuestos y votaría su presupuesto; en relación con la administración, le correspondería la dirección de los servicios locales, la organización de la magistratura, la impartición de la enseñanza y la elección y revocación de los funcionarios; en seguridad y defensa, dirigiría la policía y la Guardia Nacional; en asuntos sociales, daría satisfacción a las necesidades básicas de los ciudadanos; en cuestiones económicas, administraría los bienes públicos, crearía las instituciones que desarrollasen la producción, el intercambio y el crédito, y asegurasen la universalización de la propiedad; y, por último, garantizaría la libertad individual, de conciencia y de trabajo, aseguraría el libre y justo ejercicio del derecho de reunión y prevería la libre intervención de los ciudadanos en los asuntos comunales (Agostino, Guillaume, Drouin y Herpin, 1995: 71-73).

Se quería poner fin a la centralización que había caracterizado a los anteriores regímenes, pero dejando claro que, frente las acusaciones de Versalles, la Comuna no era un peligro para la unidad de Francia. Por el contrario, la garantizaba. La autonomía comunal tenía su límite en los derechos de las demás comunas adheridas al contrato y en el mantenimiento de la unidad del país. La Comuna de París no pretendía imponer su voluntad al resto de la nación, opción que atentaría contra la soberanía de las demás comunas. Se reivindicaba así la idea de unidad procedente de la Gran Revolución, expresada por los miles de ciudadanos que, de todos los lugares de Francia, acudieron a la Fête de la Fédération (1790) para celebrar el primer aniversario de la toma de la Bastilla. Se deseaba una unidad voluntaria y no

la impuesta por la Monarquía y el Imperio, que no sería sino una centralización despótica, arbitraria y onerosa. Se trataba de alcanzar la unidad política a partir de la asociación voluntaria de todas las comunas federadas en torno a una administración central (Agostino, Guillaume, Drouin y Herpin, 1995: 71-73).

Las ideas de federación y de democracia, indisociablemente unidas, lo impregnaron todo. En oposición al régimen parlamentario, se anhelaba la democracia directa. Ya en 1851, en la obra colectiva *Gouvernement direct. Organisation communale et centrale de la République*, se había criticado al régimen representativo y manifestado el deseo de establecer un sistema federal basado en la democracia directa, demanda que aumentó en los años siguientes como reacción al centralismo del régimen. Durante el Segundo Imperio se había establecido una jerarquía muy centralizada que, desde París y representada en la persona del emperador, se extendía por los departamentos y municipios a través de los prefectos, subprefectos, intendentes y consejos locales. Esta situación condujo a una creciente ansia de autonomía local y la descentralización se convirtió en una de las principales demandas de la oposición. Aunque con diferente contenido, legitimistas, orleanistas, republicanos y socialistas enarbolaron la bandera de las libertades locales y defendieron la autonomía del municipio y su papel como institución política y administrativa. Los monárquicos para fortalecer el poder de la Iglesia y de los notables locales, y los republicanos para convertir a los municipios en el eje central de la autonomía local. Más allá quería ir Proudhon, quien propugnó la sustitución del Estado por una federación de asociaciones autónomas e independientes. El municipio sería la base del nuevo Gobierno federal. Las competencias locales abarcarían a todos los asuntos que afectasen al municipio. Por encima de él, el departamento tendría competencias en aquello que interesase al común de los municipios libremente

asociados. Por último, el Gobierno central, reducido a la mínima expresión, velaría por los intereses nacionales y por el cumplimiento de los principios democráticos. Esta demanda de autonomía municipal y el proyecto de federación de las comunas estuvieron en el origen de las insurrecciones comunales en las ciudades de provincia. También en París, la cuestión del autogobierno se situó en primer orden. La capital, al igual que la nación, debía contar con su propia asamblea, sentimiento de autonomía que se percibía también en los diferentes barrios de la ciudad. Muchos defensores de la Comuna vieron en la acción autónoma de cada barrio la verdadera fuerza de la revolución. Ello explica que los representantes en el Consejo de la Comuna se ocuparan de la administración de los distritos por los que habían sido elegidos y que, tras la creación del Comité de Salud Pública, la Minoría regresara a sus distritos para, desde ellos, luchar por sus ideas y por la defensa de la ciudad.

La autonomía fue también un objetivo primordial de los jacobinos. La historiografía ha debatido sobre su posicionamiento a favor de la autonomía y del federalismo manifestado en la Déclaration de la Commune au Peuple Français, máxime cuando está extendida la idea de que el jacobinismo fue firme partidario del centralismo durante la Revolución francesa. A favor de una posición de los jacobinos favorable al federalismo se argumenta que la férrea política centralista impuesta en 1793 se debió a las excepcionales circunstancias que vivía Francia. El poder central estaba en manos de París y fortalecerlo suponía reforzar la revolución. Ello explicaría la defensa jacobina de un poder fuerte y centralizado. En realidad, los jacobinos del Año I habían demandado una política descentralizadora que se concretó en la Constitución de 1793. En ella se establecía que en cada comuna se organizaría una administración municipal y que los oficiales municipales serían elegidos por las propias asambleas comunales. Similares disposiciones se fijaban para los departamentos.

Por el contrario, las circunstancias políticas de 1871 aconsejaron apoyar a un gobierno de París autónomo, en cuanto que permitiría a la ciudad emprender una serie de reformas sin el pesado lastre de unas provincias conservadoras. El federalismo libraría a París del peso conservador del campo. Por último, también se argumenta que en 1871 la postura de los jacobinos fue un compromiso para unir fuerzas en defensa de la Comuna. El debate sobre la organización territorial de Francia tendría, en esos momentos, un valor retórico y propagandístico, sin trascendencia práctica. Todo ello explicaría que los jacobinos de 1871 estuvieran a favor de la Déclaration de la Commune, un punto de encuentro entre la descentralización jacobina propuesta en 1793 y los proyectos federalistas.

La libertad y la democracia directa presidieron el funcionamiento de las asociaciones ciudadanas y de los órganos de representación. Estuvo presente en las reuniones de batallones, clubs, secciones de la AIT, cámaras sindicales, asambleas de distrito, comités locales y del propio Comité Central de la Garde Nationale. París se cubrió de *affiches*, carteles e inscripciones y cualquier lugar fue bueno para debatir. Se conformó una sociabilidad popular caracterizada por la solidaridad y la cercanía. La convivencia fue estrecha entre los habitantes de las casas y calles vecinas. Al igual sucedió con los miembros de la Guardia Nacional. En cada compañía se deliberó y eligió a sus oficiales y delegados. Las manifestaciones públicas fueron frecuentes y se habilitaron grandes espacios para celebrar reuniones multitudinarias. El Cirque d'Hiver, con un aforo de 6.000 personas, se convirtió en un lugar privilegiado para celebrar asambleas. El 6 de febrero de 1871 tuvo lugar en él la primera asamblea general de la Guardia Nacional de la que surgirá la Fédération Républicaine de la Garde Nationale. El 31 de abril acogió una asamblea de masones que hizo público un llamamiento a favor de la Comuna y el 15 de mayo miles de obreros

panaderos se reunieron para manifestar su satisfacción por la prohibición de trabajar por la noche.

Los clubs políticos, que habían jugado un importante papel en la movilización patriótica durante el asedio prusiano, se multiplicaron durante la Comuna. Se abrieron a la población y adquirieron un carácter asambleario. Muchos se instalaron en las iglesias de los barrios populares, apropiadas por el pueblo y desacralizadas. La población ocupó los espacios sagrados en una manifestación de anticlericalismo popular dirigida por el libre pensamiento republicano y favorecida por el rencor hacia años de alianza entre Imperio e Iglesia. En los clubs, los ciudadanos discutieron sobre todo aquello que les interesaba, ya fuera referido a su propio distrito como al conjunto de la ciudad, y dirigieron peticiones al Consejo de la Comuna. Para una mayor eficacia se federaron a principios de mayo, decisión que les permitió mantener una relación más fluida con el Consejo. No los hubo en el oeste y la mayoría se situó en los barrios populares del este, distribución geográfica que muestra el territorio del París revolucionario. Sus nombres revelaban su naturaleza. El Club de la Marseillaise evocaba la dimensión patriótica que asumió la Comuna; las mujeres debatieron sobre sus problemas en el Club des Femmes Patriotes, en el Club de la Délivrance y en el Club Boule-Noire; y en el Club de la Révolution se debatió sobre educación y formación. A estos se sumaron Les Jacobins, Les Amis du Peuple, Les Prolétaires, La Révolution Sociale, La Victoire o Démocratique Socialiste.

La libertad de expresión permitió manifestar públicamente todo tipo opiniones, incluso las de los partidarios de Versalles. Se publicaron numerosos periódicos, panfletos y hojas varias. En su mayor parte tuvieron una vida efímera e intermitente. En sus columnas se informó sobre los acontecimientos en París y sobre las noticias que se recibían del exterior, incluidas las manifestaciones en el extranjero en apoyo a la Comuna. Los principales ideólogos fueron el alma

de estas publicaciones. Así, muchos lectores compraban *Le Cri du Peuple* para leer los artículos del proudhonista y miembro de la Internacional Pierre Denis. Sus firmas eran el principal motivo por el que los ciudadanos leían esta prensa. Fue el cauce para difundir el pensamiento de las diferentes tendencias, así como los debates y propuestas de estas jornadas revolucionarias.

Se produjo una verdadera explosión de títulos. El *Journal Officiel de la République* fue el órgano de la Comuna. En él se publicaron las decisiones tomadas por los insurrectos. Dos nuevos periódicos se impusieron pronto. *Le Cri du Peuple*, dirigido por Jules Vallès y caracterizado por su anticlericalismo, fue el más leído —editaba entre 50.000 y 100.000 ejemplares— y se convirtió en el periódico de referencia para el federalismo. *Le Père Duchêne*, de Eugène Vermeersch y Alphonse Humbert, tuvo una tirada próxima al anterior y llevó el significativo subtítulo de *La République ou la mort*. De tendencia blanquista, tomó su nombre del que había sido el órgano de los hébertistas. A estas dos publicaciones hay que sumar otras. Las hubo jacobinas, como *Le Vengeur*, de Félix Pyat, y *Le Réveil*, de Charles Delescluze; próximos al blanquismo, como *Le Châtiment* y *L'Affranchi*; proudhonistas, como *La Commune* de Georges Duchêne; o feministas, como *La Sociale* de André Léo, pseudónimo masculino de Victoire-Léodile Béra. Prosper Lissagaray fundó dos efímeros periódicos —*L'Action* y *Le Tribun du Peuple*—, críticos con la actuación de los dirigentes de la Comuna. Subsistió también una prensa republicana moderada integrada por *Le Rappel*, de Charles Hugo; *Le Mot d'Ordre*, de Henri Rochefort; *La Vérité*, de Édouard Portalis, y otros más como *L'Indépendance française*, *Le Père fouettard* o *Le Triomphe de la République*. Estas últimas publicaciones defendieron las libertades municipales, pero no ocultaron su desaprobación por los "excesos" de la revolución popular.

Cuando a partir de abril se produjeron las primeras derrotas de la Comuna, se cuestionó la libertad de prensa. El

contexto bélico evidenció la difícil convivencia entre esta libertad y la necesidad de evitar la desmoralización de los defensores y el envío de información al enemigo. Aunque la prensa más moderada defendió la libertad de prensa, se terminó por suspender las publicaciones partidarias de Versalles. El 21 de marzo se prohibieron *Gaulois* y *Le Figaro*; el 5 de abril *Le Journal des débats* y *La Liberté*; y el 12 corrió la misma suerte *Le Moniteur Universel*. En mayo, la desastrosa situación bélica motivó que se ampliaran las restricciones a los periódicos opositores. En la primera quincena fueron suspendidos hasta 21 periódicos. Como estas prohibiciones podían ser burladas, dado que la libertad de publicación permitía que los periódicos suspendidos pudieran reaparecer bajo un nuevo título, se estableció que los redactores de las publicaciones suspendidas no podrían fundar nuevos periódicos. El 19 de mayo, cuando todo estaba perdido, varios periódicos moderados e incluso algunos revolucionarios, como *La Commune* y *La Justice*, fueron también suspendidos.

La decisión del Comité Central de la Garde Nationale de celebrar elecciones para elegir al Consejo de la Comuna tenía como fin legitimar democráticamente la insurrección, pero no bastaba con la democracia formal. Tal y como había elaborado Rousseau en *Du Contract Social ou principes du droit politique*, se pretendía alcanzar una democracia directa en la que los representantes recibieran un mandato imperativo de sus electores. Plasmado en la Constitución de 1793, el mandato imperativo venía siendo una de las principales reivindicaciones revolucionarias, si bien siempre había terminado excluido por la imposición del mandato representativo. Llegados a 1871, la Comuna estableció que sus representantes serían responsables y revocables si no atendían a la voluntad popular. Esta revocabilidad se hizo extensible al poder judicial, cuyos miembros serían elegidos también democráticamente.

La Comuna emprendió un profundo proceso de reformas que llevaría a la república democrática y social. Sus objetivos eran lograr el derecho al trabajo, separar a la Iglesia del Estado, difundir la educación pública, gratuita, obligatoria y laica, asegurar el libre e igual acceso a la administración de justicia, garantizar el cumplimiento de los servicios públicos y establecer un sistema recaudatorio solidario que proporcionara los fondos necesarios para llevar a cabo estas reformas. Se trató de un proyecto igualitario y universal en el que las mujeres y los extranjeros jugaron un destacado papel.

El asedio prusiano había provocado el cierre de muchos talleres e industrias, y aumentó las ya elevadas tasas de desempleo. Para resolver este problema se suprimieron las empresas de trabajo temporal, acusadas de ser instrumentos de control bajo el régimen imperial. En su lugar se constituyeron oficinas de empleo en cada distrito, donde los trabajadores se inscribían indicando su oficio y los empleadores señalaban sus necesidades. Pero el derecho al trabajo no solo significaba garantizar el acceso al empleo, sino también asegurar la dignidad del mismo. Suponía reducir las extenuantes jornadas de trabajo, terminar con las pésimas condiciones laborales, asegurar un jornal justo y salarios mínimos, prohibir sanciones y retenciones sobre los salarios, igualar los sueldos de las mujeres a los de los hombres —se decretó que los maestros recibieran el mismo sueldo con independencia de su sexo—, compatibilizar trabajo y familia —se crearon comedores sociales y guarderías para los hijos de las trabajadoras—, erradicar la explotación infantil y avanzar en la reorganización de la producción, de manera que el beneficio del trabajo recayera sobre los propios empleados. Para ello se crearon cooperativas de producción, distribución y consumo. El suministro de bienes para la ciudad se encargó a cooperativas, y la Manufacture des Tabacs y la Imprimerie Nationale pasaron a ser gestionadas por sus propios trabajadores. La

autogestión también llegó a los Talleres de Armas del Louvre. Se estableció que el director y los jefes de talleres serían nombrados por los empleados y sus puestos serían revocables. Estos, junto a una delegación de obreros, formarían un comité que fijaría el plan de producción.

Léo Fränkel, delegado de la Comisión de Trabajo, optó por generalizar la propuesta de la Union des Femmes que solicitaba la reapertura de los talleres abandonados para dar trabajo a las mujeres. El Decreto del 16 de abril estableció la expropiación de los talleres y de las fábricas abandonados por sus propietarios y su entrega a asociaciones de artesanos y obreros. Se inició un registro de fábricas cerradas para reabrirlas como sociedades cooperativas, que formaría una unión. Aunque faltó tiempo y este decreto tan solo se aplicó a la fundición Brosse en Grenelle, quedaba clara la intención de la Comuna de hacer partícipes a los trabajadores en la gestión de sus empresas.

Más de tres décadas antes de las leyes de 1905, que establecieron la separación entre la Iglesia y el Estado, la Comuna de París estableció la laicidad estatal. Se suprimieron todas las partidas presupuestarias dedicadas al culto religioso, se declararon de propiedad nacional los bienes de la Iglesia y se obligó a las parroquias a acoger cada tarde en sus templos a las asambleas ciudadanas. Se secularizaron los hospitales y los servicios de asistencia pública, y la educación quedó como competencia exclusiva del Estado, siendo retirados de las escuelas los símbolos religiosos. Se tenía la convicción de que solo la instrucción pública y laica permitiría alcanzar la igualdad social. Ferdinand Buisson, premio Nobel de la Paz en 1927, fue el director del orfanato municipal del distrito XVII, el primero de carácter laico y que devendrá en orfanato departamental. En este orfanato, trabajó el también pedagogo Paul Robin, introductor de una formación integral, que atendía no solo a la inteligencia, sino también al desarrollo del cuerpo y de los sentidos.

Junto al interés por una educación integral, la Comuna se preocupó por resolver los graves problemas que sufría la enseñanza y lograr el acceso a la misma en condiciones de igualdad. La Comisión de Enseñanza fue la encargada de coordinar esta tarea, apoyada por la actividad de las comisiones de distrito. Bajo la dirección de Édouard Vaillant, estuvo integrada por docentes como Augustin Verdure y Raoul Urbain y personalidades de la talla de Clément, Coubert y Vallès. Pretendía establecer un modelo de enseñanza pública primaria, que priorizara la renovación pedagógica. Para favorecer la asistencia a las clases, siempre muy mermada, se decidió dotar a las escuelas de comedores y vestidores. También había que solventar su falta de acondicionamiento, solucionar la escasez de material —se compraron plumas, tinta y cuadernos— y, sobre todo, aumentar el número de maestros y mejorar su formación. Mal pagados y poco considerados, la Comuna fue consciente de la necesidad de mejorar sus condiciones laborales.

Era también preciso impartir una adecuada formación profesional, muy necesaria en tiempos de transformaciones tecnológicas y económicas. Los alumnos tenían que alcanzar una preparación intelectual, moral y profesional apropiada para el cultivo de todos los aspectos de la vida adulta y, en especial, para formar a ciudadanos capaces de pensar por sí mismos y de asumir una profesión con la adecuada cualificación. Para ello había que conjugar conocimiento, cultura y formación profesional. Con este fin, a las materias tradicionales se sumaron otras dirigidas a formar el espíritu —artes y música—, al ciudadano —moral y derecho— y al trabajador —prácticas de taller—. Si bien este interés por la formación no era nuevo, se realizó en esos momentos un notable esfuerzo en esta dirección. El 17 de mayo se ordenó censar los locales más adecuados para convertirlos en escuelas profesionales y se puso en marcha una experiencia piloto al convertir una escuela de dibujo ubicada en la calle Dupuytren

en escuela de arte industrial femenina. En ella se impartirían cursos de práctica profesional, al tiempo que asignaturas de carácter científico y literario. Aunque sin tiempo para ofrecer resultados, la Comuna decidió abrir otras escuelas profesionales en las cuales se impartirían también cursos para adultos por las tardes. Se anunció que los locales del colegio jesuita de Sainte-Geneviève, ubicado en la calle Lhomond, se utilizarían para abrir una escuela en la que, a partir de los 12 años, los alumnos, además de recibir clases de dibujo, ciencia, historia y lengua, aprenderían una profesión bajo la tutela de trabajadores voluntarios; y que, en la escuela comunal de niños del barrio de Saint-Martin, se impartiría una enseñanza racional que compatibilizase igualmente las asignaturas elementales con la enseñanza profesional.

La mejora de la educación de las niñas fue también una tarea prioritaria. En esta labor destacó Marguerite Tinayre, institutriz y miembro de la Internacional. Interesada por los más desfavorecidos, había fundado en 1866 una escuela para ofrecer formación profesional a las jóvenes y, al año siguiente, una cooperativa de consumo, Les Équitables de Paris. Tinayre encontró en la Comuna la posibilidad de trabajar por sus dos principales inquietudes: la emancipación de las mujeres y la instrucción integral. Participó en la Union des Femmes pour la Défense de Paris et les Soins aux Blessés y fue nombrada inspectora general de libros y métodos de enseñanza en las escuelas de jóvenes de la Seine, cargo desde el que debía dirigir la sustitución del personal religioso por el civil. Durante la Semana Sangrienta colaboró como enfermera (Schkolnyk, 1997).

La administración de justicia se modificó atendiendo a los principios de democracia y libre acceso. Hubo que nombrar jueces de instrucción y de paz para reponer a los que se habían marchado con Thiers, pero el propósito era que los miembros de la judicatura fueran elegidos por sufragio universal, así como los notarios, y que la justicia fuera gratuita,

incluidos los actos notariales. Bajo la dirección del joven abogado Eugène Protot, quien había alcanzado notoriedad defendiendo a los opositores al Segundo Imperio, la Comisión de Justicia se preocupó por las garantías legales de los detenidos, de manera que todo arresto policial no podría prolongarse más de 24 horas sin darlo a conocer a las instancias judiciales, únicas con potestad para mantener la detención. También se intentó mejorar las condiciones en las prisiones y los derechos de los presos, para lo cual se propuso la creación de una comisión encargada de visitar las cárceles.

La Comuna promovió un arte independiente del poder, accesible al conjunto de la población y comprometido con la sociedad, tal y como venía defendiendo Gustave Coubert, amigo de Proudhon[4] y abanderado del movimiento realista. Coubert se había distanciado del mundo académico, llegando a rechazar en 1870 la Legión de Honor por considerar que el Estado no debía intervenir en cuestiones artísticas. El 13 de abril reunió a cerca de 400 artistas en el gran anfiteatro de la Escuela de Medicina. De este encuentro surgió la Fédération des Artistes, dirigida por el propio Courbet, quien era consejero de la Comuna y estaba asignado a la Comisión de Enseñanza. Para su funcionamiento, se estableció un Comité ejecutivo elegido democráticamente y revocable, que contó con su propio *Journal Officiel des Arts*. Entre sus 47 miembros había pintores, escultores, representantes del arte decorativo, grabadores, litógrafos y arquitectos. Esta nueva organización quedó encargada de la gestión de las cuestiones artísticas. Protegió las obras de arte e impulsó la fundación de escuelas de arte y de un espacio donde se pudieran exponer las obras con plena libertad. Se rechazó la tutela oficial y se suprimieron la École de Beaux-Arts, la École de Rome, la École d'Athènes y la Académie des Beaux-Arts del Institut de France. Entre sus miembros figuraron pintores como el propio Coubert, Ernest Pichio, Amand

Gautier, Eugène Gluck, Eugène-Auguste Lançon, Henri Oulevay; escultores como Jules Dalou —nombrado administrador adjunto del Musée du Louvre— e Hippolyte Moulin; y dibujantes como André Gill, Philippe Cattelain y Georges Pilotell. Édouard Manet y Honoré Daumier no estaban en París y no respaldaron la insurrección armada. No obstante, ambos apoyaban la libertad artística que promovía la Comuna y condenaron su brutal represión. Comprometido con la libertad de expresión y de sólidas convicciones republicanas, Daumier fue célebre por sus caricaturas. En ellas criticó a la política y a la burguesía, denunció las injusticias y reflejó las costumbres y las consecuencias de la modernidad. Su obra, una comedia humana en dibujos, retrató, al igual que las novelas de Balzac, a la sociedad de su época con una mirada mordaz.

Toda actividad cultural tenía que estar en estrecha relación con la instrucción pública. Con este objetivo se fueron reabriendo bibliotecas y museos. La entrada era gratuita y, algunos casos, se podían visitar por la noche. Se pensó en un modelo asociativo para su funcionamiento. Los trabajadores participarían en la toma de decisiones junto a los cargos directivos. El 12 de abril se reabrieron los museos, en algunos de los cuales se impartieron cursos. La Bibliothèque Nationale reabrió sus puertas el 24 del mismo mes bajo la dirección de Élie Reclus, quien se preocupó porque sus salas fueran más accesibles al público. El 8 de mayo se pudo volver a consultar la Bibliothèque Mazarine, que quedó bajo la responsabilidad del escritor y periodista Benjamin Gastineau, nombrado también inspector de las bibliotecas comunales. El 9 de mayo se iniciaban los cursos en el Muséum d'histoire naturelle y seis días más tarde se abría al público el Musée du Luxembourg. Al día siguiente, ya se podía visitar el Louvre.

Se quiso que el funcionamiento de la Ópera, teatros, salas de espectáculo y conservatorios de música fuera

también asociativo. Su puesta en marcha quedó bajo la coordinación de la Fédération Artistique. Creada a mediados del mes de abril y dirigida por Saint-Aubin, artista del teatro del Ambigu-Comique, esta federación contaba con más de 600 adheridos, principalmente compositores, escritores y artistas dramáticos y líricos. De los 27 teatros en activo con que contaba París antes de la Comuna, se logró que siete de ellos volvieran a representar obras. Estas tuvieron un carácter educativo y se celebraron frecuentemente en beneficio de heridos, viudas y huérfanos.

La Comuna se enfrentó al complejo reto de mejorar la situación de las mujeres. Sus condiciones de trabajo eran de mayor explotación que la de sus compañeros. Victorine Brocher, miembro de la Internacional y defensora de la Comuna, dejó testimonio en sus memorias de las pésimas condiciones laborales en que vivían las mujeres:

> He visto mujeres pobres trabajando entre 12 y 14 horas diarias por un salario irrisorio, viéndose obligadas a abandonar a ancianos y niños, pasando largas horas encerradas en talleres insalubres, donde el aire, la luz y el sol no penetran jamás. Con frecuencia, deben pasar la mitad de las noches reparando los vestidos de su familia; [...][5].

Desacreditadas por un proudhonismo que las consideraba intelectualmente inferiores al hombre y las recluía al ámbito del hogar, las mujeres no disfrutaron del derecho a voto, ni estuvieron representadas en el Consejo de la Comuna. Lo cierto es que el debate sobre el voto femenino, muy activo en Gran Bretaña, apenas se planteó en Francia. Solo desde el feminismo militante, mujeres como Louise Michel, Paule Minck, André Leo o Elizabeth Dmitrieff plantearon esta cuestión. Sin embargo, la actividad de las mujeres fue importante desde un primer momento. Con anterioridad a la Comuna, habían participado en las huelgas, luchado por la igualdad de salarios entre hombres y mujeres y colaborado

en la creación y funcionamiento de cooperativas de alimentación como La Ménagère y La Marmite. Una vez hubo estallado la revolución, fueron mujeres quienes, el 18 de marzo, alertaron de la presencia de tropas que pretendían arrebatarles los cañones y les conminaron a deponer las armas. Las mujeres formaron parte de comités y organizaciones, participaron en los debates, impulsaron reformas, sustituyeron a las religiosas en colegios, hospitales y hospicios, atendieron comedores sociales y, cuando llegó el momento, condujeron ambulancias, fueron enfermeras y defendieron con valor las barricadas. Obreras, costureras, modistas, tenderas, cantineras, periodistas o maestras, las mujeres jugaron un papel relevante durante la Comuna.

No fueron esas mujeres encolerizadas y violentas que describió la prensa conservadora, imagen muy alejada de la realidad y que dio un amplio rédito propagandístico al Gobierno de Versalles. Fueron mujeres que sabían lo que querían y que vieron en la Comuna una oportunidad para lograrlo, al tiempo que fueron también solidarias con la lucha emprendida por sus compañeros. Contaban con una amplia experiencia laboral y conocían bien las bases de su explotación y, al igual que los hombres, confiaban en la educación y en la reorganización del trabajo a partir del cooperativismo para superar las desigualdades. De entre las feministas más activas surgió la Union des femmes pour la défense de Paris et les soins aux blessés. Fundada el 11 de abril por la encuadernadora Nathalie Lemel y la joven estudiante rusa Élisabeth Dmitrieff, ambas integrantes de la Internacional, esta organización defendió la actuación pública de las mujeres, luchó por el derecho al divorcio y elaboró un programa para retomar los talleres abandonados y ponerlos en manos de cooperativas de trabajadores. La emancipación de la mujer pasaba por lograr su independencia económica a través de la organización colectiva de la producción.

En una época en la que las mujeres tenían limitados sus derechos, se lograron importantes avances para igualar y dignificar su condición. Se reconocieron los hijos nacidos fuera del matrimonio, se condenó la prostitución y se concedió el derecho a una pensión alimenticia para la mujer en caso de separación. Fue labor de muchas mujeres, la mayoría anónimas. Entre las conocidas, y junto a los nombres ya citados, se encontraban Marguerite Diblanc, Eulalie Papavoine, Marie Guyard, Paule Mink, Anne Jaclard, Josephine Marchais o Blanche Lefebvre. Muchas de ellas murieron en los enfrentamientos, como la joven Lefebvre, que cayó defendiendo una barricada. Otras acabaron en presidio y sufrieron penalidades y vejaciones. La deportación a Nueva Caledonia fue el destino de Louise Michel o Nathalie Lemel. Las más afortunadas lograron exiliarse. Fue el caso de André Léo, quien había fundado, junto a Louise Michel, Noémie Reclus, Marie Deraisme y Jules Simon, la Société de revendication des droits de la femme (1868); y, junto a Benoît Malon, constituyó La République des travailleurs, órgano de la AIT. Durante la Comuna colaboró con la Union des femmes y escribió en *La Sociale*, *Le Cri du peuple* y *La Commune*.

La república democrática y social sería también universal. Todos los habitantes tenían derecho a la ciudadanía, incluida la numerosa comunidad extranjera que habitaba París y que, a finales del Segundo Imperio, se calculaba entre las 150.000 y las 200.000 personas. A belgas, luxemburgueses e italianos, que habían emigrado por razones económicas, había que sumar los exiliados políticos: garibaldinos, internacionalistas o polacos. Estos últimos habían buscado refugio en Francia tras la represión de la sublevación de 1863. Muchos de estos extranjeros participaron en la Comuna, como Nathalie Lemel, Élisabeth Dmitrieff o Léo Frankel. Todos ellos recibieron la ciudadanía que concedía la Comuna, convirtiéndose formalmente en ciudadanos de

París y de la humanidad. Cuando, con motivo de la elección de Frankel, se planteó si los extranjeros podían ser admitidos en el Consejo de la Comuna, la respuesta no pudo ser más elocuente:

Considérant que le drapeau de la Commune est celui de la république universelle; Considérant que toute cité a le droit de donner le titre de citoyens aux étrangers qui la servent; Que cet usage existe depuis longtemps chez les nations voisines; Considérant que le titre de membre de la Commune étant une marque de confiance plus grande encore que le titre de citoyen, comporte implicitement cette dernière qualité. La commission est d'avis que les étrangers peuvent être admis, et vous propose l'admission du citoyen Frankel[6].

Este proceso de reformas vino acompañado por la destrucción de los símbolos de la autoridad para mostrar la voluntad de ruptura con el pasado y el deseo de construir una nueva sociedad. La pena de muerte fue objeto de un acto de pública condena con la incineración el 6 de abril de una guillotina en la plaza Voltaire. Pocos días más tarde, se producía el derribo de la Columna Vendôme, monumento erigido por Napoleón I para celebrar su victoria en Austerlitz. Estaba coronada por una estatua realizada por Dumont en 1863, que representaba a Napoleón I como César. La Comuna decretó su destrucción el 12 de abril por considerar que se trataba de un monumento dedicado a la barbarie, un símbolo de la fuerza bruta, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un insulto permanente a los vencidos y un atentado a la fraternidad. Finalmente, fue derribada el 16 de mayo y la plaza se rebautizó con el nombre de Place Internationale. Al acto asistió un numeroso público y varios batallones de la Guardia Nacional que entonaron *La Marseillaise* y el *Chant du Départ*. A comienzos de mayo, el Comité de Salud Pública ordenó la destrucción de la Capilla expiatoria levantada durante la Restauración allí donde se

había ubicado el cementerio de la Madeleine, campo santo donde habían sido inhumados los restos de Luis XVI y María Antonieta. Unos días más tarde, le tocó el turno a Thiers, cuya residencia, situada en la Place Saint-Georges, fue destruida, sus bienes incautados y sus objetos de arte y libros depositados en museos y bibliotecas.

En un principio, las ansias de libertad eran tales que permitían pensar en una flamante revolución que crearía un nuevo orden. Sin embargo, el proyecto de la Comuna de constituir esta nueva sociedad basada en elevados principios chocó con la realidad del conflicto civil. La aspiración a un gobierno democrático fue suprimida cuando blanquistas y jacobinos exigieron un gobierno fuerte y se constituyó el Comité de Salud Pública. Al igual sucedió con la libertad de prensa y con las propuestas sobre las fuerzas armadas y la policía política, que quedaron condicionadas a causa del enfrentamiento contra Versalles.

Uno de los motivos de la Revolución del 18 de marzo había sido el deseo de la Guardia Nacional de librarse de la tutela ejercida por las autoridades políticas y militares. Quería dotarse de una organización democrática y federativa. Con este fin los batallones habían constituido el Comité Central de la Garde Nationale, que asumió inicialmente el control de la ciudad tras la insurrección. Sin embargo, pronto surgieron tensiones cuando la Comisión de Guerra intentó restaurar la disciplina militar entre los guardias nacionales y colisionó con la oposición del Comité Central. La democracia casaba mal con la disciplina, tan precisa en momentos de guerra. Algo similar sucedió con la policía política, uno de los principales instrumentos de dominación del Segundo Imperio. Todos los manifiestos habían incluido el deseo de suprimirla. Sin embargo, la Comuna no la eliminó, sino que la dejó en manos de los blanquistas, quienes, dirigidos sucesivamente por Émile Duval, Raoul Rigault, Frédéric Cournet y Théophile Ferré, convirtieron la prefectura de policía en la

sede de un nuevo aparato policial, el revolucionario, que no estuvo exento de críticas por su actuación y por su responsabilidad en la muerte de los rehenes.

EL SEGUNDO ASEDIO DE PARÍS

El Gobierno nombrado por la Asamblea Nacional organizó un potente ejército para sofocar la insurrección de la Comuna. En un breve espacio de tiempo, Versalles pudo contar con 130.000 hombres, que quedaron al mando del mariscal Patrice Mac Mahon, quien pocos meses antes había capitulado en Sedan. Muchos eran soldados desmovilizados de procedencia rural. El resto procedía del contingente de 60.000 prisioneros de guerra que los alemanes pusieron en libertad. Bismarck tenía un gran interés en que el Gobierno de Versalles reprimiera pronto a la Comuna. Necesitaba un interlocutor válido con el que firmar un ventajoso acuerdo de paz y temía un posible contagio revolucionario en suelo alemán.

El ejército de Versalles era más numeroso y estaba mejor equipado y dirigido que el de la Comuna. Esta contaba en teoría con unos 200.000 efectivos, pero no pudo disponer sino de una cifra mucho menor, que no dejó de descender y que, llegado el momento de los combates decisivos, apenas superó los 25.000 hombres. A ello se sumó el éxito de Versalles a la hora de reorganizar un ejército disciplinado y jerarquizado. Para ello se tomaron medidas represivas como las sanciones disciplinarias, pero también se mejoraron las condiciones de la tropa, aumentando su soldada, alimentación y ración de vino. Los soldados fueron aislados de la población civil para impedir que se volvieran a producir deserciones y se les prohibió la lectura de la prensa para evitar que pudieran recibir cualquier información que creara en sus filas un estado de opinión contrario al discurso que recibían de sus oficiales. Por el contrario, los mandos de la

Comuna no lograron formar un ejército. Sus guardias nacionales no tenían más experiencia bélica que su resistencia al asedio prusiano y fueron reticentes a obedecer las órdenes de sus oficiales. Esta circunstancia se reflejó en las discrepancias entre los representantes de la Guardia Nacional y el Consejo de la Comuna a la hora de tomar decisiones. La firme voluntad de los guardias nacionales de mantener la autonomía de sus batallones y la elección de sus oficiales por vía democrática creó graves problemas de disciplina que fueron cruciales en el combate. Todo ello fue decisivo para la derrota de la Comuna entre abril y mayo de 1871.

Su resistencia fue la de toda una población levantada en armas, entre la que se encontraban también mujeres y niños. La mayoría de las mujeres participaron como enfermeras y en puestos de apoyo, pero también construyendo barricadas, e incluso defendiéndolas con el fusil en la mano. Sirvieron en la Guardia Nacional e incluso formaron su propio batallón. En la plaza Blanche y en la plaza Pigalle, las mujeres defendieron las barricadas allí levantadas. En *Les mains de Jeanne-Marie* (1872), Rimbaud mostró su admiración por estas mujeres:

¡Ellas palidecen, maravillosas,
al gran sol pleno de amor,
sobre el bronce de las ametralladoras
por el París insurrecto!

La participación en la lucha de niños y adolescentes, los *gamins* de París, había sido habitual en los procesos revolucionarios anteriores. Basta recordar la figura de Gavroche, uno de los más entrañables protagonistas de *Les Misérables*. Aquel niño de la calle que muere de un disparo durante la insurrección republicana de junio de 1832, cuando recuperaba cartuchos para los defensores de la barricada de la calle de la Chanvrerie. De la intervención de menores en los

combates de la Comuna nos hablan autores como Lissagaray y hay referencias en otros testimonios contemporáneos. También se sabe de la existencia de estos niños soldados por la represión judicial de Versalles. Se arrestó a un total de 651 menores, cuyas edades estaban comprendidas entre los 7 y los 16 años. Estos niños se alistaron en los batallones de la Guardia Nacional por muy diferentes motivos. El más frecuente fue el deseo de unirse a sus familiares. Allí donde se vivía un ambiente familiar favorable a la Comuna, fue habitual que los niños y adolescentes se alistasen junto a sus mayores. También explica su alistamiento la solidaridad vecinal y la precariedad en la que vivían estos menores. Durante el primer sitio, la vida escolar quedó prácticamente paralizada. En este duro invierno de 1870-1871 bandas de niños recorrieron las calles de París luchando por sobrevivir. Vendían a las carnicerías los gatos y perros que capturaban y era habitual verlos inmersos en actividades de contrabando o delinquiendo. No fue pues de extrañar que niños vagabundos participasen en la construcción de barricadas, o bien que, retenidos por vagabundear o cometer pequeños hurtos, fuesen obligados a servir en la Guardia Nacional. Otras veces se sumaron a las fuerzas de la Comuna por motivos económicos. Miles de menores vivían en unas condiciones de precariedad que les obligaba a convertirse en adultos antes de hora. Se calcula que, a finales del Segundo Imperio, trabajaban en la industria unos 100.000 niños, 5.000 entre 8 y 10 años, 18.000 entre 10 y 12 años y los restantes 77.000 de 12 a 16 años. La situación económica de muchas familias empeoró por el bloqueo prusiano y, posteriormente, por la proximidad de los versalleses. En estas circunstancias de pobreza y desempleo, alistarse en la Guardia Nacional supuso una soldada que ayudó a la supervivencia de muchas familias. Para muchos niños otro atractivo que les condujo a alistarse en la Guardia Nacional fue el hecho de tener una comunidad a la que acogerse y, en otros casos, el sentirse

adultos y superar la tutela paterna al llevar uniforme y portar armas.

Fue así como algunos batallones de la Guardia Nacional incorporaron en sus filas a un buen número de menores. Se estima que pudieron ser en torno a los 2.500. El Bataillon des Pupilles estuvo formado por niños, en gran parte procedentes de los orfanatos, y se sabe que en el Bataillon des Turcos y en el de los Vengeurs de Flourens combatieron numerosos adolescentes con edades comprendidas entre los 15 y los 17 años. Estos menores colaboraron en la construcción y en la defensa de barricas, aunque, por su reducido tamaño, fueron también útiles como enlaces y para realizar arriesgados reconocimientos.

La Comuna también contó con defensores entre la comunidad extranjera, sobre todo entre los exiliados, más sensibilizados en cuestiones políticas. En total, se calcula que unos 2.000 extranjeros engrosaron las filas de la Comuna. Ya durante la guerra franco-prusiana, el exilio polaco había propuesto al general Trochu la formación de una Légion Polonaise para defender París, medida que fue desestimada por el Gobierno provisional partidario de reunir a todos los voluntarios en cuerpos militares franceses. La negativa a esta propuesta condujo a los polacos a enrolarse en la Guardia Nacional, cuerpo desde el que participaron activamente en la defensa de la Comuna, que sí dispuso la formación de una Légion Fédérale Belge. Entre los partidarios más destacados encontramos a Garibaldi, quien, aunque simpatizó con la causa de la Comuna y dimitió como diputado de la Asamblea Nacional, declinó la oferta de dirigirla. Sí que participó en la defensa de París Amilcare Cipriani, quien había combatido con Garibaldi en la guerra de independencia italiana, así como la joven rusa Elizabeth Dmitrieff, enviada por Marx a París en marzo de 1871. Belgas, rusos y polacos fueron las nacionalidades más destacadas. Estos últimos jugaron un papel relevante. La represión del Levantamiento de

Enero (1863-1865), sublevación polaca contra la dominación del Imperio ruso, había provocado un importante éxodo. Muchos exiliados arribaron a París. Entre estos polacos se encontraban dos de los más destacados jefes militares de la Comuna: Jaroslaw Dombrowski y Walery Wroblewski. El primero, formado en escuelas militares del Imperio ruso, había sido deportado a Siberia por su participación en la revuelta polaca. Tras evadirse, llegó a Francia y participó en la defensa de la Comuna, muriendo en las barricadas. De uniforme y envuelto en una bandera roja, Dombrowski fue enterrado en el cementerio de Père Lachaise. Wroblewski se había exiliado en París en 1864. Durante la Comuna dirigió la defensa de las fortificaciones y, tras la derrota, se refugió en Londres, donde se incorporó a la AIT.

El primer enfrentamiento militar se produjo el 3 de abril cuando las fuerzas de la Comuna, dirigidas por Jules Bergeret, Émile Eudes y Émile Duval, realizaron una salida con el objetivo de alcanzar Versalles. Pero ya era demasiado tarde. Un potente y bien organizado ejército les cerraba el paso. La salida se saldó con un rotundo fracaso. Mal preparados, los batallones de la Guardia Nacional fueron derrotados y se replegaron hacia París. Los *communards* hechos prisioneros fueron ejecutados, entre ellos Duval y Flourens. Estas ejecuciones llevaron a la Comuna a aprobar el 6 de abril el decreto sobre los rehenes, que preveía el arresto de todos los sospechosos y, en el caso de ser considerados culpables, su paso a la condición de "rehenes del pueblo de París" y la posibilidad de ser fusilados en represalia por las ejecuciones cometidas por las fuerzas de Versalles. Esta disposición no será aplicada hasta finales de mayo, en los momentos más dramáticos de la represión.

Aislada tras su desastrosa salida, la Comuna tenía enfrente a los versalleses y a sus espaldas a los prusianos. Había que pensar con urgencia en la defensa de París. El 5 de abril, el Consejo de la Comuna decretó la movilización

de todos los parisinos entre 19 y 40 años. Se reclutó una fuerza de 160.000 hombres, pero de los que apenas 20.000 tenían formación militar. Sus oficiales, elegidos por los propios guardias nacionales, tenían un carácter marcadamente político y encontraron no pocas dificultades para dirigir a unos hombres más interesados en el debate político que en el combate militar. En estas condiciones, la Comuna debió hacer frente a un segundo asedio de París. Mientras que las fuerzas prusianas mantuvieron el cerco sobre el norte y el este de la ciudad, el ejército de Versalles avanzó hacia la ciudad por el sur y el oeste e inició su asalto. En los primeros días de abril, París fue bombardeada y su periferia ocupada. Frente a un ejército regular y mejor armado, apoyado por el sabotaje de los ciudadanos partidarios de Versalles, la Comuna fue incapaz de coordinar una defensa eficaz.

Ante el avance de las tropas de Versalles, la Comuna se planteó la necesidad de establecer un gobierno autoritario y, en concreto, la urgencia de crear un Comité de Salud Pública, en referencia explícita al gobierno revolucionario surgido en la primavera de 1793. El debate sobre qué decisión tomar muestra las divergencias existentes entre las diferentes tendencias que convivían en el seno de la Comuna. Jacobinos y blanquistas defendieron la necesidad de crear este ejecutivo, mientras que la Minoría, fiel a los principios de la democracia directa y del mandato imperativo, defendió un gobierno elegido directamente por el pueblo y se opuso a la creación de este Comité por considerarlo incompatible con las aspiraciones democráticas de la Comuna. Finalmente, el 1 de mayo se aprobó la formación del Comité de Salud Pública. Sus primeros miembros, todos integrantes de la mayoría jacobina y blanquista, fueron Antoine Arnaud, Léo Meillet, Gabriel Ranvier, Charles Gérardin y Félix Pyat. Una semana más tarde, Meillet, Gérardin y Pyat fueron sustituidos por Émile Eudes, Charles Ferdinand Gambon y Charles Delescluze. Al ser este último nombrado delegado de Guerra

fue sustituido en el Comité por Alfred-Édouard Billioray. Aquellos miembros de la Minoría que dirigían comisiones fueron revocados de sus cargos: Varlin dejó Intendencia, Vermorel Seguridad y Longuet fue separado de la edición del *Journal Officiel*. Contrarios a los métodos y decisiones del Comité de Salud Pública, los minoritarios redactaron un manifiesto firmado por 22 miembros del Consejo, que apareció en la prensa parisina el 16 de mayo. En él se afirmaba que el Comité de Salud Pública era un poder dictatorial que usurpaba la soberanía del pueblo. Finalmente, los miembros de la Minoría optaron por dimitir en grupo como señal de protesta y se retiraron a la gestión de sus respectivos distritos.

Se dotó al Comité de Salud Pública de amplias facultades sobre todas las comisiones y se le concedió amplios poderes para la defensa de París. Pero, al no precisarse sus atribuciones, entró de inmediato en colisión con las restantes instituciones comunales, generando una notable confusión. El conflicto fue especialmente grave en cuestiones militares. A las diferencias entre el delegado de Guerra y el Comité Central de la Garde Nationale, se sumó ahora el conflicto con el Comité de Salud Pública. Estas discrepancias y el desarrollo de los combates ayudan a explicar los tres cambios que, en tan breve espacio de tiempo, se produjeron en la dirección de la Comisión de Guerra. Gustave Cluseret, militar de profesión, fue el primer delegado de Guerra. Su principal preocupación fue convertir a la Guardia Nacional en un cuerpo disciplinado, pero fue cesado y arrestado, acusado de no haber hecho lo suficiente para defender la ciudad. Su lugar fue ocupado por su jefe de Estado Mayor, Louis Rossel. Capitán del ejército, Rossel había rechazado la capitulación y se había sumado a la Comuna, pero fue también sustituido por sus desavenencias con el Comité de Salud Pública el 10 de mayo. Hecho prisionero, fue juzgado y fusilado el 28 de noviembre de 1871. El lugar de Rossel lo ocupó Charles Delescluze, muerto en la defensa de la Comuna el 25 de mayo.

Durante la Revolución francesa se había vencido a las potencias extranjeras y a los contrarrevolucionarios franceses, pero ahora, en 1871, era ya tarde para que el Comité de Salud Pública pudiera salvar a la Comuna. El avance de las fuerzas de Versalles era imparable y se fueron ocupando los principales fuertes que defendían el recinto amurallado de la ciudad. El 9 de mayo cayó el fuerte de Issy sin combatir, justo cuando Rossel se dirigía a reforzar su defensa. El delegado de Guerra lamentó amargamente que la bandera tricolor ondeara sobre el fuerte por el abandono de sus defensores. Ante una más que previsible entrada de las tropas de Versalles en la ciudad, la Comuna organizó su defensa levantando numerosas barricadas con sacos terreros y los adoquines de las calzadas. Se creó una comisión responsable de la construcción de barricadas con un ambicioso proyecto que, finalmente, apenas se cumplió, siendo muy débiles y de escasa altura la mayor parte de las que se levantaron. La defensa de la orilla derecha del Sena quedó encomendada a Dombrowski, que situó su cuartel general en la Plaza Vendôme. Napoléon La Cécilia quedó en el centro, instalado en la Escuela Militar; y Wroblewski, con cuartel general en el palacio del Elíseo, se dispuso a defender la orilla izquierda. El cerco se estrechó y la noche del 14 de mayo se evacuó el fuerte de Vanves, muy dañado por las granadas de la artillería enemiga. Las fortalezas exteriores ya no eran un obstáculo para el ejército de Versalles, que se preparó para superar las murallas de París.

El 21 de mayo los versalleses sorprendieron a los defensores y penetraron en la ciudad por la puerta de Saint Cloud sin encontrar resistencia. Comenzaba la Semana Sangrienta. El ejército de Versalles avanzó con facilidad por los barrios burgueses del oeste, donde fue bien recibido por la población. Gracias al apoyo de los miembros de la Garde National de l'Ordre y al nuevo trazado urbano tras las reformas de Haussmann, las tropas maniobraron con facilidad. Parisinos partidarios de Thiers, portando un brazalete tricolor

—*brassardiers*—, guiaron a los soldados en su avance, delatando a los partidarios de la Comuna. La progresión fue rápida y el 22 de mayo los versalleses ya habían tomado los distritos XV y XVI. Al terminar el día habían ocupado el Palacio del Elíseo, la Escuela Militar y la estación de Saint-Lazare. El 23 cayó la colina de Montmartre, donde las desorganizadas fuerzas de la Comuna apenas ofrecieron resistencia. Se ocupó la Ópera y se produjeron los primeros incendios. Unos causados por los bombardeos, otros provocados por los *communards*, quienes destruyeron aquellos edificios que simbolizaban todo aquello contra lo que luchaban, al tiempo que protegían su retirada. Especial transcendencia tuvo el incendio del Palacio de las Tullerías, símbolo del despotismo por haber sido residencia de los reyes del Antiguo Régimen y de los dos emperadores. Las fuerzas de la Comuna recorrieron el palacio rociando sus paredes con petróleo. El estallido de un depósito de pólvora en sus almacenes favoreció la práctica destrucción del palacio, cuyas ruinas serán totalmente derruidas en 1883. En los días siguientes, los incendios se extendieron por la ciudad afectando al Palacio de Orsay, a la Prefectura de Policía, al Palacio de la Legión de Honor, al Consejo de Estado, al Palacio de Justicia, a la Biblioteca del Louvre y al Ministerio de Finanzas.

Al amanecer del día 24 gran parte de la ciudad era pasto de las llamas. Esa misma mañana, el Comité de Salud Pública evacuó el Hôtel de Ville, desde donde se habían venido reuniendo las diferentes comisiones y elaborando los decretos de la Comuna. El Comité se trasladó al ayuntamiento del distrito XI y se ordenó incendiar el edificio con el propósito de retrasar el avance de las fuerzas de Versalles. Se luchaba ya en el este de la ciudad. Allí la Comuna contaba con el apoyo de gran parte de la población y pudo ofrecer una mayor resistencia. Pero esta careció de coordinación. Los *communards* se habían retirado a defender sus respectivos barrios. Se luchó en cada calle, en cada barricada, y el avance de las

tropas de Versalles se hizo más costoso. En *Les 73 Journées de la Commune* (1871), Catulle Mendès recuerda cómo en estos barrios los *communards* combatieron con mayor fiereza, retrasando el avance de las tropas de Versalles.

La represión fue despiadada. Miles de *communards* fueron detenidos durante los combates y fusilados inmediatamente sin proceso alguno. Los heridos fueron rematados en las barricadas y en las camas de los hospitales. En el Barrio Latino fueron pasados por las armas cerca de 700 de sus defensores, así como un médico y 80 heridos que eran asistidos en el seminario de Saint-Sulpice. En Montmartre, en la calle des Rosiers, donde habían sido fusilados los generales Lecomte y Clément-Thomas, se ejecutó a medio centenar de vecinos de todas las edades. Este clima de violencia extrema llevó a la Comuna a comenzar a aplicar el decreto de los rehenes. Ya el 23 había sido fusilado Gustave Chaudey, acusado de haber colaborado en la represión de la insurrección del 22 de enero de 1871. Al día siguiente, se ejecutó al arzobispo de París Georges Darboy, al presidente de la corte de apelaciones Louis-Bernard Bonjean, al abad Gaspard Deguerry y a tres jesuitas.

Al anochecer del 24 de mayo, la Comuna ya solo controlaba algunos barrios del este de la ciudad. Al día siguiente, el ejército de Versalles concentró sus esfuerzos en la toma de la Butte-aux-cailles, defendida por fuerzas comandadas por Wroblewski. Finalmente, las últimas barricadas de la orilla izquierda fueron tomadas y el general polaco se retiró por el puente de Austerlitz. La orilla izquierda estaba ya en manos de Versalles. El 26 sus tropas prosiguieron el avance, fusilando a los *communards* detenidos. Esa misma tarde, una multitud se reunió en la calle Haxo. Hasta allí habían sido conducidos los rehenes que se encontraban en la prisión de La Roquette. Los presos —36 gendarmes, 10 religiosos y 4 civiles acusados de colaborar con el enemigo— fueron llevados frente a un muro y, a pesar de las protestas de Varlin y Piat,

fusilados en represalia por la sangrienta actuación del enemigo. Poco después, la Comuna ejecutará al arcediano de Nôtre-Dame Monseñor Surat. El 27 se tomó Buttes-Chaumont y se desarrolló la batalla por el cementerio de Père Lachaise, donde resistían apenas dos centenares de guardias nacionales. Se luchó por cada tumba y los monumentos funerarios sirvieron de parapetos. Los últimos líderes de la Comuna —Varlin, Ranvier, Jourdé, Ferré y Trinquet— asistieron impotentes al desastre final. Derrotados, 147 *communards* fueron fusilados al pie de uno de los muros de esta necrópolis, tapia que será conocida como el Muro de los Federados. Esa misma tarde, el ejército de Versalles bombardeó Belleville, el último bastión de la Comuna. A la mañana siguiente, día 28, las tropas penetraron en el barrio. Varlin, descubierto por un sacerdote, fue detenido. Golpeado por sus enemigos, fue conducido ante un pelotón y fusilado. La resistencia cesó cuando fue tomada la última barricada en la calle Ramponeau.

Protagonista de las revoluciones del siglo XIX y mitificada por el arte y la literatura, la barricada pasó a la historia. Esta ocupación colectiva del espacio público por la comunidad que lo habitaba para defenderse de una amenaza exterior dejó de ser militarmente válida. Se levantarán nuevas barricadas en el siglo XX con motivo de la Liberación de París, la guerra de Argelia y Mayo de 1968, pero, ineficaces para resistir a las fuerzas del orden, quedarán como un vestigio del pasado y un símbolo de la resistencia popular. La barricada de la calle de la Chanvrerie, descrita por Victor Hugo en *Les Misérables*, donde Enjolrás encontró la muerte, será ya solo un recuerdo convertido en mito.

Suprimida toda resistencia, el mariscal MacMahon emitió una proclama en la que anunció la "liberación" de París. El orden, el trabajo y la seguridad —afirmaba el militar francés— volverían a nacer. Thiers telegrafió a los prefectos: "El suelo está sembrado de sus cadáveres; este horrible espectáculo servirá de lección". La represión continuó en los días siguientes. En ella se distinguió el por entonces general

de brigada Gaston de Galliffet, quien por su sangrienta represión de la Comuna será conocido como el "massacreur de la Commune". Al observar una columna de prisioneros que era conducida a Versalles, Galliffet mandó separar a todos los mayores: "Aquellos que tengan los cabellos grises, que salgan de las filas", son las palabras que han transmitido los historiadores. Poco después fueron fusilados. Por su edad podían ser testigos, tal vez protagonistas, de la Revolución de junio de 1848 y, por tanto, para Galliffet, más culpables que ningún otro. Este es un ejemplo de la oficialidad bonapartista y monárquica, responsable principal de la represión. Entre ellos, podemos citar también a Joseph Vinoy, Félix Douay y Ernest Courtot de Cissey. Estaban acostumbrados a ejercer en las colonias una violencia extrema y deseaban descargar sobre los insurrectos su rencor hacia las clases populares y su humillación por la derrota ante el ejército prusiano.

REPRESIÓN Y CONSECUENCIAS POLÍTICAS

El resultado más inmediato y dramático de la derrota de la Comuna fue la cruenta represión perpetrada por las tropas de Versalles. Desde el primer día, y muy especialmente durante la Semana Sangrienta, ejecutaron en su avance a miles de ciudadanos. Entre ellos había víctimas de delaciones, acusados de haber colaborado con la Comuna. Se calcula que se enviaron a las autoridades de Versalles cerca de 400.000 denuncias, de las que aproximadamente un 80 por ciento fueron anónimas. Los *communards* capturados en las barricadas, en registros o portando armas fueron fusilados de inmediato. En ocasiones, pasaron por sumarísimos juicios ante improvisadas cortes marciales. Al terminar los combates, cientos de cuerpos llenaban las calles de París. La estampa era desoladora. El hedor era tan insoportable que los muertos eran incinerados en enormes hogueras.

Dar una cifra correcta del número de muertos se antoja casi imposible, incertidumbre que alimentó un intenso debate. La población de París se caracterizaba por su fluctuación a causa de la inmigración. Esta circunstancia aumentó a partir del conflicto con Prusia. Se incrementó la mortalidad y muchos habitantes huyeron del primer asedio. Otros marcharán de la ciudad al producirse la insurrección del 18 de marzo. Al hecho de no conocer con exactitud la población de la ciudad en el momento de la entrada de ejército de Versalles, hay que sumar el propio *modus operandi* de la represión. Hubo miles de desaparecidos. Los prisioneros eran fusilados mientras los conducían a prisión. Muchos cuerpos desaparecieron incinerados o arrastrados por las aguas del Sena y un número incierto de cadáveres se enterraron sin registro oficial. Es por ello que las cifras varían según las fuentes consultadas, sean partidarias de Versalles o de la Comuna, oscilando entre 5.000 y 100.000 el número de muertos. Sí que se sabe que, al finalizar 1871, con la guerra terminada hacía meses y retornados gran parte de los refugiados, en los censos municipales de París faltaban 100.000 ciudadanos, en su mayor parte hombres. De estos, todavía había miles de parisinos por regresar tras huir de ambos asedios, otros muchos eran los *communards* muertos o huidos. Sin poder concretar más estas cifras, lo cierto es que la represión de Versalles supuso la eliminación física de gran parte de las clases "peligrosas" parisinas, entre ellos algunos de sus principales líderes, y el amedrentamiento del resto.

Se han dado diferentes argumentos para explicar las dramáticas dimensiones de esta represión. La interpretación tradicional consideraba que la Semana Sangrienta era resultado de una explosión de rabia incontrolada por parte de los soldados de Versalles, campesinos que odiaban a los habitantes de París. No obstante, las ejecuciones sumarias comenzaron mucho antes de que la resistencia de los *communards* pudiera justificar este estallido de rencor. A ello se

sumaba la lucha de clases. Los trabajadores habían sido derrotados en sucesivas revoluciones. Ahora, en 1871, se pretendía destruir definitivamente su espíritu de lucha. Existía la convicción de estar ante el combate final y todos querían alcanzar el triunfo e imponer su modelo de Estado. Otra explicación relaciona la represión con la derrota en la guerra franco-prusiana. En plena crisis nacional, este desastre militar había originado una situación excepcional. Las reglas de la vida civil se suspendieron y la violencia se hizo habitual. En este contexto, los defensores del orden establecido interpretaron el levantamiento del 18 de marzo como una traición en unos momentos en los que la unidad era muy necesaria, y la cólera contra el enemigo prusiano se trasladó al enemigo interno. Por último, ante un contexto internacional poco propicio para el catolicismo y las fuerzas conservadoras que se apoyaban en él, el triunfo de una Prusia protestante, la unificación italiana y la Comuna de París suponían una grave amenaza para el Papa y el catolicismo. Era preciso reaccionar y, en Francia, la respuesta habría sido la cruel represión de la insurrección parisina.

Más fácil de concretar fue el balance de las bajas del ejército de Versalles, que sufrió cerca de 900 muertos, 183 desaparecidos y 6.500 heridos. Junto a estas pérdidas durante los combates, hemos de añadir los rehenes fusilados por la Comuna. La violencia que ejerció fue mucho menor que la de Versalles y, en gran medida, una respuesta a la misma, al tiempo que reflejo de un arraigado anticlericalismo. No obstante, y al igual que sucedió durante la Revolución francesa en un grado mucho mayor, se habla de una política de Terror, en cuanto que la violencia fue una reacción para hacer frente a la amenaza de una inminente derrota. Recapitulando, el mismo 18 de marzo fueron fusilados en Montmartre los generales Lecomte y Clément-Thomas. El primero, al mando de las tropas que debían tomar los cañones, había ordenado disparar contra la población. El segundo, partícipe en la

represión de junio de 1848, había sido sorprendido y detenido en plena calle. Junto a estas dos primeras víctimas, la Comuna fue responsable de una serie de ejecuciones en respuesta a las cometidas por las tropas de Versalles. Cuando el 3 de abril el Consejo de la Comuna acordó la separación entre la Iglesia y el Estado, fueron detenidos varios religiosos. Dos días más tarde, y con el fin de paralizar los fusilamientos de guardias nacionales prisioneros de Versalles, la Comuna emitió el decreto de los rehenes. Toda persona sospechosa de colaborar con el enemigo sería detenida y juzgada, y aquellos considerados culpables quedarían retenidos en condición de rehenes. Por cada *communard* que fuera ejecutado se fusilaría a tres de estos rehenes. Inicialmente, no se procedió a aplicar este decreto y el 12 de abril el vicario general Lagarde fue liberado para proponer a Thiers el intercambio del arzobispo de París, monseñor Darboy, y si fuera preciso de más rehenes, por Blanqui. La propuesta fue rechazada. Semanas más tarde, se inició el asalto definitivo de París. En respuesta a los fusilamientos indiscriminados cometidos por las tropas de Versalles en su avance, la Comuna comenzó a ejecutar a sus rehenes, muertes de las que se hizo responsable principalmente a los blanquistas. Por el contrario, destacados líderes de la Comuna, entre ellos Auguste Serrailler, Eugène Varlin, Frédéric Cournet y Jules Vallès, intentaron detener estos fusilamientos, pero fracasaron ante el generalizado deseo de venganza. El 23 de mayo se ordenó fusilar a cuatro rehenes, entre los que estaba Gustave Chaudey. El 24 de mayo fueron fusilados seis ocupantes de la prisión de La Roquette. Uno de ellos era el arzobispo de París. Al día siguiente, murieron cinco dominicos y ocho civiles. El 26 de mayo, se produjo la ejecución más numerosa cuando, en la calle Haxo, fueron fusilados 50 rehenes. Las muertes terminaron con la del arcediano monseñor Surat. En total, se calcula en un centenar el número de personas fusiladas.

El exilio fue el destino de los partidarios de la Comuna que corrieron mejor suerte. Se calcula que entre 5.000 y 10.000 *communards* salieron de Francia, aunque también sobre esta cuestión es difícil establecer una cifra segura. Los condenados en rebeldía —huidos— fueron en torno a los 3.500. Otros miles marcharon por temor a represalias, o bien voluntariamente por estar en contra del Gobierno y no poder expresar en Francia sus ideas con plena libertad. Los principales destinos de los exiliados fueron Bélgica, Gran Bretaña, Suiza y los Estados Unidos. Su situación no fue la misma en todos los lugares. Muchos abandonaron Bélgica, destino próximo a la frontera francesa, donde el control de las autoridades era estricto. En el exilio languidecieron sus relaciones con la patria, aceptaron trabajos por debajo de sus cualificaciones y, en ocasiones, vivieron en la miseria. No obstante, mantuvieron su militancia y participaron en la vida política de los países de acogida, jugando un destacado papel en la conformación de sus respectivos movimientos obreros. Condenados, los exiliados no pudieron regresar hasta que se decretó la amnistía.

Los detenidos fueron juzgados y condenados a penas de prisión y deportación. Columnas de hombres, mujeres y niños fueron conducidos a campos de internamiento a la espera de juicio. En muy malas condiciones, aguardaron 43.522 presos, de entre ellos casi 1.000 mujeres y algo más de 600 menores de 16 años. Para procesarles se tipificó, y aplicó retroactivamente, el delito de apoyo a la Comuna. Se estima que la justicia militar dictó 93 condenas a muerte —de las que se ejecutaron 23—, 1.247 a reclusión perpetua y 3.359 a diferentes penas de prisión. 651 niños acabaron internados en casas de corrección. A Nueva Caledonia fueron deportados 4.600 presos y 251 condenados a trabajos forzados purgaron también sus penas en esta colonia, convertida en una gigantesca penitenciaría. El resto de los casos fueron sobreseídos o absueltos.

La libertad o la posibilidad de regresar a Francia para presos y exiliados no fue posible hasta las leyes de amnistía. La Asamblea Nacional no estaba dispuesta a perdonar a quienes habían retado a su poder y legitimidad, y cuando se formó una comisión de gracia en julio de 1871 apenas se concedieron 1.500 reducciones y conmutaciones de pena. Durante años, tanto los partidarios de la Comuna como los republicanos radicales demandaron una amnistía general. Se argumentaba que el perdón favorecería la unidad nacional y consolidaría la naciente República. Sin embargo, esta amnistía solo se logró una vez asentado el régimen y con una sólida mayoría republicana al frente. Las reticencias de las fuerzas conservadoras a conceder el perdón se advierte al comprobar que la amnistía no fue resultado de una única ley, sino que precisó de dos leyes sucesivas. Cuando, a finales de la década, los republicanos se sintieron fuertes y ganaron posiciones electorales se aprobó una amnistía parcial. La Ley del 3 de marzo de 1879 concedió el indulto a todos aquellos a los que el presidente de la República decidiera conceder esta medida de gracia. Aproximadamente, unos 2.400 *communards* pudieron regresar. Pero todavía faltaba por conceder la amnistía a los principales líderes y a una masa importante de presos, deportados y exiliados. Esta se obtuvo con la Ley de Amnistía General del 11 de julio de 1880. En vísperas de la festividad republicana del 14 de julio, se quería avanzar hacia la reconciliación nacional y dotar a la República de símbolos. A la festividad nacional, la elección de *La Marseillaise* como himno nacional y el restablecimiento de París como capital de Francia, con el traslado a la ciudad de la Asamblea Nacional y del Gobierno, se sumó la amnistía a los *communards*. Los encarcelados abandonaron las prisiones y los condenados y proscritos volvieron a Francia. Pero el regreso no fue fácil. Los retornados combatieron por la rehabilitación de la Comuna, renovando los enfrentamientos políticos.

Mientras los monárquicos controlaron la vida política, se amordazó toda voz favorable a la Comuna, proceder que siguieron las fuerzas conservadoras en la mayor parte de Europa, temerosas de la difusión de las ideas revolucionarias. La Primera Internacional fue ilegalizada y el movimiento obrero reprimido. En París, el estado de sitio y el toque de queda no se levantaron hasta 1876. Hasta entonces, no se pudo ejercer el derecho de reunión con libertad, la prensa quedó sometida a la autorización previa del Gobierno y se impuso a cafés y restaurantes un horario de cierre. Todo ello limitó la expansión del socialismo, pero la semilla de la Primera Internacional estaba ya plantada. Terminados los tiempos de persecución, el movimiento obrero francés conoció un periodo de crecimiento impulsado por el avance de la industrialización, el reconocimiento del sufragio universal y el desarrollo de la educación. El proudhonismo y el blanquismo, mermados por la derrota y la represión de la Comuna, abrieron paso al anarquismo y al marxismo; y la autorización de los sindicatos (1884) dio visibilidad a un socialismo dividido, que sufrió la dispersión y la falta de unidad doctrinal. Las diferentes realidades industriales habían dado origen a distintas mentalidades, que se tradujeron en posicionamientos políticos diversos. El trabajador cualificado y mejor posicionado no mantenía los mismos planteamientos que el obrero textil y minero, más inestable en su puesto de trabajo y con peores condiciones laborales. Al reformismo de los primeros se opuso la vía revolucionaria de los segundos.

La represión de la Comuna ahondó la brecha abierta entre el republicanismo y los trabajadores desde junio de 1848. Decepcionados por sucesivos fracasos, transitaron hacia las nuevas fuerzas surgidas de la Internacional. Socialistas y anarquistas se identificaron con la Comuna, a la cual instrumentalizaron según sus intereses particulares. Sus diversas interpretaciones de la insurrección parisina

coincidieron en la necesidad de desvincularse de los partidos republicanos y contar con un partido propio e independiente, un partido de clase. Todas las tendencias del socialismo francés organizaron su propio partido y terminaron por aceptar la participación en la vida parlamentaria, salvo el anarquismo. Este no aceptó la integración en el régimen republicano, sino que profundizó en la idea de constituir una federación de comunas fundada en la libre asociación, y constituyó una federación de asociaciones obreras, bolsas de trabajo y sindicatos profesionales que se concretó en la Confédération Générale du Travail (1895). Esta opción convivió con la práctica de la propaganda por el hecho, que derivó en el terrorismo.

En el proceso de conformación de las organizaciones del movimiento obrero francés participaron algunos de los protagonistas de la Comuna. Fundada en 1878, la Fédération des Travailleurs Socialistes de France, constituida en torno a la figura de Paul Brousse, defendió el reformismo. De ella se escindió el Parti Ouvrier Français, que, dirigido por Jules Guesde y Paul Lafargue, difundió el marxismo ortodoxo entre los obreros. Muy directamente relacionado con la herencia de la Comuna, de la que se afirmaba heredero, surgió el Parti Ouvrier Socialiste Révolutionnaire. Bajo la dirección de Jean Allemane, esta organización contó con un notable apoyo entre los trabajadores parisinos y priorizó la lucha sindical por encima del combate político. A esta tendencia del socialismo francés se sumaron otros antiguos *communards* como Jean-Baptiste Clément y Jean-Baptiste Dumay. Fallecido Blanqui, Édouard Vaillant constituyó el Comité Révolutionnaire Central con el objetivo de continuar la ideología y la estrategia blanquistas. Otros protagonistas de la Comuna que colaboraron en la configuración del socialismo francés fueron Benoît Malon, fundador de la *Revue Socialiste* (1885), y Zéphyrin Camélinat, miembro de la Section Française de l'Internationale Ouvrière (SFIO) y uno de los

fundadores del Parti Communiste Français (PCF). Los diferentes sectores del socialismo coincidieron en la necesidad de alcanzar la unidad para fortalecer sus posiciones y alcanzar sus reivindicaciones. Promovido por la Segunda Internacional, se inició un proceso de unificación que concluyó con la fundación del Parti Socialiste Unifié-SFIO (1905) en el que convergieron las fuerzas y líderes citados junto con una nueva generación representada por la figura de Jean Jaurès. La SFIO formó un grupo parlamentario propio y se presentó como un partido de clase obrera.

Una última y fundamental consecuencia de la derrota de la Comuna fue la consolidación de la Tercera República. Fue un golpe tan devastador que dejó el camino expedito para una República sin los temidos "rojos". Hasta entonces, su presencia había servido a los monárquicos para alejar a los liberales de la opción de un régimen republicano. Ahora, con el peligro conjurado, los republicanos moderaron sus posiciones y lograron sumar fuerzas a favor de la República. El mensaje de los notables republicanos, que criticaron la brutalidad de la represión, pero no apoyaron a la Comuna, caló en la Francia rural y alejó el temor a un París revolucionario. Bajo la dirección de Gambetta, la Union Républicaine presentó a la República como un régimen de reconciliación desvinculado de un socialismo en formación que siguió su propio camino. Eugène Spuller, mano derecha de Gambetta, en una carta enviada a Emilio Castelar el 29 de agosto de 1873, afirmaba no justificar la Comuna, pero sí entenderla por la difícil situación que se vivía en París, el recelo hacia una asamblea monárquica y el patriotismo de los parisinos. Lamentaba su desenlace final, pero señalaba que su trágico fracaso podía favorecer la causa republicana en unos momentos en los que el régimen estaba pendiente de definir (Barral, 1968: 87-88).

La fuerza monárquica era aún muy notable y el retorno de la monarquía una opción factible. Los legitimistas

defendían el retorno de los Borbones en la persona del conde de Chambord, nieto de Carlos X. Los orleanistas sostenían los derechos de Luis Felipe, conde de París y nieto del derrocado Luis Felipe I. Para unir fuerzas, se pactó que el candidato al trono fuera el conde de Chambord, que reinaría como Enrique V. A su muerte, y no teniendo descendencia, el trono pasaría al conde de París. El conde de Chambord retornó a Francia, pero pronto mostró su intransigencia. Su rechazo a la monarquía constitucional y su propósito de restablecer la bandera blanca con la flor de lis dejaron a la opción monárquica sin suficiente respaldo. Dividida y anclada en el pasado no era un proyecto asumible por la mayoría de los franceses. Alejado el temor a los "rojos" y desechada la opción monárquica, quedó expedito el camino hacia la Tercera República, una república conservadora que estabilizó al país y que se afianzó con las leyes constitucionales de 1875, el triunfo republicano en las elecciones de 1876 y un proceso de republicanización que se cimentó en la escuela y se difundió en periódicos, organizaciones, logias y clubs.

La Tercera República implantó en las décadas siguientes muchas de las propuestas de la Comuna, pilares del legado republicano. Se aprobaron derechos y libertades —libertad de prensa y de reunión (1881), libertad sindical (1884), reglamentación del trabajo femenino e infantil (1892) y libertad de asociación (1910)— y se desarrolló el sistema de educación pública. Esta fue, junto a la expansión colonial, la gran apuesta de la República: la enseñanza. En la primera mitad de los años ochenta vieron la luz importantes leyes educativas, que establecieron la enseñanza primaria gratuita, obligatoria y laica. En la base del proyecto republicano se situó la escuela elemental, fundada sobre el mérito y lugar de formación de ciudadanos. Se inició una intensa actividad de construcción de escuelas. En cada municipio se construyó una y para dotarlas de suficientes docentes se estableció una escuela normal de magisterio en cada departamento. Esta

educación fue laica. La República confió en la educación la sustitución de la religión por la ciencia. A comienzos del siglo XX, la legislación francesa puso en marcha la separación entre la Iglesia y el Estado. Las órdenes religiosas quedaron bajo control del Estado, se reforzó el laicismo también en la educación secundaria y se prohibió la enseñanza a los miembros de congregaciones religiosas. Fueron momentos de tensión con la Iglesia católica que llevaron a la ruptura de relaciones diplomáticas entre el Gobierno francés y la Santa Sede (1904) y concluyeron con la Ley de separación entre la Iglesia y el Estado (1905), que estableció definitivamente un Estado laico, al poner fin al financiamiento público de las organizaciones religiosas, reducir sus inmuebles a los edificios destinados al culto y prohibir los símbolos religiosos en los edificios públicos.

La separación entre la Iglesia y el Estado se extendió a otros ámbitos como la sanidad pública, el matrimonio o el ámbito funerario. Los hospitales se declararon laicos, decisión que supuso la expulsión de los capellanes y la progresiva sustitución de las órdenes religiosas en el cuidado de los enfermos por enfermeras profesionales. Se reguló el matrimonio civil y el derecho al divorcio. Se secularizaron los cementerios, se puso fin a las restricciones a los entierros civiles y se autorizaron las cremaciones. La tradicional pugna por el espacio público se decantó del lado de la sociedad civil. Los hospitales cambiaron sus nombres religiosos por los de eminentes médicos y las procesiones religiosas quedaron circunscritas básicamente a los templos religiosos.

No fue un camino fácil. La República no disponía de instituciones sólidas y enraizadas. A ello se añadió la inestabilidad gubernamental y el descrédito de la política, problemas que lastraron la larga existencia del régimen. En su contra tuvo a la Iglesia católica, que practicó un beligerante clericalismo, y a un ejército dirigido en parte por antiguos oficiales de origen aristócrata y convicciones monárquicas, que despreciaban a la República parlamentaria.

En estas circunstancias, la consolidación de la Tercera República se vio en peligro por tensiones sociales y políticas. A las luchas obreras, la violencia política, el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado y los escándalos políticos y financieros se sumaron dos graves crisis: el *boulangisme* (1886-1889) y el *affaire* Dreyfus (1894-1906). En ambos procesos, especialmente en el primero, participaron antiguos *communards* que, en busca de una síntesis entre socialismo y nacionalismo, derivaron hacia la extrema derecha. El movimiento populista encabezado por el general Boulanger canalizó el sentimiento de los descontentos y amenazó los fundamentos parlamentarios del régimen. Su deseo de revancha frente a Alemania le llevó a ofrecer una lectura nacionalista de la Comuna y, aunque el propio Boulanger había combatido a la Comuna desde las filas de Versalles durante la Semana Sangrienta, hubo *communards* que apoyaron su patriotismo y su resentimiento por la derrota. Atraídos por el *boulangisme* encontramos a Henri Rochefort, director de *L'Intransigeant*, y, próximo a él, a un sector del blanquismo integrado por antiguos *communards* como Émile Eudes, Ernest Granger, Pierre Denis y Gaston da Costa, quienes fundaron el Comité Central Socialiste Révolutionnaire. Se alejaron del republicanismo y, tentados por el nacionalismo antisemita de finales del siglo XIX difundido por Édouard Drumont, participarán en el *affaire* Dreyfus en contra de la causa del militar francés de origen alsaciano y judío.

NOTAS

1. *Lamartine repoussant le drapeau rouge à l'Hôtel de Ville* (Philippoteaux, 1848) [disponible en http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/8/83/Lar9_philippo_0012.jpg].
2. *Barricade de la rue Soufflot* (Vernet, 1848) [disponible en http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/cd/Horace_Vernet-Barricade_rue_Soufflot.jpg].
3. "La Revolución comunal [...] inaugura una nueva era política experimental, positiva y científica. Supone el fin del viejo mundo gubernamental y clerical,

del militarismo, del funcionariado, de la explotación, de la especulación, de los monopolios y de los privilegios, a los cuales el proletariado debe su servidumbre, la patria sus problemas y desastres." *La Déclaration de la Commune au Peuple Français* está recogida en Agostino, Guillaume, Drouin y Herpin (1995: 71-73).

4. Coubert fue autor de *Pierre-Joseph Proudhon et ses enfants* (1865) [disponible en http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/7f/Proudhon-children.jpg].
5. "*J'ai vu des pauvres femmes travaillant douze et quatorze heures par jour pour un salaire dérisoire, ayant vieux parents et enfants qu'elles étaient obligées de délaisser, s'enfermer de longues heures dans des ateliers malsains où ni l'air, ni la lumière, ni le soleil ne pénètrent jamais, car ils sont éclairés au gaz; dans des fabriques où elles sont entassées par troupeaux, pour gagner la modique somme de 2 francs par jour, dimanches et fêtes ne gagnant rien. Souvent, elles passent la moitié des nuits pour réparer les vêtements de la famille; elles vont aussi porter au lavoir leur linge à couler, pour aller le laver le dimanche matin.*" La cita corresponde a las memorias de Victorine Brocher (*Souvenirs d'une morte vivante*, 1901) y está tomada de Édith Thomas, *Les Pétroleuses*, París, Gallimard, 1963, p. 20.
6. "Considerando que la bandera de la Comuna es la de la república universal, que toda ciudad puede otorgar el título de ciudadanos a los extranjeros que la sirven, que esta costumbre existe desde hace tiempo entre las naciones vecinas y que el puesto de miembro de la Comuna es un cargo de confianza aún mayor que el de ciudadano, y ello comporta implícitamente esta última condición, la Comisión es de la opinión de que los extranjeros sean admitidos y propone la admisión del ciudadano Fränkel." "Rapport de la Commission des Elections. Paris, le 30 mars 1871", *Journal officiel de la Commune de Paris du 20 mars au 24 mai 1871*, 20 de abril de 1871, Villers-Cotterêts, Ressouvenances, 1997.

CAPÍTULO 3

LA MIRADA HISTÓRICA Y LA MEMORIA

TESTIMONIOS Y USOS POLÍTICOS

La Comuna de París tiene tras de sí una ingente y plural historiografía. Historias militantes e investigaciones científicas integran un importante corpus que puede hallarse en las sucesivas bibliografías realizadas (Schulz, 1886; Bo, 1957; Rougerie y Haupt, 1961-1962; Jean-Léo, 1970; Schulkind, 1975; Le Quillec, 2006). Quienes primero abordaron la historia de la Comuna fueron aquellos que la protagonizaron o fueron testigos de los acontecimientos, condenándola o ensalzándola. Detractores y partidarios de la Comuna escribieron textos lastrados por la subjetividad, pero que, abordados con labor crítica, son una fuente que aporta una valiosa información de primera mano. Fue una historiografía donde primó no la verdad histórica, sino la justificación personal y la propaganda. Sus principales títulos se convirtieron en instrumentos de lucha ideológica y constituyen un claro ejemplo de la tensión existente entre historia, política y memoria. Mucho menor interés mostraron en estos

primeros momentos los historiadores profesionales, quienes entendieron la Comuna como un acontecimiento secundario originado por el desenlace de la guerra franco-prusiana.

Entre los contrarios a la Comuna se situaron los principales dirigentes de Versalles. Su condena y crítica fue, evidentemente, unánime. Es el caso de *Campagne de 1870-1871* (1872), del general Vinoy, quien participó en la derrota y represión de la Comuna. El propio Thiers publicó *Notes et souvenirs (1870-1873)* (1901), obra con clara intención política y justificativa. Pero las críticas a la Comuna fueron mucho más allá. Encontramos toda una pléyade de obras contemporáneas que la condenaron con saña. Sus autores proceden de la aristocracia y de la burguesía. Versalleses fueron los testimonios de Laurent Martin, *Histoire complète de la révolution de Paris en 1871* (1871), y de Victor de Compiègne, "Souvenirs d'un Versaillais pendant le second siège de Paris" (1976). Y a Thiers, como salvador de Francia, está dedicada la obra del conde Alfred de La Guéronnière, *La Commune sanglante ou Le legs incendiaire* (1871). Entre estos autores se cuentan importantes literatos, que defendieron una concepción individualista del arte por el arte, opuesta al ideario de la Comuna. También había destacados historiadores. En *La réforme intellectuelle et morale de la France* (1871), Renan rechazó la soberanía popular y defendió la legitimidad del dominio de la aristocracia. Solo una sociedad jerarquizada, que reconociera la superioridad natural de los individuos, podría establecer un poder fuerte frente a sus vecinos. Para el autor de *Qu'est-ce qu'une nation?* (1882), la Comuna fue un terrible acontecimiento que hizo retroceder mil años a la conciencia francesa. También se pronunció contra la Comuna un ya anciano Jules Michelet, quien condenó igualmente la represión cometida por Versalles. Al conocer la noticia del incendio del Hôtel de Ville se dice que, afectado por un ataque de apoplejía, exclamó: "Cuando se denomina la Comuna, no se destruye su símbolo". La experiencia de la Comuna está

también recogida en la obra de Taine, interesado por las causas de la decadencia francesa. En *Les origines de la France contemporaine* (1876-1893), afirmó que todos los males que había acumulado Francia desde la Revolución francesa se habían conjugado para dar lugar a la derrota frente a los prusianos y a la Comuna. Esta no sería sino el síntoma de la grave enfermedad que padecía la nación francesa y que había provocado el enfrentamiento civil. El fanatismo ideológico de los jacobinos de 1793 y las divisiones habrían minado a Francia y conducido al país a la crítica situación de 1871[1].

Fueron interpretaciones maniqueas que distinguían entre el bien y el mal. Versalles representaba el orden y la Comuna, el caos. Se trataba de una convulsión, un acontecimiento bárbaro y cruel, que había sido preciso erradicar de raíz. A ello se sumó el componente religioso. Versalles había protegido la fe católica, mientras que la Comuna la pretendía destruir. En *Paris brûlé*, Frédéric Fort interpretó la salvación de la Saint-Chapelle como el símbolo de la victoria de la fe cristiana sobre el espíritu de las Luces[2]. La Comuna, responsable de los incendios que habían devorado París y de ejecuciones arbitrarias, sería el resultado del engaño al que habían sido sometidas las clases populares por canallas que habrían actuado movidos por el odio a la burguesía y con el objetivo de socavar el orden establecido. Los calificativos más graves procedieron de aquellos que se encontraban más alejados ideológicamente de la Comuna, quienes no dudaron en alentar y justificar la cruel represión que sufrieron los partidarios de la Comuna. Esta historiografía *anticommunarde* tuvo como objetivo destruir la obra y la memoria de la Comuna. Escritores conservadores como Maxime du Camp, Gustave Flaubert o Edmond de Goncourt, y realistas como Alphonse Daudet, el conde Gobineau, Leconte de Lisle o Théophile Gautier participaron con ferocidad en la campaña de difamación de la Comuna. Su concepción elitista del mundo los situaba en las antípodas de quienes propugnaban el sufragio

universal y la instrucción pública y laica. Su pluma fue brutal. Incluso se publicó un *Livre noir de la Commune de Paris*.

El libro del escritor y fotógrafo Maxime du Camp (1878-1879), *Les convulsions de Paris*, estableció la interpretación más difundida entre la historiografía antirrevolucionaria: los *communards* fueron delincuentes y la represión un mal menor para imponer la paz. Comparó la insurrección con el pasaje bíblico de la muerte de Abel a manos de su hermano Caín. Era la obra de aquellos que preferían el combate al trabajo diario. Du Camp, que participó en los combates y fue nombrado, poco después de la publicación de su obra, miembro de la Académie française, se convirtió en un referente al incidir en el terror *communard*, reducir las víctimas de los insurrectos a poco más de 6.000 y describir a los *communards* como criminales dirigidos por bandidos. La Comuna era una patología, la manifestación de un mal biológico y moral que tenía su origen en la envidia.

No se refutaron las ideas de la Comuna ni se buscaron explicaciones políticas o sociales a la insurrección. Había un profundo desconocimiento del contrario. No se distinguía entre jacobinos, blanquistas, proudhonistas o internacionalistas. Incluso se cuestionaba su existencia como contendiente. Alphonse Daudet (1873) negó la existencia de un legítimo combate. En *Les contes du lundi* aseguraba que no se podía hablar de un verdadero enfrentamiento, pues no había más que un contendiente digno de recibir tal consideración: el ejército de Versalles. El otro bando no sería sino un grupo sacrílego de borrachos y prostitutas. Se acudió a la psicología para describir a la Comuna como la obra de enfermos mentales que, aprovechando el descontento y desconcierto de la población tras el asedio y la derrota, habían sumido a París en el caos. Se habló incluso de caníbales, con el propósito de que acudiesen a la mente de los lectores las terribles imágenes que esta palabra evocaba.

Especial inquina manifiestó Joseph Arthur de Gobineau, conde de Gobineau, quien es recordado por su ensayo *Inégalité des races humaines*, fuente de inspiración del racismo. Las fuertes convicciones monárquicas de este aristócrata le alejaban de los dos bandos, pero la peor parte se la llevaron los *communards*. En *Les Pléiades* lamentaba que la Comuna hubiera derribado todo aquello que él respetaba: derechos, leyes y costumbres. Sus partidarios estaban guiados por el salvajismo. Eran incapaces de crear nada nuevo loable. Escribió sobre un mundo de insectos que lo destruía todo a su paso. Incendiaban ciudades, derribaban catedrales, destruían libros y rechazaban el arte (Gobineau, 1853-1855, 1874). Este recurso a la animalización fue muy utilizado por la historiografía *anticommunarde*. En *Tableaux du siège. Paris, 1870-1871*, Théophile Gautier (1871: 372) comparó lo sucedido con la obra de animales salvajes huidos del zoológico:

> Hay en todas las grandes ciudades fosas con leones, cavernas cerradas por espesos barrotes donde están encerradas las bestias salvajes, las bestias hediondas, las bestias venenosas y todas las perversidades refractarias que la civilización no ha logrado amansar [...]. Un día el encargado de las bestias, distraído, olvida sus llaves a las puertas del zoológico y los animales feroces se dispersan por la ciudad, aterrorizada por los gritos salvajes. Abiertas las jaulas, se lanzan las hienas del 93 y los gorilas de la Comuna.

También se recurrió a la xenofobia, dada la notable presencia de extranjeros entre las filas de la Comuna. Los versalleses representarían la defensa de la patria, mientras que los *communards* fueron acusados de traición por provocar la guerra civil en momentos tan difíciles. En *Barbares et Bandits. La Prusse et la Commune*, una colección de artículos xenófobos, el autor y crítico literario Paul de Saint-Victor (1871) relacionó a los prusianos con los *communards*. Ambos eran enemigos de Francia. Los primeros eran bárbaros invasores

y los segundos bandidos quintacolumnistas. En estrecha relación con estas críticas, encontramos referencias a confabulaciones contra la patria francesa de judíos y masones, acusaciones apoyadas en la notable presencia de estos últimos entre los protagonistas de la Comuna. Era una literatura xenófoba, antisemita y contraria a la masonería, un pensamiento profundamente racista que se difundió en obras como *La Révolution, recherches historiques sur l'origine et la propagation du mal en Europe, depuis la Renaissance jusqu'à nos jours* del religioso Jean-Joseph Gaume (1856-1858) o *La France juive*, del nacionalista Édouard Drumont (1886). Junto a los extranjeros, las mujeres fueron especialmente difamadas. En *Les convulsions de Paris*, Maxime du Camp afirmó que su única ambición era superar al hombre en sus vicios. La prensa favorable a Versalles colaboró en la construción y difusión del mito de las *pétroleuses*, mujeres provistas de botellas con petróleo que pretendían incendiar París. Comparadas con lobas o hienas, Gobineau (1871) dijo de ellas que no había habido en la historia mujeres que actuaran con tal fanatismo.

Estas brutales acusaciones contra la Comuna justificarían su cruenta represión. El propio Zola (1871) afirmó que "el baño de sangre que acaba de producirse puede ser una horrible necesidad para calmar ciertas fiebres". Jules Claretie (1875-1876), novelista y cronista de la ciudad, alegaba en *Histoire de la révolution de 1870-1871* que la represión había sido necesaria para restablecer la paz social y el imperio de la ley. Solo así Francia se podría volver a situar entre las principales naciones del mundo. Por supuesto, esta era también la opinión entre la oficialidad del ejército de Versalles:

> Nosotros, los franceses, tenemos grandes heridas que debemos, ante todo, cerrar. En primer lugar, a pesar de lo que puedan pensar las almas tiernas, debemos, en este momento, sembrar el terror en las hordas de bandidos que nos han aterrorizado. ¡Todos aquellos que

han sido sorprendidos con las armas en la mano han sido fusilados! Bien. ¡Todos los incendiarios y mineros borrachos han sido también pasados por las armas! Muy bien. Es la ley de la guerra, y no debemos sentir pena por la suerte de los malditos comuneros (Sarrepont, 1871).

Había quienes, como Gustave Flaubert, consideraban que la represión había sido demasiado benigna. En una carta a George Sand, fechada el 18 de octubre de 1871, afirmaba: "*Je trouve qu'on aurait dû condamner aux galères toute la Commune et forcer ces sanglants imbéciles à déblayer les ruines de París, la chaîne au cou, en simples forçats*". El autor de *Madame Bovary*, quien había simpatizado con el Imperio y no ocultaba su profundo desprecio por el pueblo llano, lamentaba que se fuera blando con los perros rabiosos, en referencia a los partidarios de la Comuna. Charles Marie Arthur Leconte de Lisle, poeta parnasiano, en una carta de fecha 2 de junio de 1871 y enviada al también maestro del parnasianismo, José María de Heredia, decía esperar que la represión fuera de gran envergadura. Todo castigo parecía poco para la Comuna, a la que calificaba de reunión de desclasados, incapaces, envidiosos, asesinos, ladrones, poetas, periodistas y novelistas de escasa calidad. De la misma consideración era Edmond Goncourt, testigo de los acontecimientos. En el *Journal* de los hermanos Goncourt —conocidos internacionalmente por haber fundado la Académie Goncourt, que otorga un prestigioso galardón literario del mismo nombre—, Edmond describía el modo en que los ciudadanos de París contrarios a la Comuna habían celebrado la victoria de Versalles enarbolando banderas tricolores. Tres días más tarde escribió que la utilización de la violencia había sido la única solución posible. Había permitido que el ejército recuperase la confianza y había eliminado la posibilidad de una nueva revolución: "Son veinte años de tranquilidad los que la antigua sociedad tiene por delante" (Goncourt, 1887)[3]. Este razonamiento pesó largo tiempo en el campo conservador,

donde se vio a la Comuna como una prueba del peligro que suponía la Primera Internacional. Décadas más tarde, cuando José Calvo Sotelo justifique en las Cortes españolas la represión sobre los obreros asturianos sublevados en octubre de 1934, acudirá a la comparación con la Comuna de 1871. Para el líder monárquico las ejecuciones de miles de *communards* habían proporcionado a Francia 60 años de paz social, y así iba a suceder también en España (Paéz-Camino, 1990: 445).

Frente a la historiografía *anticommunarde*, se situaron una serie de autores que manifestaron su simpatía por las ideas de la Comuna. Fue el caso de Paul Lanjalley y Paul Corriez, autores de *Histoire de la révolution du 18 mars* y críticos con la represión. En el prefacio de esta obra, además de reconocer el problema que suponía escribir sin la suficiente perspectiva histórica, sus autores se mostraron partidarios de la autonomía comunal, pero no de la actuación de los insurrectos (Lanjalley y Corriez, 1871). En este grupo se incluyen los historiadores republicanos, quienes estuvieron próximos a los revolucionarios por defender la República, pero rechazaron sus métodos. Son Louis Fiaux, autor de *Histoire de la guerre civile de 1871* (1879); Camille Pelletan y su obra *Questions d'histoire. Le Comité Central et la Commune* (1879); y Catulle Mendès, quien, en el preámbulo de *Les 73 Journées de la Commune* (1871), declaró que solo pretendía narrar lo acontecido sin tomar partido por ninguno de los dos bandos. Mendès ofreció un testimonio detallado y personal sobre la vida cotidiana bajo la Comuna. En él, aunque reconoció el valor de los *communards*, condenó su proceder.

Se ha escrito mucho sobre la posición que adoptó Victor Hugo, uno de los grandes de la literatura francesa. Durante las Jornadas de Junio de 1848, había colaborado en la represión y, poco después, apoyado la candidatura de Luis Napoleón como presidente de la Segunda República. No obstante, se opuso a la proclamación del Segundo Imperio y fue el autor de un célebre panfleto, *Napoléon-le-Petit* (1852).

Crítico con el nuevo emperador al que calificaba de mediocre, le reprochó su vanidad y lo tachó de ineficaz. Victor Hugo tomó el camino del exilio y evolucionó hacia un republicanismo reformista. El 5 de septiembre de 1870, cuando regresó del exilio, fue aclamado por una multitud. Francia había sido derrotada en Sedan y el novelista apoyó la defensa de París. Poco después, fue elegido diputado en las elecciones del 8 de febrero de 1871, aunque dimitió como protesta por la anulación de la elección de Garibaldi como miembro de la Asamblea. Cuando estalló la insurrección parisina, se encontraba en Bruselas atendiendo cuestiones legales por la muerte de su hijo. Lissagaray afirma que, ese mismo día, el cortejo fúnebre de Charles Hugo, procedente de la estación de Orsay y de camino al cementerio de Père-Lachaise, se encontró con los guardias nacionales que protegían una barricada en la rue de la Roquette. Al llegar la comitiva, estos presentaron armas y abrieron paso. Victor Hugo intentó ser conciliador y desaprobó una revolución a la que condenó por sus excesos, por la destrucción de la columna de Vendôme y por la ejecución de los rehenes, máxime en un momento en el que había que mostrar unidad frente a los prusianos. Sin embargo, quien fuera amigo de Louise Michel, fue también muy crítico con la feroz represión de Versalles y ofreció asilo en su casa de Bruselas a los *communards* que partieron al exilio, decisión que le valió la expulsión de Bélgica. Al finalizar 1871, regresó a Francia, donde luchó por la amnistía. Elegido senador, fue un baluarte de la consolidación republicana, combatió contra la miseria, la pena de muerte y la violencia y fue un firme defensor del laicismo y de la enseñanza.

El debate sobre el apoyo o rechazo de Victor Hugo a la Comuna está en relación con la concepción que se tenga de la misma. Si la consideramos la primera toma del poder por parte del proletariado y de su vanguardia revolucionaria, entonces no tiene mucha relación con ella. Victor Hugo

rechazaba la lucha de clases y el fin de la propiedad privada, desconfiaba de Blanqui y de Proudhon y desconocía a Marx. Es más, los responsables del movimiento obrero francés, marxistas y anarquistas, consideraron a Victor Hugo un "pequeño-burgués" que no fue más allá de sus intereses de clase. Su inquietud social no sería sino un paternalismo expresado a través de una oratoria y una escritura grandilocuentes y faltas de sinceridad. Esta crítica fue la base del panfleto escrito por Paul Lafargue (1885), *La Légende de Victor Hugo*, con motivo de la muerte del escritor. Si, por el contrario, concebimos la Comuna como un movimiento de defensa republicano,cuyo programa estaba ligado a la ideología republicana más avanzada, podemos considerar que Victor Hugo estuvo próximo a la Comuna. En abril de 1871, escribía en *Le Rappel*: "Estoy por la Comuna en principio, pero me manifiesto en contra del modo en que esta se aplica". Como tantos republicanos, mostraba su simpatía por las ideas y su desaprobación por los métodos.

Los partidarios de la Comuna dejaron testimonio de sus experiencias y ofrecieron una visión positiva de un proyecto que pretendía cambiar la sociedad. Su entusiasmo se contagió incluso entre quienes por su origen social se podían suponer en el bando opuesto. Fue el caso de Auguste Villiers de l'Isle-Adam, aristócrata católico que conoció el París de la Comuna. En *Tableau de Paris sous la Commune* —cinco artículos aparecidos en *Le Tribun du Peuple* y firmados con el seudónimo de Marius—, Villiers describió la vida cotidiana en París durante este breve espacio de tiempo y mostró una romántica admiración por el coraje de los hombres y mujeres de la Comuna (Villiers, 2008). El eco de su valor y aciago destino, y su utilización en política, motivaron que también desde el extranjero se publicaran obras sobre la Comuna. En España, aparecieron dos trabajos escritos desde el republicanismo federal: *París a sangre y fuego*, de Luis Carreras (1871), y *Los comuneros de París. Historia de la revolución*

federal de Francia en 1871, de Ramón de Cala y Barea (1871-1872). Este último había viajado a Francia a las pocas semanas de aplastarse la revolución. La información que recogió durante su estancia fue la base del citado libro, que contó con una introducción de Francisco Pi y Margall, "Breves consideraciones sobre La Historia de los comuneros", donde se interpretaba la insurrección como una revolución social en pos de la república federal y lamentó la hipocresía de quienes condenaban el exceso de los *communards*, pero no el de los versalleses.

A causa de la proscripción de la Comuna, las primeras obras de sus partidarios fueron escritas y publicadas principalmente desde el exilio. Aún así, había temor a represalias. En *Paris pendant la Commune révolutionnaire de 71*, libro sobre las jornadas revolucionarias vividas en primera persona, su autor, Georges Jeanneret (1872), afirmaba que el texto había sido escrito por un anónimo guardia nacional que le habría entregado el manuscrito para que él se encargara de publicarlo. Se piensa que, probablemente, fue una estratagema de Jeanneret para despistar a la policía. Gran parte de las obras publicadas procedieron del exilio suizo y belga. Benoît Malon (1871) escribió *La Troisième défaite du prolétariat français*, en referencia a las anteriores represiones de Lyon (1832) y París (junio, 1848); y Gustave Lefrançais (1871) fue autor de *Étude sur le mouvement communaliste à Paris en 1871*, obra publicada para hacer frente a la propaganda *anticommunarde* que, en forma de libros, panfletos y artículos de prensa, ofrecía una visión muy negativa de la Comuna. Cinco años más tarde, apareció la *Histoire de la Commune de 1871*, el principal clásico de la historiografía *communarde*. Escrita por Prosper Olivier Lissagaray (1876), era una obra bien documentada, que ofreció el testimonio de los exiliados. Miembro activo de la Comuna y fundador de *L'Action* y *Le Tribun du Peuple*, el libro de Lissagaray circuló inicialmente de forma clandestina en Francia, mientras que su autor sufría el exilio. Lissagaray fue

autor también de *Huit journées de mai derrière les barricades* (1871) y de *La Vision de Versailles* (1873), un ajuste de cuentas con los jueces de Versalles. En su mayor parte, estas obras fueron recopilaciones de testimonios o memorias en las que sus autores ofrecieron, como Edgar Monteil en *Souvenirs de la Commune* (1883), su testimonio sobre cómo sucedieron los acontecimientos no solo de la Comuna, sino también del exilio, el enjuiciamiento, la prisión y la deportación.

A estas obras podemos añadir *Histoire de la Commune de Paris*, de Pierre Vésinier (1871), partidario de dotar a la Comuna de un gobierno fuerte; *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, centrada en las ideas de la Comuna y escrita por Arthur Arnould (1878), quien fue el primer portavoz de la Minoría; *Mes souvenirs. 1830-1848-1870* (1873) y *La verité sur la Commune* (1877), ambas de Charles Beslay, quien fuera el responsable de las relaciones de la Comuna con el Banco de Francia; *La Commune de Paris au jour le jour*, de Élie Reclus (1908), un relato de los acontecimientos escrito por quien estuvo al frente de la Biblioteca Nacional; y *Souvenirs d'une morte vivente*, de Victorine Brocher (1909), todo un testimonio de época, que mostró las condiciones de vida de las familias obreras, sus excesivos horarios y sus míseros salarios, en especial el de las mujeres. La misma autora sufrió estas penurias. Con un marido alcoholizado, el dinero faltaba en casa y perdió a sus dos hijos a tierna edad. Esta situación la concienció y la llevó a la lucha. Miembro de la AIT, participó en la constitución de una panificadora en régimen de cooperativa.

Los deportados escribieron no solo sobre la Comuna, sino también sobre sus condiciones de vida en Nueva Caledonia. Fue el caso de *Les galères de la République*, de Louis Redon (1990), *Dans l'enfer du bagne*, de Alexis Trinquet (2013) y *Mémoires d'un Communard*, de Jean Allemane (1910). Relataron su paso por prisión y los sucesivos consejos de guerra a los que fueron sometidos. Narraron las penurias de

la deportación y describieron el funcionamiento de la administración penitenciaria. Especial repercusión tuvieron los escritos de Louise Michel, quien mantuvo una activa vida militante tras su regreso de Nueva Caledonia. Para los conservadores fue la viva imagen del terror "rojo". Para los suyos una luchadora por la libertad y por la rehabilitación de la Comuna. La "vierge rouge" escribió sus *Mémoires* (1886) y *La Comune. Histoire et souvenirs* (1898). Recuerda Michel que combatieron por un mundo nuevo que resolvería los problemas sociales. Reivindicaron la libertad, la justicia y el derecho al trabajo. Propugnaron un arte y una literatura al servicio de la revolución y lucharon por una moral sincera y sin ataduras, sobre todo para las mujeres. De ellas, destacó su valor y tesón.

En los años siguientes, se prodigaron otros testimonios escritos por antiguos *communards*. El compositor de *Le Temps de cerises*, Jean-Baptiste Clément (1886-1887), ofreció su relato de los hechos en *La Revanche des Communeux*. Avanzado el siglo XX, aparecieron nuevas obras, que evidenciaron el debate existente en torno a la interpretación de la Comuna. Gustave Lefrançais publicó *Souvenirs d'un révolutionnaire. De juin 1848 à la Commune* (1902); Gaston da Costa, *Mémoires d'un communard, 18 mars-28 mai 1871* (1903); Edmond Lepelletier, *Histoire de la Commune de 1871* (1911); y, en *La Commune de 1871* (1936), se reeditaron cuatro artículos de Jules Guesde sobre la Comuna. Otras obras no serán publicadas en estos momentos y se recuperaron posteriormente, como sucedió con los recuerdos de Paul Martine, recogidos en *Souvenirs d'un insurgé* (1971)[4]; *Notes pour servir à l'Histoire de la Commune*, de Jules Andrieu (1971), quien abordó la gestión interna de la Comuna; *Mes Cahiers rouges*, una crónica de la Comuna y de su represión a partir de los recuerdos de Maxime Vuillaume (2011).

El movimiento obrero considera a la Comuna de París uno de sus mitos fundadores. Las fases más radicales de la

Revolución francesa conectarían con las revoluciones socialistas del siglo XX y, en esta relación, la insurrección de 1871 sería un eslabón fundamental. Para sostener esta tesis se buscaron puntos en común entre la Comuna de 1871 y la Revolución de Octubre de 1917, el levantamiento espartaquista de 1919, la efímera república soviética húngara del mismo año, la resistencia del movimiento obrero en la Viena de febrero de 1934 y la revolución de Asturias en octubre del mismo año. El PCF, que se consideraba heredero de la tradición jacobina, fue una de las organizaciones que más hizo por conectar la revolución bolchevique con la creación del Comité de Salud Pública (1793), la Conspiración de los Iguales de Babeuf (1795-1796), las jornadas revolucionarias de junio de 1848 y la Comuna de París de 1871. Esta relación conectaba también a los represores. La decisión de Lerroux de dar entrada a la CEDA en el ejecutivo y la represión de la comuna asturiana en octubre de 1934 eran asimilables a la actuación del "siniestro" Thiers y del "criminal" Galliffet durante la represión de la Comuna (Ceamanos, 2010: 178-181). Del mismo modo que los comunistas, socialistas y anarquistas instrumentalizaron la Comuna. Cada ideología tomó de ella lo que más le interesaba y ofreció su propia interpretación. La convirtió en su referente y fuente de legitimación (Rougerie, 2005: 95-112).

La cuestión fundamental para esta historiografía giró en torno a las lecciones que se podían extraer de la Comuna. Estas podían resultar útiles para futuras revoluciones, y así lo entendieron los fundadores del marxismo y del anarquismo. Para Karl Marx las revoluciones francesas eran una de sus principales fuentes de investigación y estudió con interés la Comuna para elaborar su teoría sobre el poder y el Estado. Autor de varios escritos sobre 1848 y el ascenso de Napoleón III —*Les luttes de classes en France 1848-1850* (1850) y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (versión original en alemán, 1852)—, fue autor de *The Civil War in France: Address of the*

General Council of the International Working-Men's Association (1871), donde reunió dos manifiestos escritos en nombre del Consejo General de la AIT y un tercer comunicado, redactado entre abril y mayo de 1871 y publicado en junio de ese mismo año. El primero de estos textos, con fecha de 23 de julio de 1870, afirmaba que, a pesar del conflicto entre Francia y Alemania, los obreros de ambos países debían mantener la paz. Tras la debacle y la proclamación de la Tercera República, Marx envió, con fecha de 9 de septiembre, un segundo comunicado en el que se dirigía a los trabajadores alemanes para que se opusieran a la anexión alemana de Alsacia, ocupación que llevaría a una alianza entre Francia y Rusia que auguraba nuevos conflictos internacionales. También consideraba que, mientras el enemigo llamara a las puertas de París, toda tentativa de derribar el nuevo Gobierno sería una locura. Había que aprovechar la libertad que concedía la República para organizar a la clase obrera. El tercer texto de Marx señalaba sus principales conclusiones sobre la Comuna, a la que consideraba, con independencia de su resultado, un punto de partida de trascendencia histórica. Junto con Engels, destacó la importancia del proceso revolucionario, sobre todo el hecho de que los obreros hubieran actuado con independencia de la burguesía. La Comuna, primera revolución proletaria que había instaurado el gobierno de los obreros, sería el precedente de la dictadura del proletariado, la aurora de la revolución social.

Sin embargo, Marx desaprobó la insurrección parisina por prematura y, por ello, avocada al fracaso. No se daban todavía las condiciones históricas y económicas para el triunfo de una revolución socialista. La Comuna había constituido un gobierno revolucionario espontáneo y heterogéneo sin la debida preparación. Para que una revolución triunfara precisaba de un alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de un proletariado organizado, premisas que no se daban en 1871. El capitalismo francés se hallaba

aún poco desarrollado y Francia contaba con una amplia pequeña burguesía. La clase obrera no había sido adiestrada para forjar un partido revolucionario centralizado y disciplinado que proporcionara una dirección única a la revolución. Además, durante el proceso insurreccional, se habían cometido graves errores de los que era preciso aprender. Se había permitido la huida de Thiers con el aparato del Estado y se había primado la celebración de elecciones en lugar de emprender una acción militar contra Versalles, circunstancia que había permitido al enemigo organizar un ejército con el que derrotar a la Comuna. Para la formación de este ejército había sido fundamental el apoyo de Bismarck, quien, en un acto de solidaridad de clase, había liberado al ejército francés, mostrando así como los gobiernos contrarrevolucionarios eran capaces de superar sus enemistades para derrotar a la clase obrera. También se había pecado de moderación. No se había tomado el Banco de Francia, la prensa afecta a Versalles había informado hasta el último momento y no se había procedido a destruir la maquinaria estatal y a crear un Estado socialista propio. Estos errores tenían su origen en el confuso programa de la Comuna y en las divergencias entre sus dirigentes. En la Comuna estaban presentes todas las tendencias de la izquierda francesa, pero pocos estaban próximos a las posiciones de Marx[5].

Esta interpretación sobre la Comuna fue consagrada por la Internacional Socialista (1889) y retomada por la Internacional Comunista (1919). Desde entonces, numerosas obras de significada militancia marxista han reivindicado el mito socialista de la Comuna, que sirvió a Lenin (1917a, 1917b, 1918) y a la generación bolchevique de 1917 para vincularla con la Revolución de Octubre. Ambas se habían producido en países relativamente poco industrializados y eran previas a una derrota de los trabajadores y al establecimiento de un régimen de la burguesía, que habría conducido a la revolución. En *Su moral y la nuestra*, Trotsky acudió a la Comuna

para condenar el reformismo de Kautsky y defender la dictadura del proletariado y la necesidad del Terror (1938: 163-173). En opinión del creador del Ejército Rojo, la revolución bolchevique volvería a caer en los mismos errores de 1871 si seguía la política propugnada por Kautsky (Trotsky, 1920, 1921). A la Comuna, dueña de la situación cuando el Gobierno huyó a Versalles, le faltó decisión. Esto era lo que se precisaba ahora en plena guerra civil rusa. Posteriormente, será Stalin, en *¿Anarquismo o Socialismo?* (1906), quien acuda a la experiencia de la Comuna de París para oponerse al anarquismo y defender la dictadura del proletariado. Esta interpretación fue mantenida por la historiografía marxista francesa. Historiadores como Jacques Duclot (1961), Jean Bruhat, Jean Dautry y Émile Tersen (1960), Georges Soria (1970-1971), Jacques Girault (1971) y Claude Willard cultivaron el recuerdo de la resistencia mítica de la Comuna y su carácter precursor. La Comuna de París habría sido la primera experiencia de un gobierno proletario y, por tanto, estaríamos hablando de una revolución aurora que anunció la aparición del movimiento obrero y de las revoluciones proletarias del siglo XX. Willard presidió la asociación *Les Amies et Amis de la Commune de Paris*, fundada en 1882 por los *communards* retornados del exilio. Esta veterana asociación reivindica los ideales y el programa de la Comuna, y reflexiona sobre su relación con el presente. Ha organizado numerosos encuentros militantes y científicos, exposiciones, visitas guiadas y un largo etcétera de actividades para difundir su conocimiento. Está también detrás de la publicación de una amplia bibliografía sobre la misma[6].

Una visión muy diferente a la del marxismo fue la ofrecida por el anarquismo, protagonista también en sus orígenes de los acontecimientos de la Comuna y que, como el marxismo, pero con argumentos bien diferentes, la interpretó como revolución aurora del movimiento obrero. El anarquismo, que reivindicó a Proudhon como uno de sus

principales pensadores, se reconoció en los opositores al autoritarismo que impuso el Comité de Salud Pública en 1871, y se identificó con la Comuna por su defensa del mutualismo y de la cooperación. El objetivo era organizarse a partir de la comuna, gestionada por sus ciudadanos y presta a la federación con otras comunas. Bakunin y Kropotkin, principales autores anarquistas que reflexionaron sobre la Comuna —Bakunin publicó *Plan de fédération internationale* (1864), donde definió a la comuna como la célula básica de la organización social—, alabaron una espontaneidad que el marxismo condenó. Vieron en la Minoría del Consejo de la Comuna a los defensores de su proyecto de comunas libremente federadas y gobernadas por el pueblo, opuestos a un partido autoritario y centralizado dispuesto a establecer un estado revolucionario. Pero la Comuna también había cometido sus errores. El Estado, el Ejército, la Iglesia y el capital no fueron abolidos. En cambio, se celebraron unas elecciones basadas en un sistema representativo que depositó la voluntad popular en manos de delegados y ello, pese a su responsabilidad y posible revocabilidad, impidió el pleno desarrollo de la iniciativa popular. La Comuna no podía triunfar, pero, como indicó Kropotkin en *La Commune de Paris* (1880), fue el inicio de una nueva era de la que surgiría una triunfante revolución social. Esta partiría de la formación de comunas insurgentes por toda Francia, cuya libre asociación evitaría la necesidad de dotarse un Gobierno. Serían estas mismas comunas las que pondrían en marcha las reformas revolucionarias para abolir la propiedad y el Estado (Bakunin, 1977).

DE LA MILITANCIA A LA UNIVERSIDAD

La historiografía militante ocupó un lugar preferente hasta bien avanzado el siglo XX. Su aportación fue fundamental, pero también fue un trabajo lastrado por la parcialidad de los

historiadores y de las asociaciones surgidas para la conservación de la memoria de la Comuna. Un claro ejemplo fue *La Commune*, de Louis Dubreuilh (1908), secretario general de la SFIO, publicada dentro de la colección *Histoire socialiste de la France contemporaine*, dirigida por Jean Jaurès con el propósito de ofrecer una interpretación socialista de la historia del siglo XIX francés. Las nuevas generaciones, que no habían vivido los acontecimientos, se interesaron no tanto por los sucesos bélicos, sino por cuestiones de calado social. Especial importancia se concedió a la educación sobre la que trabajó Maurice Dommanget, profesor, sindicalista y uno de los principales historiadores del movimiento obrero, quien en su extensa bibliografía se interesó también por los protagonistas de la Comuna (1928; 1937; 1956; 1960; 1964; 1971a; 1971b; 1971c)[7]. En estos años, la utilización de los archivos como fuente primaria fue uno de los principales avances en la profesionalización del estudio de la Comuna. Las afirmaciones de los autores ya no eran gratuitas, sino que se basaban en fuentes documentales. El jurista Gustave Laronze publicó *Histoire de la Commune de 1871 d'après des documents et des souvenirs inédits* (1928), una obra institucional y partidaria de Versalles para cuya realización consultó documentación judicial y policial. Los archivos fueron también la base de los trabajos de Georges Bourgin, uno de los grandes historiadores de la Comuna. Bourgin desarrolló una dilatada carrera en los Archivos Nacionales, cumpliendo la máxima de Michelet de que todo archivero que se preciara debía dedicar una parte de su carrera a la investigación histórica. En sus trabajos, Bourgin destacó como causas de la Comuna la intención de mantener la guerra, la voluntad de defender la República y el anhelo de alcanzar la autonomía municipal. Abordó la suerte de los reprimidos y fue un firme convencido de que Versalles tenía el inconfesable deseo de compensar las derrotas ante los prusianos a costa de los propios insurrectos franceses (Bourgin, 1907, 1928, 1939, 1953; Bourgin y Henriot, 1925-1945).

En los años treinta aparecieron nuevas publicaciones que rehabilitaron la causa de la Comuna. En *An Episode in the History of the Socialist Movement*, Edward S. Mason (1930) abordó las diferentes interpretaciones socialistas y destacó la influencia de la Comuna en los movimientos sociales posteriores. Poco después, la editorial del Komintern en Francia, las Éditions Sociales Internationales, publicó la obra de Guy de la Batut (1937), una guía ilustrada que recorría los lugares del París revolucionario; y el historiador y resistente Albert Ollivier presentó su estudio *La Commune* (1939). Mediado el siglo, Heinrich Koechlin ofreció, en *Die Pariser Commune im Bewusstsein ihrer Anhänger* (1950), una interpretación de los acontecimientos coincidente con los planteamientos del socialismo libertario y opuesta al marxismo. Koechlin defendió la posición de la Minoría en el Consejo de la Comuna y criticó el autoritarismo de los jacobinos. El posicionamiento de las diferentes tendencias que convivían en el seno de la Comuna fueron abordadas también por Charles Rihs en *La commune de Paris, 1871. Sa structure et ses doctrines* (1955). Finalizaba la década de los años cincuenta cuando Henri Guillemin incidió, en *L'heroïque défense de Paris* (1959), en el hecho de que las clases dominantes cedieron ante el enemigo exterior, pero no dudaron en masacrar al pueblo, al enemigo interior; y la antología de textos seleccionada por el dramaturgo Arthur Adamov (1959) planteó como tema de análisis las relaciones entre historia y literatura, cuestión que despertó gran interés a partir de obras como *Les Écrivains contre la Commune*, de Paul Lidsky (1970), un estudio sobre la literatura *anticommunarde* donde se exponía cómo había surgido la leyenda negra de la Comuna.

A comienzos de los años sesenta, la historiografía de la Comuna recibió un notable empuje desde la universidad francesa. Su recepción en este ámbito favoreció la realización de investigaciones metodológicas y su difusión a través de la docencia y de publicaciones científicas. Todo ello,

realizado con presunción de objetividad, legitimó y consolidó a la Comuna como objeto de estudio histórico tras un largo proceso que se consolidó en el último cuarto del pasado siglo XX.

En estos primeros momentos, se abría paso la historia social, entendida por entonces básicamente como la historia del movimiento obrero. Fue *Le Mouvement Social* (Rougerie y Haupt, 1961 y 1962), una de las principales revistas del momento y protagonista principal en la evolución de la historiografía social, quien dedicó dos números a la Comuna. Para su realización, Jean Maitron y Jacques Rougerie contaron con la colaboración de notables historiadores del movimiento obrero y se apoyaron en las investigaciones emprendidas sobre los *communards* para la realización del *Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français* (Maitron, 1967-1971), que publicó un tomo centrado en los dos acontecimientos que habían forjado el movimiento obrero: la formación de la Primera Internacional y la Comuna. A las contenidas en el *Dictionnaire* se fueron sumando nuevas biografías sobre los protagonistas de la Comuna, género muy prolífico. Sin ánimo de exhaustividad, podemos citar las siguientes biografías: Eugène Pottier (Dommanget, 1971c), Maxime Lisbonne y Édouard Moreau (Cerf, 1967; 1971), Louise Michel (Thomas, 1971; Durand, 1971; Lejeune, 1978; Gauthier, 1999; Dittmar, 2004), Gustave Coubert (Choury, 1969), Eugène Varlin (Bruhat, 1965; Cordillot, 1991), Émile Duval (Zaidman, 2006), Benoît Malon (Latta, Vuilleumier, Gâzon, 2000), Prosper Olivier Lissagaray (Bidouze, 1991) y Adrien Lejeune (Bowd, 2007), centrada en el personaje, pero también en la construcción del mito del "último" *communard*.

En el ambiente previo a mayo de 1968 se localizan trabajos pioneros como el de Édith Thomas sobre las mujeres de la Comuna. En *Les Pétroleuses* (Thomas, 1963) no solo se interesó por estas mujeres acusadas de incendiarias, sino

por el conjunto de las *communardes*. Llegados al 68, se recuperaron las comparaciones históricas, se reeditaron los clásicos sobre la Comuna y se recuperó el vocabulario utilizado durante estas jornadas revolucionarias. El recuerdo de 1871 estuvo presente en las manifestaciones, en las canciones, en la iconografía, en las barricadas, en los nombres con los que se rebautizaron los espacios universitarios tomados por los estudiantes y en los nombres y contenido de los periódicos de izquierdas. *L'Enragé* se recuperó como cabecera para el periódico satírico fundado por Jean-Jacques Pauvert y en los muros de la ciudad se podía leer "Vive la Commune du 10 mai". En realidad, fueron dos momentos muy diferentes de la historia de Francia, pero no faltó quien encontró similitudes entre ambos. En *Les Écrivains contre la Commune*, Lidsky concluía con un capítulo en el que afirmaba que el diagnóstico conservador sobre 1968 era similar al realizado en 1871. Al igual que los autores *anticommunards*, la prensa conservadora apreció en los acontecimientos de Mayo el resultado de una fiebre que era preciso erradicar y advirtió del peligro que suponían los "virus" procedentes del exterior, en referencia a la actuación de activistas como Cohn-Bendit. En ambos episodios, los extranjeros habrían engañado a los franceses para que se embarcasen en una aventura sin futuro[8].

El fomento de la interdisciplinariedad y, de manera especial, las relaciones entre historia y sociología favorecieron nuevas aproximaciones al estudio de la Comuna. *La Commune de Paris (1871), révolution populaire et pouvoir révolutionnaire*, de André Decouflé (1969), abordó la naturaleza del poder revolucionario. Le interesaba comparar la actuación de sus gestores con las aspiraciones y reivindicaciones del pueblo, deseoso de recuperar una soberanía pasada e idealizada. Otro punto de encuentro fue la sociología urbana, inspirada en la obra del filósofo marxista Henri Lefebvre sobre el espacio social. Lefebvre (1965, 1968, 1973) explicó la insurrección de la Comuna como una respuesta de la población

a la reforma urbanística. El Segundo Imperio había realizado un proceso de renovación urbana que había expulsado de sus barrios a las clases populares. La Comuna no sería entonces sino una reacción de estas para reconquistar la ciudad. Nuevos trabajos incidirán en la relación entre insurrección y reforma urbana (Godard, Castels, Delayre, Dessane y O'Callaghan, 1973; Castells, 1983; Rougerie, 1971a). En *Insurgent Identities: Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Roger Gould (1995) afirmó que la insurrección había partido de la reacción de una comunidad unida por el hábitat. El éxodo provocado por la reforma urbanística había concentrado a las clases populares en unos barrios concretos donde, a partir del oficio y de las relaciones de vecindad, adquirieron una identidad propia. 1871 no sería tanto una cuestión de lucha de clases, sino el intento de una comunidad urbana de obtener sus libertades municipales, tal y como ya había sugerido Jeanne Gaillard en *Paris, la ville, 1852-1870* (1976). La reforma de París estuvo también en la base de las argumentaciones de David Harvey en *Paris, Capital of Modernity* (2003). Harvey explicó el auge de la burguesía y el desarrollo de la conciencia de las clases trabajadoras a partir del análisis de la economía y de la actuación sobre el espacio urbano, advirtiendo similitudes con las circunstancias que desencadenarán la crisis financiera internacional de principios del siglo XXI.

En 1971 se celebró el centenario de la Comuna. Max Gallo (1971) había afirmado que la Comuna era una cuestión cerrada. Sin embargo, la historiografía se encargó de mostrar lo contrario. Próxima a 1968, la celebración del centenario fue la oportunidad para mostrar el interés que la Comuna seguía suscitando no solo en Francia, sino también fuera de sus fronteras. Se publicaron nuevos libros y se celebraron encuentros científicos que ofrecieron un estado de la cuestión, al tiempo que introducían nuevas interrogantes y reflexiones[9]. El principal encuentro fue el Coloquio

Internacional celebrado en París entre el 21 y el 23 de mayo de 1971. En estas jornadas universitarias se avanzó en la historia política y en el conocimiento de fuentes, pero también en la memoria colectiva, las representaciones, la impronta de la Comuna en la producción cultural y la insurrección como símbolo y ejemplo para otros procesos revolucionarios[10].

Este primer centenario de la Comuna tuvo una notable repercusión internacional, que se concretó en la publicación de monográficos por algunas de las más reconocidas revistas de historia social. La *International Review of Social History* abordó las dimensiones internacionales de la Comuna. Fue en este número donde Carlos Seco Serrano presentó su trabajo "L'Espagne, la Commune et l'Internationale" (1972), muestra del interés que existía entre la historiografía española por un episodio que repercutió en la España del Sexenio Revolucionario. Fue en estos momentos cuando se tradujo al castellano la *Histoire de la Commune* de Lissagaray, con introducción de Francesc Bonamusa (Lissagaray, 1876 [1971]), y José Álvarez Junco publicó *La Comuna en España* (1971), donde analizó cómo reflejó la prensa española las informaciones procedentes de Francia, mostrando así los diferentes posicionamientos de las fuerzas políticas españolas. Al año siguiente, Jesús Castellote y Miguel Pérez Turrado publicaron *La Comuna y el proletariado* (1972), donde concluían que este episodio histórico sería la prueba de la madurez de la clase obrera y el progreso de las ideas socialistas, si bien reconocieron que la división del movimiento obrero había hecho preciso el apoyo jacobino.

Hasta este momento, París había monopolizado la atención. Las comunas en las restantes ciudades solo se habían estudiado en la medida en que incidían en los acontecimientos parisinos. De ahí la importancia de *Commune de province, Commune de Paris*, tesis doctoral de Jeanne Gaillard (1971), donde se concedió entidad propia a las experiencias revolucionarias en las ciudades de provincia. Estas eran resultado

de una oleada revolucionaria solidaria con París y con reivindicaciones muy similares, pero también con objetivos propios basados en la defensa del federalismo. Las comunas surgidas en las provincias desconfiaban del tradicional centralismo de París y exigieron que se les garantizasen sus libertades locales. Trabajos como los de Jacques Girault (1971) sobre Bordeaux, o de Maurice Moissonier (1972) sobre Lyon son muestra del fructífero resultado de esta línea de investigación[11].

Los historiadores reflexionaron especialmente sobre la naturaleza de la Comuna. ¿Había sido la última revolución plebeya o la primera proletaria? ¿Se podía hablar de crepúsculo o de aurora? La respuesta era compleja para una revolución que apenas había durado 72 días y donde habían convivido tradición y modernidad. Fue un debate historiográfico no exento de connotaciones políticas. El republicanismo radical consideraba a la Comuna el último movimiento popular que cerraba un proceso revolucionario iniciado en 1789 y que había tenido su continuidad en las revoluciones de 1830 y 1848. Por el contrario, la historiografía marxista presentaba a la Comuna como el primer gobierno proletario de la historia. Esto significaría que, ya por entonces, la clase obrera era una clase ascendente con la suficiente madurez como para elaborar su propio programa y asumir el gobierno de París. Este debate estaba también en estrecha relación con la revolución industrial. A la altura de 1871, los trabajadores que participaron en la Comuna ¿eran aún artesanos —propietarios y empleados de talleres— o se trataba ya mayoritariamente de obreros industriales? (Tombs, 1999; Ceamanos, 2004: 197-208).

La idea de crepúsculo, de una revolución basada en la tradición revolucionaria, fue sugerida por Jacques Rougerie, uno de los principales especialistas en la Comuna. En 1964, había publicado *Procès des Communards*. Su novedad residía en que no se interesaba por los dirigentes, sino por la

población insurrecta, por la gente de abajo. Para conocerla realizó un exhaustivo trabajo en los archivos de la represión. Investigó los procesos incoados contra los *communards* en los Archivos Históricos del Ministerio de la Guerra. Ello le permitió conocer al insurrecto, su origen, mentalidad, motivación e ideología. Se trataba de un trabajador parisino, en torno a los 30 años y dedicado a oficios tradicionales. Seguía siendo fundamentalmente un trabajador cualificado. Era ebanista, zapatero, dependiente, pequeño comerciante, impresor, trabajador de la construcción o empleado en el metal. Trabajaba en talleres o pequeñas fábricas y, aunque su oficio comenzaba a experimentar cambios, estos no eran todavía determinantes. Apenas existía una gran industria que diera cabida a la nueva figura del obrero. El trabajador de 1871 estaba más próximo al de 1848 que al proletario socialista del siglo XX. Ideológicamente, conservaba la tradición revolucionaria jacobina, mientras que el socialismo era incipiente y minoritario. Las asociaciones y las sociedades obreras de 1871, si bien prefiguraban al sindicato, eran sobre todo similares a las de 1848 y hundían sus raíces en la tradición de la organización corporativa. Todo ello le llevó a Rougerie (1964) a concluir que la Comuna era el punto final de la gesta revolucionaria iniciada en 1789.

En esta argumentación a favor de la Comuna como crepúsculo fue decisiva la existencia de numerosos puntos de conexión entre 1789-1794 y 1871. Su historia era muy similar. En 1789, después de un periodo de crecimiento económico, se había producido una crisis que afectó principalmente a los más desfavorecidos. En 1871, la relativa mejora económica durante el Segundo Imperio fue seguida por el hambre y la miseria que causó el asedio prusiano. En ambos momentos nos encontramos también ante un drama nacional que provocó una reacción patriótica. Frente a la agresión, se respondió con la desconfianza y la vigilancia. El pueblo se

armó contra sus enemigos, interiores y exteriores, se constituyó un Comité de Salud Pública y se aplicó el Terror, si bien en 1871 fue mucho menor y se ejecutó in extremis.

La pervivencia del pasado revolucionario se aprecia igualmente en el interés que despertaba la historia de la revolución. En *Conspiration pour l'Egalité, dite de Babeuf* (1828), Filippo Buonarroti recuperó el pensamiento de Babeuf e influyó en el blanquismo. Lo mismo sucedió con *La Communauté n'est plus une utopie* (1841) de Jean-Jacques Pillot. Ya durante el Segundo Imperio, y junto a trabajos clásicos como *Histoire de la Révolution française* (1847-1853) de Jules Michelet, se publicaron obras que recuperaron el pensamiento más radical de la Revolución francesa. Proudhon, autor de una ingente bibliografía, publicó *Idée générale de la Révolution au XIX*e *siècle. Choix d'études sur la pratique révolutionnaire et industrielle* (1851), que se iniciaba con un llamamiento a la burguesía para que se sumara a la revolución sin abandonar en esta ocasión al pueblo. Ernest Hamel se interesó por el jacobinismo. Fue autor de una *Histoire de Saint-Just député à la Convention nationale* (1859) y de una notable *Histoire de Robespierre* (1865-1867). El blanquista Gustave Tridon escribió *Les Hébertistes, plainte contre une calomnie de l'Histoire* (1864), rehabilitación de los hébertistes que recuperó el recuerdo de la Comuna de 1793. Otras obras relevantes fueron: *Marat. L'Ami du Peuple* (1865), de Alfred Bougeart; *Anacharsis Cloots: L'orateur du genre humain* (1865), de Georges Avenel; la vida de *Danton* (1865), de Jean Robinet; *Les Génies de la Liberté* (1865), de Benjamin de Gastineau; *Les deniers montagnards* (1868), de Jules Claretie; y la reedición por Vermorel en 1866 y 1867 de los *Classiques de la Révolution, Robespierre, Danton, Vergniaud, Marat*. La *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*, en su versión de abril de 1793, propuesta por Robespierre, estaba presente en la memoria popular. Difundida por la republicana Société des Droits de l'Homme, se leía en los clubs políticos. Es de suponer que

las elites republicanas y revolucionarios conocieran el resto de las obras citadas, pero es difícil conocer su difusión popular, si bien hay indicios de su circulación entre los trabajadores. Cuando el poeta y ensayista alemán Heinrich Heine, en su *Lutecia. Correspondances sur la politique, l'art et la vie du peuple* (*Gazette d'Augsbourg*, 1840-1848), describió su visita a los talleres del suburbio de Saint-Marceau en 1840 le llamó la atención encontrar entre los estantes de los talleres los discursos de Robespierre, panfletos de Marat o la *Conspiration pour l'Egalité* de Buonarroti.

El itinerario seguido por los líderes revolucionarios apoya también esta idea de continuidad. Es conocido el caso de Blanqui, pero se pueden sumar otros como el del jacobino Delescluze, quien ya participó en la Revolución de 1830; el blanquista Eudes, quien encontró su referente en Hérbert; o el de Théodore Six, combatiente en 1830 y 1848, miembro de la Comisión de Luxemburgo y fundador en 1867 de la Chambre Syndicale des Tapissiers. Como había sucedido en la Comuna revolucionaria de 1793, fueron firmes convencidos de que la Comuna de 1871 debía influir en la marcha de los acontecimientos en el país. Si en 1793 su misión había sido la de supervisar la labor de la Asamblea Nacional, en 1871 tenía que marchar sobre Versalles, disolver la Asamblea, organizar la elección de un parlamento republicano y supervisar su actuación en cuanto brazo armado del pueblo.

Encontramos asimismo grandes similitudes en sus reivindicaciones. La soberanía popular entendida como democracia directa —los representantes recibían del pueblo un mandato imperativo, siendo responsables de su gestión y, en su caso, revocables—, el derecho a la asistencia social y al trabajo digno, la formación de la Guardia Nacional como cuerpo armado de la ciudadanía, el reconocimiento de los hijos naturales, la resolución de los problemas relativos a la vivienda y la instrucción pública, laica, gratuita y obligatoria fueron algunas de las principales demandas. Se recuperaron

expresiones como *sans-culottes*, lemas como vigilancia y patriotismo, instituciones como la Comuna y el Comité de Salud Pública, se retomó el calendario republicano, se mantuvieron tradiciones orales referidas al pasado revolucionario y se cantó *La Marseillaise*, *Le Chant du Départ* y *La Carmagnole*. La tradición procedente de la Revolución francesa estuvo también presente en la continuidad de los ámbitos de sociabilidad. La vida política se siguió desarrollando en los clubs y las cabeceras de los periódicos de 1871 tomaron títulos del periodo de 1789-1794. Se publicó *La Montagne*, *La Salut Public* y *Le Vengeur*. Vermorel resucitó *L'Ami di peuple*, de Marat; Paschal Grousset, *La Bouche de Fer*, de Bonneville; Lissagaray relanzó *Le Tribun du Peuple*, de Babeuf, y Eugène Vermersch, Alphonse Humbert y Maxime Vuillaume retomaron el título de *Le Père Duchêsne*, de Hébert.

Otro aspecto a tener en cuenta es que, pese a la llegada de inmigrantes y a la reforma urbanística, París conservaba su identidad. El desarrollo industrial había llegado a la capital, pero seguía siendo mayoritaria la presencia de oficios tradicionales. Entre 1848 y 1871, la relación entre empleados y patronos se mantuvo de seis a uno, relación similar a la existente a finales del siglo XVIII. La reforma urbana afectó en menor medida al este de París, que conservó sus edificios y espacios más emblemáticos, parte fundamental de la memoria colectiva de sus habitantes. Unos transmitían el recuerdo de pasadas revoluciones, otros eran símbolos del Imperio o de la Monarquía. Los más importantes fueron el Hôtel de Ville, en el corazón de la ciudad; la plaza de la Bastilla, con su Columna de Julio, erigida en honor a los mártires de 1830 y alrededor de la cual se celebraron las manifestaciones contra el Gobierno previas a la Comuna; el Panteón, donde se realizaron los reclutamientos voluntarios durante el asedio prusiano; los grandes bulevares por donde desfilaron los cortejos revolucionarios; la plaza Vendôme, con su Columna dedicada al Imperio; y el Palacio de las

Tullerías y la capilla construida para expiar la ejecución de Luis XVI, símbolos de la monarquía.

La interpretación de la Comuna como última revolución del ciclo iniciado en 1789 reforzó la idea de que había desempeñado un papel decisivo en la construcción republicana de Francia. Reivindicaciones, instituciones, actos, formas de lucha, referencias legitimadoras, canciones, ritos, símbolos y estructuras sociales, todo ello formaría parte de un hilo conductor que uniría a los *sans-culottes* del Año II con los *communards* de 1871. No obstante, había que matizar esta interpretación. No se podían ignorar los aspectos innovadores de la Comuna. En esta doble concurrencia entre tradición y modernidad incidió Rougerie (1971a) en sus siguientes trabajos. Mantuvo la idea de pervivencia de la tradición revolucionaria, pero también vislumbró novedades (Rougerie, 1988, 1995)[12].

Estábamos ante los inicios de la sociabilidad y del asociacionismo obrero. A finales del Segundo Imperio renació el ambiente de 1848. Se celebraron reuniones obreras y surgieron sociedades cooperativas de producción y consumo, de ahorro y préstamo mutuo, y de resistencia y solidaridad. Apareció un nuevo vocabulario, se formaron cámaras sindicales obreras y otras formas de agrupamiento como bibliotecas populares y círculos de enseñanza. Muchas se vincularon a una incipiente AIT, donde convivían diferentes tendencias. Los objetivos de estas sociedades obreras anunciaban el sindicalismo. Buscaban resistir la presión patronal, defender los salarios y asociarse. El Segundo Imperio y las dificultades del sitio prusiano las desmantelaron. En las nuevas circunstancias de la Comuna resurgieron con fuerza y la Primera Internacional retomó su actividad, reconstituyendo sus secciones de barrio y cámaras sindicales. Renacieron las cámaras de ebanistas, tapiceros, joyeros, litógrafos, caldereros, curtidores, etc. En marzo, la AIT contaba con 28 secciones activas y, en mayo, con 35. La de la estación de Ivry publicó,

entre el 2 de abril y el 13 de mayo, siete números de *La Révolution politique et sociale*.

Desde la Comisión de Trabajo se fijaron disposiciones innovadoras, dirigidas a mejorar la situación de los obreros. Integrada por internacionalistas, esta Comisión pretendía establecer una verdadera reorganización del trabajo. Quiso limitar la duración de la jornada laboral y mejorar la gestión del empleo, creando en cada distrito oficinas de desempleo. También se abordó la cuestión del trabajo femenino y se hizo partícipe a los trabajadores de la gestión de las empresas. En esta dirección, la Comuna elaboró un censo de talleres abandonados y propuso que fueran gestionados por sus propios trabajadores a través de cooperativas. Aunque faltó tiempo para una mínima realización de estos proyectos, se trató de un proceso de socialización de los medios de producción que permite hablar de una obra socialista en marcha y considerar que la Comuna fue también un acontecimiento que se sitúa en los orígenes del movimiento obrero. Será en las décadas siguientes cuando los obreros industriales se consoliden como núcleo del descontento y de la movilización, y apuesten definitivamente por nuevas propuestas de organización —sindicatos y partidos socialistas— y de acción —huelgas—, que superarán el apoliticismo proudhoniano.

Ya en los años ochenta, y en estrecha relación con el descenso del interés por la historia del movimiento obrero, se propuso superar la historiografía militante de la Comuna (Serman, 1986). Esta propuesta favoreció una mayor diversificación temática de las investigaciones, que caracterizará a la historiografía hasta el presente. Los temas de reflexión han sido numerosos: el debate sobre el concepto de "pueblo", su delimitación profesional, su conciencia y su sociabilidad (Tarrow, 1994; Johnson, 1996; Robert y Tartakowsky, 1999); cómo los manuales escolares, fundamentales en la construcción de la idea de nación, han abordado la cuestión (Nourrisson, 2007: 197-216); la relación con los artistas y su

producción, las imágenes y las razones que explican que no hubiera una producción artística más amplia sobre la Comuna (Boime, 1995; Cars, 2000; Tillier, 2004); nuevas interpretaciones sobre el testimonio de los contemporáneos, con especial atención a los grandes literatos[13]; la recopilación de fuentes[14]; la publicación de diccionarios[15]; la participación de las mujeres y la revisión crítica de las interpretaciones que las consideraban meras seguidoras de la acción masculina[16]; la historia de colectivos concretos como los extranjeros, los menores y la francmasonería[17]; la asistencia pública en hospitales, hospicios y asilos[18]; la actuación de la Comuna ante el Banco de Francia, reconsiderando esta actitud no como un error, sino acorde con una legalidad republicana respetuosa con las instituciones[19]; la evolución, composición y actuación de la Guardia Nacional[20]; la memoria, el proceso de institucionalización del Muro de los Federados y la reconstrucción de los usos públicos[21]; la barricada, símbolo de la resistencia popular, cuya edad de oro culminó en el episodio de la Comuna[22]; la figura de Haussmann como director de la reforma urbanística[23]; la fotografía al servicio de la propaganda[24]; y las consecuencias de la represión[25].

En relación con esta última cuestión, se ha avanzado en el estudio de las causas de la violencia. Agotado el debate sobre el número de víctimas, interesaba entender las razones de su virulencia. Robert Tombs, autor junto a John Patrick Tuer Bury de una notable biografía de Thiers, se interrogó, en *The war against Paris. 1871*, por las razones que explicaban la crueldad de las tropas de Versalles, concluyendo que los soldados fueron aislados y predispuestos a odiar a sus enemigos, labor que facilitó el cumplimiento de las órdenes de sus mandos, responsables últimos de la represión. Los soldados fueron sometidos a una intensa propaganda cuyo discurso les aseguraba que luchaban contra el caos y en defensa de la patria. Se les dotó de una fuerte

identidad opuesta a los *communards*, considerados traidores al servicio del enemigo alemán. Con extranjeros en sus filas, eran ajenos a la nación francesa. También se les decía que eran borrachos, degenerados y de moral dudosa. Estas convicciones favorecieron la ejecución de un plan de depuración organizado por los mandos militares pertenecientes a unos estratos sociales que temían y odiaban al pueblo y que estaban habituados a la crueldad de las guerras coloniales. Hubo muertos en el fragor del combate y asesinatos cometidos por las tropas para vengar la muerte de sus camaradas, pero la mayor parte de las víctimas murieron ante un pelotón de fusilamiento. El Terror de Versalles pretendía erradicar definitivamente los núcleos revolucionarios[26].

La producción sobre la Comuna se ha visto favorecida por el impulso proporcionado por las conmemoraciones que, tras cierto parón después del centenario, se han venido organizando periódicamente. En 1996 y 2001 se celebraron, respectivamente, los 120 y los 130 años de la Comuna con diferentes encuentros científicos —Coloquio "Utopie ou modernité?" (Perpignan, 1996)— y exposiciones divulgativas —"La Commune de Paris à 130 ans" (Palais Bourbon, 2001)[27]—. Cabe citar también el coloquio "La Commune de 1871" (marzo, 2003), celebrado en las localidades de Précieux y Montbrison, situadas en el departamento del Loira. Este evento fue organizado por la Universidad de Saint-Étienne y la Association des Amis de Benoît Malon, y contó con la colaboración de la Association des Amis de la Commune y fue dirigido por Michelle Perrot e introducido por Jacques Rougerie. Fue una nueva oportunidad para realizar un estado de la cuestión, profundizar en las habituales líneas de investigación y abrir otras nuevas. Los temas abordados fueron las diferentes corrientes políticas que convergieron en la Comuna, los acontecimientos, sus protagonistas, la ciudadanía, la represión, el exilio, la amnistía, la francmasonería, la imagen de la Comuna en los libros escolares y, muy

especialmente, la memoria de la Comuna. Interesaba conocer sus celebraciones, comprender las disputas entre las fuerzas de izquierda y averiguar cómo se transmitió la memoria familiar de los *communards*[28].

En 2011 se celebraron los 140 años de la Comuna. El gran número de eventos y la notable asistencia de público a los mismos mostraron el interés que esta seguía despertando. Nuevamente, se publicaron libros y monográficos, se celebraron congresos y ciclos de conferencias, se estrenaron representaciones teatrales, se realizaron visitas guiadas a los lugares de la memoria y se organizaron exposiciones. Dos fueron las organizadas por el Ayuntamiento de París: "La commune, 1871. Paris capitale insurgée", celebrada en un lugar tan emblemático como el Hôtel de Ville y centrada en las imágenes; y "La Commune: une histoire moderne", sobre la obra política de la Comuna. Conocer el contenido de estos eventos nos permite pulsar el estado en la que se encuentra el estudio de la Comuna. Nos informa también sobre los nombres de los historiadores que destacan en estos momentos en la investigación y sobre cuáles son las temáticas que más interesan. En el ciclo de conferencias "1871, la Commune de Paris, une histoire moderne" (abril-junio, 2011), celebrado en París bajo la coordinación de Jean-Louis Robert, participaron Jacques Rougerie, Laure Godineau, Sylvie Aprile, Eric Fournier y Claudine Rey, presidenta de la asociación Les Amies et Amis de la Commune de Paris. Se profundizó en la propuesta de democracia directa, al tiempo que se reflexionó sobre el arte, la justicia, las herencias y las representaciones de la Comuna. En Narbonne, Godineau organizó el Coloquio internacional "Regards sur la Commune de 1871 en France. Nouvelles approches et perspectives" (24-26 marzo, 2011). En este encuentro se amplió el marco cronológico de estudio. Se retrocedió hasta 1848 y el Segundo Imperio, años fundamentales para comprender cómo se gestó la Comuna; y se avanzó más allá del fin de la Comuna

para abordar la deportación, el exilio y las circunstancias en que se produjo el retorno a Francia. También se amplió el marco geográfico con el fin de analizar las relaciones entre París y la provincia, entre las ciudades donde se proclamaron comunas y sus territorios adyacentes y para conocer la visión que sobre la Comuna se difundió en el extranjero. Se estudió el republicanismo que buscó una solución pacífica al conflicto y se reflexionó sobre el lugar ocupado por las mujeres, sobre las representaciones artísticas y sobre la memoria, indagando en las herencias y en el punto de vista de las generaciones posteriores. En la red, se divulgó un proyecto multimedia que, bajo el título de "Un Journal pour la Commune, 1871-2011", permite escuchar 12 emisiones de radio en las que se da la palabra a algunos de los principales especialistas en la Comuna y consultar 40 artículos ilustrados sobre los principales temas de la Comuna escritos en formato de periódico, en homenaje al principal medio de difusión de información e ideas en el siglo XIX[29].

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA

Historia y memoria se complementan, pero no son lo mismo. La escritura de la historia es obra de los historiadores, que se deben a los métodos de su profesión. En cambio, en la construcción de la memoria intervienen múltiples elementos como son los testigos comprometidos con los acontecimientos, las representaciones a través de la literatura y el arte y los usos públicos de la historia. Todo ello conforma memorias, habitualmente contrapuestas, de un mismo hecho histórico. La construcción de la memoria de la Comuna no es una excepción. Se inició tempranamente, con los primeros testimonios de los protagonistas de ambos bandos, y se integró en el proceso más amplio de larvada guerra civil que desde 1789 enfrentaba a dos Francias: la

conservadora, monárquica y católica; y la progresista, republicana y laica. Los procesos revolucionarios de 1830, 1848 y 1871 fueron los principales jalones de este conflicto que concluyó con la instauración y consolidación de la Tercera República. El *boulangisme*, el *affaire* Dreyfus y el régimen de Vichy fueron los últimos episodios de este enfrentamiento, que solo se cerró definitivamente tras la Segunda Guerra Mundial. En la encrucijada de este proceso se sitúa la Comuna, momento en el que convergen un fenecido régimen imperial, la presión monárquica, una incipiente República y una experiencia insurreccional basada en la tradición revolucionaria y en el nuevo socialismo.

En los primeros años que siguieron a la Comuna se sucedieron los gobiernos del "orden moral" (1871-1877), presididos por Thiers y, desde mayo de 1873, por Mac Mahon. Bajo su control, se difundió la interpretación de los vencedores de la Comuna y esta sufrió las consecuencias de la máxima latina *damnatio memoriae*. Se prohibió todo homenaje colectivo a sus muertos, no se permitió que las fosas comunes fueran inhumadas y se ofreció una imagen negativa de la Comuna. Para ello se orquestó una amplia campaña de difamación. La literatura *anticommunarde*, basada en los excesos perpetrados por la Comuna, omitió tanto la represión de Versalles como las dimensiones sociales y patrióticas de la Comuna, y construyó una memoria contrarrevolucionaria asentada en una retórica demoledora. Fue una visión terriblemente negativa, tal y como reflejó el novelista Élémir Bourges en *Les oiseaux s'envolent et les fleurs tombent* (1893), donde imaginó una orgía protagonizada por unos *communards* alcoholizados y perversos.

Las mujeres revolucionarias fueron las que salieron peor paradas. Ya durante el Segundo Imperio había crecido la hostilidad hacia las que "invadían" el campo de los hombres. Al cobrar sueldos inferiores, eran vistas como competencia desleal a la hora de encontrar empleo. En 1871, al

antagonismo de género se sumó el de clase. El discurso *anti-communard* recuperó la imagen de las *tricoteuses*, mujeres jacobinas que durante el Terror tejían mientras asistían a las ejecuciones en la guillotina. Se destacó de ellas que reclamaban la sangre de sus enemigos, pero se silenció su lucha por mejorar la condición de las mujeres. Durante la represión de la Comuna, la imagen de las revolucionarias se envileció aún más. Se creó un prototipo de revolucionaria. Era una mujer depravada y de moral sexual dudosa. Solo podía traer la ruina. Lejos de su verdadera condición de madre, esposa y trabajadora, fue acusada de borracha, prostituta o incendiaria. Esta violenta retórica machista la calificó de "mesalina". Estaba sedienta de sangre, sexo y destrucción. Doblemente traidoras, a su país y a su sexo, las revolucionarias fueron conducidas ante los tribunales militares y sufrieron las mismas penalidades que los hombres.

La construcción de la memoria *anticommunarde* se basó en esta imagen tan negativa de la Comuna y se asentó con la edificación del Sacré-Coeur, su principal "lugar" de la memoria. La construcción de esta basílica fue el proyecto de un catolicismo intransigente caracterizado por su defensa acérrima de la monarquía y la devoción al Sagrado Corazón. Afirmaba que los males sufridos por Francia tenían un origen espiritual. Era necesario realizar una penitencia para redimir al país por los pecados cometidos y expiar los crímenes de los *communards*. Para esta reparación se optó por la construcción de esta basílica. La ubicación elegida fue la cima de la colina de Montmartre, lugar privilegiado y simbólico. Dominaba la ciudad de París y había sido lugar de martirio de cristianos, a los que se podía añadir ahora los generales Lecomte y Clément-Thomas. Con el apoyo de Pío IX y del Gobierno de Thiers, el nuevo arzobispo de París, monseñor Guibert, inició una campaña a favor del proyecto. Poco después, la mayoría monárquica permitía a Mac Mahon alcanzar la presidencia de la República y, a finales de 1873, la

restauración monárquica parecía inminente. Fue entonces cuando se aprobó la ley que declaró de utilidad pública la construcción de la basílica. Ello permitió agilizar la expropiación del terreno. Se seleccionó el monumental proyecto de Paul Abadie y se inició una larga obra, no exenta de controversias políticas, dificultades técnicas y debates sobre su coste. En junio de 1875 se colocó la primera piedra, pero no fue hasta 1919 cuando se produjo la consagración de la basílica[30].

Desde el exilio, y ya en la propia Francia una vez superado el periodo de persecución, se construyó la memoria *communarde*. Sus principales "lugares" de la memoria se situaron allí donde se habían producido las ejecuciones masivas durante la Semana Sangrienta. La imposibilidad de cuantificar el número de víctimas fomentó una batalla de cifras entre los herederos de la Comuna y los defensores de Versalles. La violencia de la Semana Sangrienta se difundió en periódicos, libros, discursos y canciones, creando todo un imaginario al respecto en el que los números jugaron un papel determinante. Lo mismo sucedió con los términos utilizados. Los vocablos con los que se cuantificaron las víctimas son elocuentes. Se habló de "montones de cadáveres" o, como afirmó Louise Michel en sus memorias, las víctimas de la Comuna fueron "sin nombre y sin número". También resultó significativo el uso de términos como víctima, cuando se hablaba de los caídos del propio bando, y de muerto, cuando se hacía referencia al enemigo. Se distinguió entre asesinos y mártires, verdugos y víctimas. Se quería crear, a partir del reconocimiento de la masacre y de los sentimientos de injusticia e impotencia que esta había provocado, mitos e imaginarios en torno a la Comuna que fortalecieron la memoria revolucionaria.

A partir de 1876, la victoria de los republicanos permitió promover las leyes de amnistía y, desde mayo de 1880, se autorizó la conmemoración pública de la Comuna. Sin embargo, no fue hasta 1908 cuando se permitió levantar un monumento sobre la tumba de los fusilados. En el contexto

previo de libertades limitadas, las organizaciones obreras decidieron celebrar una peregrinación anual hasta el Muro de los Federados el último domingo de mayo con el objeto de rendir homenaje a los caídos por la Comuna. Tras feroces combates, en la madrugada del 27 al 28 de mayo, más de un centenar de defensores de la Comuna habían sido fusilados en el cementerio de Père-Lachaise y un número muy superior —entre 800 y 3.000— enterrado en una fosa común al pie de un muro de dicho cementerio. Símbolo de la desigual lucha, los herederos de la Comuna convirtieron el muro ante el que habían sido fusilados los *communards* en el principal lugar de la memoria de la Comuna. Al privilegiar el carácter mártir de la Comuna, la emoción se convirtió en el motor movilizador de la izquierda francesa.

En un principio, el acto estuvo prohibido. Su celebración suponía un reto a las autoridades, que no fueron capaces de impedirla. En mayo de 1880, próxima a aprobarse la amnistía, una muchedumbre dirigida por Jules Guesde y cifrada en unas 25.000 personas desfiló ante el Muro. Con el apoyo de los exiliados retornados, esta peregrinación se convirtió en el principal acto de los herederos de la Comuna. Su simbolismo se reforzó al ser enterrados en Père-Lachaise algunos de los principales protagonistas de la insurrección. Ello permitió construir un espacio sacralizado y cargado de emociones y reivindicaciones. En 1885, una gran multitud, enarbolando banderas rojas, acompañó hasta el cementerio los restos de Jules Vallès. En 1887, 1888 y 1889, nuevas manifestaciones acompañaron, respectivamente, los cortejos fúnebres de Eugène Pottier, Émile Eudes y Félix Pyat. A partir de 1908, la SFIO, que había unido tres años antes a las diferentes tendencias del socialismo francés, se convirtió en el partido encargado de organizar el cortejo hasta el Muro. Ese mismo año, la memoria de la Comuna se vio reforzada al aceptar las autoridades municipales la colocación de una placa en recuerdo "a los muertos de la Comuna".

La tradición del Muro de los Federados sobrevivió a la Gran Guerra. Tras la escisión de 1920, socialistas y comunistas reivindicaron la herencia de la Comuna. Entre 1921 y 1935, cada partido organizó su propio cortejo en competencia con los restantes. Los anarquistas acompañaron a los comunistas hasta 1924, y a los socialistas a partir de 1928. Finalmente, decidieron organizar sus propios actos. De esta forma, la celebración se convirtió en una competición por la memoria de la Comuna a tres bandas, si bien en los años treinta destacó la presencia comunista. El entierro de Barbusse en 1935 y de Vaillant-Couturier en 1937 frente al Muro fortaleció esta hegemonía comunista. Fue entonces cuando el Frente Popular permitió que socialistas y comunistas participasen juntos nuevamente. En 1936, la muchedumbre congregada alcanzó según los organizadores el medio millón de participantes, encabezados por el socialista Léon Blum y el comunista Maurice Thorez. Fue el momento de mayor apogeo de la memoria *communarde*. Durante la Ocupación, el ejército alemán y el régimen de Vichy vigilaron para que no se produjera ningún homenaje, sobre todo teniendo en cuenta la proximidad de las tumbas de numerosos antifascistas internacionales. Se consideró un acto de resistencia y, por lo tanto, se castigaba con la muerte. La celebración se recuperó a partir de 1945, pero entró en decadencia. En 1958, la SFIO la sustituyó por un homenaje de su grupo parlamentario, al tiempo que se sumaron con renovado ímpetu a la tradición las organizaciones que surgieron de la Nouvelle Gauche. Cuando, en mayo de 1968, las barricadas resurgieron en París, se comenzó a hablar de la Comuna de los estudiantes y el recuerdo de 1871 flotó nuevamente en el aire. Desde entonces, fieles a la cita, tanto organizaciones de la izquierda francesa como la asociación Les Amies et Amis de la Commune de Paris se reúnen para rendir homenaje a los caídos por la Comuna.

Existe otro monumento que conmemora a los muertos de la Comuna. Se trata del Monumento a los Federados, inaugurado

en 1910 en el cementerio de Montparnasse para recordar a los cerca de 2.000 *communards* enterrados en una fosa común de dicha necrópolis. Entre ellos se encuentra el centenar de heridos rematados en el centro de atención instalado en el seminario de Saint-Suplice. Otra forma de rendir homenaje a la Comuna y de mantener su memoria ha consistido en poner el nombre de sus protagonistas a diferentes espacios públicos de París. En el barrio de la Butte aux Cailles se ubica la plaza de la Comuna. En el resto de la ciudad, diversas plazas, calles y estaciones de metro llevan nombres —Charles Delescluze, Eugène Varlin, Jules Vallès, Jean-Baptiste Clément o Jules Joffrin— que recuerdan a los héroes de la Comuna.

En este proceso de construcción de dos memorias opuestas entre sí fueron fundamentales las diferentes representaciones que se realizaron de los acontecimientos. La carga emocional plasmada por la literatura y el arte fue determinante en la formación tanto de la leyenda negra como del mito de la Comuna. Novelas, poemas, obras de teatro, cuadros, ilustraciones, caricaturas y fotografías nos trasladan al lugar donde se produjeron los hechos y provocan en nosotros la repulsa o la estima. Así sucedió con las novelas de los grandes autores franceses. El trauma de la derrota ante los prusianos y el drama de la guerra civil fueron los escenarios reales para, a partir de ellos, crear la ficción.

Así como la prensa conservadora publicó sobre la Comuna numerosos artículos denigratorios y fue prolija en sus detalles, la literatura *anticommunarde* fue relativamente escasa. Como apreció Lidsky, la represión no era un buen tema para la narración o la poesía. Las principales obras fueron: *Lettres à un absent* (1871) y *Contes du lundi* (1873), de Alphonse Daudet; *Le chien perdu et la femme fusillée* (1872), de Arsène Houssaye; *La Commune en l'an 2073* (1874), de René de Maricourt; *Le mur* (1892), de Maurice Montégut, y *Les oiseaux s'envolent et les fleurs tombent* (1893), de Élémir Bourges. En ellas aparecen jóvenes soñadores, engañados

por las nuevas ideas; granujas que reúnen en su persona todos los vicios; mujeres histéricas, crueles y rencorosas; y obreros agitadores, holgazanes y perversos. Frente a ellos, se alza la figura del soldado versallés, normalmente de origen campesino y compendio de virtudes que, como la nobleza, la abnegación y el equilibrio, se identifican con su procedencia rural. Los temas de esta literatura proceden de relatos e informaciones periodísticas y sitúan el origen de la depravación de los hombres y mujeres de la Comuna en la difusión de la cultura. Defienden la familia y el trabajo como base del orden moral, en la convicción de que la Comuna se oponía a estos valores. Ello se refleja muy bien en *La Commune en l'an 2073*. Su protagonista sueña estar en el año 2073, en una sociedad donde la Comuna ha triunfado y la originalidad de los individuos ha desaparecido. Es una sociedad sin sentimientos. Todo es colectivo y el matrimonio y la familia se han eliminado.

Émile Zola, autor de la colección de poemas *L'Année terrible* (1872), escribió *Jacques Damour* (1884), la historia de un obrero parisino cuya vida se ve afectada por su participación en la Comuna; *Germinal* (1885), donde se inspiró en la Comuna para narrar las luchas obreras en la Francia del Segundo Imperio, y *La Débâcle* (1892), cuyo argumento se sitúa en el contexto de la derrota frente a los prusianos y la Comuna. El autor del alegato *dreyfusard* "J'Accuse" (*L'Aurore*, 1898) fue muy crítico con la Comuna. Aunque sus obras introdujeron a los obreros en la literatura y fueron un duro alegato contra las miserables condiciones en las que vivían, ello no fue óbice para que condenara a la Comuna, que no habría dado origen sino al desorden y a los excesos. Opositor al régimen imperial y republicano, en sus artículos en *Le Sémaphore de Marseille*, Zola se refirió a la Comuna con términos como bestialidad y pesadilla; y en *La Débâcle*, atribuyó el estallido de la insurrección a crisis nerviosas que sacaban a la luz lo peor del ser humano. Sus protagonistas, Jean Macquart y

Maurice Levasseur, habían luchado contra el invasor prusiano y defendían la paz, pero tenían diferentes visiones de cómo afrontar el futuro. Jean era partidario del orden y Maurice de una revolución que pusiera fin a las injusticias. Ambos participan, en bandos opuestos, en los combates de la Semana Sangrienta. Jean da muerte a un *communard*, que resulta ser su amigo Maurice. Partidario del orden, Zola deja en manos de Jean la tarea de reconstruir Francia.

El de Zola no fue el único caso de republicano convencido que, pese a contar con una reconocida trayectoria en defensa de las libertades, fue crítico con la Comuna. George Sand, veterana socialista de 1848, se opuso contundentemente a la insurrección por considerar que ponía en peligro la consolidación de la República. También condena la Comuna el por entonces joven Anatole France. El futuro premio Nobel de Literatura escribió en *Les Désirs de Jean Servien* (1882) estas líneas de ficción sobre la actuación de los partidarios de la Comuna:

> Ella se arrojó sobre Jean Servien, le escupió en el rostro, de sus gestos y de su voz salieron obscenidades frenéticas y le puso el cañón del revólver sobre la cabeza [...] El arma se disparó. Jean batió el aire con sus brazos y cayó con la cara hacia delante. Los hombres terminaron con él a golpes de bayoneta, después la mujer danzó sobre el cadáver lanzando gritos de alegría[31].

Las novelas de Victor Hugo reflejaron la sociedad de su época y, aunque no se opuso al sistema y consideró lícito el enriquecimiento siempre que repercutiera en la sociedad, condenó la desigualdad social y la miseria, pronunciándose a favor de los más desfavorecidos. *Les Misérables* fue un alegato contra las injusticias sociales. Jean Valjean, su protagonista, amasa una gran fortuna con su industria, pero este dinero revierte sobre la sociedad. Su hija adoptiva y protagonista femenina, Cosette, es una víctima de la injusticia social,

indefensa hasta que la salva su benefactor. Esta preocupación por los más desfavorecidos explica que, aunque se opusiera a los excesos de la Comuna, mostrara su desaprobación por una represión a todas luces desmedida. En su poema *Est-il jour? Est-il nuit? Horreur crépusculaire!* lamentaba: "Los bandidos han matado 64 rehenes. Se ha replicado matando 6.000 prisioneros". Este poema se publicó en *L'Année terrible*, donde Victor Hugo reflejó los difíciles momentos que atravesaba Francia. Sus temas fundamentales fueron las penalidades sufridas durante el asedio, la derrota, la crueldad de la represión y el fervor republicano y patriótico[32].

Entre los autores partidarios de la Comuna, Paul Verlaine es conocido por la calidad de su poesía y por transgredir los comportamientos sociales. Fue un empleado público que se negó a seguir las órdenes de Thiers de trasladarse a Versalles y que tuvo que refugiarse en el campo tras haber colaborado con la Comuna. En su poesía expresó su aprecio por Louise Michel —*Ballade en honneur de Louise Michel* (1888)— y por el también poeta y guardia nacional Louis-Xavier de Ricard —*Les vaincus* (1872)—. Otro de los grandes de la literatura francesa, Arthur Rimbaud, se entusiasmó con la insurrección. Se informó de lo que sucedía en París por la prensa y parece ser que visitó la ciudad para conocer de primera mano lo que allí acontecía, si bien no está comprobado que participase en la Comuna. Escribió *Chant de guerre parisien* (1871), poema crítico con la represión de Versalles; *L'Orgie parisiense ou Paris se repeuple* (1871), una sátira sobre la restauración del orden; y *Les Mains de Jeanne-Marie* (1872), un homenaje a las vilipendiadas mujeres de la Comuna[33]. Una de las más conocidas fue Louise Michel, cuya obra poética está recogida en *A travers la vie et la mort: oeuvre poétique*. Ella misma fue protagonista de la poesía de Victor Hugo (*Viro Major*, 1871)[34]. También contamos con *L'Insurgé* (1886), de Jules Vallès, obra que tiene mucho de autobiográfica y donde se narran las acciones de un héroe anónimo de la Comuna y se reflexiona

sobre su pensamiento. Rehabilitadoras de la Comuna fueron igualmente *INRI* (1887), del novelista Léon Cladel, y *Philémon, vieux de la vieille* (1913), del libertario Lucien Descaves.

Frente a las escasas obras de teatro *anticommunarde* como *Rabagas* (1872), una comedia en la que Victorien Sardou se mofa del espíritu revolucionario, el teatro político constituyó una de las vías de representación y legitimación de la Comuna. Surgió tempranamente con: *La Commune de Paris* (1872), de Jules Vallès; las obras de prolíficos dramaturgos como Georges Darien (*L'Ami de l'ordre*, 1898) y Lucien Descaves que, junto a Fernand Nozière, escribió *La Saignée* (1913); y el drama de Ary Ludger *La Commune*, escrito para el Théâtre de la Villette, pero que, rechazado por su contenido, quedó en el olvido hasta que fue recuperado en 1908 al ser transcrito en una panfleto político. En las décadas centrales del siglo XX aparecieron nuevas obras de teatro. El poeta y dramaturgo alemán Bertolt Brecht escribió *Les jours de la Commune* (1949) y Arthur Adamov *La Commune ici et maintenant. Le Printemps 71* (1960). Con motivo del centenario de la Comuna, surgió una notable producción entre la que destacó la labor del editor Pierre Jean Oswald, quien publicó *Commune de Paris* (1971), de André Benedetto; *Place Thiers* (1971), de Yvon Birster; *Lycée Thiers, maternelle Jules Ferry* (1973), de Xavier Pommeret, y *Le Printemps de la Sociale* (1974), de André Fontaine. Nuevas representaciones teatrales como *Barricade* (1999) de Jolie Môme reivindicaron la Comuna, pero será con motivo de una nueva celebración, la del 140 aniversario, cuando vuelva a florecer este género con *Morte ou vive?... Vive la Commune!* (2007), representada por la compañía Même si; *L'Affaire d'un printemps* (2010), de Hervé Masnyou y Martial Bléger, y *Notre Commune* (2012), de Lorialets.

Pinturas, dibujos, caricaturas, litografías, grabados y numerosas fotografías evocaron el tema de la Comuna, colaborando en la conformación de su memoria. Muchas de estas obras fueron anónimas, pero detrás de la mayor parte estuvo

la mano de alguno de los principales artistas de la época. La pintura y la litografía reforzaron la leyenda negra de la Comuna. Sus temas fueron la ejecución de los rehenes, los incendios y las *pétroleuses*. En *Monseigneur Darboy dans sa prison* (1871), Jean-Baptiste Carpeaux representó preso al obispo. Pintó también una *Apothéose de Monseigneur Darboy* (1871), donde las alegorías de Francia y de la Iglesia portaban el cuerpo del arzobispo[35]. Se pintaron las ruinas causadas por los incendios, en especial las de los edificios más emblemáticos como el Palacio de las Tullerías, tal y como aparece en *L'incendie des Tuileries* (1871) de Georges Clairin, obra que ofreció una imagen del caos y de la destrucción que había provocado la Comuna[36]. En *Les ruines du Palais des Tuileries* (1871) de Ernest Meissonier, junto a las ruinas del palacio surge un cielo azul que ilumina más allá de las ruinas y representa al futuro[37]. En 1880, Siebe Johannes Ten Cate volvió a retomar el tema en *Le Palais des Tuileries après l'incendie de 1871, vu depuis le jardin du Carrousel*; y *Le palais des Tuileries après l'incendie de 1871, vu depuis le grand bassin du jardin*[38]. Respecto al mito de las *pétroleuses*, este se difundió por medio de litografías. En la *Arrestation des incendiares* (1871), Charles Vernier dibujó un grupo de detenidos entre los que sobresalía la presencia femenina; y, en *Les Séides de la Commune, les pétroleuses et les enfants perdus* (1871), Frédéric Théodore Lix esbozó a varias mujeres de apariencia violenta provistas de una botella de petróleo y listas para provocar un incendio[39].

Sin duda, la derrota ante los prusianos y la guerra civil influyó sobre el modo de entender el arte. En torno a Manet se constituyó un grupo de artistas —Monet, Pisarro, Sisley, Morisot, Degas y Renoir— que cambiaron el modo de reproducir la realidad, primando el instante y la luz. Alejados del impresionismo, surgió también el simbolismo, representado por Gustave Doré y Gustave Moreau, y caracterizado por la subjetividad y la emotividad. Sin embargo, Bertrand Tillier considera que, dado el breve espacio que duró la Comuna, el

contexto bélico en el que esta se desarrolló y la posterior represión, no surgió un proyecto artístico sólido alrededor del tema de la Comuna. Las obras artísticas sobre la insurrección no fueron muy habituales hasta después de la amnistía. La censura prohibió la venta de dibujos y fotografías sobre la insurrección. A ello se sumó que muchos artistas estaban presos o habían partido al exilio. Otros colaboraron en la republicanización de Francia, como Dalou, autor del conjunto escultórico *Le Triomphe de la République* (1899), que conmemoró la República[40]. En ocasiones, se dibujaron alegorías que dejaron implícita su referencia a la Comuna sin abordar el tema directamente. Fue el caso de las naturalezas muertas. En *La truite* (Coubert, 1873) identificó el dramatismo de la trucha capturada y agonizante con la propia situación del artista tras la derrota[41].

Entre quienes mostraron su simpatía por la Comuna o, cuando menos, su condena de la represión encontramos a pintores como Manet, Darjou, Coubert, Pichio y Girardet. El primero de ellos, sobrecogido por la crueldad de la represión, realizó dos litografías que abordaron la temática de los fusilamientos: *La Barricade* (1871), donde siguió el modelo de *L'Exécution de l'empereur Maximilien* (1867); y *Guerre Civile* (1874)[42]. *Éxécution des derniers communards au cimetière du Père-Lachaise, 28 mai 1871* (1871-1874) de Alfred Henri Darjou es sin duda una de las principales representaciones de los fusilamientos, mientras que Coubert pintó el infortunio de los encarcelados en *Les Fédérés aux Grandes Ecuries de Versailles* (1871)[43]. Destacó también la labor de otro antiguo miembro de la Fédération des artistes, Ernest Pichio. Combatiente en las barricadas, Pichio pintó en 1877, durante su exilio en Ginebra, dos cuadros que consolidaron el culto al Muro. En *Le Triomphe de l'ordre*, también llamado *Le Mur des Fédérés*, ofreció una visión lírica de los fusilamientos en el cementerio de Père-Lachaise; y, en *La Veuve du fusillé*, rindió homenaje a los mártires de la Comuna a través de la

figura de una viuda acompañada de sus dos hijos que, al pie del Muro, lee la inscripción: "Mayo 1871. A los mártires sin nombre muertos por la libertad"[44]. Jules Girardet dedicó una especial atención a Louise Michel. En uno de sus cuadros más conocidos, *Louise Michel à Satory* (1871-1880), aparece la heroína de la Comuna arengando a un grupo de hombres y mujeres que comparten con ella el infortunio de la prisión[45].

En el Salon des Artistes Français de 1881, Manet presentó *L'Evasion d'Henri Rochefort*, obra que representaba la fuga de Rochefort junto a un grupo de penados de Nueva Caledonia[46]. Cinco años antes, este mismo Salon había rechazado el cuadro *Épisode de la Commune, rue des Rosiers à Montmartre* (1875), de Auguste Lepère[47]. En él se mostraba a un grupo de hombres, mujeres y niños a la espera de ser fusilados por soldados de Versalles. El jurado arguyó criterios artísticos, pero fue la censura la que impidió que esta pintura fuera expuesta. Diez años más tarde, el cuadro de Louise-Maurice Boutet de Monvel, *Apothéose ou le triomphe de la canaille* (1884), fue también rechazado para ser expuesto en el Salon[48]. Se argumentaba que se querían evitar altercados. La pintura, finalmente expuesta en los locales de *Le Figaro*, mostraba una barricada durante la Comuna, cuya composición triangular estaba coronada por Robert Macaire, personaje que simbolizaba al extorsionador, al ladrón sin escrúpulos que especula y roba. Pero no se trataba solo de un ataque a la Comuna al mostrar a los *communards* como chusma, sino que esta obra contenía también una crítica a la República, en cuanto que el rojo de las banderas de los insurrectos se conjugaba con el blanco y azul para mostrar la tricolor republicana. *Communards* y republicanos aparecían así como una multitud anárquica y peligrosa.

La siguiente generación tuvo menos problemas para representar el tema de la Comuna. André Devambez pintó dos cuadros sobre los guardias nacionales a partir de diferentes testimonios y de los recuerdos de su padre, el editor y

grabador Édouard Devambez. En *La barricade* o *L'Attente* (1901) mostró a los guardias esperando el momento de entrar en combate y en *L'Appel* (1907) aparecían en formación[49]. Ambas obras se exhibieron en el Salon des Artistes Français de 1907 y 1911, donde levantaron numerosas críticas, causadas más por cuestiones políticas que artistas. En estos mismos años, Maximilien Luce, pintor anarquista que en su infancia había sido testigo de la represión de la Comuna, pintó a las víctimas en *Un rue de Paris en mai 1871* (1903-1905) y en *La mort de Eugène Varlin* (1910), donde utilizó la técnica puntillista que desarrollarán Seurat y Signac, quien desde el anarquismo reclamó la herencia de la Comuna[50].

Las caricaturas y, mucho más recientemente, los cómics favorecieron la difusión de la Comuna. Basadas en acontecimientos reales, las caricaturas redujeron el dramatismo de los acontecimientos. La serie del dibujante Charles Albert d'Arnoux, conocido por el pseudónimo de Bertall, publicadas en *Les Communeux 1871: Types-Caractères-Costumes* (1871) mostró la imaginería *anticommunarde*. El dibujante y caricaturista Albert Robida, alistado en la Guardia Nacional, reunió en *Album du siège et de la Commune. Paris, 1870-1871* (1870-1871) sus dibujos sobre ambos asedios; y, en *Pintures en tous genres* (1873), L. A. Stick publicó una caricatura que hacía referencia a la responsabilidad, atribuida a Coubert, en el derribo de la Columna Vendôme. En Londres, Georges Politell publicó *Avant, pendant et après la Commune* (1879), un álbum de caricaturas políticas. Respecto a la adaptación de la Comuna al cómic, se trata de un proceso reciente y militante. Las series más importantes publicadas han sido: *Le Sang de la Commune* (Charras y Montellier, 1982); *L'exécution* (Dethorey, 1996); *Voleurs d'empire* (escrita por Jean Dufaux y dibujada por Martin Jamar, 1993-2002); *Le Cri du peuple* (2001-2004), adaptación por Jacques Tardi de una novela homónima de Jean Vautrin (1999); y la trilogía *Le Journal de la Commune*, *L'enterrement de Jules Vallès* y *La*

Semaine sanglante de la Commune de Paris (Eloi Valat, 2007, 2009 y 2013).

La canción ha contribuido también a la construcción de la memoria *communarde* con numerosas composiciones populares. Entre ellas, dos han pervivido hasta el presente como grandes himnos de la izquierda. *Le Temps des Cerises* (1866), con letra del poeta y miembro del Consejo de la Comuna Jean-Baptiste Clément y música de Antoine Renard (1868), era en un principio una canción romántica. Su letra evocaba el amor, pero también se podía entender que hacía referencia a la melancolía por una revolución fracasada. Como la Comuna, los cerezos florecían en primavera y de sus frutos caían *gouttes de sang*, que muy bien podían representar el sacrificio de los parisinos en las barricadas. *Le Temps des Cerises* se convirtió en símbolo de la Comuna y terminó por ser una de las canciones más conocidas de la izquierda francesa. La segunda alcanzó aún mayor popularidad. Se trata de *L'Internationale*, que tuvo su origen en un poema de Eugène Pottier. Internacionalista y miembro del Consejo de la Comuna, Pottier escribió este poema en el exilio en junio de 1871 y formaba parte de su obra *Chants révolutionnaires* (1887). Pierre Degeyter le puso música en 1888, convirtiéndose en el himno del movimiento obrero internacional[51].

Utilizada por la propaganda del Segundo Imperio en las campañas de Crimea y México, la fotografía fue decisiva en la configuración de la imagen que se forjó de la Comuna. Fue el primer acontecimiento histórico en contar con una amplia cobertura fotográfica, que difundió la visión de una ciudad en ruinas, tal y como podemos apreciar en los trabajos de Hippolyte Blancard o Pierre Petit. Se estima que cerca de dos tercios de las fotografías recogieron escenas de desolación, sobre todo a través de imágenes de edificios destruidos. El objetivo era, a través de trabajos como los de Alphonse Lièbert, *Les ruines de Paris et ses environs* (1870-1871), condenar la insurrección a partir de la representación fotográfica

de sus consecuencias. Los poderes públicos acudieron también a la fotografía con fines administrativos y de identificación policial y judicial. Se fotografió en las prisiones a los *communards* arrestados y se enviaron a las fronteras los clichés de los insurrectos en fuga.

Los fotógrafos bajaron a pie de calle para plasmar lo que allí sucedía. Ofrecieron una visión estática, pero real, que la alejaba del dramatismo que ofrecía la pintura. Bruno Braquehais, simpatizante de la Comuna, mostró un especial interés por los insurgentes. Los fotografió en grupo y defendiendo las barricadas. Sus escenarios preferidos fueron el Hôtel de Ville y la plaza Vendôme, donde dejó testimonio del derribo de la columna imperial. Fue una excepción, ya que la mayor parte de los fotógrafos estuvieron al servicio de Versalles. La fotografía se convirtió en una herramienta fundamental en el propósito gubernamental de difundir una visión criminal de los *communards*, como provocadores de los incendios y asesinos de rehenes. En octubre de 1871, Jules Andrieu recogió la influencia del grabado —*Les Grandes Misères de la guerre* (1633) de Jacques Callot, y *Los desastres de la Guerra* (1810-1815) de Francisco de Goya— y presentó una serie de imágenes con el título genérico de *Les Désastres de la guerre et de la Commune*[52]. También aparecieron los primeros fotomontajes. Eugène Appert, fotógrafo que trabajaba para las autoridades, fue encargado de perpetuar el recuerdo de los crímenes de la Comuna. Con este fin realizó dos fotomontajes que formaron parte de su serie *Les Crimes de la Commune*. En *Assassinat des otages dans la prison de la Roquette* (1871), trucó la ejecución ante un pelotón de federados de tres jesuitas, el abad Gaspard Deguerry, el presidente de la corte de apelaciones Louis-Bernard y el arzobispo de París Georges Darboy. En su segundo fotomontaje, *Exécution de Rossel, Bourgeois, Ferré, dans la plaine de Satory à Versailles* (1871), reprodujo el fusilamiento de estos líderes de la Comuna, acusados de ser los responsables de la muerte de

los anteriores rehenes[53]. El mismo objetivo persiguieron las fotografías de la serie *Les Martyrs de la Grande-Roquette*, de Hippolyte Vauvray. También recurrió a la simulación Gaudenzio Marconi, quien utilizó figurantes para sustituir a las víctimas reales de los combates. Otro ejemplo de fotografía propagandística fue el fotomontaje *Le Sabbat Rouge* (1871), de Jules Raudnitz, quien presentó 12 vistas estereoscópicas. Estas imágenes mostraron a los *communards* como bandidos y delincuentes. En ellas aparecían momentos cruciales del conflicto, donde los revolucionarios realizaban gestos grotescos y violentos. Para potenciar esta intención, Raudnitz añadió a las imágenes títulos como *Les infernaux de la Bastille.*

La Comuna entró en el séptimo arte de la mano del cine soviético, aunque ya se había realizado en Francia el cortometraje *La Commune* (Armand Guerra, 1914). En los filmes soviéticos *Héros et martyrs de la Commune* (F. Loupatine, 1921), *La Nouvelle Babylone* (Leonid Trauberg y Grigori Kozintsev, 1929), *La Pipe du communard* (Constantin Mardjanov, 1929) y *Les Aubes de Paris* (Grigori Rochal, 1936) se representó una visión idealizada de la Comuna, interpretada como resultado de la lucha de clases. En las décadas siguientes, se produjeron diversos largometrajes. Pocos, en realidad, lo cual permite afirmar que la Comuna ha sido una de las grandes ausentes del cine francés e internacional. Estos largometrajes fueron: *Le Destin de Rossel* (Jean Prat, 1966); *La Semaine sanglante* (Joël Farges, 1976); *La Barricade du point du jour* (René Pichon, 1977); *Louis Rossel et la Commune de Paris* (Serge Moatti, 1977); *Sur les traces de Maxime Lisbonne le D'Artagnan de la Commune* (C. Cerf y J. Margueritte, 1983); *1871* (Ken McMullen, 1990); *Une journée au Luxembourg* (Jean Baronnet, 1993) y *La Commune. Paris, 1871* (Peter Watkins, 2000). Esta última obra posee un carácter innovador. Relata la labor de unos supuestos equipos de televisión que visitan distintos lugares —barricadas, ayuntamientos de barrio y clubs— donde entrevistan a la población. Sus actores no son

profesionales y, tras haber sido asesorados por historiadores, improvisan sus conversaciones y ofrecen sus propias opiniones[54]. La temática de la Comuna cuenta principalmente con numerosos documentales en los que se combinan fotografías, recreación de escenas y entrevistas a historiadores: *La Commune de Paris* (Robert Ménégoz, 1951); *A l'Assaut du ciel* (Jean Péré, 1962); *Paris au temps des cerises* (Jacques Darribehaude y Jean Desvilles, 1965); *La IIIme République, les premières années* (Daniel Lander, 1970); *Un solo funèbre* (Jacques Cogniaux, 1971); *Le temps des cerises. La Commune et les livres* (Robert Lombaerts, 1971); *Le Voile écarlate de Paris* (Marlen Khoutsiev, 1971); *28 mai 1871, l'ordre règne à Paris* (Michelles Pamart, 1971); *La Commune de 1871* (Cécile Clairval y Olivier Ricard, 1971); *Mémoire Commune* (Patrick Pôidevin, 1971); *La Commune. Louise Michel et nous* (Michèle Gard, 1972); *La semaine sanglante* (Jean-Pierre Gallo, 1976); *Si on avait su* (Stanislas Choko, 1976); *L'Année terrible* (Claude Santelli, 1984); *Les Communards* (Léon Rabinowicz, s. d.); *L'oeuvre législative de la Commune* (Claude Tertrais, 1986); *La Commune de Paris 1871* (Medhi Lallaoui, 2004) y *La commune de 1871* (Olivier Richard, 2009).

En la construcción de la memoria están también muy presentes los usos públicos de la historia. Los poderes públicos utilizan el pasado para legitimar el presente. Para ello tienen diferentes instrumentos. Los manuales escolares y las disposiciones memoriales emanadas de su poder legislativo son dos de las más importantes. Los primeros, que inciden decisivamente en la formación de los futuros ciudadanos, no han mostrado mucho interés por la Comuna. Hasta comienzos del siglo XX, los alumnos franceses estudiaban la Tercera República como fruto de la labor de Thiers, un hombre de Estado que habría salvado a Francia. Las explicaciones sobre la insurrección quedaban reducidas a la mínima expresión. Había sido un obstáculo para la paz y su represión se interpretaba como algo terrible, pero necesario para restaurar el

orden. Se ocultó todo lo que en ella había de positivo y se destacaron las informaciones que la podían difamar, acompañadas de imágenes que mostraban la destrucción originada por el conflicto. La Comuna había derribado la columna Vendôme, ejecutado rehenes e incendiado París. No se contextualizaron estas acciones ni se aludió a la responsabilidad de Versalles ni se analizaron los proyectos de la Comuna. Esta visión se fue modificando en las décadas centrales de la centuria, sobre todo, a partir de los años sesenta. Los manuales dieron cabida a las propuestas de la Comuna, se interesaron por su composición social e introdujeron con asiduidad las imágenes de los fusilamientos sumarios de *communards*. No obstante, la Comuna siguió contando con una dedicación insuficiente en la educación secundaria, limitación que estaba en relación con la forma de estudiar el siglo XIX. El periodo que abarcaba entre la caída de Napoleón y la consolidación de la Tercera República era abordado en su conjunto y ello no ayudaba a la comprensión de la Comuna, que precisa de un conocimiento detallado de los procesos revolucionarios previos y del Segundo Imperio.

El ejecutivo y las fuerzas políticas parlamentarias también han contribuido a la construcción de la memoria de la Comuna. En mayo de 1981, Pierre Mauroy, primer ministro socialista, se presentó ante el emblemático Muro de los Federados. Era la primera vez que un jefe de Gobierno rendía homenaje a la Comuna, pero el gesto pasó desapercibido y quedó eclipsado por la fuerza de otras memorias. Fue en la primavera de 2013 cuando de la izquierda francesa surgieron varias iniciativas para rehabilitar la Comuna. La primera de ellas partió del propio ejecutivo. El 9 de marzo, con ocasión de la celebración del día de la mujer trabajadora, Najat Vallaud-Belkacem, ministra de los Derechos de las mujeres y portavoz gubernamental, mencionó la posibilidad de llevar a Louise Michel al Panteón. Se trata de una propuesta inserta en el propósito del presidente Hollande de aumentar la

presencia femenina entre los grandes de la República. Posteriormente, se presentaron dos iniciativas parlamentarias, una procedente de diputados socialistas y otra de senadores comunistas. El 18 de marzo se publicó en *Libération* "La commune n'est pas morte". En este artículo, dos diputados socialistas de París, Fanélie Carrey-Conte y Patrick Bloche, anunciaron el depósito de una resolución memorial para rehabilitar a la Comuna el 8 de abril. La propuesta de resolución número 907, firmada por más de un centenar de diputados socialistas con el apoyo de su grupo parlamentario, proponía hacer justicia a las víctimas de la represión de la Comuna[55]. Unas semanas más tarde, el 25 de abril, 20 senadores comunistas depositaron una resolución en el Senado con el mismo objetivo. Conocedores de las polémicas sobre las leyes memoriales en Francia, los firmantes de ambas proposiciones no propusieron una ley, sino una resolución memorial, esto es, sin valor restrictivo. Sin embargo, estas resoluciones plantean problemas similares a los surgidos con las leyes memoriales, en especial, el hecho de que sea el poder legislativo quien dictamine sobre el pasado y no los historiadores[56].

Las dos iniciativas desean rehabilitar la Comuna, pero surge el debate sobre qué Comuna pretenden reivindicar. La resolución socialista se refiere a los *communards* entendidos como víctimas, no como actores políticos. Olvida las razones por las que combatieron. Se aproxima a las leyes memoriales que, insistiendo en el balance de un crimen, quieren repararlo simbólicamente por un *devoir de mémoire*. Excluye referencias a los programas escolares, tal vez recordando las polémicas que provocó la ley sobre la presencia francesa en Ultramar (2005), y demanda que sean mejor conocidos y difundidos los valores republicanos de la Comuna con la materialización de los lugares de memoria en el espacio público. Evoca los valores republicanos de los *communards*. La Comuna estaba en el origen de la República. Abogó por la

libertad, la igualdad y la fraternidad, el derecho al trabajo digno, la escuela pública y laica, el acceso a la justicia, la libertad de prensa, la separación entre la Iglesia y el Estado, la promoción del arte y de la cultura, el derecho a voto de los extranjeros en las elecciones locales, la participación de los trabajadores en las decisiones de las empresas y la requisa de las viviendas vacías para destinarlas a quienes no disponían de ellas. La resolución de los senadores comunistas defiende también estos derechos, pero se distingue por proponer una jornada nacional que conmemore la Comuna y por añadir a los principios anteriores una democracia en la que el pueblo no abdique de su soberanía.

Son varias las observaciones que se hacen a estas propuestas. En primer lugar, la Comuna, pese a las afirmaciones de socialistas y comunistas, no estableció la igualdad entre hombres y mujeres. Además, no se profundiza en su compleja historia. Hubo republicanos en ambos bandos y, en los inicios de la Tercera República, la memoria de la Comuna fue objeto de tensiones políticas. La manifestación hasta el Muro de los Federados no se le ofreció a los herederos de la Comuna, sino que fueron ellos quienes tuvieron que luchar para institucionalizarla y, en ocasiones, manteniendo un pulso con las autoridades. Pero la principal crítica a estas dos resoluciones, sobre todo a la socialista, se basa en que la modernidad de la Comuna no reside en una lista de reformas republicanas, sino en una cuestión fundamental en democracia: la representación de la soberanía popular. Para los hombres y mujeres de la Comuna, la soberanía no se delegaba, sino que se ejercía directamente. Los representantes debían ser controlados por los ciudadanos, quienes participarían en el ejercicio cotidiano del poder. La revolución comunal de 1871 se cuestionó la representación parlamentaria, y ello lo ignora la propuesta de resolución socialista y solo lo recuerda tímidamente la comunista cuando se indica que en la Comuna el pueblo no abdicó de su soberanía. Hay

que concretar qué idea de la Comuna se pretende rehabilitar. ¿La de una Comuna republicana antecedente de la actual República sin más precisiones, o bien la de una Comuna que abogó por una democracia directa, con representantes responsables y revocables?

NOTAS

1. Ernest Renan: *La réforme intellectuelle et morale de la France*, París, Michel-Levy freres, 1871; y *Qu'est-ce qu'une nation?*" (1882), publicado en *Discours et conférences*, París, C. Lévy, 1887. Hippolyte Taine, *Les origines de la France contemporaine*, París, Hachette, 1876-1893.
2. Frédéric Fort, *Paris brûlé*, París, Lachaud, 1871.
3. Las opiniones de los autores *anticommunards* están recogidas en Paul Lidsky (1970).
4. Otros testimonios sobre la Comuna: Larocque (1888), Lavrov (1919) y Maury (1999).
5. Entre las recopilaciones de los textos de los fundadores del marxismo sobre la Comuna: Roger Dangeville (pres.), *Marx, Engels et la Commune*, París, Union Générale d'Éditions, 1971. Karl Marx, Jenny Marx y Friedrich Engels, *Lettres à Kugelmann*, Gilbert Badia (ed.), París, Éditions Sociales, 1971. Karl Marx, Karl y Friedrich Engels, *La commune de 1871. Lettres et déclarations pour la plupart inédites (1866-1894)*, París, Union générale d'Éditions, 1971. Karl Marx y Friedrich Engels, *Inventer l'inconnu. Textes et correspondence autour de la Commune*, París, La Fabrique, 2008. Karl Marx, Friedrich Engels y Vladimir Illich Lenin: *Sur la Commune de Paris*, Moscú, Éditions du Progrès, 1971; y *La Comuna de París*, Madrid, AKAL, 2010.
6. http://www.commune1871.org
7. *La Commune* (Dommanget, 1971a) reúne sus principales trabajos sobre esta temática; *Auguste Blanqui au début de la IIIe République* (1971a); y *Eugène Pottier, membre de la Commune et chantre de l'Internationale* (1971b).
8. "Epílogo. El espíritu versallés en mayo de 1968" (Lidsky, 1970).
9. Sobre la producción historiográfica de este periodo: Gaillard (1973 : 838-852) y Rougerie (1971b: 409-422).
10. *Colloque universitaire pour la commémoration du centenaire de la commune de 1871. Paris, les 21-22-23 mai 1971*, *Le Mouvement Social*, 79 (abril-junio, 1972).
11. Entre la bibliografía posterior: Vignaud (2005, 2003); César (2008); Olivesi (2004); y Drogoz y Leidet (2013).
12. Gran número de los trabajos de Jacques Rougerie [disponible en http://www.commune-rougerie.fr/index.cfm].
13. Leroy (2003); Moens (2004); Godineau (2010).
14. Bidouze (2007); Direction des Archives de France (2007).
15. Noël (1971); Dittmar (2004).
16. Schulkind (1985); Jones y Vergès (1991); Gullickson (1991, 1996); Shafer (1993); Johnson (1994); Dittmar (2003); Eichner (2004); Rey, Gayat y Pepino (2013).
17. Sylvie Aprile, Quentin Dupuis y Jacques Rougerie (coord.), *Migrance. La Commune et les étrangers*, 35 (3e trimestre 2010). Thomas André, "Les enfants perdus de la Commune", *Cultures & Conflits*, 18 (été, 1995). Gérald Dittmar, *Les francs-maçons et la Commune de 1871*, París, Dittmar, 2003.

18. Jean-Paul Martineaud, *La Commune de Paris, l'Assistance publique et les hôpitaux en 1871*, París, L'Harmattan, 2004.
19. Éric Cavaterra, *La Banque de France et la Commune de Paris (1871)*, París, L'Harmattan, 1998.
20. A partir del trabajo pionero de Louis Girard, *La Garde Nationale, 1814-1871*, París, Plon, 1964, podemos citar: Dale Lothrop Clifford, *Aux armes citoyes. The National Guard in the Paris Commune of 1871*, Knoxville, University of Tennessee, 1975; Georges Carrot, *La Garde Nationale: 1789-1871. Une force publique ambiguë*, París, L'Harmattan, 2001; y Rémy Valat y Pierre Henri Zaidman, "La Garde nationale fédérée de Paris: une force républicaine, démocratique et révolutionnaire (2 septembre 1870-18 mars 1871)", *Gavroche. Revue d'histoire populaire*, 153, año 27 (enero-marzo, 2008), pp. 14-25.
21. Madeleine Rebérioux, "Le Mur des Fédérés: Rouge, sang craché", en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. 1: *La République*, París, Gallimard, 1984, pp. 619-649. Danielle Tartakowsky: *Nous irons chanter sur vos tombes. Le Père-Lachaise, XIX^e-XX^e siècles*, París, Aubier, 1999; y *Manifester à Paris*. 1880-2010, Seyssel, Champ Vallon, 2010.
22. Marcel Cerf, "La barricade de 1871", en Alain Corbin y Jean-Marie Mayeur (dir.), *La Barricade*, París, Publications de la Sorbonne, 1997, pp. 323-335. Danielle Tartakowsky, "Barricade", en Olivier Fillieule, Lilian Mathieu y Cécile Péchu (dir.), *Dictionnaire des mouvements sociaux*, París, Presses de Sciences Po, 2009, pp. 74-79. Eric Hazan, *La barricade. Histoire d'un objet révolutionnaire*, París, Autrement, 2013.
23. Michel Carmona, *Haussmann*, París, Fayard, 2000. Nicolas Chaudun, *Haussmann au crible*, París, Syrtes, 2000. Georges Valance, *Haussmann le grand*, París, Flammarion, 2000. Georges Eugène Haussmann, *Mémoires. 3 vols.*, París, Victor-Havard éditeur, 1890-1893, vol. II, p. 535. Françoise Choay (ed.), *Mémoires*, París, Seuil, 2000.
24. Quentin Bajac (dir.), *La Commune photographiée*, París, Réunion des musées nationaux, 2000. Michael Löwy (ed.), *Révolutions-photographies*, París, Hazan, 2000. Gérald Dittmar, *Paris sous la Commune: par un témoin fidèle, la photographie*, París, Dittmar, 2002. Jean Baronnet (pres.), *Regard d'un Parisien sur la Commune. Photographies inédites de la Bibliothèque historique de la ville de Paris*, París, Gallimard/Paris bibliothèques, 2006. Patrice de Moncan, *Paris incendié pendant la Commune, 1871*, París, Éd. du Mécène, 2009. Jean Baronnet y Xavier Canonne (dir.), *Le Temps des cerises, la Commune de Paris en photographies*, Charleroi, Éditions Pandora/Musée de la Photographie, 2011. Eric Fournier: *Paris en ruines (1851-1882): entre flânerie et apocalypse. Regards, acteurs, pratiques*, París, Université Paris I, 2005; "Les photographies des ruines de Paris en 1871 ou les faux-semblants de l'image", *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, 32 (2006), pp. 137-151; y *Paris en ruines. Du Paris haussmannien au Paris communard*, París, Imago, 2008.
25. Laure Godineau, "Retour d'exil. Les anciens communards au début de la Troisième République", Lille, Atelier national de reproduction de thèses, 2001. Françis Sartorius y Jean-Luc de Paepe, *Les communards en exil*, Bruxelles, Sartorius, 1971. Sylvie Aprile, *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, Paris, CNRS, 2010. Jean Baronnet y Jean Chalou, *Communards en Nouvelle-Calédonie. Histoire de la déportation*, París, Mercure de France, 1987. Hélène Duparc, *De Paris à Nouméa. L'histoire des communards de la Commune de Paris déportés en Nouvelle-Calédonie*, Chevagny-sur-Guye, Orphie, 2003. Germaine Mailhé, *Déportations en Nouvelle-Calédonie des communards et des révoltés de la Grande Kabylie: 1872 à 1876*, París, L'Harmattan, 1995. Michel Pierre, *Le Dernier exil: histoire des bagnes et des forçats*, París, Gallimard, 1989. Louis-Jean Barbançon, *L'archipel des forçats*.

l'histoire du bagne de Nouvelle-Calédonie, Villeneuve d'Ascq, PUS, 2003. Isabelle Merle, *Expériences coloniales. La Nouvelle-Calédonie*, París, Belin, 1995. Jean T. Joughin, *The Paris Commune in French Politics, 1871-1880. The History of the Amnesty of 1880*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1955. Alain Dalotel, "Deux amnisties pour oublier la Commune", en Philippe Vigier (pres.), *Répression et prison politiques en France et en Europe au XIX^e siècle*, París, Société d'Histoire de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIX^e siècle, Créaphis, 1990, pp. 171-185. Stéphane Gacon, *L'amnistie. De la Commune à la guerre d'Algérie*, París, Seuil, 2002.

26. Sidonie Verhaeghe, "'Les victimes furent sans nom et sans nombre'. Louise Michel et la mémoire des morts de la Commune de Paris", *Mots. Les langages du politique*, 100 (2012), pp. 31-42. Robert Tombs y John Patrick Tuer Bury, *Thiers. A Political Life*, Londres, Allen and Unwin, 1986. Robert Tombs, *The war against Paris. 1871*, Cambridge, University Press, 1981 (trad. revisada y aumentada: *La guerre contre Paris, 1871*, París, Aubier, 1997; 2ª ed., 2009). Sobre estas reflexiones se ha insistido en trabajos como: Pierre Milza, *L'année terrible, tome 2, La Commune mars-juin 1871*, París, Perrin, 2009. Esta violencia inserta en la larga duración, en Jean-Claude Caron: *Les Feux de la discorde. Conflit et incendie dans la France du XIX^e siècle*, París, Hachette, 2006; *Frères de sang. La guerre civile en France au XIX^e siècle*, Seyssel, Champ Vallon, 2009; y, junto a Frédéric Chauvaud, Emmanuel Fureix y Jean-Noël Luc (dir.), *Entre violence et conciliation. La résolution des conflits sociopolitiques en Europe au XIX^e siècle*, Rennes, PUR, 2008.
27. Gilbert Larguier y Jérôme Quaretti (dir.), *La Commune de 1871: utopie ou modernité ? Actes du colloque de Perpignan des 28-30 mars 1996*, Perpignan, PUP, 2000.
28. Claude Latta (dir.), *La Commune de 1871. L'événement, les hommes et la mémoire. Actes du colloque organisé à Précieux et à Montbrison les 15 et 16 mars 2003*, Saint-Etienne, PUSE, 2004.
29. http://www.raspouteam.org/1871
30. François Loyer, "Le Sacré-Coeur de Montmartre: un haut lieu contesté", en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. 3: *Les France*, París, Gallimard, 1992, pp. 451-473. Esta obra estudia los "lugares de la memoria", entendidos como símbolos de la identidad nacional francesa.
31. Anatole France, *Les Désirs de Jean Servien*, París, Lemerre, 1882, pp. 247-248.
32. Victor Hugo, *L'année terrible*, París, M. Lévy Frères, 1872. Daniel Urrabieta Vierge, español afincado en París, conocido como Daniel Vierge y autor de diferentes dibujos sobre la Comuna, participó en la ilustración de esta obra.
33. Maurice Choury, *Les Poètes de la Commune*, París, Éditions Seghers, 1970 (trad.: Barcelona, Libros de la Frontera, 1975).
34. Su obra poética está recogida en Daniel Armogathe y Marion Piper, *A travers la vie et la mort: oeuvre poétique*, París, Maspero, 1982.
35. *Monseigneur Darboy dans sa prison* (Carpeaux, 1871) [disponible en http://www.musee-orsay.fr]. *Apothéose de Monseigneur Darboy* (Carpeaux, 1871): colección particular.
36. *L'incendie des Tuileries* (Clairin, 1871) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
37. *Les ruines du Palais des Tuileries* (Meissonier, 1871): Musée National du Château de Compiègne [disponible en http://www.histoire-image.org] (Ministère de la Culture).
38. Disponibles en http://www.louvre.fr
39. *Arrestation des incendiaires* (Vernier, 1871), Musée d'Art et d'Histoire de Saint-Denis [disponible en http://www.histoire-image.org]. *Les Séides de la Commune, les pétroleuses et les enfants perdus* (Lix, 1871), Musée d'Art et d'Histoire de Saint-Denis [disponible en http://www.histoire-image.org].

40. *Le Triomphe de la République* (Dalou, 1899) [disponible en http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d4/Le_triomphe_de_la_R%C3%A9publique%2C_Place_de_la_Nation_Paris_Aim%C3%A9_Jules_Dalou.JPG].
41. *La truite* (Coubert, 1873) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
42. *La Barricade* (Manet, 1871) [disponible en http://www.inha.fr]. *Guerre Civile* (Manet, 1874) [disponible en http://expositions.bnf.fr/zola/grand/zo87.htm].
43. *Exécution des derniers communards au cimetière du Père-Lachaise, 28 mai 1871* (Darjou, 1871-1874), Musée Carnavalet [disponible en: http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/1/17/Darjou_-_P%C3%A8re_Lachaise_-_Mur_des_f%C3%A9d%C3%A9r%C3%A9s_01.jpg]. *Les Fédérés aux Grandes Ecuries de Versailles* (Coubert, 1871) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
44. *Le Triomphe de l'ordre* (Pichio, 1877), Musée d'Art et d'Histoire de Saint-Denis [disponible en http://www.histoire-image.org]. *La Veuve du fusillé* (Pichio, 1877), Musée de l'Histoire Vivante de Montreuil [disponible en http://www.histoire-image.org].
45. *Louise Michel à Satory* (Girardet, 1871-1880), Musée d'Art et d'Histoire de Saint-Denis [disponible en http://www.histoire-image.org].
46. *L'Evasion d'Henri Rochefort* (Manet, 1881) [disponible en http://www.musee-orsay.fr].
47. *Épisode de la Commune, rue des Rosiers à Montmartre* (Lepère, 1875), Musée Carnavalet.
48. *Apothéose ou le triomphe de la canaille* (Boutet de Monvel, 1884), Musée des Beaux-Arts d'Orléans [disponible en http://www.histoire-image.org].
49. *La barricade* o *L'Attente* (Devambez, 1901) [disponible en http://collections.chateauversailles.fr]. *L'Appel* (Devambez, 1907), Musée d'Art et d'Histoire de Saint-Denis [disponible en http://www.histoire-image.org].
50. *Un rue de Paris en mai 1871* (Luce, 1903-1905) [disponible en http://www.musee-orsay.fr]. *La mort de Eugène Varlin* (Luce, 1910), Musée de l'Hôtel-Dieu de Mantes-la-Jolie [disponible en http://www.histoire-image.org].
51. Georges Coulonges, *La Commune en chantant...*, París, Messidor, 1970. Robert Brécy, *La Chanson de la Commmune. Chansons et poèmes inspirés par la Commune de 1871*, París, Éditions Ouvrières, 1991. Philippe Darriulat, *La Muse du peuple. Chansons politiques et sociales en France, 1815-1871*, Rennes, PUR, 2011.
52. *Les Désastres de la guerre et de la Commune* (Andrieu, 1871) [disponible en https://www.gallery.ca/fr/voir/collections/artwork.php?mkey=16455].
53. *Les Crimes de la Commune: Assassinat des otages dans la prison de la Roquette* (Appert, 1871), Musée de l'Histoire Vivante de Montreuil [disponible en http://www.histoire-image.org]; y *Exécution de Rossel, Bourgeois, Ferré, dans la plaine de Satory à Versailles* (Appert, 1871), Musée d'Art et d'Histoire de Saint-Denis [disponible en http://www.histoire-image.org].
54. Esta película se puede ver en http://www.youtube.com/watch?v=xbRMEVowDBU y http://www.youtube.com/watch?v=Kv1uZyroShg
55. Fanélie Carrey-Conte y Patrick Bloche, "La commune n'est pas morte", *Libération*, 18 marzo de 2013 [disponible en http://www.liberation.fr/politiques/2013/03/18/la-commune-n-est-pas-morte_889392].
56. Marie-Claude Chaput, "Historia del tiempo presente y leyes memoriales en Francia", en Juan Andres Bresciano (comp.), *El tiempo presente como campo historiografico. Ensayos teoricos y estudios de casos*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur, 2010, pp. 169-189. Roberto Ceamanos, "La(s) Francia(s) del siglo XXI. Entre la Historia y la memoria", en Juan Andrés Bresciano (comp.), *La memoria histórica y sus configuraciones temáticas. Una aproximación interdisciplinaria*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur, 2013, pp. 151-173.

CONCLUSIONES

Para comprender la Comuna de París debemos remontarnos a la Francia del Segundo Imperio, un régimen que se mantuvo con el apoyo de un ejército ocupado en aventuras imperiales, una Iglesia católica preocupada por los avances de la unificación italiana y una burguesía beneficiada por la bonanza económica. Fue un tiempo de restricciones. Se limitaron las libertades, se censuró la prensa, se controló la enseñanza y la policía vigiló estrechamente a los opositores al régimen. La prisión, la deportación o el exilio fue el destino de muchos de ellos. Llegados a los años sesenta, el régimen se debilitó por el fracaso en México, la oposición de la Iglesia católica contraria a la ayuda francesa al Piamonte y el descontento de los empresarios por la política librecambista. Esta situación obligó al emperador a flexibilizar su autoritarismo, decisión que permitió el desarrollo de la oposición republicana y de un incipiente movimiento obrero que Napoleón III pretendía despolitizar y controlar.

Hasta los últimos años del régimen, Francia conoció un periodo de crecimiento económico impulsado por la actividad

financiera, las obras públicas y el desarrollo industrial. Este último fue un proceso lento, de manera que en las grandes ciudades, sobre todo en París, la progresiva industrialización convivió con la permanencia de un todavía mayoritario mundo artesanal. A medida que el aumento de la competencia y el avance de los cambios tecnológicos impusieron nuevos procesos productivos, los artesanos y trabajadores cualificados perdieron el control sobre la producción y pasaron a engrosar las filas de los obreros industriales. Al mismo tiempo, muchos pequeños comerciantes fueron absorbidos por los grandes almacenes que se inauguraban en la capital. Como consecuencia de todo ello, los artesanos y comerciantes afectados, convertidos respectivamente en obreros y empleados, vieron empeorar sus condiciones laborales.

La degradación de las clases trabajadoras vino a coincidir con una profunda reforma urbanística de París que racionalizó su entramado, redujo su insalubridad, introdujo nuevos avances técnicos y erradicó cualquier veleidad revolucionaria en los barrios remodelados. Esta remodelación promovió la corrupción y la especulación. Se hicieron grandes fortunas, mientras que la población más desfavorecida se vio obligada a marchar de los barrios donde hasta entonces habían habitado. No podía pagar los elevados precios de las nuevas viviendas. En busca de alquileres más económicos, se concentró en el norte y este de la ciudad, o bien se instaló en la periferia. Este fue el drama de la reforma de París. El espacio urbano quedó segregado entre un París rico y otro pobre. En este último, la población, unida por un sentimiento de comunidad forjado por la vecindad y el oficio, participó en las organizaciones revolucionarias que se desarrollaron tras la proclamación de la República. Quería recuperar su ciudad, resolver sus principales dificultades y dotarse de una municipalidad propia y de un gobierno democrático y social.

Fueron pues estas desigualdades económicas, sociales y urbanísticas las que provocaron la grave fractura que explica las tensiones previas a la Comuna. Una minoría privilegiada se benefició del progreso económico y disfrutó de las ventajas de la modernidad y del ocio que esta proporcionaba. Por el contrario, los trabajadores vivían en condiciones deplorables. Los accidentes de trabajo y las intoxicaciones eran habituales, las jornadas laborales extensas y los sueldos bajos, explotación que sufrieron especialmente mujeres y menores. El Estado, con su presupuesto hipotecado por las obras públicas y las aventuras militares, disminuyó su intervención en la asistencia social. La ciudadanía recurrió a la asociación y, aunque la resignación fue una actitud frecuente —las tasas de suicidio, infanticidio, trastornos mentales y alcoholismo eran muy altas—, también surgió un espíritu de protesta que creó el caldo de cultivo para la difusión de los mensajes revolucionarios.

A partir de la experiencia compartida en la vida diaria, en el trabajo y en la lucha por mejorar sus condiciones y alcanzar el derecho a asociarse y participar en política, los trabajadores tomaron conciencia de su situación y de la necesidad de mejorarla. Habían derramado su sangre en 1848 y la falta de resultados los desligó del republicanismo y convenció de la necesidad de luchar por ellos mismos. En defensa de su trabajo, condiciones de vida y tradiciones, los trabajadores se apoyaron en el mutualismo y en el cooperativismo. Estas formas de organización sirvieron de base para exigir sus reivindicaciones, colaborando de esta manera en el resurgir de la actividad política. Creció el miedo a los "rojos", término referido al conglomerado de ideologías que convivían en París y que eran resultado de la tradición revolucionaria, la impronta dejada por el socialismo utópico y la difusión de las ideas de Proudhon y Blanqui. La propuesta de una nueva sociedad basada en la asociación, la democracia y la ayuda mutua propugnada por el proudhonismo atraía a los

trabajadores, mientras que la toma del poder mediante la insurrección revolucionaria defendida por el blanquismo era una opción cada vez más aceptada. Su ideario estaba próximo al jacobinismo con el que compartía su adhesión al espíritu más radical de la Revolución francesa. Blanquistas y jacobinos conformarán el grupo mayoritario en la Comuna y protagonizarán un giro autoritario al constituir en los momentos más críticos el Comité de Salud Pública. En minoría quedaron los miembros de una joven AIT en la que aún era fundamental la influencia proudhonista, pero donde ya se abría paso una nueva generación curtida en el asociacionismo obrero y en la organización de huelgas cada vez más politizadas. Ellos protagonizarán el tránsito hacia una Internacional en la que se advierten los gérmenes del futuro movimiento obrero.

Pero la caída del Segundo Imperio no se debió a la inestabilidad interna, sino a un conflicto exterior. La estrepitosa derrota en la guerra franco-prusiana provocó la caída del régimen y la proclamación de la Tercera República. Un Gobierno provisional de defensa nacional se hizo cargo de la dirección de la guerra y París hizo frente al asedio prusiano. Para su mayoría republicana, salvar la capital significaba preservar a la joven República. Sin embargo, el nuevo ejecutivo fue incapaz de vencer al enemigo y el temor a la desestabilización y a una radicalización revolucionaria convenció incluso a los republicanos moderados de que la rendición era un mal menor. Se firmó un armisticio y se procedió a elegir una nueva Asamblea. Estos comicios fueron un plebiscito sobre la continuación de la guerra y mostraron la división del país entre la ciudad y la provincia, entre un mundo urbano progresista y republicano y un ámbito rural conservador y monárquico. Los monárquicos proponían la rendición. Los republicanos, la resistencia. Las candidaturas monárquicas vencieron y París, baluarte republicano que resistía un penoso asedio, vio cómo Francia se

rendía a un invasor al que se le autorizó a desfilar por los Campos Elíseos. La ciudad no se sentía representada por este nuevo poder legislativo de mayoría monárquica, circunstancia que acrecentó su deseo de autonomía municipal. Si a ello añadimos que la Asamblea, temerosa de un estallido revolucionario en París, se instaló en Versalles y dictó una serie de decretos impopulares, se comprende la tensión previa al estallido de la Comuna. La población se hizo más receptiva a las ideas revolucionarias. Deseaba aún con mayor anhelo cambiar el curso de la guerra, obtener un gobierno local, establecer la democracia directa y avanzar en la resolución de los problemas sociales. Diferentes proyectos alternativos se debatían en la prensa, clubs y organizaciones revolucionarias, y los ciudadanos, reclutados en la Guardia Nacional, participaban en comités de vigilancia, colaboraban en la asistencia pública, asistían a las reuniones políticas y disfrutaban de una prensa plural. Se fortalecieron solidaridades, se tejieron redes sociales, se consolidaron lazos comunitarios y se propagaron las tradiciones revolucionarias, pero también las nuevas ideas difundidas por la AIT que, tras la proclamación de la República, intensificó su reorganización. En París se estaba gestando un poder paralelo al nuevo ejecutivo de Thiers nombrado por la Asamblea.

El detonante de la insurrección fue el intento por parte de las autoridades de Versalles de recuperar los cañones que custodiaba la Guardia Nacional. Siguiendo la estrategia blanquista, los insurrectos tomaron los centros del poder y se hicieron con el control de París. Se renunció a la ofensiva militar. La prioridad era celebrar elecciones para legitimar la insurrección y elegir un consejo comunal que emprendiera un profundo proceso de reformas. Estas elecciones mostraron la división de París. Fueron los distritos del norte y el este los que acudieron a votar en apoyo a la Comuna, que se proclamó desde el balcón del Hôtel de

Ville, donde ondeaba la bandera roja. El Consejo de la Comuna constituyó nueve comisiones para gestionar los servicios públicos, labor en la que también tomaron parte los distritos y adoptó medidas para mejorar las difíciles condiciones de vida de la población. Especial atención recibió el tema de la vivienda. Se prorrogaron los plazos de los alquileres, se prohibieron los desahucios, se requisaron las viviendas abandonadas para ofrecer un alojamiento a quienes lo habían perdido y se establecieron comisiones con el objeto de resolver los conflictos entre propietarios e inquilinos.

La Comuna pretendía instaurar una república democrática y social, que estaría compuesta por el conjunto de comunas autónomas francesas libremente asociadas. En la base, el municipio tendría competencias en todos aquellos asuntos que le afectasen directamente. Por encima de él, el departamento sería responsable de las cuestiones relacionadas con el conjunto de sus municipios. Por último, el Gobierno central atendería los intereses nacionales.

La libertad y la democracia directa presidieron el funcionamiento de las asociaciones ciudadanas y de los órganos de representación. Estos principios se aplicaron al conjunto de la vida política, económica, social y cultural, al tiempo que la libertad de expresión favoreció el incremento de periódicos en los que se manifestaron todo tipo de opiniones, incluidas las de los partidarios de Versalles. La administración de justicia pasó a ser gratuita y los miembros de la judicatura elegidos por sufragio universal. Se garantizó el derecho a un trabajo digno. Se querían reducir las extenuantes jornadas de trabajo, asegurar un jornal justo, igualar los sueldos de las mujeres a los de los hombres, compatibilizar trabajo con familia, erradicar la explotación infantil y reorganizar la producción, permitiendo que los trabajadores participasen en la gestión de las empresas y que recayera sobre ellos el beneficio de su

trabajo. Se pretendía producir, comerciar y consumir de una manera más racional y justa.

La separación entre la Iglesia y el Estado dejó la educación en manos públicas. Niños y niñas accedieron a una educación integral, se fomentó la formación profesional y se buscaron soluciones para las graves deficiencias materiales que arrastraba el sistema escolar. Se trataba de formar a ciudadanos capaces de pensar por sí mismos y de asumir una profesión. En esta formación integral, la cultura debía jugar un papel importante. Se promovió un arte comprometido, independiente y accesible a toda la sociedad. Las bibliotecas y museos volvieron a abrir y se impartieron cursos para sus visitantes. La entrada era gratuita e incluso se podían visitar en horario nocturno.

Las reformas de la Comuna mejoraron la situación de las mujeres. Bien es cierto que no obtuvieron el derecho al sufragio ni estuvieron representadas en el Consejo de la Comuna; sin embargo, participaron de manera activa en la vida comunal y colaboraron en la defensa de la ciudad. Conocían bien las bases de su explotación y vieron en la Comuna una oportunidad para eliminarlas. Confiaban en que la educación y el cooperativismo terminarían por suprimir las desigualdades sociales y laborales. En el breve periodo que duró la Comuna, se reconoció a los hijos nacidos fuera del matrimonio, se condenó la prostitución y se concedió una pensión alimenticia a las mujeres en caso de separación. Esta República fue también universal. El derecho a la ciudadanía alcanzaba a todos, también a la comunidad extranjera. Entre ellos, los exiliados políticos jugaron un importante papel, tanto en la puesta en marcha de las reformas como en la defensa armada de la ciudad.

Con el objetivo de mostrar la voluntad de romper con el pasado, se destruyeron los símbolos de la autoridad. La guillotina fue arrojada a la hoguera, se derribó la columna Vendôme, se destruyó la Capilla expiatoria por la muerte de

Luis XVI y María Antonieta y se demolió la residencia de Thiers. Pero el proyecto de la Comuna chocó con la realidad de una guerra civil que impidió su realización y condicionó las decisiones de las autoridades revolucionarias. La aspiración a un gobierno democrático quedó relegada cuando blanquistas y jacobinos constituyeron el Comité de Salud Pública, el rechazo a la pena de muerte se cuestionó por la ejecución de los rehenes, la libertad de prensa fue suspendida para los medios afines a Versalles y la propuesta de unas fuerzas armadas y una policía política democráticas y garantistas no se pudo lograr a causa del enfrentamiento militar. Se intentó imponer la disciplina a la Guardia Nacional y la policía recuperó métodos propios de los regímenes anteriores.

Versalles organizó un potente ejército para sofocar la insurrección, formado en gran parte por prisioneros liberados por los alemanes. Bismarck necesitaba un interlocutor válido para firmar la paz y temía un posible contagio revolucionario en Berlín. Disciplinado, bien equipado y dirigido por profesionales, este ejército superó ampliamente a los guardias nacionales. Su resistencia fue la de toda una población en armas, incluidos mujeres y niños soldados. El triunfo militar de Versalles fue rápido. Ante el avance de sus tropas, la Comuna cedió al autoritarismo de jacobinos y blanquistas y se constituyó el citado Comité de Salud Pública. Dotado de amplias facultades, este comité entró en colisión con la autoridad de las restantes instituciones comunales. En minoría quedaron los internacionalistas, en gran parte proudhonistas y partidarios de mantener la democracia.

El avance del ejército de Versalles se ralentizó en los barrios del norte y del este, más comprometidos con la insurrección. Allí la resistencia fue mayor, justificando el nombre de Semana Sangrienta. La violencia de las tropas fue brutal y obtuvo como respuesta la ejecución de los rehenes en manos de la Comuna. Parte de estas víctimas eran religiosos. Su muerte, así como la ocupación de iglesias durante las

semanas anteriores, fue la manifestación de un arraigado anticlericalismo entre las clases populares.

Ofrecer una cifra del número de muertos a manos de las tropas de Versalles se antoja casi imposible, incertidumbre que favoreció un intenso debate. Se han dado diferentes argumentos para explicar las dramáticas dimensiones de esta represión. Se habló de una explosión de rabia por parte de los soldados de Versalles, campesinos que odiaban a los habitantes de París, y del contexto bélico que había hecho habitual la violencia. La cólera contra el enemigo prusiano se trasladó al enemigo interno. Pero lo cierto es que existía la convicción de estar ante el combate final por imponer un determinado modelo de Estado. Para alcanzar la victoria definitiva era preciso eliminar totalmente al contrario.

El exilio fue el destino de muchos *communards*. Otros corrieron peor suerte y fueron condenados a penas de prisión y deportación. Hubo que esperar a que los republicanos se afianzaran en el poder para que se aprobara una amnistía definitiva. Se quería avanzar hacia la reconciliación nacional y dotar a la República de símbolos de identidad. A la festividad nacional del 14 de julio, la elección de *La Marseillaise* como himno nacional y el restablecimiento de París como capital de Francia se sumó la amnistía a los *communards*. Eliminado el peligro revolucionario y desacreditada la opción monárquica por su intransigencia, quedó despejado el camino para la consolidación de la Tercera República que estabilizó al país, inició un proceso de republicanización e implantó en las décadas siguientes muchas de las propuestas de la Comuna, pilares del legado republicano.

Un acontecimiento de la trascendencia de la Comuna ha generado una abundante y plural historiografía. Quienes primero abordaron su historia fueron aquellos que la protagonizaron o fueron testigos de los hechos. Escribieron obras con un objetivo propagandístico, que fueron utilizadas en la

lucha ideológica. La historiografía *anticommunarde* pretendía destruir la memoria de la Comuna. Maxime Du Camp, uno de sus principales representantes, sentó las bases de una literatura antimasona, xenófoba, antisemita y misógina. Versalles simbolizaba la defensa de la civilización y de la fe católica; la Comuna, la barbarie. De esta forma, la represión quedaba justificada. En un punto intermedio quedaron los historiadores republicanos. Condenaron las formas insurreccionales, pero se sentían próximos al ideario de la Comuna y condenaron los excesos de la represión.

Los partidarios de la Comuna dejaron también testimonio de sus experiencias y expusieron cuáles habían sido sus propósitos. Desde el exilio escribieron *communards* como Benoît Malon y Gustave Lefrançais, y Prosper Olivier Lissagaray publicó un clásico: *Histoire de la Commune de 1871*. Los deportados narraron sus condiciones de vida en Nueva Caledonia. Especial repercusión tuvieron los escritos de Louise Michel. Nuevos testimonios de los *communards* se prodigaron en los años siguientes, al tiempo que las organizaciones del movimiento obrero interpretaron la Comuna como un eslabón entre las fases más radicales de la Revolución francesa y las revoluciones socialistas del siglo XX. El marxismo y el anarquismo insistieron en el uso político de la historia para obtener sus particulares lecciones de esta insurrección. Para Marx no se daban todavía las condiciones para el triunfo de una revolución socialista y se habían cometido graves errores al primar la celebración de elecciones en lugar de emprender una acción militar y no ocupar el Banco de Francia. Esta interpretación de la Comuna fue retomada por Lenin y la generación bolchevique de 1917, y la mantuvo posteriormente la historiografía marxista francesa. Una visión muy diferente fue la ofrecida por el anarquismo, que reivindicó a Proudhon, se identificó con la defensa del mutualismo y de la cooperación y se reconoció en los minoritarios del

Consejo de la Comuna, opuestos al autoritarismo de jacobinos y blanquistas.

La historiografía militante fue hegemónica hasta bien avanzado el siglo XX. No se interesó ya tanto por los sucesos bélicos, sino por las cuestiones sociales, y está bien representada en la obra de autores como Maurice Dommanget, biógrafo de los líderes de la Comuna e interesado especialmente por el tema de la educación. La utilización de los archivos como fuente primaria, tal y como hizo Georges Bourgin, fue uno de los principales avances en la profesionalización del estudio de la Comuna que, a partir de los años sesenta, recibió un notable empuje desde la universidad. En este ambiente previo a mayo de 1968 se localizan trabajos pioneros como el de Édith Thomas sobre las mujeres de la Comuna.

Llegados a 1968, debemos destacar cómo el fomento de las relaciones entre la historia y la sociología facilitó nuevas aproximaciones. La sociología urbana inspirada en la obra del filósofo marxista Lefebvre explicó la Comuna como una respuesta de la población expulsada por la reforma urbanística que pretendía reconquistar la ciudad. Los trabajos de Gould incidieron en esta relación al afirmar que la insurrección era el resultado de la reacción de una comunidad unida por el hábitat. El éxodo provocado por la remodelación urbana había concentrado a las clases populares en unos espacios donde el oficio y la vecindad las habían dotado de una conciencia propia. La Comuna sería el intento de una comunidad urbana de alcanzar sus libertades municipales, tal y como ya había sugerido Jeanne Gaillard en *Paris, la ville*. La reforma de París estuvo también en la base de las argumentaciones de Harvey en *Paris, Capital of Modernity*, donde explicó la prosperidad de la burguesía y la toma de conciencia por parte de los trabajadores a partir del estudio de la economía y de la reforma urbanística.

La celebración del centenario mostró el interés que seguía suscitando la Comuna. En el gran coloquio internacional

celebrado en París, se ofreció un estado de la cuestión, al tiempo que se introdujeron nuevas interrogantes y reflexiones. Las comunas en las ciudades de provincia solo se habían estudiado en la medida en que incidían en los acontecimientos parisinos, hasta que, en *Commune de province, Commune de Paris*, Gaillard concedió identidad propia a las experiencias revolucionarias en las ciudades de provincia. Esta línea de investigación produjo notables trabajos como los de Jacques Girault sobre Bordeaux o de Maurice Moissonier sobre Lyon. Pero si hubo un tema que hizo correr ríos de tinta, en parte por sus implicaciones políticas, este fue el de la naturaleza de la Comuna. ¿Estábamos ante la última revolución plebeya o la primera proletaria? El republicanismo radical consideraba a la Comuna el último movimiento popular que cerraba un proceso revolucionario iniciado en 1789. Por el contrario, la tradición socialista la presentaba como el primer gobierno proletario de la historia.

La idea de una revolución basada en la tradición revolucionaria fue sugerida por Rougerie. El insurrecto era fundamentalmente un trabajador cualificado ocupado en talleres o pequeñas fábricas. Estaba más próximo al trabajador de 1848 que al proletario socialista del siglo XX e, ideológicamente, estaba politizado mayoritariamente en la tradición revolucionaria jacobina, mientras que el socialismo era incipiente y minoritario. Todo ello le llevó a Rougerie a concluir que la Comuna era crepúsculo y no aurora. Unas similares circunstancias históricas, la presencia de los revolucionarios más veteranos, el interés por la historia de la Gran Revolución, idénticas reivindicaciones, las mismas referencias legitimadoras, la constitución de instituciones homónimas, las formas de lucha, los ritos y los símbolos, todo relacionaba a los *sans-culottes* del Año II con los *communards* de 1871.

No obstante, no se podían ignorar los aspectos innovadores de la Comuna. Estábamos ante los inicios del

movimiento obrero, que buscaba resistir la presión patronal, defender los salarios y legalizar sus asociaciones. Se comenzó a superar el apoliticismo proudhoniano, se recurrió con frecuencia a la huelga, se desarrollaron las sociedades obreras en las que la AIT jugó un papel cada vez más importante y la Comuna tomó una serie de medidas para reorganizar el trabajo con el fin de hacer a los trabajadores partícipes en la gestión de las empresas, anticipando el proceso de socialización de los medios de producción.

En los años ochenta, la superación de la historiografía militante favoreció una diversificación temática. Los investigadores se interesaron por el concepto de "pueblo", la relación con la literatura y el arte, la fotografía, la revisión crítica de las interpretaciones que consideraban a las mujeres meras seguidoras de la acción masculina, los extranjeros, los menores, el papel de la francmasonería, la Guardia Nacional, la memoria y su proceso de institucionalización, los usos públicos y las razones de la extrema violencia de la represión que, ejecutada por soldados predispuestos a odiar a sus enemigos, fue responsabilidad última de sus mandos. Fue una historiografía que debe mucho al impulso proporcionado por las conmemoraciones. Los eventos celebrados bajo su cobertura nos proporcionan un completo estado de la cuestión. Se observa así cómo se ha ampliado el marco cronológico, que retrocede hasta 1848 para comprender cómo se gestó la Comuna, y avanza más allá de 1871 para abordar la deportación, el exilio y el retorno a Francia. También se ha extendido el marco geográfico con el fin de analizar las relaciones entre París y la provincia y la visión que sobre la Comuna se difundió en el extranjero.

La memoria ocupa un lugar relevante en esta historiografía. Protagonistas, testigos comprometidos, usos políticos, representaciones a través de la literatura y del arte y usos públicos colaboran en la conformación de esta memoria plural. En los primeros años, se orquestó una campaña de

difamación contra la Comuna, que difundió la interpretación de los vencedores. Esta literatura se basó en los excesos perpetrados por los *communards*, omitiendo la represión de Versalles y las dimensiones sociales y patrióticas de la Comuna. Construyó una memoria contrarrevolucionaria asentada en una retórica demoledora dirigida especialmente contra las mujeres, que sufrieron los antagonismos de género y de clase. La construcción de esta memoria *anticommunarde* se asentó con la edificación del Sacré-Coeur, su principal "lugar" de la memoria, proyecto de un catolicismo intransigente y monárquico.

La memoria *communarde* situó sus "lugares" de memoria allí donde se habían producido las ejecuciones sumarias. A partir del reconocimiento de la masacre y del sentimiento de injusticia que provocaba, surgieron mitos e imaginarios en torno a la Comuna que fortalecieron la memoria revolucionaria. Surgió así la peregrinación anual hasta el Muro de los Federados, que constituyó un espacio sacralizado y reivindicativo por el que compitieron socialistas, anarquistas y comunistas.

En este proceso de construcción de memorias enfrentadas fueron fundamentales las representaciones que se realizaron de los acontecimientos. La carga emocional plasmada por la literatura y el arte fue determinante en la formación tanto de la leyenda negra como del mito de la Comuna. Novelas, poemas, obras de teatro, pinturas, ilustraciones, grabados, litografías, caricaturas y fotografías nos trasladan al lugar donde se produjeron los hechos y provocan en nosotros la repulsa o la estima.

Así sucedió con la literatura. La derrota ante los prusianos y el drama de la guerra civil fueron los escenarios reales a partir de los cuales los autores crearon su ficción. La literatura *anticommunarde* fue relativamente escasa. Daudet, Maricourt, Montégut y Bourges fueron algunos de sus principales representantes. Ensalzaron la figura del soldado

versallés de origen campesino y compendio de virtudes que se relacionaban con su origen rural. Émile Zola y Anatole France condenaron a la Comuna. Incluso Victor Hugo se opuso a sus excesos, aunque desaprobó la desmedida represión de Versalles. En *L'Année terrible* reflejó las penalidades de la derrota, la crueldad de la represión y el fervor republicano y patriótico. A favor de la Comuna, apreciamos la poesía de Verlaine y Rimbaud, mientras que el teatro político se convirtió en una notable vía de representación y legitimación, que apareció tempranamente con la obra de Vallès.

La pintura y la litografía reforzaron la leyenda negra de la Comuna, pero se agotó en la representación de la ejecución de los rehenes, los incendios y las "pétroleuses". Tampoco surgió un proyecto artístico sólido alrededor de la Comuna, sino obras individuales de la mano de Manet, Darjou, Coubert, Pichio y Girardet. Pintaron barricadas, fusilamientos, grupos de encarcelados o referencias al Muro. La polémica que suscitaba la Comuna se observa en las exposiciones del Salon des Artistes Français, donde varios cuadros fueron rechazados por sus alusiones políticas. Las caricaturas, las canciones y, mucho más recientemente, los cómics han sido otros destacados medios para abordar el tema de la Comuna.

Utilizada por la propaganda imperial, la fotografía fue decisiva en la configuración de la imagen que se forjó de la Comuna. Los fotógrafos ofrecieron una visión estática, pero real, de los acontecimientos. Braquehais, simpatizante de la Comuna, es una de las excepciones dentro de una profesión que se puso mayoritariamente al servicio de Versalles. Las fotografías de Andrieu y los fotomontajes de Appert difundieron una visión criminal de los *communards*, como provocadores de incendios y asesinos de rehenes, y los trabajos de Blancard o Petit ofrecieron la imagen de una ciudad en ruinas. En relación con el séptimo arte, son numerosos los documentales sobre la Comuna; en cambio,

son relativamente escasos los largometrajes que ha protagonizado, si exceptuamos el interés que despertó en el cine soviético del periodo de entreguerras.

En la construcción de la memoria están también muy presentes los usos públicos de la historia. El Estado utiliza el pasado para legitimar el presente. Para ello cuenta con herramientas como los manuales escolares y, más recientemente, las disposiciones memoriales emanadas de su poder legislativo. Las explicaciones sobre la Comuna nunca fueron muy extensas en los manuales. En un principio, se explicaba como un obstáculo para la paz y su represión se interpretaba como un mal necesario para restaurar el orden. Esta visión se fue modificando. Los manuales dieron cabida a las propuestas de la Comuna y se interesaron por su composición social e introdujeron las imágenes de los fusilamientos de *communards*. No obstante, la dedicación a la Comuna sigue siendo insuficiente. En la educación secundaria, se ofrece una visión general del siglo XIX que no favorece la comprensión de la Comuna. Si de algo precisa esta es, precisamente, de un conocimiento detallado de los procesos revolucionarios previos y del Segundo Imperio. Respecto a la actuación del legislativo, esta se ha concretado en dos iniciativas parlamentarias que buscan rehabilitar a la Comuna: una, procedente de diputados socialistas y otra, de senadores comunistas. La principal crítica a estas resoluciones, sobre todo a la socialista, es que se limitan a considerar a la Comuna como un precedente de la actual República, pero olvidan que esta no planteó solo una serie de reformas republicanas, sino también una exigencia fundamental que, de recogerse, cuestionaría las actuales democracias parlamentarias: la soberanía no se delega. Los representantes tienen encomendado un mandato directo del que son responsables y, en caso de no cumplirlo, revocables. Por último, ambas resoluciones plantean problemas similares a los surgidos con las leyes memoriales, que no son otros que los relacionados con el

hecho de que sea el poder legislativo quien dictamine sobre el pasado y no sus profesionales: los historiadores. Son estos quienes están cualificados para escribir historia y quienes deben debatir libremente sin la coerción de las disposiciones legislativas.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

AGOSTINO, Marc; GUILLAUME, Sylvie; DROUIN, Jean-Claude y HERPIN, Jacqueline (1995): *Textes d'histoire contemporaine. Vol. 1. Le XIX^e siècle*, Presses Universitaires de Bourdeaux, Burdeos, pp. 71-73 [contiene la *Déclaration de la Commune au Peuple Français*].

ALLEMANE, Jean (1910): *Mémoires d'un Communard. Des barricades au bagne*, Librairie socialiste, París [reeditado en París, La Découverte, 2001].

ANDRIEU, Jules (1971): *Notes pour servir à l'Histoire de la Commune*, Payot, París.

ARNOULD, Arthur (1878): *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, Kistemaeckrs, Bruselas [reeditado en Lyon, Jacques-Marie Laffont et associés, 1981, 2009].

BAKUNIN, Mijail (1977): *Obras completas*, Nettlau, Max (prólogo), Abad de Santillán, Diego (ed. y trad.), La Piqueta, Madrid.

BESLAY, Charles (1873): *Mes souvenirs. 1830-1848-1870*, Sandoz et Fischbacher, París.

— (1877): *La verité sur la Commune*, Kistemaeckrs, Bruselas.

BOURGES, Élémir (1893): *Les oiseaux s'envolent et les fleurs tombent*, Plon-Nourrit, París.

BROCHER, Victorine (1909): *Souvenirs d'une morte vivente*, Lapier/Librairie P. Delesalle, Lausanne/París [reeditado en París, Maspero, 1976; y París, La Découverte, 2002].

CALA Y BAREA, Ramón de (1871-1872): *Los comuneros de París. Historia de la revolución federal de Francia en 1871*, Oficinas de la Igualdad, Madrid.

CARRERAS, Luis (1871): *París a sangre y fuego. Jornadas de la Comuna*, Barcelona/Palma de Mallorca, Librería española de I. López, 1871 [reproducido en Barcelona, José J. de Olañeta, 1979].

CARREY-CONTE, Fanélie y BLOCHE, Patrick (2013): "La commune n'est pas morte", *Libération*, 18 marzo [disponible en http://www.liberation.fr/politiques/2013/03/18/la-commune-n-est-pas-morte_889392].

CHARRAS, Pierre y MONTELLIER, Chantal (1982): *Le Sang de la Commune*, Futuropolis, París.

CLARETIE, Jules (1875-1876): *Histoire de la révolution de 1870-1871*, Bureaux du Journal *L'Éclipse*, París.

CLÉMENT, Jean-Baptiste (1886-1887): *1871. La Revanche des Communeux*, Jean Marie, París.

COMPIÈGNE, Victor de (1876): "Souvenirs d'un Versaillais pendant le second siège de Paris", *Voyages, chasses et guerres*, Plon, París, reeditado en 2012, *1871, la Commune de Paris: les Versaillais*, Laville, París.

DA COSTA, Gaston (1903): *Mémoires d'un communard, 18 mars-28 mai 1871. La Commune vécue*, Maison Quantin, París [reeditado en París, Larousse, 2009].

DANGEVILLE, Roger (pres.) (1971): *Marx, Engels et la Commune*, Union Générale d'Éditions, París.

DAUDET, Alphonse (1873): *Les contes du lundi*, Lemerre, París.

DETHOREY, Jean-Paul (1996): *L'exécution*, Dupuis, París.

DRUMONT, Édouard (1886): *La France juive*, Flammarion, París.
DU CAMP, Maxime (1878-1879): *Les convulsions de París*, Hachette, París.
FIAUX, Louis (1879): *Histoire de la guerre civile de 1871*, Charpentier, París.
FORT, Frédéric (1871): *París brûlé*, Lachaud, París.
FRANCE, Anatole (1882): *Les Désirs de Jean Servien*, Lemerre.
GAUME, Jean-Joseph (1856-1858): *La Révolution, recherches historiques sur l'origine et la propagation du mal en Europe, depuis la Renaissance jusqu'à nos jours*, Gaume Frères, París.
GAUTIER, Théophile (1871): *Tableaux du siège. París, 1870-1871*, Charpentier, París.
GOBINEAU, Joseph Arthur de (1853-1855): *Inégalité des races humaines*, Didot, París.
— (1874): *Les Pléiades*, G. Crès, París.
— (1871[1935]): "Lettre aux sœurs Dragoúmis, Versailles, 28 mai 1871", *Lettres à deux Athéniennes*, Castalie, Athènes.
GONCOURT, Edmond (1887): *Journal des Goncourt*, Charpentier et Fasquelle, París.
GUESDE, Jules (1936): *La Commune de 1871*, Bureau d'éditions, París.
HAUSSMANN, Georges Eugène (1890-1893): *Mémoires. 3 vols.*, Victor-Havard, París.
HUGO, Victor (1852): *Napoléon-le-Petit*, Jeffs, Londres.
— (1872): *L'année terrible*, M. Lévy Frères, París.
JEANNERET, Georges (1872): *París pendant la Commune révolutionnaire de 71*, Imp. Guillaume, Neuchâtel [reeditado en París, Éditions d'Histoire Sociale, 1968].
Journal officiel de la Commune de Paris du 20 mars au 24 mai 1871 (1997), Ressouvenances, Villers-Cotterêts.
KROPOTKIN, Piotr (1880): *La Commune de París*, Le Révolté, Ginebra.
LAFARGUE, Paul (1885): *La Légende de Victor Hugo*, G. Jacques, París.
LA GUÉRONNIÈRE, Alfred de (1871): *La Commune sanglante ou Le legs incendiaire: Histoire et tablettes du sang de la Commune de París*, A. Sagnier, París.
LANJALLEY, Paul y CORRIEZ, Paul (1871): *Histoire de la révolution du 18 mars*, Lacroix/Verboeckhoven et Cie, París.
LAROCQUE, Jean-Baptiste (1888): *Souvenirs révolutionnaires, 1871*, A. Savine, París.
LAVROV, Piotr Lávrovich (1919): *La Commune de París du 18 mars 1871*, Librairie Goloss, Pétrograd.
LEFRANÇAIS, Gustave (1871): *Étude sur le mouvement communaliste à París en 1871*, Impr. G. Guillaume, Neuchâtel.
— (1902): *Souvenirs d'un révolutionnaire. De juin 1848 à la Commune*, La Fabrique, París.
Le Livre noir de la Commune de Paris (dossier complet). L'Internationale dévoilée (1871), Office de publicité, Bruselas.
LENIN, Vladimir Ilich (1917[1976]): *El Estado y la Revolución*, Anagrama, Barcelona.
— (1917): "La dualidad de poderes", *Pravda*, Moscú, 9 de abril.
LEPELLETIER, Edmond (1911): *Histoire de la Commune de 1871*, Mercure de France, París.
— (1918[1976]): *La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky*, Ayuso, Madrid.
LISSAGARAY, Prosper Olivier (1876): *Histoire de la Commune de 1871*, Kistemaeckers, Bruselas [reeditado en París, La Découverte, 2004; trad. española con introd. de Francesc Bonamusa. Barcelona, Estela, 1971].
— (1871): *Huit journées de mai derrière les barricades*, Bureau du petit journal, Bruselas [reeditado en París, Gallimard, 1978].
— (1873): *La Vision de Versailles*, Librairie Socialiste, Bruselas.
MALON, Benoît (1871): *La Troisième défaite du prolétariat français*, Guillaume, Neuchâtel.
MARTIN, Laurent (1871): *Histoire complète de la révolution de Paris en 1871*, Alfred Duquesne, París [*1871, la Commune de Paris: les Versaillais*, Laville, París, 2012].
MARTINE, Paul (1971): *Souvenirs d'un insurgé: La Commune 1871*, Perrin, París.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1971): *La commune de 1871. Lettres et déclarations pour la plupart inédites (1866-1894)*, Union générale d'Éditions, París.

MARX, Karl; MARX, Jenny y ENGELS, Friedrich (1971): *Lettres à Kugelmann*, en Gilbert Badia (ed.), Éditions Sociales, París.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (2008): *Inventer l'inconnu. Textes et correspondence autour de la Commune*, La Fabrique, París.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich y LENIN, Vladimir Illich (1971): *Sur la Commune de Paris*, Éditions du Progrès, Moscú.

– (2010): *La Comuna de París*, AKAL, Madrid.

MAURY, Émile (1999): *Mes souvenirs sur les événements des années 1870-1871*, en Alain Dalotel (ed.), La boutique de l'histoire éditions, París.

MENDÈS, Catulle (1871): *Les 73 Journées de la Commune (du 18 mars au 29 mai 1871)*, Lachaud, París.

MICHEL, Louise (1886): *Mémoires*, Tribord, Bruselas [trad. Madrid, siglo XXI, 1973; reed. en París, La Découverte, 2002].

– (2006[1898]): *La Comune. Histoire et souvenirs*, La Découverte, París.

MONTEIL, Edgar (1883): *Souvenirs de la Commune. 1871*, Charavay Frères, París.

PELLETAN, Camille (1879): *Questions d'histoire. Le Comité Central et la Commune*, Dreyfous, París.

RECLUS, Élie (1908): *La Commune de Paris au jour le jour. 1871, 19 mars-28 mai*, Schleicher, París [reed. en París, Association Théolib, 2011].

REDON, Louis (1990): *Les galères de la République*, Sylvie Clair (ed.), Presses du CNRS, París.

RENAN, Ernest (1871): *La réforme intellectuelle et morale de la France*, Michel-Levy freres, París.

– (1882[1887]): "Qu'est-ce qu'une nation?", *Discours et conférences* (1887), C. Lévy, París.

SAINT-VICTOR, Paul de (1871): *Barbares et Bandits. La Prusse et la Commune*, Michel Lévy Frères, París.

STALIN, Iósif (1906[1978]): *¿Anarquismo y socialismo?*, Editorial 7 1/2, Barcelona.

TAINE, Hippolyte (1876-1893): *Les origines de la France contemporaine*, Hachette, París.

TARDI, Jacques (2001-2004): *Le Cri du peuple*, Casterman, París [adaptación de una novela homónima de Jean Vautrin (1999), Grasset, París].

THIERS, Adolphe (1901): *Notes et souvenirs (1870-1873)*, Calmann-Lévy, París.

TRINQUET, Alexis (2013): *Dans l'enfer du bagne: Mémoires d'un transporté de la Commune*, en Fuligni Bruno (pres.), Éditions des Arènes, París.

TROTSKY, Léon (1920): *La Commune de Paris et la Russie des soviets*, capítulos IV y V de *Terrorisme et communisme*, Librairie de l'Humanité, París.

– (1921): *Les leçons de la Commune*, prefacio al libro de Claude Talès, *La Commune de Paris* [reed. en París, Spartacus, 2008].

– (1938): "Their Morals and Ours", *The New International*, vol. IV, 6, junio, pp.163-173.

VALAT, Eloi (2007): *Le Journal de la Commune*, éditons Bleu, Saint-Pourçain-sur-Sioule.

– (2009): *L'enterrement de Jules Vallès* éditons Bleu, Saint-Pourçain-sur-Sioule.

– (2013): *La Semaine sanglante de la Commune de Paris*, éditons Bleu, Saint-Pourçain-sur-Sioule.

VÉSINIER, Pierre (1871): *Histoire de la Commune de Paris*, Chapman y Hall, Londres.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM, Auguste de (2008): *Tableau de Paris sous la Commune* suivi de *Désir d'être un homme*, Sao Maï, Meudon.

VINOY, Joseph (1872): *Campagne de 1870-1871. L'armistice et la Commune. Opérations de l'armée de Paris et de l'armée de réserve*, Plon, París.

VUILLAUME, Maxime (2011): *Mes Cahiers rouges (souvenirs de La Commune)*, La Découverte, París.

BIBLIOGRAFÍA

ADAMOV, Arthur (1959): *La Commune de Paris 18 mars-28 mai 1871: anthologie*, Editions sociales, París.

ÁLVAREZ JUNCO, José (1971): *La Comuna en España*, Siglo XXI, Madrid.

ANDRÉ, Thomas (1995): "Les enfants perdus de la Commune", *Cultures & Conflits*, 18, verano, pp. 35-48.

APRILE, Sylvie (2010): *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, CNRS, París.

APRILE, Sylvie, DUPUIS, Quentin y ROUGERIE, Jacques (coord.) (2010): *Migrance. La Commune et les étrangers*, 35, tercer trimestre.

ARMOGATHE, Daniel y PIPER, Marion (1982): *A travers la vie et la mort: oeuvre poétique*, Maspero, París.

BAJAC, Quentin (dir.) (2000): *La Commune photographiée*, Réunion des musées nationaux, París.

BARBANÇON, Louis-Jean (2003): *L'archipel des forçats: l'histoire du bagne de Nouvelle-Calédonie*, PUS, Villeneuve d'Ascq.

BARONNET, Jean (pres.) (2006): *Regard d'un Parisien sur la Commune. Photographies inédites de la Bibliothèque historique de la ville de Paris*, Gallimard/París bibliothèques, París.

BARONNET, Jean y CHALOU, Jean (1987): *Communards en Nouvelle-Calédonie. Histoire de la déportation*, Mercure de France, París.

BARONNET, Jean y CANONNE, Xavier (dir.) (2011): *Le Temps des cerises, la Commune de Paris en photographies*, Éditions Pandora/Musée de la Photographie, Charleroi.

BARRAL, Pierre (1968): *Les fondateurs de la Troisième République*, Armand Colin, París.

BATUT, Guy de la (1937): *Les Pavés de paris. Guide illustré de Paris révolutionnaire*, Éditions sociales internationales, París.

BIDOUZE, René (1991): *Lissagaray la plume et l'épée*, Éditions de l'Atelier, París.

— (coord.) (2007): *Guide des sources de la Commune de Paris et du mouvement communaliste (1860-1880)*, La Documentation Française, París.

BO, Giuseppe del (1957): *La Comune di Parigi. saggio bibliografico a cura di Giuseppe del Bo*, Milano, Feltrinelli.

BOIME, Albert (1995): *Art and the French Commune. Imagining Paris after war and revolution*, Princenton University Press, Princenton N. J.

BOURGIN, Georges (1907): *Histoire de la Commune*, E. Cornély, París.

— (1928): *Les prémiers journées de la Commune*, Hachette, París.

— (1939): *La guerre de 1870-1871 et la Commune*, Éditions Nationales, París [reed. en París, Flammarion, 1971].

— (1953): *La Commune*, PUF, París.

BOURGIN, Georges y HENRIOT, Gabriel (1925-1945): *Procès-verbaux de la Commune de 1871*, E. Leroux, París.

BOWD, Gavin (2007): *Le dernier communard. Adrien Lejeune*, L'Harmattan, París.

BRÉCY, Robert (1991): *La Chanson de la Commmune. Chansons et poèmes inspirés par la Commune de 1871*, Éditions Ouvrières, París.

BRUHAT, Jean (1975): *Eugène Varlin, militant ouvrier, révolutionnaire et communard*, EFR/Club Diderot, París.

BRUHAT, Jean; DAUTRY, Jean y TERSEN, Émile (1960): *La Commune de 1871*, Éditons Sociales, París.

CARMONA, Michel (2000): *Haussmann*, Fayard, París.

CARON, Jean-Claude (2006): *Les Feux de la discorde. Conflit et incendie dans la France du XIX^e siècle*, Hachette, París.

— (2009): *Frères de sang. La guerre civile en France au XIX^e siècle*, Champ Vallon, Seyssel.

CARON, Jean-Claude; CHAUVAUD, Frédéric; FUREIX, Emmanuel y LUC, Jean-Noël (dirs.) (2008): *Entre violence et conciliation. La résolution des conflits sociopolitiques en Europe au XIX^e siècle*, PUR, Rennes.

CARS, Laurence des (dir.) (2000): *Courbet et la Commune*, Musées nationaux, París.

CARROT, Georges (2001): *La Garde Nationale: 1789-1871. Une force publique ambiguë*, L'Harmattan, París.

CASTELLOTE, Jesús y PÉREZ TURRADO, Miguel (1972): *La Comuna y el proletariado*, Zero, Algorta.

CASTELLS, Manuel (1983): *The City and the Grassroots*, University of California Press, Berkeley.

CAVATERRA, Eric (1998): *La Banque de France et la Commune de Paris (1871)*, L'Harmattan, París.

CEAMANOS, Roberto (2004): "Historia social de la Comuna de 1871: ¿crepúsculo del ciclo revolucionario iniciado en 1789 o aurora de la revolución proletaria?", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 26, pp. 197-208.

– (2010): *El discurso bolchevique*, Biblioteca Nueva, Madrid.

– (2013): "La(s) Francia(s) del siglo XXI. Entre la Historia y la memoria", en Juan Andrés Bresciano (comp.), *La memoria histórica y sus configuraciones temáticas. Una aproximación interdisciplinaria*, Ediciones Cruz del Sur, Montevideo, pp. 151-173.

CERF, Marcel (1967): *Le d'Artagnan de la Commune (le colonel Maxime Lisbonne)*, Le Pavillon, París.

– (1971): *Édouard Moreau, l'âme du Comité central de la Commune*, Denoël, París.

– (1975): *Le Mousquetaire de la plume, Henry Bauër. En annexe, lettres inédites de Louise Michel à Henry Bauër*, Académie d'histoire, París.

– (1997): "La barricade de 1871", en Alain Corbin y Jean-Marie Mayeur (dirs.), *La Barricade*, Publications de la Sorbonne, París, pp. 323-335.

CÉSAR, Marc (2008): *Mars 1871. La Commune révolutionnaire de Narbonne*, Editions singulières, Sète.

CHAPUT, Marie-Claude (2010): "Historia del tiempo presente y leyes memoriales en Francia", en Juan Andrés Bresciano (comp.), *El tiempo presente como campo historiográfico. Ensayos teóricos y estudios de casos*, Ediciones Cruz del Sur, Montevideo, pp. 169-189.

CHAUDUN, Nicolas (2000): *Haussmann au crible*, Syrtes, París.

CHOAY, Françoise (ed.) (2000): *Mémoires*, Seuil, París.

CHOURY, Maurice (1969): *Bonjour monsieur Coubert*, Éditions Sociales, París.

– (1970): *Les Poètes de la Commune*, Éditions Seghers, París [trad.: Barcelona, Libros de la Frontera, 1975].

CLIFFORD, Dale Lothrop (1975): *Aux armes citoyes. The National Guard in the Paris Commune of 1871*, University of Tennessee, Knoxville.

CORDILLOT, Michel (1991): *Eugène Varlin, chronique d'un espoir assassiné*, Éditions de l'Atelier, París.

Colloque universitaire pour la commémoration du centenaire de la commune de 1871. Paris, les 21-22-23 mai 1971. (1972): *Le Mouvement Social*, 79.

COULONGES, Georges (1970): *La Commune en chantant...*, Messidor, París.

DALOTEL, Alain (1990): "Deux amnisties pour oublier la Commune", en Philippe Vigier (pres.), *Répression et prison politiques en France et en Europe au XIX^e siècle*, Société d'Histoire de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIX^e siècle, Créaphis, París, pp. 171-185.

DARRIULAT, Philippe (2011): *La Muse du peuple. Chansons politiques et sociales en France, 1815-1871*, PUR, Rennes.

DECOUFLÉ, André (1969): *La Commune de Paris (1871), révolution populaire et pouvoir révolutionnaire*, Éditions Cujas, París.

DIDIER, Nourrisson (2007): "Figures de manuels, figures de mode. L'exemple de la Commune de Paris", en Michèle Verdelhan-Bourgade, Béatrice Bakhouche, Pierre Boutan y Étienne Richard (coords.), *Les manuels scolaires, miroirs de la nation?*, L'Harmattan, París, pp. 197-216.

DIRECTION DES ARCHIVES DE FRANCE (2007): *Guide établi par l'association des amis de la Commune de Paris 1871 avec le concours des services d'archives publics et le soutien de la ville de Paris*, La documentation française, París.

DITTMAR, Gérald (2002): *Paris sous la Commune: par un témoin fidèle, la photographie*, Dittmar, París.

– (2003): *Les francs-maçons et la Commune de 1871*, Dittmar, París.

— (2003): *Histoire des femmes dans la Commune de Paris*, Dittmar, París.
— (2004): *Dictionnaire biographique illustré de la Commune de Paris de 1871*, Dittmar, París.
— (2004): *Louise Michel: 1830-1905*, Dittmar, París.
DOMMANGET, Maurice (1928): *L'Instruction publique sous la Commune*, Édition l'Internationale des Travailleurs, París.
— (1937): *Hommes et choses de la Commune*, Coopérative des amis de l'école emancipée, Marsella.
— (1956): *Édouard Vaillant, un grand socialiste, 1840-1915*, La Table Ronde, París.
— (1960): *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire*, Armand Colin, París.
— (1964): *L'enseignement, l'enfance et la culture sous la Commune*, Librairie de l'Étoile, Alençon.
— (1971): *La Commune*, La Taupe, Bruselas.
— (1971): *Auguste Blanqui au début de la IIIe République*, Mouton, París.
— (1971): *Eugène Pottier, membre de la Commune et chantre de l'Internationale*, Espartacus, París.
DROGOZ, Colette y LEIDET, Gérard (coords.) (2013): *1870-1871. Autour de la Commune de Marseille. Aspects du mouvement communal dans le Midi*, Éditions Syllepse, París.
DUBREUILH, Louis (1908): *La Commune*, Jules Rouff, París.
DUCLOT, Jacques (1961): *"À l'assaut du ciel". La Commune de Paris annonciatrice d'un monde nouveau*, Éditions Sociales, París [reed. en 1974].
DUFAUX, Jean y JAMAR, Martin (1993-2002): *Voleurs d'empire*, Glénant, Grenoble.
DUPARC, Hélène (2003): *De Paris à Nouméa. L'histoire des communards de la Commune de Paris déportés en Nouvelle-Calédonie*, Orphie, Chevagny-sur-Guye.
DURAND, Pierre (1971): *Louise Michel ou la révolution romantique*, Éditeurs français réunis, París.
EICHNER, Carolyn J. (2004): *Surmounting the Barricades. Women in the Paris Commune*, Indiana University Press, Bloomington.
FOURNIER, Eric (2005): *Paris en ruines (1851-1882): entre flânerie et apocalypse. Regards, acteurs, pratiques*, Université Paris I, París.
— (2006): "Les photographies des ruines de Paris en 1871 ou les faux-semblants de l'image", *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, 32, pp. 137-151.
— (2008): *Paris en ruines. Du Paris hausmannien au Paris communard*, Imago, París.
GACON, Stéphane (2002): *L'amnistie. De la Commune à la guerre d'Algérie*, Seuil, París.
GAILLARD, Jeanne (1971): *Commune de province, Commune de Paris, 1870-1871*, Flammarion, París.
— (1973): "La Commune: Le mythe et le fait", *Annales. ESC*, 28e Année, 3, mayo-junio, pp. 838-852.
— (1976): *Paris, la ville, 1852-1870*, Honoré Champion, París.
GALLO, Max (1971): *Tombeau pour la Commune*, R. Laffont, París.
GAUTHIER, Xavièr (1990): *L'insoumise: biographie romancée de Louise Michel*, Manya, Levallois-Perret.
— (1999): *La Vierge rouge. Biographie de Louise Michel*, éditions de Paris-Max Chaleil, París.
GIRARD, Louis (1964): *La Garde Nationale, 1814-1871*, Plon, París.
GIRAULT, Jacques (1971): *La Commune et Bordeaux (1870-1871): contribution à l'étude du mouvement ouvrier et de l'idéologie républicaine en province au moment de la Commune de Paris*, Éditions Sociales, París [reed. con una síntesis de las aportaciones historiográficas posteriores en *Bordeaux et la Commune, 1870-1871. Mouvement ouvrier et idéologie républicaine au moment de la Commune de Paris*, Périgueux, Fanlac, 2009].
GODARD, Francis; CASTELS, Manuel; DELAYRE, Henri; DESSANE, Catherine y O'CALLAGHAN, Chantal (1973): *La Rénovation Urbaine à Paris: structure*

urbaine et logique de classe, Mouton, París.

GODINEAU, Laure (2001): *Retour d'exil. Les anciens communards au début de la Troisième République*, Atelier national de reproduction de thèses, Lille.

— (2010): *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue*, Parigramme, París.

GOULD, Roger (1995): *Insurgent Identities: Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago University Press, Chicago.

GUILLEMIN, Henri (1959): *L'heroïque défense de Paris, 1870-1871*, Gallimard, París.

GULLICKSON, Gay L. (1991): "La pétroleuse: representing revolution", *Feminist Studies*, 17, pp. 241-265.

— (1996): *Unruly Women of Paris. Images of the Paris Commune*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

HARVEY, David (2003): *Paris, Capital of Modernity*, Routledge, Nueva York/Londres [trad.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008].

HAZAN, Eric (2013): *La barricade. Histoire d'un objet révolutionnaire*, Autrement, París.

JEAN-LÉO (1970): *Bibliographie de la Commune de 1871 (1871-1970)*, Le Grenier du collectionneur, Bruselas.

JOHNSON, Martin Phillip (1994): "Citizenship and gender: the Légion des Fédérées in the Paris Commune of 1871", *French History*, septiembre, pp. 276-295.

— (1996): *The paradise of association. Political culture and popular organizations in the Paris Commune of 1871*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

JONES, Kathleen y VERGÈS, Françoise (1991): "Aux citoyennes: women, politics and the Paris Commune of 1871", *History of European Ideas*, 13, pp. 711-732.

JOUGHIN, Jean T. (1955): *The Paris Commune in French Politics, 1871-1880. The History of the Amnesty of 1880*, Johns Hopkins Press, Baltimore.

KOECHLIN, Heinrich (1950): *Die Pariser Commune im Bewusstsein ihrer Anhänger*, Mulhouse, Alsatia-Verl [trad.: *Ideologías y tendencias en la Comuna de París*, Buenos Aires, Proyección, 1965].

LARGUIER, Gilbert y QUARETTI, Jérôme (dirs.) (2000): *La Commune de 1871: utopie ou modernité? Actes du colloque de Perpignan des 28-30 mars 1996*, PUP, Perpiñán.

LARONZE, Gustave (1928): *Histoire de la Commune de 1871 d'après des documents et des souvenirs inédits*, Payot, París.

LATTA, Claude (dir.) (2004): *La Commune de 1871. L'événement, les hommes et la mémoire. Actes du colloque organisé à Précieux et à Montbrison les 15 et 16 mars 2003*, PUSE, Saint-Etienne.

LATTA, Claude; VUILLEUMIER, Marc y GÂCON, Gérard (dirs.) (2000): *Du Forez à la Revue socialiste: Benoît Malon (1841-1893)*, PUSE, Saint-Etienne.

LEFEBVRE, Henri (1965): *La proclamation de la Commune*, Gallimard, París.

— (1968): *Le Droit à la ville*, Anthropos, París.

— (1973): *Espace et politique*, Anthropos, París.

LEJEUNE, Paule (1978): *Louise Michel l'indomptable*, Éditions des femmes, París.

LE QUILLEC, Robert (2006): *Bibliographie critique de la Commune de Paris 1871*, 2ª ed. puesta al día, La Boutique de l'Histoire, París.

LEROY, Géraldi (2003): *Batailles d'écrivains. Littérature et politique, 1870-1914*, A. Colin, París.

LIDSKY, Paul (1970): *Les Écrivains contre la Commune*, Maspero, París [trad.: *Los escritores contra la Comuna*, México, Siglo XXI, 1971; reeditado en París, La Découverte, 2010].

LÖWY, Michael (ed.) (2000): *Révolutions-photographies*, Hazan, París.

LOYER, François (1992): "Le Sacré-Coeur de Montmartre: un haut lieu contesté", en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. 3: *Les France*, Gallimard, París, pp. 451-473.

MAILHÉ, Germaine (1995): *Déportations en Nouvelle-Calédonie des communards*

et des révoltés de la Grande Kabylie: 1872 à 1876, L'Harmattan, París.

MAITRON, Jean (dir.) (1967-1971): *Dictionnaire Biografique du Mouvement Ouvrier Français, vol. 4-9, 1864-1871. De la fondation de la première Internationale à la Commune*, Éditions Ouvrières, París.

MARTINEAUD, Jean-Paul (2004): *La Commune de Paris, l'Assistance publique et les hôpitaux en 1871*, L'Harmattan, París.

MASON, Edward S. (1930): *The Paris Commune. An Episode in the History of the Socialist Movement*, MacMillan, Nueva York.

MERLE, Isabelle (1995): *Expériences coloniales. La Nouvelle-Calédonie*, Belin, París.

MILZA, Pierre (2009): *L'année terrible, tome 2, La Commune mars-juin 1871*, Perrin, París.

MOENS, Julie (2004): *Zola l'imposteur. Zola et la Commune de Paris*, Aden, Bruselas.

MOISSONNIER, Maurice (1972): *La Première Internationale et la Commune à Lyon, 1865-1871. Spontanéisme, complots et luttes réelles*, Éditions Sociales, París.

MONCAN, Patrice de (2009): *Paris incendié pendant la Commune, 1871*, Éd. du Mécène, París.

NOËL, Bernard (1971): *Dictionnaire de la Commune*, Hazan, París [reed. en París, Flammarion, 1978 y París, Mémoire du Livre, 2001].

NOURRISSON, Didier (2004): "Figures de manuels, figures de mode. L'exemple de la Commune de Paris", en Michèle Verdelhan-Bourgade, Béatrice Bakhouche, Pierre Boutan y Bertrand Tillier, *La Commune de Paris, révolution sans images? Politique et représentations dans la France républicaine (1871-1914)*, Champ Vallon, Seyssel, pp. 197-216.

OLIVESI, Antoine (2004): *La Commune de 1871 à Marseille et ses origines*, Jeanne Laffitte, Marsella.

OLLIVIER, Albert (1939): *La Commune (1871). Anatomie des révolutions*, Gallimard, París.

PÁEZ-CAMINO, Feliciano (1990): *La significación de Francia en el contexto internacional de la II República (1931-1936)*, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

PIERRE, Michel (1989): *Le Dernier exil: histoire des bagnes et des forçats*, Gallimard, París.

REBÉRIOUX, Madeleine (1984): "Le Mur des Fédérés: Rouge, sang craché", en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire, vol. 1: La République*, Gallimard, París, pp. 619-649.

REY, Claudine; GAYAT, Annie y PEPINO, Sylvie (2013): *Petit dictionnaire des femmes de la Commune*, Les Amis de la Commune de Paris/Le Bruit des autres, París.

RIHS, Charles (1955): *La commune de Paris. 1871. Sa structure et ses doctrines*, Droz, Ginebra [reed. revisada y aumentada: París, Éditions du Seuil, 1973].

ROBERT, Jean-Louis y TARTAKOWSKY, Danielle (dir.) (1999): *Paris, le Peuple (XVIIIe-XXe siècles)*, Publications de la Sorbonne, París.

ROUGERIE, Jacques (1964): *Procès des communards*, Julliard, París.

— (1971): *Paris libre, 1871*, Seuil, París [ed. revisada, 2004].

— (1971): "Le centenaire de la Commune. Moisson, problèmes, ouvertures", *Revue Historique*, 500, octubre-diciembre, pp. 409-422.

— (1988): *La Commune de 1871*, PUF, París [reed. en Gallimard, 2009].

— (1995): *Paris insurgé. La Commune de 1871*, Gallimard, París [reed. en 2006].

— (2005): "La Commune et la gauche", en Jean-Jacques Becker y Gilles Candar (dirs.), *Histoire des gauches en France. Vol. 1. L'héritage du XIXe siècle*, La Découverte, París, pp. 95-112.

ROUGERIE, Jacques y HAUPT, Georges (1961-1962): "Bibliographie de la Commune de 1871. Travaux parus de 1940 à 1961", *Le Mouvement Social*, 37 y 38, pp. 70-92 y 51-85.

SARREPONT [HENNEBERT, Eugène] (1871): *Guerre des communeux de Paris*

18 mars-28 mai 1871, Firmin Didot, París.

SARTORIUS, Françis y PAEPE, Jean-Luc de (1971): *Les communards en exil. État de la proscription communaliste à Bruxelles et dans les faubourgs, 1871-1880*, Cahiers bruxellois, Bruselas.

SCHKOLNYK, Claude (1997): *Victoire Tinayre, 1831-1895, du socialisme utopique au positivisme prolétaire*, L'Harmattan, París.

SCHULKIND, Eugene (1975): *The Paris Commune, 1871: inventory of the collection in the University of Sussex library*, University of Sussex library, Brighton.

– (1985): "Socialist women during the 1871 Paris Commune", *Past and Present*, 106, pp. 124-163.

SCHULZ, Albert (1886): *Bibliographie de la guerre franco-allemande (1870-1871) et de la Commune de 1871, catalogue de tous les ouvrages publiés en langues française et allemande de 1871 à 1885 inclusivement*, H. Le Soudier, París.

SECO SERRANO, Carlos (1972): "L'Espagne, La Commune et l'Internationales", *International Review of Social History*, vol. 17, issue 1, abril, pp. 222-239.

SERMAN, William (1986): *La Commune de Paris (1871)*, Fayard, París.

SHAFER, D. A. (1993): "Plus que les ambulancières: women in articulation and defense of their ideals during the Paris Commune (1871)", *French History*, 7:1, marzo, pp. 85-101.

SORIA, Georges (1970-1971): *Grande Histoire de la Commune. I. Les origines, II. Les protagonistes, III. Une révolution française, IV. La guerre civile, V. Les lendemains*, Livre Club Diderot, París.

TARROW, Sidney (1994): *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*, University Press, Cambridge.

TARTAKOWSKY, Danielle (1999): *Nous irons chanter sur vos tombes. Le Père-Lachaise, XIX^e-XX^e siècles*, Aubier, París.

– (2009): "Barricade", en Olivier Fillieule, Lilian Mathieu y Cécile Péchu (dirs.), *Dictionnaire des mouvements sociaux*, Presses de Sciences Po, París, pp. 74-79.

– (2010): *Manifester à Paris. 1880-2010*, Champ Vallon, Seyssel.

THOMAS, Édith (1963): *Les Pétroleuses*, Gallimard, París.

– (1971): *Louise Michel ou la Velléda de l'anarchie*, Gallimard, París.

TOMBS, Robert (1981): *The war against Paris. 1871*, University Press, Cambridge [trad. revisada y aumentada: *La guerre contre Paris, 1871*, París, Aubier, 1997; 2ª ed. 2009].

– (1999): *The Paris Commune, 1871*, Longman, Londres.

TOMBS, Robert y BURY, John Patrick Tuer (1986): *Thiers. A Political Life*, Allen and Unwin, Londres.

VALANCE, Georges (2000): *Haussmann le grand*, Flammarion, París.

VALAT, Rémy y ZAIDMAN, Pierre Henri (2008): "La Garde nationale fédérée de Paris: une force républicaine, démocratique et révolutionnaire (2 septiembre 1870-18 marzo 1871)", *Gavroche. Revue d'histoire populaire*, 153, enero-marzo, pp. 14-25.

VERHAEGHE, Sidonie (2012): "'Les victimes furent sans nom et sans nombre'. Louise Michel et la mémoire des morts de la Commune de Paris", *Mots. Les langages du politique*, 100, pp. 31-42.

VIGNAUD, Roger (2005): *La Commune de Marseille. Dictionnaire*, Edisud, Marsella.

– (2003): *Gaston Crémieux –la Commune de Marseille– un rêve inachevé*, Edisud, Aix-en-Provence.

ZAIDMAN, Pierre-Henri (2006): *Emile Duval (1840-1871) Général de la Commune*, Dittmar, París.

La Comuna de París de 1871 es un episodio fundamental de la historia en el que la ciudadanía protagonizó un proyecto revolucionario para concretar sus ideales políticos. Se cuestionó el poder establecido implantando una democracia directa y se tomaron importantes medidas para garantizar derechos fundamentales como la educación, la sanidad, la vivienda, la justicia y el trabajo digno para todas las personas. Además, defendieron lo común, evitaron la discriminación de la mujer y dieron los mismos derechos a los inmigrantes. Esta nueva edición, en su 150 aniversario, narra los sucesos que desembocaron en la Comuna y los detalles de su desarrollo: los principales hechos, los grupos políticos implicados, los polémicos decretos, las formas de participación... Mientras que para algunos los *communards* fueron unos delincuentes, para otros han sido héroes recordados; por eso es interesante analizar cómo se ha interpretado la Comuna a lo largo de la historia, desde los intentos por desprestigiarla hasta su reivindicación por parte de socialistas, anarquistas y marxistas. Aunque el contexto bélico al que se enfrentó y su trágica represión impidieron su desarrollo, se ha convertido en un hito histórico que hoy en día continúa siendo un referente de auto-organización ciudadana.

17,5 € ISBN: 978-84-1352-134-3
THEMA: NHTV/JPWQ
9 788413 521343